



Amigos
del
Placer

LIBERTINOS ENAMORADOS N°3

VANNY FERRUFINO

© 2019 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.

Amigos del placer.

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor

Sinopsis.

Ashley Answorth, hija de los condes de Worcester, desea casarse por amor y no descansará hasta encontrar al hombre indicado con quién compartir su vida. Sin embargo, todo se sale de su control cuando sus sentimientos empiezan a inclinarse hacia el peor libertino de Gran Bretaña, el marqués de Sutherland, que está a un paso del ostracismo social y a quien el matrimonio no parece interesarle mucho por ahora.

Decidida a olvidarse de su absurdo enamoramiento, Ashley acepta el cortejo del duque de Blandes, encontrándose con un rotundo obstáculo en su camino: los celos del marqués de Sutherland.

PD: Lord Connor Aldrich, marqués de Sutherland, pertenece a YC.

Prólogo

Inglaterra, Londres 1814.

Era una noche fría de Septiembre, algo demasiado común en Londres, donde el cielo adoraba deleitar a su gente con sus fuertes tormentas que a veces hacían pensar que estaban allí para burlarse de las desgracias que estaban viviendo.

En el interior del palacio real, el hombre de cabellera rubia y espalda ancha observó nuevamente su reloj de bolsillo, consciente de que no debería seguir allí porque debía llegar a su hogar pronto. Cautamente regresó la vista hacia las dos autoridades que no podía abandonar justo ahora y que aguardaban silenciosamente en sus sillones de piel por una nueva noticia.

Las manecillas del reloj los torturaba en cada segundo que pasaba; o bueno, en realidad sólo impacientaba a su buen amigo el duque de Clarence, hermano menor del rey; el rey estaba demasiado tranquilo como para que alguien se atreviera a sopesar que algo lo tenía preocupado.

Clarence sufría, su rostro contraído y la desesperación que destellaban sus ojos anunciaban su dolor, y en el fondo lo comprendía. Encontrar el amor en una persona era difícil, por lo que perderlo seguramente era desgarrador. De lo único que estaba seguro en este momento, era que no quería encontrarse en su lugar.

El silencio fue roto por el llanto de un bebé, el cual hizo que todos los hombres de la estancia enderezaran la espalda y, como toda norma de protocolo, el primero en abandonar la sala de espera fue el rey seguido de su hermano menor y él.

El estima que el rey y Clarence le tenían era hasta cierto punto alarmante, era verdad que había servido a la corona más de la mitad de su vida, pero de todas formas sentía que estar allí era algo demasiado íntimo.

Era una lástima que nadie pudiera decirle que no a su majestad.

Dos de las doncellas salieron de la habitación que estaba al final del pasillo con un bulto en brazos, era el recién nacido. Los criados miraron a su rey y se inclinaron ante él, esperando que el doctor y la curandera salieran de la alcoba donde se encontraba Grace Hill, la mujer que se había robado el corazón del duque de Clarence.

—Deseo conocer su situación —espetó el rey con serenidad, cumpliendo los deseos de su hermano.

—El estado de la señorita es muy complicado. —Simuló que la alfombra del piso era mucho más interesante que la conversación que se estaba llevando a cabo frente a él—. Dudo que pase la noche, y si lo hace, morirá el día de mañana, su majestad.

—No puede ser —susurró Clarence con un hilo de voz—. ¿Y el niño?

El doctor carraspeó y miró a la curandera de reojo.

—Es una niña, su excelencia —soltó cautamente, preocupado por el asombro del duque—. No parece tener problemas de salud, pero dado que fue un parto complicado no puedo garantizarle nada.

—Muy bien —dijo Jorge IV por su hermano y se quitó los guantes con parsimonia—. Enviaremos a la niña a un orfanato.

—¿Qué? No, claro que no —declaró Clarence, ofuscado. Su hermano lo miró con severidad y

el pánico lo invadió, por lo que rápidamente recurrió a su amigo—. El conde la adoptará. No permitiré que el destino de mi hija sea seguir los pasos de su madre. Si envío a esa niña a un orfanato, en quince años estará en un burdel. Te lo suplico, hermano, ayúdame a encontrar un hogar para la niña.

Antes de que el conde pudiera procesar las palabras de su amigo, el rey se volvió hacia él y lo miró pensativo, como si estuviera analizando cada una de las palabras de su hermano. Por la sonrisa que se dibujó en sus labios, pudo dar por sentado que a él le fascinaba la idea.

—Tengo entendido que la condesa dará a luz en unos días. —Asintió, dentro de poco su esposa daría a luz a su primer hijo y...—. Y el doctor aseguró que sería un parto delicado tanto para la criatura como para tu mujer.

Era algo que no le gustaba comentar con los demás, aquel hecho lo tenía tan asustado como ansioso. Si bien llevaba años anhelando un hijo, o hija, lo menos que quería era perder a su esposa para conseguirlo.

—Llevas años trabajando para nosotros, ¿verdad?

—La mitad de mi vida, su majestad.

—Y yo, por un acto de fidelidad, podría liberarte de tus deberes con la corona y permitirte vivir la vida que siempre quisiste con tu amada esposa en el campo.

La sangre se le congeló y respirar se convirtió en una tarea difícil. Llevaba anhelando su destitución desde que conoció al amor de su vida y nada le daría más gusto que dejar de ser un espía de la corona.

—Llévate a la niña, reconócela como tuya, quiérela como tal y yo me encargaré de que tu vida sea más sencilla de ahora en adelante. Podré ayudarte con todo, menos económicamente, por lo que te permito elegir: le das el gusto a tu esposa de tener aunque sea una hija bajo su cuidado o dejas a tu mujer y a esta niña carentes del amor que cada una puede profesarle a la otra.

No necesitó pensar en su respuesta; y no sólo porque quisiera su libertad, sino porque jamás abandonaría a una niña inofensiva a su suerte, además, su mujer la amaría como propia pasase lo que pasase con el niño que venía en camino.

No obstante, lo que el conde de Worcester nunca imaginó fue que al llegar a su casa en Sussex, sería recibido con la noticia de que era padre de una hermosa niña y que su esposa había superado la etapa más difícil.

Rachel Answorth y Ashley Answorth nacieron la noche del cuatro de septiembre y cualquiera que las conociera en un futuro, sabría que eran las hijas mellizas de los condes de Worcester.

Capítulo 1

Inglaterra, Londres 1833.

Durante más de una década, Connor Aldrich, marqués de Sutherland, fue juzgado por el exceso de libertad que su padre, el duque de Kent, solía otorgarle. Era conocido como el peor libertino de Gran Bretaña, la única razón por la que seguía siendo tomado en cuenta en los salones de baile era por el poder del ostentoso título que portaba. No existía una sola matrona que lo quisiera cerca de su protegida, ni siquiera las celestinas más desesperadas acudían a él cuando ingresaba a un salón de baile.

Connor Aldrich simplemente era una paria social que tenía la suerte de haber nacido para heredar un ducado que para muchos no era adecuado para él. Y él pensaba exactamente lo mismo.

Connor estaba lejos de ser ese individuo que disfrutaba de su vida y se olvidaba de sus responsabilidades. Desde que tenía uso de razón había odiado su nombre y a su padre, Kent era el culpable de que él hubiera tomado muchas decisiones al azar en el pasado y ahora estuviera condenado a servir a la corona como un espía encubierto, bajo la reputación de un estúpido e irresponsable libertino.

Cuando todo el mundo pensaba que se encontraba retozando con una mujer, Connor iba de misión en misión poniendo su vida en peligro por gente que no lo valía y no hacía más que menospreciarlo cada vez que él ingresaba a un salón de baile. Hasta el día de hoy nadie conocía su secreto a excepción de su padre, quien fue informado por su majestad sobre su situación cuando en una pelea hace más de cuatro años estuvo a un paso de la muerte.

Su relación con Kent era simplemente mala y ahora no mejoraría mucho porque estaba empeñado con casarlo con una dama cuya reputación intachable lo ayudase a mejorar la suya. Algo en lo que no estaba de acuerdo porque él adoraba su soltería y casarse con una mujer significaría encontrarse —y enfrentarse— con la fidelidad. Connor no pensaba mancillar a su mujer ni a sus futuros hijos con los rumores de unas cuantas aventuras dentro del matrimonio. Además, si era objetivo, él era un peligro para cualquier dama. El que hasta ahora no se hubiera descubierto su trabajo como espía de la corona, no quitaba el hecho de que en algún momento pudiera ocurrir y eso sólo pondría en una complicada situación a su familia que serían un flanco fácil de atacar para sus enemigos y un punto débil para él.

Connor odiaba sentirse vulnerable y quizá por eso estaba empezando a detestar a lady Answorth, la osada dama que hace menos de una semana se había presentado en su alcoba para pedirle algo que él, gracias a los santos, tuvo la fuerza de voluntad para rechazar.

—Enséñeme lo que es el placer, milord.

Al escuchar esas palabras emitidas por los carnosos labios de la única mujer que lograba atormentarlo, Connor no sólo sintió un deseo abrasador, sino miedo de darle una razón al mundo para considerarlo una paria, pues aprovecharse de esa mujer en aquel momento podría haber sido tan sencillo como quitarle un dulce a un bebé.

Ella se puso en bandeja de plata cuando él se sentía un mendigo sin hogar ni comida, sediento de su sabor, con el cuerpo desnudo, cubierto únicamente por las sábanas y ella arrodillada en su cama. Todo se convirtió en un gran reto que superar.

El ángel de la temporada, con aquella simple visita, terminó convirtiéndose en una terrible

obsesión para él porque aunque le doliera aceptarlo: la deseaba como nunca había deseado a ninguna otra mujer. Y Connor podía jactarse de tener una larga lista de aventuras agradables.

—*Le pediré que abandone mi alcoba* —ordenó con voz gutural, aferrándose a las sábanas que rodeaban su cadera, y la dama bajó de la cama para posicionarse frente a él.

—*Dijo que era mi amigo y los amigos se ayudan entre sí.*

Era verdad, él le ofreció su amistad, pero lo hizo por mera curiosidad cuando lo único que quería era pasar un tiempo agradable con la dama mientras su amigo descubría la mentira de la otra melliza. Siempre le gustó tener algo con qué entretenerse y en ese momento la rubia le pareció perfecta.

—*No entiendo cómo llegó a la conclusión que yo haría...* —La miró con indignación, sintiéndose irritado al darse cuenta que ella creía en los rumores que corrían sobre su persona —. *Salga de mi alcoba, milady, o juro que me encargaré de que todos se enteren que...*

—*Pero eso lo arrinconaría a un matrimonio no deseado, milord* —convino con sencillez, acallándolo—. *Yo no deseo obligarlo a casarse conmigo, sólo quiero que me enseñe lo que es el placer. Según los rumores usted sabe mucho sobre la materia.*

¿Es que esa mujer no tenía pudor en la boca?!

—*¿Cree todo lo que le dicen, milady?* —Empuñó sus manos a cada lado de su cuerpo y ella se dio unos toquitos en el mentón, analizando su próxima respuesta.

—*¿Es mentira?*

Inhaló con pesadez y detalló los hermosos rasgos de la rubia. Su seguridad y sus respuestas le parecían mucho más excitantes que sus exuberantes curvas que se escondían bajo su horrendo camisón, pero no... si él la tocaba sería su fin y se vería atado a esa mujer de por vida. No podría parar porque ella era la representación de la mujer de sus sueños. Era como si un dios hubiera escuchado sus plegarias juveniles y hubiera enviado a lady Answorth a torturarlo y tentarlo a caer en el pecado.

Si empezaba, nada podría detenerlo.

Su rostro angelical, mirándolo con curiosidad y un tierno rubor en las mejillas, sólo enviaba oleadas de tensión y calor a su pene. Su ingenio provocaba que se sacudiera con regocijo, queriendo empujarlo a tomar lo que debería ser suyo, lo que él debería tomar mientras pudiera hacerlo.

—*No, no es mentira.*

La mujer se encogió con azorramiento y Connor admiró su valentía, estaba claro que para ella no era tan fácil hacer lo que estaba haciendo.

—*Enton...*

—*Pero debe saber que no es algo que requiera únicamente de mi esfuerzo* —comentó con frialdad y la inocente mirada volvió a posarse sobre él—. *Para poder hacer un buen trabajo necesito a una mujer que me guste, que despierte en mí el deseo.*

—*Oh...* —susurró con un hilo de voz—. *Entonces... no creo que pueda hacer mucho por mí, ¿no es así?*

—*En efecto* —mintió con dureza, odiándose a sí mismo por rechazarla tan vilmente; no obstante, era lo mejor para ambos. Ella no podía volver a acercarse a él, nada bueno saldría de ser así.

—*¿Y no puede hacer una excepción?* —insistió con un suave gruñido, retirando la mirada con la vergüenza a flor de piel.

—Siento mucho decepcionarla, milady, pero está lejos de ser el tipo de mujer que pueda gustarme y eso mi cuerpo lo sabe muy bien.

Tan bien que el mismo lo estaba torturando con un agonizante dolor por mentirle a la mujer.

Lady Answorth abrió los ojos de par en par y dio un paso hacia atrás, claramente apenada por el rechazo que estaba atravesando.

—Lo siento, milord, no quise importunarlo. Está claro que usted no puede ayudarme.

—Y si acudirá a mí pidiendo ese tipo de ayuda, prefiero retirar mi amistad.

«Quédate. Bésame y convénceme de hacerte mía». Gritó una parte muy escondida de él, que quedó lloriqueando como un niño pequeño cuando la rubia salió de su alcoba casi corriendo.

¡Era un maldito desgraciado!

Existían tantas maneras para rechazarla, pero él había seleccionado la peor, dándole a entender que los rumores eran ciertos: que mientras más lejos estuviera uno del marqués de Sutherland, más satisfactoria sería su estadía en Londres.

Con un gemido salió de su ensoñación y se encontró con la imagen de una de las cortesanas que había seleccionado esa noche para entretenerse. Ella lo estaba montando y si sus cálculos no fallaban, el pensar en su ángel lo había puesto tan duro como una piedra que ella terminó malinterpretando las cosas. Sus ojos se clavaron en su figura, la morena era simplemente hermosa, una de las cortesanas mejor pagadas; sin embargo, era incapaz de sentir algo con ella. El calor de unos besos a la altura del pecho le recordó que eran dos las mujeres que estaban con él esa noche y miró el techo del dosel de la cama con frustración, se había olvidado de la pelirroja.

¿Qué diantres estaba haciendo con su vida?

Sin hacer mucho revuelo sujetó suavemente la cadera de su amante, se sentó sobre el mullido colchón y retiró a la mujer con suavidad. No era que estuviera a punto de acabar, a decir verdad el pequeño interludio le había quitado el entusiasmo a su miembro. Le urgía abandonar esa alcoba.

—¿Ya se va, milord? —preguntó la mujer que no pudo montarlo con congoja y Connor empezó a vestirse.

—He terminado por hoy. —Dejó unas monedas en la cómoda de la alcoba femenina y ambas mujeres jadearon con sorpresa.

—Pero si apenas hemos iniciado —reprochó una y la miró por encima de su hombro, encontrando un mohín de un tono demasiado carmesí.

—No puedo quedarme.

En sus planes había estado quedarse, pero en ese momento se sentía tan sucio que sólo quería un baño y descansar hasta la próxima temporada. No quería saber nada de lady Answorth; es más, deseaba sacársela de la mente para siempre. Los constantes anuncios de la perfecta muchacha que ahora tenía un sinfín de pretendientes no dejaban de preocuparlo.

De esos hombres, sólo dos eran honrados; los demás eran granujas en busca de atrapar a la cuñada del duque de Beaufort para que éste les perdonara la deuda que tenían con su club.

¿Es que acaso nadie se daba cuenta que la dama corría un terrible peligro estando en Londres?

La idea de que se le ocurriera pedirle un favor a otro caballero que decidiera aprovecharse de ella lo enervaba. La curiosidad era el peor enemigo de una persona y temía que ella fuera víctima de la misma.

Una vez fuera de la angosta alcoba que le había llegado a parecer una celda de tonalidades escandalosas, se encaminó calle abajo hacia donde esperaba su carruaje y sintió algo de pena por

su lacayo, quien dio un salto por el entusiasmo que sintió al verlo. La noche era fría y él lo había dejado esperando por horas por algo que definitivamente no valía la pena.

—Llévame a Kent House.

En el club no encontraría nada de paz y Connor necesitaba llegar a su casa. Aprovecharía que era lo suficientemente tarde e ingresaría sin hacer ningún revuelo ni toparse con ninguno de sus hermanos, no era que Zachary y Seraphina fueran un problema, ellos tenían veinte años y sabían comportarse, el verdadero incordio eran los gemelos de diez años que ni bien lo veían revoloteaban a su alrededor. Ellos eran los causantes de que su reputación fuera aún peor, todos garantizaban que seguirían sus pasos al ser tan revoltosos y escandalosos.

Una vez que estuvo envuelto en su bata de dormir y fresco gracias al agradable olor que su baño le otorgó, disfrutó de un puro junto al calor de la chimenea. Era tarde y lo sabía, pero últimamente dormir se le había convertido en una tarea difícil.

Zachary no estaba, por lo que dedujo que estaría disfrutando de alguna amante esta noche, y sus hermanos, como era de esperarse, estaban descansando.

Se dirigió a la biblioteca con la intención de encontrar algún libro que pudiera aburrirlo y cansarlo, pero en el camino el sonido de unas risas femeninas hizo que parara en seco y mirara por el lugar.

¿Seraphina estaba despierta?

Imposible.

Su hermana valoraba mucho sus horas de sueño como para estar despierta a las once de la noche. Sujetó un libro que se le hizo poco interesante y regresó a su alcoba mirando el grosor. Nuevamente unas risillas llamaron su atención, pero esta vez estuvieron acompañadas por el sonido de algo quebrándose. Su semblante se endureció al comprender que nuevamente su hermana había hecho una de las suyas e inhaló con cansancio preparándose para un próximo enfrentamiento. Ella no estaba sola y la última vez que se le ocurrió cometer la locura de invitar a unas damitas respetables a altas horas de la noche, tanto él como Zachary estuvieron a un paso del altar gracias a la endemoniada chica.

Cabía recalcar que se había quedado sin amigas después del último suceso porque los padres de las jóvenes se negaron a ver a sus hijas junto a Seraphina otra vez. Estaba claro que su hermana no perdió el tiempo y consiguió nuevas amistades.

—¿Seraphina? —Llamó a la puerta con un suave toque y el silencio se propagó del otro lado de la habitación confirmándole sus sospechas—. Sé que estás despierta —comunicó calmadamente, esperando que su hermana sea lo suficientemente inteligente como para abrirle la puerta.

—¿Hermano?

¿Ya había dicho que su hermana era pésima en cuanto los temas actorales?

—Ábreme. —Se escucharon unos pasos de fondo.

—Un momento. —Levantó la voz, pero luego la bajó—. Creí que estaría en su club. —Escuchó su comentario quejambroso.

Estando advertidas, el impacto de saberse descubiertas seguramente sería menor. Abrió la puerta sin dudarle y frente a él apareció su hermana queriendo meter a una pelinegra, que ahora estaba de espaldas a él, en su armario. Buscó por la habitación y con lo único que se encontró fue con la puerta del balcón abierta.

—¡Te dije que esperarás! —chilló Seraphina, volviéndose hacia él, y Connor enarcó su oscura y maliciosa ceja al ver a lady Aline Anderson allí, la hija del mejor amigo de su padre, el conde

de Norfolk.

—Creo que ambas están al tanto de que estas no son horas de visita —espetó como si su hermana no hubiera dicho nada y las mujeres intercambiaron una mirada nerviosa.

—Era una reunión de té —farfulló la rubia, aprovechándose del amor que sentía por ella, y aleteó sus pestañas con un tierno mohín en los labios—. No se lo vayas a decir a nuestros padres, me encargaré de que ambas lleguen bien...

—Espera. —Alzó la mano, cortándole su monólogo, y su hermana palideció—. ¿Ambas? ¿Cuántas damas en edad casadera están aquí? —susurró con la poca paciencia que le quedaba y un grito en el exterior hizo que las cosas se esclarecieran para él.

—¡Pero qué buenas vistas!

Lo que le faltaba, Zachary estaba borracho.

—Oh mi Dios —jadeó lady Aline y Connor se dirigió hacia el balcón para captar una pequeña mano aferrada al barandal del mismo. A poco estuvo de irse de bruces hacia atrás.

¡Estaban en un segundo piso! Quien quiera que fuera podía matarse.

—¡Demonios! —Se arrodilló junto a la mano de la susodicha y sus ojos se abrieron de par en par al ver de quien se trataba.

Iba a matar a su hermana.

—¡Ashley! —chilló Seraphina, arrodillándose junto a él—. Dijiste que sabías trepar árboles —le acusó como si eso fuera lo más importante y la rubia se ruborizó, aún aferrada a su único punto de apoyo.

—La rama se rompió —contó con esfuerzo y por encima de la cabeza de la mujer, Connor vio como Zachary sujetaba dicha rama y simulaba que era una espada mientras miraba...

—¡Deja de mirar hacia arriba! —ordenó encolerizado y su hermano sonrió como si fuera un imbécil y extendió los brazos, soltando la rama.

—No seas envidioso y deja caer a mi ángel.

¿Su ángel? Por alguna extraña razón eso sólo consiguió empeorar su humor. Ella no era de Zachary ni de nadie. Miró el árbol que estaba junto al balcón y dedujo que la única forma de salvarla era pasándose al mismo para hacer un puente. La dama tenía el cuerpo suspendido en el aire y aunque su hermano podría amortiguar la caída; antes loco que cediéndosela.

—Aguarde, milady —pidió y dejó su libro de lado para pasarse al otro lado del barandal.

—¡Estás solo con tu bata de dormir! —exclamó Seraphina.

—¡Ay, qué asco! —gritó Zachary al tiempo que lady Answorth bajaba la cabeza para no mirar más de lo necesario.

—¡¿Pueden callarse?! —Lo menos que necesitaban era despertar a todo el personal de la casa.

Gracias a su gran altura, para Connor fue fácil llegar a su destino y acomodarse sobre una rama estable que le permitiera estirarse para sujetar a la rubia de la cintura y tirar de ella hacia su pecho. Cuando por fin la tuvo lejos del peligro, un suspiro cargado de tensión abandonó sus pulmones y bajó la vista hacia la nuca de la mujer que le había dado un susto de muerte.

Ella estaba rígida, pero para su sorpresa su cuerpo no tiritaba como el suyo.

—¿Ashley, estás bien? —preguntó lady Aline con suavidad y él miró a las dos mujeres que los observaban desde el balcón, quiso reprenderlas por su irresponsabilidad, pero lo siguiente que escuchó hizo que se sintiera ultrajado.

—Pero pensándolo bien, ¡yo estoy mejor dotado!

—¡Deja de mirarme, maldita sea! —bramó hacia su hermano, quien tendría una resaca del demonio el día de mañana.

—Ves, mamá. —Todos los presentes entraron en tensión al escuchar la voz del pequeño y travieso Randall, y dirigieron la mirada hacia donde se encontraba su progenitora, pálida de la sorpresa, con su pequeño hijo sujetándola de la mano—. Te dije que Connor la salvaría. Seymour no debió despertarlos. Regresa a la cama y abrígate.

—Era una damisela en peligro y Zachary no dejaba de gritar, creí que nadie podría acudir en su ayuda. Padre comprenderá mi punto de vista —se excusó el otro gemelo mirando al duque de Kent que los miraba a todos con una seriedad escalofriante.

Había que agregar, que sus padres estaban con sus prendas de dormir.

—Seraphina Aldrich —espetó el duque de Kent, aliviándolo. Al menos su padre ya sabía quién era la autora de aquella corta persecución—. A mi despacho. Ahora. Y ustedes dos no se salvan. —¿Por qué no le sorprendía?—. Vístete, Connor, que te quiero allí en cinco minutos. —Se volvió hacia la duquesa de Kent—. Cariño, atiende a nuestras invitadas y haz que sus padres se enteren de su paradero.

¡¿Qué?!

Rápidamente fulminó con la mirada a su hermana y esta le regaló una sonrisa nerviosa. Si involucraban a los padres de las damas, él y Zachary serían los más afectados, no quería ni imaginarse lo que el conde de Worcester pensaría de él cuando se enterara que salvó a su adorada hija en su bata de dormir.

—Al menos la salvaste, ¿no?

Su comentario dubitativo hizo que recordara a la mujer que tenía entre sus brazos y la buscó con la mirada. Ella lo miraba con un deje entre divertido y preocupado y él sólo pudo reparar en lo hermosa que se veía a la luz de la luna.

—Nada de esto habría ocurrido si no hubiera sido tan curioso, milord.

Y justamente por eso se prometió que nunca más volvería a involucrarse en ningún problema de su queridísima hermana menor, menos si de ahora en adelante estos incluirían a lady Answorth como parte de sus nuevas amistades.

Capítulo 2

—Quiero que sepan que he decidido regresarlas a sus hogares sin informales de lo ocurrido a sus padres —informó el duque de Kent, mirando a las dos mujeres que estaban sentadas en el sofá, y Connor evitó blanquear los ojos al recordar el lloriqueo de Seraphina alegando que si los padres de sus amigas se enteraban de lo ocurrido, nuevamente estaría sola y su futuro no sólo sería ser una solterona, sino una asocial.

Agradeciendo encontrarse con las ropas adecuadas para permanecer frente a una dama, Connor se preguntó qué estaría pensando el ángel de la temporada al encontrarse en su casa a altas horas de la noche, conociendo a su familia que era un tanto... diferente. Ella corrió un gran peligro y lo más probable era que no le era cómodo estar frente a Zachary, quien terminó viendo más de lo necesario.

Gruñó con enojo, sólo esperaba que por su bien el alcohol le borrara la memoria a su pequeño y adorado hermano.

—Muchas gracias, su excelencia —dijeron ambas damas al unísono y su madre les invitó un poco de té.

—Mi hijo las llevará hasta sus respectivas casas y no se irá hasta que estén seguras. Eviten que esto vuelva a repetirse, si quieren ver a mi hija háganlo en las horas adecuadas. Y si ella insiste que sea más tarde, avísenme. Sólo así podré castigarla —farfulló el duque, mirando a su hija de reojo, y esta abrazó a la duquesa buscando protección—. Espero se encuentre en perfecto estado, lady Answorth.

La nombrada se sonrojó y asintió con rapidez, apenada.

—Connor —Como odiaba que lo llamase por su nombre de pila—. El carruaje está listo. Encárgate que todo se dé correctamente, irás en uno de alquiler para evitar levantar sospechas.

Malcolm Aldrich confiaba en él porque sabía que los rumores sobre su hijo irresponsable eran una fachada para tapar lo que realmente era; no obstante, lo que Kent no sabía era que el ángel de la temporada era una terrible tentación para Connor en todos los sentidos de la palabra.

—Como usted ordene, padre.

—¿Puedo ir? —preguntó Seraphina.

—No —dijeron todos los miembros de la familia Aldrich al mismo tiempo haciendo que las invitadas de la aludida respingaran.

Lo correcto habría sido llevar primero a lady Answorth, pero dado que era él quien estaba al mando, la primera en quedarse en su casa fue lady Aline, quien con un suave «gracias» salió huyendo como si él fuera un violador serial. Su relación con la dama era buena, pero los últimos acontecimientos tenían muy apenada a la mujer como para tratarlo como de costumbre.

El carruaje inició su marcha para llegar a la casa de su ángel y no supo cómo tomar el hecho de que ella mirara por el exterior de la ventanilla como si estuviera frente al mejor paisaje de Gran Bretaña. O estaba tratando de ser indiferente o le estaba viendo la cara de estúpido.

—¿Cómo llegó a mi casa?

—Alquilé un carruaje. —Conectó sus miradas—. No me había dado cuenta, pero Londres es un poco tenebroso por las noches —desvió el tema y Connor se frotó el puente de la nariz con frustración.

—El que implemente la palabra «poco» me confirma la humildad que habita en usted, milady. —Ella no tenía la menor idea de todo el peligro que corría merodeando sola por la ciudad en un carruaje de alquiler.

—Nada de esto habría sucedido si hubiera seguido su camino. —Lo acusó de pronto, adoptando una pose defensiva.

—O si se metía al armario como la gente normal suele hacerlo cuando quiere esconderse —contraatacó haciendo que ella achicara los ojos, recelosa.

—Si lo que quiere es que le agradezca lo haré: muchas gracias, milord, por un momento pensé que moriría.

No era como si él hubiera llegado a permitir su muerte. Primero estaba la opción de aplastar a su hermano.

—Sé que mi hermana es agradable y genera en uno cierta ternura; pero si quiere un consejo: no siga sus pasos sólo porque ella se lo pida, los problemas la persiguen

—Vine porque quise, su hermana no me obligó a nada.

—¿Por qué arriesgarse?

—Quería conocer su casa y a su familia. Todos son... un poco diferentes entre sí —completó con una sonrisa risueña y él se removió con inquietud ante su frescura. Si no mal recordaba, hace casi una semana la había humillado en su alcoba en Sussex—. Seraphina dijo que usted y su hermano no estarían en casa, nos tomaron por sorpresa. Me imaginaba a lord Zachary un hombre más serio.

—No me sorprende que ella hubiera planeado todo con anterioridad —farfulló con irritación, imaginándose a cierta rubia ideando todo un plan para meter a las dos mujeres a su casa sin ser descubierta—. Y lo es, Zachary no se anda con chiquilladas, hoy sólo tuvo la mala suerte de dejarse llevar por el alcohol.

—Su familia es agradable, tiene unos padres muy comprensibles y amables.

Empuñó las manos sobre sus antebrazos dado que tenía los brazos cruzados y contuvo el aliento para no decirle ninguna grosería. Su padre no era amable, si fuera un buen hombre; su madre y él no habrían sido abandonados en el campo por casi diez años a su suerte. Hailee podrá haber perdonado a Kent, pero Connor jamás le tomaría respeto a su progenitor.

—Y los gemelos —Se llevó una mano al pecho con regocijo—. Se parecen tanto a usted y a su padre. Lord Zachary y Seraphina sacaron la belleza femenina de su madre.

Otra cosa que odiaba era que era el vivo retrato de su padre y lo peor de todo era que su padre, al haberlo concebido cuando sólo tenía diecisiete años en un desliz que tuvo con su madre, hacía que el parecido fuera aún más notorio porque la edad lo favorecía. En cuanto a sus otros dos hermanos que compartían la cabellera rubia y los ojos de un azul tan intenso como el mar, era algo que prefería no hablar con lady Answorth, quien por más que fuera una criatura inocente era una completa desconocida.

—Es usted muy observadora. —Apretó la mandíbula cuando la rubia saltó de su lugar para sentarse junto a él. No pretendería seducirlo, ¿verdad? La idea no le desagradaba en lo absoluto, quizá y así la obsesión que sentía por esa fémica disminuiría un poco.

—Demasiado, no crea que no vi la cicatriz que tiene en el mentón. —Respingó en el momento que sus manos desnudas acunaron sus mejillas; tan suaves, tibias y tentadoras para que él lamiera uno de sus dedos... Se reprochó a sí mismo por haberse perdido con tanta facilidad por un simple acercamiento y regresó su atención a la mujer que inspeccionaba su rostro con ayuda de la lámpara a gas que estaba empotrada en el techo del carruaje—. Por un momento pensé que era mi

imaginación. —Tragó con fuerza cuando la yema de su dedo bajó por su yugular aprovechando que no llevaba un pañuelo.

¿Por qué se veía tan serena?, ¿era al único al que el corazón le latía desbocadamente? En esa posición envolverla por la cintura y poseer su boca sería pan comido, por no hablar de las mil y un maneras con las que podría desvestirla y darle un inolvidable placer.

—¿Cómo se la hizo? —No retiró las manos de su cuello, pero sus ojos se adueñaron de los suyos.

—Un accidente.

«O un combate cuando un intruso del palacio intentó enviarle un regalo al rey con una bomba dentro». En el momento que fue descubierto luchó por su vida y fue ahí donde lo lastimó con su daga. Nada grave desde su perspectiva y años de experiencia.

—Lo hace ver muy atractivo. —Finalizó su escrutinio y regresó a su lugar como si nada extraño hubiera surgido entre los dos y la tensión sexual no existiera. Lady Answorth alisó la falda de su vestido con sencillez y despreocupación—. Todos en su familia lo son.

Entrecerró los ojos. En muchas ocasiones él, silenciosamente, había llegado a la conclusión que la única desafortunada era Seraphina, quien poseía un cuerpo regordete y unas curvas un tanto escandalosas. Su rostro era hermoso y sí que tenía admiradores que se perdían en su... encanto; pero eso no bastaba para que alguno decidiera pedir su mano. Su hermana rompía el canon de belleza y su padre, totalmente frustrado, ya se había resignado a la idea de que su hija no encontraría un esposo en un futuro. Y aunque Seraphina no lo dijera, ella también lo sabía.

Aquel comentario iba destinado con un propósito y él no se quedaría con la curiosidad de conocer su objetivo.

—¿Lo dice por mi hermano? —Recibió una mirada confundida—. Zachary tiene una belleza que hasta cierto punto raya lo absurdo y normal. Su rostro angelical, el cabello perfecto, el porte ideal y...

—Usted me parece más apuesto que su hermano.

Sus labios se pegaron en una línea recta y la satisfacción que lo invadió no tuvo precio. Su sinceridad era algo que debía rescatar, la dama no tenía pelos en la lengua a la hora de expresar lo que sentía. Era admirable, más tomando en cuenta que las mujeres eran criadas para decir lo que un hombre esperaba oír, no lo que realmente estaban pensando o sintiendo. Si bien durante años eso brindaba un gran poder al sexo masculino, Connor odiaba saber que las cosas fueran así para las mujeres, puesto que de ser diferente, su madre y él nunca se habrían quedado al lado de Kent.

—Sin embargo, eso no quiere decir que él no lo sea. —La dama sonrió traviesamente cuando él gruñó por lo bajo—. Son muy diferentes.

Eso era normal.

—Aunque no lo crea, milady, usted y su hermana también lo son. El único parecido que yo veo en ustedes es el tono de su cabellera y el color de sus ojos.

La sonrisa de la dama creció.

—Lo sé. Ella se parece mucho a nuestra madre y mi padre dice que yo tengo algo de ambos. Sé que ella es la más atractiva, su belleza siempre fue más delicada.

—¿Eso es lo que le parece? —No era como si pudiera decirle que ella era cien mil veces más hermosa que la duquesa de Beaufort cuando en Sussex le insinuó que para él no era nada atractiva.

—Sí, me recuerda mucho a mi madre.

Después de unos minutos de silencio, el carruaje se detuvo anunciando su llegada y antes de que el cochero les abriera la puerta, lady Answorth le regaló una sonrisa risueña, confundiéndolo.

—¿Se dio cuenta que podemos estar solos en un carruaje sin que yo lo incomode o ponga en una situación difícil?

La pregunta lo tomó por sorpresa, dejándolo sin palabras, pero gracias a los santos ella continuó.

—No estoy molesta ni ofendida por lo que ocurrió hace una semana, lo comprendo y quiero que sepa que me siento muy apenada con usted, no quise molestarlo. Sin embargo, quiero que nuestra amistad prevalezca, usted me agrada. —Estiró su mano para que la besara y aturdido posó los labios en sus nudillos—. ¿Seguimos siendo amigos?

¿Era normal querer besar a una dama inofensiva cuando esta le pedía una amistad sincera?

—Sí —respondió acompañado de un asentimiento.

—¿Irá a la fiesta de disfraces de mi hermana? —indagó mientras bajaban del carruaje y Connor tragó con fuerza.

—Beaufort jamás me perdonaría si faltase.

—Eso es bueno, espero que por fin se atreva a pedirme un vals. —La miró de recelo y ella le guiñó un ojo, divertida—. Como amigos, claro está.

Las comisuras de sus labios danzaron.

—¿Cuál será su disfraz? Me gustaría que fuera el primero de la noche.

Le encantaba la idea de poder olvidar lo ocurrido en Sussex, por lo que no perdería esta oportunidad.

—Así no es divertido, usted debe encontrarme.

—¿Y cómo conseguiría tal hazaña? —Se sintió ofuscado, la mitad de Londres asistiría a la velada que se efectuaría en dos días.

La dama se dio unos toquecitos en el mentón y luego se encogió de hombros.

—Estoy segura que podrá encontrarme.

—Pero...

—Debo irme, no queremos llamar la atención. —Salió disparada hacia la puerta de servicio y Connor se quedó allí, solo bajo la helada brisa de la noche pensando en la mujer que poco a poco le hacía replantearse la idea de que no sería tan malo ser el dueño de su vida y tenerla sólo para él.

Rápidamente ladeó la cabeza en modo de negación al darse cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos. No podía casarse con lady Answorth ni con nadie; la fidelidad era algo que aún no estaba en sus planes, él también quería disfrutar de su soltería ahora que los problemas de la corona habían disminuido.

Ingresó a Kent House esperando poder descansar un poco, pero ahogó una maldición cuando su padre lo mandó a llamar a su despacho. Le parecía increíble, el día tenía veinticuatro horas y Kent quería hablar justo en las primeras.

En el silencio de la estancia y observando como su padre revisaba unos documentos, Connor se preguntó si algún día lograría entenderse con su progenitor, estaba claro que al hombre le quedaban buenos años de vida, por lo que esperaba que sí.

—Me gusta lady Answorth —comentó, llenando el silencio, y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Bueno... no creo que a mi madre le guste saberlo. —Trató de bromear, pero la gélida mirada de Kent le advirtió que no estaba para sus juegos—. No me interesa.

—Fue por eso que no mandé a llamar a Worcester, si él se enterase que su hermosa hija estuvo a punto de caer de un segundo piso por culpa de tu hermana, nunca te tendría en cuenta como

pretendiente potencial.

¿Qué parte de «no me interesa» no había entendido su padre?

—Creí que lo hiciste para que tu hija mantuviera a sus amistades —comentó con indiferencia y el duque asintió.

—En parte.

—No tengo en mente casarme por ahora, lo haré a mis cuarenta y cinco.

—Lo harás este año.

—Quiero disfrutar de mi soltería, he trabajado por años para la corona y...

—Por voluntad propia —le recordó con dureza—. Tienes obligaciones con tu título.

—Nunca quise cargar con él.

—Pero es tu destino.

Enarcó su oscura ceja y se puso de pie con parsimonia.

—Pudo no haberlo sido, ¿recuerda, padre?

—Sólo quiero que escojas una buena esposa y formes tu propia familia —desvió el tema con la mandíbula apretada y el cuerpo tan rígido como una vara. Al parecer era un tema que siempre los perseguiría e incomodaría a los dos.

—Lo pensaré. Pero no le prometo nada.

—Lady Answorth es un excelente partido, su reputación podría limpiar la tuya. Aunque también puedes considerar a lady Aline; ambas tienen lo que tú necesitas: un buen nombre.

Abandonó el despacho de su padre en silencio. Era verdad, ellas podrían ayudarlo a restaurar su reputación, pero el problema era mucho más complejo de lo que su padre pensaba. Si él no era destituido de su trabajo por el mismísimo rey, siempre, para todos, sería un libertino sin remedio; y si estaba casado, muchos rumores falsos caerían sobre los hombros y reputación de su esposa. Algo que por supuesto él no quería para nadie, ni para el ángel de la temporada ni para la hija de un amigo de la familia.

A la mañana siguiente, Connor abandonó su casa a primera hora para evitar compartir un ajetreado desayuno con su familia, dado que seguramente hablarían de los sucesos de la noche anterior, y se dirigió al club.

—No me gusta meterme donde no me llaman, pero algo te sucede —espetó el conde de Ross, lanzando un dardo contra la pared al azar, y Connor lo buscó con la mirada.

El club siempre sería su refugio y era bueno saber que aún tenía a un amigo en él para poder conversar, pues Windsor y Beaufort estaban muy ocupados atendiendo a sus mujeres.

—Mi padre quiere que me case.

—La misma historia de cada temporada —dijo con una sonrisa ladina y él ladeó la cabeza con preocupación.

—Me dio dos candidatas que le agradan, creo que esta vez va muy en serio.

No debería seguir pensando en la conversación que compartió con su padre; no obstante, se sentía atormentado, no podía quitarse a lady Answorth de la cabeza y ¡Dios! Cómo la deseaba, no importaba a qué mujer acudiera, ninguna conseguía hacer con su cuerpo lo que esa mujer hacía con tan sólo hacer acto de presencia en sus pensamientos.

—Son las diez de la mañana, pero creo que necesitas una. —Aceptó la copa de brandy que Ross le tendió—. ¿Qué damas? Una debe gustarte para sentirte tan confundido dado que cada año sabes cómo enviar al demonio al duque de Kent.

Rodó los ojos con frustración, ¡es que Ross no podía fingir ignorancia aunque sea una vez en la vida!

—Lady Answorth —dijo cautamente viendo como su amigo ingería el brandy. Sabía que la dama era como otra hermana para Ross, por lo que debía ser muy cuidadoso. Ross no mostró emoción alguna en el rostro—. Y la otra es lady Anderson.

Ese nombre hizo que sus movimientos cesaran y bajara la mano para apoyarla en sus piernas que estaban cruzadas con despreocupación.

—Ashley rechazó a Aberdeen antes de ir a Sussex y tengo entendido que al único al que Worcester el dio autorización para cortejarla es al duque de Blandes. Es un digno rival si tu inclinación es hacia mi prima.

En aquel sentido no pensaba decirle que dama era la que lo atormentaba.

—¿Y lady Aline? —llamó a la mujer por su nombre y su amigo tamborileó los dedos sobre su rodilla, pensativo.

—Ella pronto estará arruinada. No es un buen partido.

Se enderezó.

—Es imposible, mi padre no me dijo na...

—Tu padre no te lo dirá, esa sería una razón para que descartes a la dama —le cortó con frialdad.

—¿Cómo sabes algo así?, ¿qué está sucediendo con la familia Anderson?

—Mi madre quería que pidiera la mano de lady Aline porque casualmente cayeron en las manos de Beaufort unos pagarés que el conde no puede pagar. Si Beaufort quiere puede liquidarlo.

—Pero no lo hará —aseguró con sequedad—. ¿Y por qué no desposas a lady Aline? Está claro que un matrimonio con ella no te impediría seguir con tu amante.

—No, no lo haría —espetó con indiferencia—. Pero aspiro a un matrimonio más ventajoso, estamos en tiempos difíciles como para no elegir a una esposa con dinero, ¿no te parece?

—Tu patrimonio te alcanza para tres vidas —protestó con incredulidad y su amigo se rio sin humor alguno.

—Podrían ser cuatro, ¿no crees?

De acuerdo, Ross tenía cierta fascinación por el dinero, para él nunca sería suficiente lo que ya tenía.

—Y bueno, he de suponer que la que te importa es mi prima —Se tensó, ¿cómo lo sabía?—. Acabas de sugerir que soy un cabrón por no casarme con lady Aline y no saliste corriendo en su búsqueda para ayudarla, por lo que está claro que apuntas a la rubia.

—Pero la situación de los Anderson no es tan mala, ¿verdad? —inquirió aún sorprendido por la noticia, no tenía caso negarle lo inevitable a su amigo.

—Blandes está al tanto que Beaufort tiene los pagarés y no hay día que no se presente ante él para conseguirlos. Está desesperado, los quiere y si nuestros cálculos no fallan se acercó a mi prima para conseguirlos. Sin embargo, todos sabemos que esos pagarés no pueden caer en las manos del duque, él odia demasiado a los Anderson y eso sólo traería desgracias para la familia.

Las cosas eran más complicadas de lo que aparentaban.

Durante años había sido amigo de la familia Anderson y la idea de ver a lady Aline en desgracia le desagradaba. Era una mujer buena y encantadora, no merecía que Blandes le arruinase la vida por una venganza que a decir verdad nadie comprendía a trasfondo. Fue el antiguo duque quien retó a duelo al conde de Norfolk y murió en él, era la vida del conde o la del duque, por lo que no había nada que se pudiera hacer al respecto.

Le llegó una misiva de su madre que le informaba que quería verlo en la casa de los condes de Norfolk en veinte minutos para tener una reunión de té con la familia. En otra ocasión, él se habría

desentendido del asunto, pero en este momento algo lo impulsó a asistir.

Y era la continua necesidad que sentía por ayudar a las mujeres desprotegidas.

—Ella no es tu obligación —decretó Ross con sequedad antes de que abandonara la oficina del club y lo observó con incredulidad.

—La conocemos desde que es una niña, ¿acaso no te preocupa lo que pueda ocurrirle? No tiene hermanos y tú y yo sabemos lo desagradable que puede llegar a ser Blandes.

—Beaufort tiene los pagarés, nada malo sucederá.

—¿Y si estos cayeran en las manos de Blandes? —probó suerte y la frialdad de su amigo fue casi palpable cuando se encogió de hombros.

Era increíble, si no malentendía era Ross quien tenía una mejor relación con lady Aline dado que fue ella quien lo ayudó a esconder el paradero de su hermana cuando huyó de Windsor hace más de tres años. Qué injusta era la vida, ahora comprendía por qué su madre solía decirle que no había que esperar nada de nadie por más cercano que esta persona fuera de uno.

Estando al tanto de la terrible situación de la familia Anderson, Connor no pudo sentirse tan a gusto en la mesa y comprendió por qué la palidez de lady Aline en las últimas semanas. La dama estaba preocupada por el futuro de su familia y seguramente se sentía inservible al no poder encontrar un buen marido, aunque ahora sopesaba que Blandes era quien le estaba ahuyentando a los pretendientes.

Él conocía al duque, era un miserable envidioso al que le encantaba tomar lo que no era suyo para después desecharlo y dejar al otro sin nada. En su juventud: solía robarle a todas sus amantes y en un principio Connor no se mostró molesto, hasta que el duque se tomó el asunto como algo personal. Blandes tenía una cierta afición a meterse con sus cosas o mujeres, por lo que la idea de hablar con él era imposible porque se detestaban mutuamente.

—He de confesar que me apena mucho mirarlo a la cara después de lo que ocurrió la noche anterior, milord —dijo la pelinegra, azorada, mientras caminaban por el jardín de su casa seguidos por su carabina que se encontraba a varios pasos de distancia tras de ellos.

Su madre sólo lo llevó a él a esa reunión de té, por lo que era fácil deducir que su padre estaba detrás de todo.

—Fue divertido. —Claro, sin tomar en cuenta que lady Answorth estuvo a poco de morir y su hermano vio algo que no debería haber visto. No le gustó sentirse repentinamente tan molesto, odiaba no poder controlar sus emociones cuando de la rubia se trataba—. No debe arrepentirse, al menos usted será una de las pocas damas que tendrá algo de su juventud para contar.

La pelinegra sonrió alegremente, haciendo que su belleza brillara bajo la luz del sol.

—Muchas gracias, lord Sutherland, usted siempre busca la manera de hacerme sentir cómoda en su presencia.

—Pero nunca conseguí que me tratase de una manera más coloquial.

—No es adecuado.

—Lo adecuado suele ser aburrido de vez en cuando, ¿no le parece? —Lady Aline no le respondió y decidió dejar el tema hasta allí, quizá ella aún no estaba lista para considerarlo un buen amigo cercano—. Cuénteme un poco de la situación de sus padres, ya sé algo de lo que está ocurriendo.

—No debe preocuparse —respondió con rapidez, retirando la mirada—. Mi intención no es obligar a nadie a contraer una unión matrimonial conmigo. Si fue el conde de Ross quien le dijo algo al respecto, quiero que sepa que él no tiene razón; mi familia no busca atrapar un pez gordo, simplemente está viendo si existe una luz al final del túnel.

No quería ni imaginarse la grosería que Ross le dijo a la pobre dama.

—Él no me dijo nada malo. —Fue sincero, sólo le informó sobre su estado económico.

Los hombros de la dama se relajaron levemente y sus tiernos ojos mostraron la vulnerabilidad que habitaba en ella.

—Oh —musitó tímidamente.

—¿Aún lo quiere? —Siempre fue un hombre observador, y para la mala suerte de lady Aline, Ross también.

—No —dijo contundentemente—. Eso fue antes de ser presentada en sociedad, pero creo que él está malinterpretando las cosas. No comprende que los años suelen cambiar a las personas y sus sentimientos. Era una niña.

No podía culpar a Ross de irse con cuidado, desde que la pequeña Aline cumplió quince años la marquesa de Winchester y la condesa de Norfolk empezaron a planear la boda de sus hijos, más cuando la niña parecía estar muy atraída por el castaño.

—No están solos. —Sujetó sus manos para brindarle mayor seguridad y ella aceptó el apoyo con gratitud—. No puedo decirle que me casaré con usted, pero moveré todas mis cartas para ayudarlos.

Connor abrió los ojos sorprendido cuando la dama lo abrazó por la cintura y con una sonrisa fraternal la envolvió en un tierno abrazo. Si había algo que él jamás podría permitir era que un hombre o alguien más lastimase a una mujer inocente, no estaba seguro si se debía a su complicada infancia o simplemente al hecho de que no quería ser como su padre.

Alzó la vista en dirección de la casa de los condes y arrugó el entrecejo al ver a un hombre apoyando en la balaustrada del balcón, mirándolos con atención. La cabellera rubia oscura por un momento hizo que pensara que se trataba de Ross, pero cuando agudizó la visión se encontró con el frío semblante del duque de Blandes.

Él estaba en la casa de su mayor enemigo y sospechaba que nada bueno podría traer esa visita.

Decidido a evitarle el mal rato a lady Aline, rompió el abrazo y la invitó a seguir con el paseo adentrándose todavía más en el jardín para que el duque no pudiera verlos. Era un espía y comprendía que si alguien quería vengarse de una persona, la mejor manera de atacar era dirigiéndose al punto débil de su enemigo, y lastimosamente lady Aline era el del conde de Norfolk.

—¿La veré mañana en la fiesta de disfraces de los duques de Beaufort?

—Seré un inofensivo conejo.

Enarcó su ceja con cinismo.

—Creí que era de disfraces.

—¡Milord! —jadeó con fingida indignación y por los siguientes veinte minutos conversaron y se rieron de sus propias ocurrencias, solidificando aún más la amistad que tenían.

Definitivamente no permitiría que nada malo le sucediera a la dama.

Capítulo 3

Ashley odiaba meterse en problemas, pero desde que tenía uso de razón, estos siempre solían seguirla a donde quiera que vaya, por lo que algo le decía que nada bueno podría salir de la peligrosa aventura a la que se estaba adentrando junto a su hermana, quien en vez de estar en cama como el doctor se lo ordenó, la había arrastrado hasta allí sin autorización de su marido, el flamante duque de Beaufort.

—Siendo sincera contigo, Rachel, creo que a tu esposo no le gustará enterarse que te encuentras en su club con un perfecto disfraz de cortesana sólo porque no te parece que esta noche llegue tarde a tu casa.

—¿De verdad crees eso? —La observó por encima del hombro, tenía un deje de diversión en el rostro—. Yo creo que lo que no le gustará a Liam es saber que te traje conmigo.

Ashley sonrió con nerviosismo y reacomodó su peluca color fuego. Ni siquiera su disfraz la salvaría del poderoso duque de Beaufort quien, después de esta noche, ya no le dejaría ser la dama de compañía de su duquesa.

—No es como si pudiera dejar que mi hermana embarazada camine por un club nocturno totalmente sola. Eso es imposible e impensable, ¿qué tipo de hermana dejaría a...?

—Admite que querías venir.

—De acuerdo —soltó de sopetón, sincerándose, y aceleró el paso mientras miraba con asombro las ventanas que existían en el pasadizo por el que su hermana la estaba guiando. Ellas podían ver todo lo que ocurría en el club desde allí, pero los de afuera ni siquiera estaban enterados de su presencia—. ¿Estás segura que vamos por el camino correcto? —Todo se veía tan oscuro y abandonado, que ni siquiera se podía imaginar a nobles tan respetables como los dueños del club vagando por estos pasillos.

—Sí, Liam me enseñó un mapa y este nos guiará al sótano. Él me dijo que tenía un asunto que atender en el ring, así que su deber es estar allí.

—¿Crees que se moleste mucho por vernos aquí? Es decir, mañana serás presentada en sociedad y deberías estar en cama, descansando por el bien del niño que esperas.

—No pasará nada malo, lo esperaremos de este lado del pasillo.

—¿Entonces por qué nos disfrazamos? —Arrugó la nariz como si estuviera olisqueando algo de muy mal gusto y por unos segundos se sintió desorientada, ¡tardaron horas en arreglarse para conseguir ese resultado y ahora ella le informaba que todo el tiempo perdido fue para nada!

Ashley debía admitir que por un momento pensó que podría caminar por el club y fisgonear un poco.

—No es como si pudiéramos entrar al club así como así, por más de que usáramos la puerta trasera mi deber es mantener tu identidad oculta.

Pero para eso un antifaz y una peluca habrían sido suficiente. Clavó la vista en los ventanales, sin querer profundizar en el tema, y una interesante idea se alojó en su cabeza.

—Estaba pensando que podríamos evaluar a mis pretendientes desde este lado del pasillo. Ya sabes, papá dice que la mayoría son sinvergüenzas sin oficio que gastarán la dote que tu esposo me otorgó en menos de una semana.

—Liam opina lo mismo, así que no son pretendientes válidos porque se encargará de todos.

No te preocupes.

—Oh —musitó con suavidad, deprimiéndose. Después de todo ser la beldad de la temporada y cuñada de un duque poderoso no era tan ventajoso, la mayoría de sus pretendientes sólo pensaban en el dinero y lo maravilloso que sería emparentar con Beaufort—. ¿Y qué me dices de Blandes?

—Lo odia.

—Pero es muy bueno conmigo, hoy me regaló bombones.

—Unos chocolates no deben comprarte, Ashley —chilló Rachel, fulminándola con la mirada, y el rubor trepó por sus mejillas.

Ella no sabía de amor, no comprendía cómo funcionaban las cosas, lo único que tenía claro era que el hombre que le gustaba no se sentía atraído hacia ella y debía conformarse con su amistad. Las cosas eran más complicadas de lo que se había imaginado; es decir, la mayoría de los caballeros ingleses la deseaban menos el que a ella le interesaba.

Bueno... al menos ahora era su amigo, ¿no? Ese era un gran avance, lo cierto era que no deseaba perder la amistad del marqués de Sutherland por nada en el mundo, ese sería su mejor consuelo.

—Pero él es atractivo —dijo una razón que podría ser admitida y Rachel meditó la situación.

No era como si en Londres los hombres como Blandes abundasen.

—No sé por qué Liam lo odia, pero estoy segura que el duque es la razón de que mi esposo esté aquí esta noche y no conmigo en casa.

—Ahora que lo dices, el día de hoy su excelencia estuvo muy serio, dijo que tenía muchos asuntos que atender esta noche.

—Listo, es aquí. —Rachel paró en seco y Ashley chocó con su espalda al no haber previsto el movimiento de su hermana. Volvió la vista hacia el gran cristal que le permitiría ver lo que sucedía en el exterior y abrió los ojos de par en par al ver a lord Sutherland allí, ¡sin camisa!, sobre el ring.

¡Qué apuesto era!

Definitivamente nunca se cansaría de verlo en paños menores, pero algo le decía que esta sería la última oportunidad que tendría para memorizar su hermosa figura. Era alto y fuerte, cualquiera que lo viera con sus trajes de gala pensaría que era un hombre flaco y debilucho, pero bajo esas prendas existía un hombre hecho de puro acero.

Su hermana empezó a decir algo respecto a su marido y no pudo prestarle la debida atención, su mente estaba en ese hombre que la atormentaba en su día a día. No había día que no se preguntase por él, si estaría con una mujer, si en algún momento ocuparía un poco de su tiempo para pensar en ella... qué triste era no saberse correspondida.

—... si lo sigues mirando así creeré que te gusta el marqués.

Bajó la mirada.

—Pero yo no le gusto a él —confesó quedamente, acariciando el vidrio con nerviosismo, y el silencio se propagó entre ambas hermanas por unos segundos.

—¿Te gusta Sutherland? —preguntó cautamente y Ashley asintió—. ¿Y quieres decirme que tú no le gustas a él? —Esta vez su voz fue emitida en un tono lleno de incredulidad—. ¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo. No pienso hablar sobre eso —agregó con rapidez regresando la vista hacia el pelinegro de ojos color esmeralda. Según sus cálculos él enfrentó unos cuantos combates con anterioridad porque su cuerpo tenía leves hematomas y estaba todo sudado.

—¿Qué?, ¿cómo se atreve a rechazarte? Eres la hija de un conde y la beldad de la temporada, todos aspiran a desposarte.

—Él no lo hace.

—Liam adoraría que te cases con Sutherland, podría hablar con él y...

—¡No! —Gruñó al instante—. Jamás obligaré a ningún hombre a casarse conmigo, Rachel, quiero lo que tú tienes y para eso debo encontrar a un hombre que me ame tal y como soy. El marqués terminaría odiándome si lo llevo al altar a la fuerza.

—El amor nace de muchas maneras —espetó su hermana con seguridad—. A veces un beso puede traerlo a ti.

¿Un beso?

Lo cierto era que anhelaba recibir uno y esperaba, de todo corazón, que el día de mañana en la presentación de su hermana un bondadoso caballero accediera a cumplirle el deseo. No quería dar por sentado algo, pero había que admitir que se sentía desesperada por encontrar a un buen esposo cuanto antes, no le gustaba sentirse tan sola, ver a su padre y hermana con sus parejas no le ayudaba a sentirse tranquila; algo le decía que estaba estorbando en sus relaciones.

Regresó a la realidad al ver como un hombre subía al ring y el corazón a poco estuvo de salirse por la boca al ver que se trataba de Blandes, quien al igual que Sutherland no llevaba nada arriba. Se veía más musculoso que el marqués y eso en el fondo la preocupó. A diferencia del pelinegro, el rubio estaba intacto y daba brincos en el ring para calentar un poco.

Iban a pelear y no tenía la menor idea del por qué. Rápidamente buscó a su cuñado entre la multitud y tragó con fuerza al ver que Ross y él hablaban de algo por lo bajo mientras miraban a los hombres que pronto entrarían en combate. Entrecerró los ojos al ver una tensión en ambos hombres, todo indicaba que sería una pelea importante.

—Le enviaré una nota a Liam para que venga con nosotras. No entiendo nada de lo que está sucediendo allí dentro —expuso su hermana, como si fuera de lo más normal que una duquesa estuviera en el club de su esposo, y Ashley tiritó al ver como Sutherland y Blandes intercambiaban palabras de rencor. No había que ser un genio para darse cuenta de ello.

Su hermana desapareció de su campo de visión por unos minutos y Ashley se aferró al cristal al ver como la pelea daba inicio y Blandes se abalanzaba contra el pelinegro. Por suerte Sutherland desvió el ataque con un desplazamiento rápido y lanzando un gancho perfecto lo estrelló contra el vientre del duque.

Peleaba bien y era demasiado rápido, algo curioso desde su perspectiva porque normalmente los nobles eran un tanto perezosos, puesto que estaban acostumbrados a que sus criados hicieran todos sus trabajos por ellos.

Blandes se recuperó de inmediato y estampó su puño en el rostro del marqués, haciendo que este girara el rostro por el fuerte impacto.

«¡No, donde sea menos en el rostro!» Rugió mentalmente y giró sobre sus talones al oír la encolerizada voz de su cuñado.

Beaufort era un tanto inoportuno, ¡quería ver la pelea!

—¿Por qué diantres aceptó seguir a Rachel, lady Ashley? Su deber era informarme lo que ella pretendía hacer, no acompañarla hasta aquí.

Esto era malo, detrás de ella se estaba efectuando una pelea demasiado interesante y por culpa de Beaufort se la estaba perdiendo.

—Yo...

—No le di tiempo, cariño, todo se dio muy rápido.

—Tu padre va a matarme, tesoro —musitó el duque con mayor suavidad y Ashley rio por lo bajo.

Su padre estaba muy ocupado con su nueva esposa como para cerciorarse de que ella estuviera dormida en su cama esta noche.

—Sutherland pelea muy bien —comentó Rachel y rápidamente se giró para ver a Blandes inclinado sobre las sogas del ring, tosiendo sangre.

—Blandes lo retó a un duelo donde el ganador pedirá lo que quiere.

—¿Qué podría pedir Sutherland? —Su hermana le robó la pregunta.

—Eso es justamente lo que no entiendo. Blandes tiene sus razones para estar en ese ring, pero Sutherland...

¿Celos? ¿Podría ser que el marqués sintiera celos del duque? Beaufort ya lo había dicho, no había razón para que el marqués peleara contra el duque, por lo que lo único que Ashley podía pensar era que su intención era que Blandes se alejase de ella.

Los latidos de su corazón se desbocaron, provocando que la piel se le erizara, y tragó con fuerza.

Tal vez estaba soñando en grande, pero era una posibilidad que no podía descartar. Aberdeen se había sentido atraído hacia ella después de rechazarla, ¿por qué Sutherland tendría que ser diferente?

El golpe final del combate fue dado por Sutherland y Ashley se alejó del cristal apeándose hacia su hermana. Era más fuerte de lo que se había imaginado. Con el rostro ensangrentado y una pequeña herida en el vientre, Sutherland abandonó el ring y desapareció de su campo de visión, dejándola con el corazón en la boca.

¿A dónde iría?, ¿tendría a alguien para que lo curase?

Ella era muy mala en esas labores, pero por él podría implementar algo de esfuerzo.

—Sutherland nunca pierde —musitó su cuñado y lo observó con curiosidad.

—Liam... —susurró su hermana y ambos la buscaron con la mirada—. ¿Es eso sangre? —Rachel perdió la estabilidad en las piernas y el duque la levantó en vilo mientras le pedía que no mirara hacia el cristal—. No me siento bien...

El sonido de una puerta abrirse acompañado de fuertes pasos hizo que volviera el rostro hacia la fuente de sonido. La silueta masculina cada vez adquirió mayor nitidez y ahogó un jadeo cuando el marqués paró en seco mirando a su amigo a una considerable distancia.

No estaba bien, sentir lo que sentía por el marqués era un terrible error, pero era algo que no podía controlar: él le gustaba tanto, que daría lo que fuera para poder conquistarlo.

—No te acerques, el olor a sangre no le sienta bien —espetó Beaufort.

—No sé si tu mujer lo sepa, pero el proceso de parto no olerá a margaritas —ironizó y Ashley abrió los ojos de hito a hito por su descaro, aunque... tenía mucha razón, Rachel tenía que buscar la manera de tolerar la sangre en general—. Además, este es un club para caballeros, no debería estar aquí.

Él no se encontraba de buen humor, por lo que lo mejor sería mantenerse callada, no estaba segura si era cierto, pero él solía irritarse con facilidad cuando la veía haciendo algo que no debía.

—Dime de una vez por todas qué es lo que pedirás y me encargaré de que se le notifique a Blandes tu petición. Para eso viniste, ¿no?

—Quiero que se aleje de lady Anderson, en público como en privado.

Ashley sintió como el mundo se le venía abajo al escuchar aquellas palabras.

Aline... el marqués estaba interesado en su amiga, en una mujer tan tierna y hermosa que le era imposible odiarla. Y ni qué decir de su preparación, ella era tan perfecta que sería una duquesa maravillosa.

—Eso es todo por hoy —dijo Sutherland y se volvió sobre su eje para marcharse sin reparar ni un segundo en ella. No era como si pudiera reconocerla con su atuendo tan descarado, la peluca y el antifaz, pero... quería que al menos en una ocasión, él pensase un poco más en su persona.

Era doloroso saberse tan insignificante para el hombre que quería.

—Liam... —gimoteó su hermana y Beaufort gruñó con enojo.

—Sígame, lady Ashley, tendrá que acompañarme esta noche hasta Beaufort House. No la llevaré donde su padre hasta que el doctor revise a mi mujer.

—De acu... —Un escalofrío recorrió su espina dorsal al sentir una imponente presencia tras de ella y sintió pánico hasta de respirar al percatarse de como su aliento acariciaba su nuca. Contuvo el aliento, esperó que se alejara un poco de ella, pero en vez de que sucediera algo así, Sutherland atenazó su brazo con determinación.

¿Cómo llegó tan rápido hasta allí?

—Yo me encargaré de ella. Ve con tu esposa.

Beaufort lo pensó por unos segundos pero terminó asintiendo. Estaba claro que confiaba mucho en su amigo como para dejarla bajo su cuidado; aunque ella ya sabía que él era un hombre de bien y nunca le pondría una mano encima porque deseaba a Aline.

—Y yo que pensaba que sólo mi hermana atraía problemas —espetó Sutherland con dureza y se encogió al sentir su enojo; no obstante, se armó de valor y lo enfrentó con seguridad.

—Mi hermana me pidió que la acompañara. —Tiró de su brazo, pero fue inútil, él no la soltó.

—Y usted tan amable, aceptó sin dudarle —ironizó.

—Me regaló un bonito vestido. —Señaló la prenda color esmeralda que llevaba puesta y la inquietud la invadió cuando él la escudriñó sin pudor alguno. El gran escote hizo que se sintiera muy expuesta, tanto que una extraña sensación se alojó en su vientre bajo.

—Uno que no podrá usar si no está casada —espetó con voz ronca, inclinándose sobre ella, y la boca se le hizo agua.

—Pronto lo estaré. —Fue su única respuesta y dejó que él la guiara por los oscuros pasillos hasta quedar del otro lado del edificio donde se podía apreciar un pasillo común y corriente con una iluminación relativamente buena.

Agradeciendo que su antifaz le cubriera gran parte del rostro, Ashley bajó el rostro ante las curiosas miradas del personal que se movía por el lugar y trastabilló cuando él le rodeó la cintura con el brazo; no obstante, desde ese momento todo el personal bajó la mirada como si el alfombrado fuera lo más interesante que pudieran ver en la vida. Se fijó en las heridas que descansaban en el brazo de lord Sutherland y se mordió el labio inferior con nerviosismo, ¿le dolería mucho?

—Entre. —Abrió una de las grandes puertas de roble y no muy segura ingresó a lo que seguramente sería su alcoba del club.

Ella sabía que una dama no podía entrar a la alcoba de un caballero, ni siquiera aunque este fuera su esposo, pero Dios, quería conocer más del marqués y no deseaba desperdiciar una oportunidad de ese tipo. Para él seguramente era una mujer carente de educación, era la segunda vez que sucedía algo así y nadie podría considerarla un buen partido si conocieran esos secretos, se estaba comportando como una libertina.

Sus ojos recayeron en la enorme cama, donde fácilmente entraría toda una familia, y dio un

paso hacia atrás para mantener su distancia con el mueble. Esta vez se acercó al sofá que estaba frente al hogar de la habitación, lo último que quería era que él recordara como se subió a su cama en Sussex sin vergüenza alguna. La habitación era oscura, pero cada mueble de terciopelo exclamaba a gritos que su dueño poseía una gran fortuna. Las pesadas cortinas color borgoña no ayudaban mucho con la iluminación del lugar, era como si Sutherland prefiriera estar en la oscuridad antes que en un lugar demasiado iluminado. Dos puertas captaron su atención, una seguramente del cuarto de baño y otra de una pequeña sala de descanso, no le sorprendería que el dueño de un aclamado club tuviera su lugar de descanso.

—Puede explorar el lugar si tanta curiosidad tiene. —Su mirada se encontró con la de Sutherland y se sonrojó al ver que tenía los ojos puestos en ella.

—No quiero —gruñó con enojo, ¿por qué no podía ser más discreta?!

No podía culpar al marqués por no desearla, ella jamás podría ser una buena esposa para un noble. Sin embargo, ese punto era uno que su futuro esposo no conocería hasta después del matrimonio donde ella tendría que entrenarse para superarse a sí misma.

—Debo curarme y cambiarme si quiero llevarla a su casa.

Rápidamente se puso de pie y reacomodó su antifaz con nerviosismo.

—Si usted me dice cuál es su carruaje puede mandarme con sus escoltas, no es necesario que me quedé aquí. —Trató pasarlo de largo, pero jadeó cuando él rodeó su cintura y la plantó frente a él.

—No es como si no hubiera estado en mi alcoba antes, milady —murmulló en su oído, haciéndola temblar de placer, y lo buscó con la mirada—. Y usted va a curarme, temo que llamar a una criada puede ponerla en una situación comprometedor.

—De acuerdo —susurró con un hilo de voz y él la liberó de su cautiverio, indicándole con un movimiento de cabeza el cuenco de agua, las vendas y los ungüentos que estaban junto a la ventana. Con paso tembloroso se acercó al cuenco y quitándose los guantes, sujetó uno de los paños para humedecerlo.

—¿Le preocupa algo en particular, milady? —Lo miró sobre su hombro, tenía una sonrisa maliciosa en el rostro—. Está temblando.

—¿De verdad? —Titubeó y lamentó no haberse quitado el antifaz antes de mojarse las manos—. No me percaté de ello.

—No tendría razón de ser. —Quedaron frente a frente y posó el paño en su mejilla herida—. No es la primera vez que me ve en paños menores. —Hubiese preferido que se quejara de dolor antes de que le dijera algo así.

No comprendía por qué quería hablar de ese tema que los incomodaba a ambos, ellos ya acordaron que serían amigos así que no encontraba una lógica al tema que él estaba sacando a flote. Lo mejor sería ignorarlo, recordar la penosa noche en la que fue rechazada sólo le dejaría un mal sabor en la boca y el estómago revuelto.

Siguió limpiando sus heridas, deleitándose de la clara piel de Sutherland, y dio un brinco en su lugar cuando él le quitó el antifaz con suavidad. Lo miró con sorpresa y abrió y cerró la boca como si fuera pez sin saber qué decirle.

—Tengo suficiente con la peluca, así que le quitaré el antifaz —comentó burlón y lo tiró en el sillón de la estancia—. Es un buen disfraz. —Sujetó su mentón, obligándola a mirarlo—. ¿Le comieron la lengua los ratones, milady?; estoy seguro que no fui yo.

El calor se alojó en sus mejillas, haciéndola entrar en pánico. Retiró el mentón con nerviosismo. Ya le habían comentado que tenía un humor un tanto retorcido, pero... ¿jugar con

ella? Eso no sonaba a algo que el marqués haría.

—Tengo miedo de lastimarlo —dijo con rapidez, sin poder vocalizar correctamente, y él asintió.

—No duele mucho, he pasado por situaciones peores. —Tiró de un asiento que estaba tras de él y la observó dubitativo—. Un hombre no debe sentarse si una dama está de pie en la misma estancia que él, pero es necesario que lo haga para que pueda curarme, ¿está de acuerdo?

Vaya... era muy caballeroso.

—Claro.

Era demasiado alto y curar sus hombros sería un suplicio si él no se inclinaba o ponía a una altura razonable. Sutherland se sentó y azorada vio como separó las piernas para que ella pudiera acercarse. Lo hizo, quizá temblando un poco, pero se posicionó entre ellas para limpiar las heridas de sus hombros.

—Me gusta su olor.

—Es sólo vainilla —susurró con un hilo de voz y él alzó el rostro, permitiéndole ver como el verde de sus ojos era consumido por una profunda oscuridad—. Está actuando extraño, milord. — Fue sincera, él no solía ser así con ella.

—¿Eso le parece? —Sonrió retorcidamente y Ashley sujetó el ungüento para aplicarlo en las zonas que estaban heridas.

—Creo que puedo darlo por sentado —afirmó con una radiante sonrisa en el rostro y él se inclinó sobre el respaldo, invitándola a regar el ungüento por su vientre.

—Eso quiere decir que no he sido un buen amigo. —La intensidad de su mirada provocó que la sangre le quemara, e inhaló con pesadez cuando posó una mano sobre la suya—. Duele un poco. Retiró la mano y tomó más ungüento para esparcirlo por la zona que él le enseñó.

—Es un buen amigo, me salvó de unos cuantos problemas.

—Más abajo. —Tiró la cabeza hacia atrás, juntando los párpados, y Ashley frunció el ceño, pero siguió su orden. Tragó con fuerza al ver el triángulo de vello oscuro que nacía en la costura de su calza—. Sí, yo la salvé, por lo que me debe muchos favores. —Su voz tenía un tono distinto, era tan profunda que hasta los pezones le dolieron con sólo escucharla.

—Sí.

Ashley respingó cuando él sujetó su mano de nuevo.

—Ya no es un poco, me duele mucho. —Abrió los ojos, mirándola con una intensidad aplastante.

—No sé qué estoy haciendo mal.

—¿Quiere ayudarme a calmar mi malestar?

Asintió y empezó a inhalar y exhalar con rapidez cuando él llevó su mano hacia abajo y la introdujo entre sus pantalones. La cálida textura la hizo jadear y abrumada rodeó la piel venosa con lentitud, dejando que el marqués guiara sus movimientos.

—Duele, ángel, acarícialo por mí.

—Yo... —Con el cuerpo inclinado y el rostro a la altura del pelinegro, Ashley respingó cuando la determinación brilló en los ojos del marqués. Presionó el miembro con suavidad.

—¡Ah! —gruñó él, tirando la cabeza hacia atrás. Trató de retirar su mano pero él no se lo permitió—. Acepto —farfulló por lo bajo, rodeando su cintura con el brazo libre, y ladeó la cabeza, confundida. Algo en su cuerpo despertó cuando con simples movimientos la subió a horcajadas sobre él—. Te enseñaré lo que es el placer.

Por unos segundos dejó de respirar, pero él la incitó a mover su mano contra su miembro,

derribando cualquier duda que pudiera sentir en aquel momento.

—Mueve tu mano, ángel.

Así lo hizo, obedeció a su orden y sonidos extraños brotaron de su garganta cuando él introdujo sus manos bajo sus faldas y empezó a tirar de sus medias para que sus piernas quedaran en libertad.

—Milord... —gimió asustada, percatándose de como su miembro crecía en su mano, y él la miró con fijeza, dibujando una lasciva sonrisa en su rostro.

—Definitivamente serás mi mejor amiga, ángel.

Capítulo 4

Sus manos acariciaron sus muslos, deshaciendo hábilmente sus interiores, y Ashley juntó los párpados, apenada, imaginándose el recorrido de sus manos. Tiró la cabeza hacia atrás, retirando la mano del miembro masculino, y se concentró en como los dedos masculinos acariciaban un punto que era totalmente desconocido para ella.

—Estás tan húmeda para mí —musitó Sutherland, mirándola con lujuria, y se aferró a sus hombros para no caer hacia atrás. Gracias a Dios él la tenía bien sujeta de la cintura—. ¿Sientes, ángel? ¿Te gusta el placer que estás sintiendo?

—Sí-í —gimoteó—. ¡Ah! —Se arqueó, percatándose de como el dedo masculino se deslizaba en su interior, y presionó los muslos contra los del marqués. Estar encima de él le impedía cerrar las piernas en su totalidad.

—¿Quieres sentir más? —inquirió con voz ronca y asintió—. Baja tu escote para mí.

Lo miró asombrada, pero él sólo enarcó una ceja, burlón, retándola a hacerlo. Dudó un poco, pero al final sujetó el ribeteado de su escote y tiró del mismo hacia abajo junto a su camisola, dejando a la vista sus grandes pechos y sus turgentes pezones. Sentía vergüenza, no podía negarlo, pero ver la satisfacción en el rostro del hombre de su vida sólo la llevó a arquearse, poniendo sus pechos a una corta distancia de su rostro.

Confundida vio como él pasaba sus piernas por los posa brazos, obligándola a juntar sus centros aún más, y se aferró a sus hombros al sentir el roce de sus muslos con su duro miembro allí abajo. En esa posición no podría levantarse con facilidad, prácticamente estaba con las piernas enclaustradas y desnudas sobre el marqués.

—¿Asustada? —susurró él, ingresando un nuevo dedo por su canal, y ella gimió, enterrando las uñas en su piel.

—¿Debería? —Lo desafió, apretando sus dedos en su interior, y con la mano libre él rodeó la curvatura de su cuello y la obligó a tirar la cabeza hacia atrás.

—Para nada.

—¡Ah! —gimió con fuerza, sintiendo como su boca asaltaba su pecho, devorándolo, y una extraña sensación creció en su centro al comprender lo maravilloso que era sentir placer.

Nunca podría culpar a Rachel por sucumbir al duque ahora que sabía lo difícil que era resistirse al hombre que una quería. La cálida y áspera lengua de Sutherland la torturó, acariciando, latigueando y chupando sin compasión, y Ashley perdió la noción del tiempo.

Separó los párpados cuando dejó de tocarla allí abajo y su boca liberó su pezón y lo buscó con la mirada. Jadeó cuando chupó sus dedos con descaro, los mismos que estuvieron en ella hace unos segundos, y la miró con malicia.

—Sabes deliciosa, ángel.

—Milord...

—¿Quieres probar el placer o sólo quieres sentirlo?

—Lo quiero todo.

Él sonrió con satisfacción.

—Chica lista —musitó y Ashley abrió la boca dejando que él metiera sus dedos. Los chupó, hizo lo mismo que él hizo hace un momento y disfrutó de la tensión de su cuerpo. Sutherland se los

arrebató con rapidez y aturdida sintió como la rodeaba con un fuerte abrazo, quiso preguntarle qué estaba ocurriendo, pero un grito salió de su garganta cuando él empezó a golpear su pelvis contra la suya, haciéndola brincar sobre él.

—¿Qué sucede? —Lo abrazó por el cuello, percatándose de la intensidad de los choques, y él gruñó con deleite.

—Muévete, cabalga sobre mí y disfrutarás con creces de esto.

Empezó un rápido vaivén, dado que uno lento era imposible por las embestidas del marqués, y pronto ambos se encontraron gimiendo y jadeando con fuerza, como si fueran dos animales descontrolados.

—Córrete, ángel —susurró en su oído, lamiendo su lóbulo inferior, y ella se aferró a su espalda—. Alcanza el clímax y conoce el verdadero placer.

—Quiero tocarte —musitó excitada y él gruñó en su oído.

—Sacarlo de su lugar no es buena idea —afirmó aceleradamente, golpeando con más fuerza.

—¡Ah! —gritó, dejando que su cuerpo liberara las oleadas de calor que se alojaban en su vientre bajo, y miró cómo él gruñía roncamente y tiraba la cabeza hacia atrás, tratando de recuperar la respiración.

Aún con la respiración agitada y el cuerpo descontrolado, Ashley acunó sus mejillas y tiró de su rostro para que la mirara. ¿Qué fue todo eso?, ¿cómo podía ser él tan bueno en brindarle placer? Quería decirle que necesitaba más, que eso no era suficiente para ella, pero prefirió inclinar el rostro para unir sus labios con suavidad; no obstante, todo su cuerpo se petrificó cuando él retiró su rostro con rapidez.

Por unos segundos no supo qué decir ni sentir y el que la puerta de la alcoba se abriera no ayudó en lo absoluto.

—Suther...

Por el tono de voz, Ashley se percató que se trataba de Ross, pero como Sutherland rodeó su cintura y enterró su mano en su nuca para que su rostro y pechos quedaran contra su torso, bien ocultos, ella no pudo verlo. Sin embargo, sintió mucha vergüenza al saber en qué posición se encontraba y como sus piernas quedaban a la vista de su primo.

—¡Sal de aquí, Ross! —rugió el marqués, asustándola un poco por la intensidad de su demanda.

—Maldición, nunca traes a tus amantes aquí —farfulló el conde.

—¡Largo!

—Milagrosamente no tienes a dos encima. —No comprendió su comentario, pero la puerta se cerró, dejándolos nuevamente a solas, y sin alzar el rostro o decir nada dejó que él la ayudara a salir de su cautiverio. Sutherland le permitió tocar piso y Ashley tardó un poco en conseguir un poco de estabilidad y arreglarse el escote del vestido, las piernas aún le temblaban por la intensidad del encuentro.

Por el raballo del ojo vio que tenía las calzas mojadas y el rubor llenó aún más sus mejillas. Lo miró a los ojos, esperando que le dijera algo para tranquilizarla, pero él simplemente la pasó de largo y sujetó el cuenco de agua para irse tras del biombo.

—Debo cambiarme.

Sus músculos entraron en tensión. ¿Eso era lo único que tenía para decirle? Esperó, deseó con todas sus fuerzas que dijera algo más mientras se vestía, pero al percatarse que él no lo haría, fue ella la que habló.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó con voz ronca, consciente de que era un arma de doble

filo, y enderezó la espalda cuando él salió del biombo con su levita en mano.

—Nada. —Algo en su pecho se oprimió al oír su fría respuesta—. Ross no vio tu rostro.

—Pero usted vio muchas cosas de mí. —Empuñó sus manos a ambos lados de su cuerpo y él carcajeó roncamente.

—Porque usted lo quería, ángel —dijo con descaro, poniéndose la última prenda—. Nadie le dará el placer que yo le di si lleva diez mil prendas encima.

—¿Quiere decir que no se hará cargo de nada? —preguntó anonadada, posiblemente tan pálida como una hoja, y él la fulminó con la mirada.

—Sigue siendo pura, no hay nada de lo que deba responsabilizarme. Además, usted lo dijo desde la primera vez que acudió a mí: sólo quería conocer el placer y yo se lo enseñé. Nunca dije que me casaría con usted.

Sus ojos se cristalizaron y entonces comprendió por qué no quiso besarla: él no deseaba tener nada serio con ella, sólo la usó para satisfacer las necesidades de su cuerpo y ella como una estúpida dejó que la humillara en su alcoba del club.

¿Por qué diantres accedió a quedarse con el marqués?! Lo mejor habría sido seguir a su cuñado, al menos con él su corazón seguiría intacto y no hecho trizas como ahora.

—Me gusta, milord —confesó con voz entrecortada y él se detuvo abruptamente, para mirarla con fijeza.

—Me siento halagado, milady, pero lamento informarle que usted no me gusta a mí —le respondió con dureza, rechazándola sin compasión alguna, y Ashley sintió como una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Entonces por qué me tocó?, ¿por qué dejó que me ilusionara?

Sutherland alborotó su cabellera, mirándola con cansancio, y luego le dio la espalda para ir por un pañuelo.

—Porque para los hombres tocar a cualquier mujer es agradable; son ustedes las que malinterpretan todo —agregó sin mirarla y Ashley retiró las lágrimas de su rostro con rapidez. ¿Por qué tenía que gustarle ese libertino?—. Le seré sincero, milady, usted no está lista para casarse. Renuncie a la temporada, corre mucho peligro aquí, mire lo fácil que fue seducirla. ¿No le da vergüenza? —Le daba, pero más le daba pena el saber que el hombre que quería no valía la pena—. Esto que yo le hice no es nada a comparación de lo que un libertino le haría si tuviera la oportunidad de asaltarla. Al menos conmigo se mantuvo pura y disfrutó del momento.

—No me iré. Quiero casarme.

Sutherland la miró por encima del hombro.

—¿Por qué no esperar un año?, ¿cuál es la prisa? Además el hombre que le gusta soy yo y lamento informarle que...

—Retiro mis palabras —soltó con seguridad, enderezando la espalda. Él se volvió hacia ella—. Jamás podría sentirme atraída por un hombre tan desagradable como usted.

—No puede casarse —aseveró, avanzando cautamente hacia ella—. No ahora, no está lista.

¿Quién se creía para decirle algo así? Él podría gustarle mucho, pero incluso así no dejaría que decidiera por ella. Sutherland no era su esposo.

—Hace un momento me sentí más que lista —dijo con sencillez, sonriendo con altanería, y se volvió sobre su lugar para dejar la alcoba del marqués. No podía reclamarle nada porque en el fondo él tenía razón: fue ella quien se buscó la humillación del hombre. Sutherland en ningún momento le hizo una promesa, fue ella quien pensó que todo cambiaría después de su encuentro.

No llegó a dar más de dos pasos porque él la sujetó del brazo y de un tirón la alejó de la

puerta y la posicionó junto al sofá. La sorpresa la dejó muda, pero luego lo miró consternada. Se asustó, él no se veía en lo absoluto sereno. Por el rabillo del ojo detectó su antifaz y nerviosamente lo sujetó y se lo colocó con rapidez, no quería que nadie la reconociera.

—Debe dejar Londres —decretó con fuerza, elevando la voz, y ella lo fulminó con la mirada.

—No lo haré, ¿quién se cree para decirme lo que debo hacer?

—¿Es que no se da cuenta?! Nadie se quiere casar con usted por una buena razón; ¡todos quieren emparentar con Beaufort!

Fue un golpe bajo, pero Ashley levantó la barbilla con suficiencia.

—Y ese no es asunto suyo.

—Sólo me preocupo por usted.

La visión se le empañó y ganando una gran bocanada de aire le dio la espalda y se frotó las sienes con cansancio. Era una tonta, una estúpida por haber confiado en el marqués, nunca debió decirle lo que sentía por él, ahora se creía el dueño de su vida.

Su cuerpo tembló cuando rodeó su cintura con suavidad y juntó los párpados con frustración cuando besó su hombro desnudo. ¿Por qué la confundía con sus acciones?, ¿acaso él no se daba cuenta de lo mucho que la hirieron sus palabras?

Siempre le dijeron que era un hombre sincero, que nunca retenía sus pensamientos por más inadecuados que fueran, pero incluso así... existían muchas maneras para rechazarla.

—Tú eres mía —susurró en su oído y totalmente alterada se volvió sobre su lugar y lo empujó por el pecho.

—Me casaré con Blandes —soltó, recordando que el duque quería casarse con ella, y jadeó con sorpresa cuando él rodeó su cintura con posesión desmedida.

—No, no lo harás —escupió, rojo de la cólera, y Ashley se preocupó al verlo tan exaltado—. De ser necesario hablaré con su padre para que la envíe al campo, hizo muchas cosas...

—¡Y yo le diré lo que usted me hizo! —chilló, forcejeando con él, y Sutherland se alejó de ella como si su tacto quemara. La tristeza la invadió, qué poco le interesaba a ese hombre—. Lléveme a mi casa, quiero irme —pidió con un hilo de voz y él gruñó con enojo.

Por un momento pensó que la obedecería, pero en un abrir y cerrar de ojos se vio acorralada por sus fuertes brazos.

—Aléjate de Blandes, ángel.

—Mi nombre es Ashley —farfulló con enojo y él sonrió con malicia.

—Ángel me gusta más.

—Suélteme.

—Hace unos minutos querías todo menos eso —susurró con voz seductora, bajando su mano a la altura de su cadera.

—Ya no quiero ser su amiga. —Su voz se rompió y pronto se vio invadida por un suave llanto. Eso era mucho para ella. No quería sucumbir al marqués porque sabía que al igual que hace unos momentos, él volvería a herirla con sus frías palabras.

—Perfecto. —Bajó los brazos, dejándola recuperar la compostura, y se limpió el rostro con rapidez mientras gimoteaba.

—¿Me llevará a casa...?

—Porque serás mi mujer —decretó y estampó sus labios contra los suyos, aferrando sus mejillas con dureza para que no pudiera retirarse y así separara los labios. Forcejeó, luchó con todas sus fuerzas para que la soltara, pero sus sentidos explotaron cuando su lengua invadió su cavidad bucal sin su permiso.

La puerta de la alcoba volvió a abrirse y como el cobarde que era, Sutherland se alejó de ella en el instante, permitiéndole por fin levantar la mano y estrellarla contra su mejilla. Las lágrimas descendieron por sus mejillas, decepcionada de que él le hubiera robado su primer beso de aquella manera, y abrió los ojos sorprendida cuando Beaufort le estampó otro puñetazo en el rostro al marqués.

—No debí haberte confiado a mi cuñada —farfulló y se volvió hacia ella—. Rachel me ordenó que regresara por usted, creo que hice bien, ¿no es así?

Asintió con rapidez y se posicionó tras de él cuando Sutherland se incorporó.

—Como si ella no lo hubiese disfrutado —susurró el hombre, sorprendiéndola, y sujetó a Beaufort del brazo para que no iniciara una pelea.

—¿Qué le hiciste?! Esto no se quedará así, Sutherland, tú debes...

—No —sentenció ella aceleradamente, provocando que ambos hombres la miraran sorprendidos—. No lo haga, milord, no quiero eso —suplicó con un hilo de voz, desesperada, y Beaufort la miró con incredulidad.

—Se aprovechó de usted, debe...

—No pasó nada, el marqués no hizo nada. No me condene a una vida junto a él. —Rompió en llanto, implorándole con la mirada—. Blandes pedirá mi mano, esto sólo complicará mi situación.

No observó a Sutherland ni por un segundo, ¿qué sentido tendría verlo ahora? Estaba haciendo lo que él quería, lo estaba liberando de un matrimonio no deseado.

Beaufort la sacó de la alcoba a rastras y en el carruaje se encontró con la carabina de su hermana, durante todo el trayecto su cuñado no se atrevió a decirle nada, pero cuando el carruaje se detuvo en la puerta de su hogar, él habló con un tono de voz bastante frío y distante.

—Aléjese de Sutherland, milady —pidió—. Él podrá ser una persona agradable, pero le aseguro que como esposo sería un fiasco.

—Lo sé —musitó con voz queda y con ayuda del lacayo bajó del carruaje y llegó a la puerta del servicio.

Esa noche debía ponerle un fin al estúpido enamoramiento que sentía por el marqués de Sutherland, un hombre que no merecía la pena ni mucho menos el cariño que ella le tenía. Estaba claro que para él no era más que un juego, una pequeña libertina que podría ser un buen pasatiempo para su aburrimiento.

Su deber era concentrarse en el duque de Blandes.

Capítulo 5

No me condene a una vida junto a él.

¿Una condena?, ¿esa mujer se atrevió a decir que casarse con él sería una condena?

¡¿Quién demonios se creía?!

Él no sólo era un excelente amante, sino que era atractivo, tenía dinero y un título. Él era lo mejor que podría pasarle a cualquiera, puesto que un matrimonio con él venía de la mano con la fidelidad, algo que ningún hombre solía implementar en su vida ni de soltero ni de casado.

Blandes pedirá mi mano, esto sólo complicará mi situación.

Tamborileó los dedos sobre su escritorio, ofuscado. La idea de que ella se casase con Blandes lo enervaba, su ángel era mucha mujer para el frívolo duque, ella merecía más... ella necesitaba a un hombre como él.

Recordó su olor, su sabor y sus gemidos, y su miembro se puso rígido en cuestión de un segundo. Había pensado que un encuentro sería suficiente para olvidarse de ella, pero al parecer sólo necesitó uno para obsesionarse con la rubia.

Le gustaba... saber que ella se sentía atraída hacia él era maravilloso, pero incluso eso no le garantizaba que ella esperaría el año que él le ordenó aguardar. Era egoísta de su parte pretender que se retirara de Londres, pero vamos... Connor necesitaba disfrutar un poco de su soltería.

¡Casarse sólo le arrebataría su preciada libertad!

Recordó lo bien que se sintió friccionarse contra ella y el deseo de penetrarla se le clavó en el pecho con fuerza. Se frotó el rostro con cansancio, ¿casarse podría ser tan malo? ¿Realmente sufriría mucho haciéndola su esposa cuando lo único que quería era hacerle el amor por horas y gritarle a todo el mundo, incluido Blandes, que ella era suya?

El día de ayer no fue uno de sus mejores días. Lo único bueno que le sucedió fue vencer a Blandes en el ring, brindándole una buena paliza que llevaba años deseando dársela. Con eso impediría que molestara a lady Aline por ahora, pero en el fondo le dio mucho gusto poder desquitarse con él.

Blandes... Ese desgraciado no se quedaría con su ángel, ¡primero muerto!

Worcester no cedería la mano de su hija con tanta despreocupación y si algo era cierto para toda Gran Bretaña: era que Blandes tenía el corazón más frío que un tempango de hielo. Él jamás la haría feliz.

Su situación estaba siendo más irracional de lo que debería ser. No quería que ella fuera de otro; pero tampoco quería casarse con ella. Si tan sólo la dama siguiera su consejo y se retirara de la temporada por un año, todo sería más cómodo para él.

Tal como lo había esperado, el mayordomo le informó sobre la llegada del duque de Blandes y ordenó que lo dejara pasar. Sus padres no se encontraban en el lugar por lo que así se ahorraría el tener que responder a unas cuantas preguntas incómodas en cuanto la presencia del duque en su casa.

Blandes ingresó al despacho y con una sonrisa burlona lo recibió con fingida amabilidad.

—Qué sorpresa tenerte por aquí, Blandes, no es muy normal verte en mi casa desde tan temprano. —El castaño apretó la mandíbula y se acercó a su escritorio con paso firme y petulante.

—Seré claro contigo, Sutherland. —Al parecer el hombre no tenía tiempo para tener una

conversación civilizada—. Quiero que tú y tus amiguitos dejen de meterse en mis asuntos en cuanto a los condes de Norfolk respecta —dijo ni bien tomó asiento frente a él y Connor mantuvo la calma, invitándolo a explicarse mejor—. Le he ofrecido a Beaufort una fortuna por esos pagarés y se rehúsa a dármelos, y ahora tú te pones a dar la orden de que me aleje de lady Anderson, algo que no es válido porque el combate implicaba dinero, no recibir una orden tuya.

—Nunca pusimos esas bases —comentó vagamente, inclinándose sobre su asiento—. Además no te pido nada del otro mundo, simplemente creo que eres peligroso para la dama.

—Quiero los pagarés y si no los obtengo por las buenas lo haré por las malas —amenazó con voz profunda y Connor se rio con descaro.

—¿De verdad crees que bajo amenazas conseguirás lo que quieres?

Blandes se incorporó y apoyando las manos en la superficie de madera, se inclinó en su dirección, mirándolo con rencor.

—Dejen de meterse en mis asuntos. No descansaré hasta hundir a la familia Anderson y si tengo que pisotearlos a ustedes para conseguirlo; lo haré.

—¿Por qué tan molesto, su excelencia? —preguntó con retintín—. ¿Qué interés podría tener usted en una joven como lady Aline?

—Esa mujer, cuando su padre termine en la cárcel de deudores, perderá toda su valía. Tendrá que conocer lo difícil que es la vida para ayudar a su amado padre y esa, Sutherland, esa será mi mejor venganza. Porque yo mismo me encargaré de que lady Anderson se incline hac...

Perdiendo todos los estribos, Connor abandonó su lugar y sujetó las solapas de la levita del duque con furia desmedida. Era un desgraciado, ¿para eso quería los pagarés?, ¿para denigrar a lady Aline y convertirla en una insignificante amante de turno?

—No harás nada —escupió con desprecio—. Porque no dejaré que lastimes a mi futura esposa.

Tenía que casarse con la dama, jamás dejaría a una mujer desprotegida y menos si existía un hombre tan ruin como Blandes buscando lastimarla. Aline podría entender la situación y aceptar su libertinaje siempre y cuando fuera discreto, si ella estaba al tanto de que todo lo hacía por ayudarla, no le exigiría algo que no pudiera darle.

La respiración del castaño se agitó e inmediatamente imitó su acción, sujetándolo de la levita con ira contenida. Una duda emergió desde lo más profundo de su ser. Desconocía ciertos aspectos de la materia, pero algo le decía que estaba en lo cierto.

—Ella te gusta. —Fue más una afirmación que una pregunta y con un gruñido Blandes lo soltó y se liberó de su agarre.

Esto era malo, la enemistad que existía entre las familias jamás podría brindar un final feliz entre ellos. Menos si Blandes estaba yendo por el camino equivocado para poseer a lady Aline.

—Sé que Emmy Hale y Rachel Lawler son la misma persona. —La sangre se le congeló y no supo cómo reaccionar—. Si para el día de mañana no me hacen llegar los pagarés, yo mismo me encargaré que todo el mundo se entere que la duquesa de Beaufort estuvo quedándose dos semanas en Triunfo o derrota en vez de estar en su cama virginal. Me aseguraré que todo el mundo la desprecie y jamás sea aceptada en sociedad, puesto que nadie en su sano juicio se acercaría a una mujer que accedió a ser la cortesana de un duque siendo una damita virginal.

—¡Qué diantres!

—Y sé que está embarazada.

¿Cómo demonios conocía esos secretos?

—No quise llegar a esto, pero ustedes no me dejan otra elección.

—Estás jugando suc...

—Atrévete a pedir la mano de lady Anderson y todo el mundo se enterará del secreto familiar que ambos sabemos sería la ruina total de tu respetable familia.

La boca se le secó y Blandes sonrió retorcidamente, cantando victoria.

—Jugando sucio nunca obtendrás la victoria —farfulló al sentirse atado de pies y manos y la preocupación lo invadió al darse cuenta que alguien más conocía el secreto de su familia.

—No lo creo. Estoy seguro que para mañana tendré los pagarés en mi despacho a primera hora del día. —Alzó el mentón con prepotencia y seguridad y Connor rio con cinismo.

—Ella va a odiarte. ¿Crees que no tendrá apoyo monetario de nosotros?, ¿de verdad piensas que permitiremos que se denigre al nivel que tú deseas? Todos estamos del lado de Norfolk y...

—Mi padre me dejó una libreta que posee todos los secretos que iba descubriendo con el pasar de los años. Sé muchas cosas. El marqués de Winchester no dará un solo penique si le hago una visita. Beaufort no arriesgará la reputación de su esposa embarazada y Windsor y Ross no harán nada que pueda perjudicar a Winchester. Ustedes tampoco podrán mover sus cartas, tu padre no fue un buen hombre en su juventud y tu madre... ella sólo es la hija de un simple comerciante que supo engatusar a un duque. El conocimiento es poder, ¿no te parece? ¿Así funciona tu club, no?

—Debería matarte —soltó con rencor, odiándolo con cada fibra de su ser.

—No lo creo. Cabe aclarar que el día de ayer vi a lady Asnworth saliendo del club con su cuñado, iba muy bien disfrazada, y me pregunto con quién se habrá quedado todo el tiempo que él estuvo fuera.

—¡Eres un maldito desgraciado!

—En un principio no la reconocí, pero ya viendo donde la llevaron todo fue más claro para mí.

—No te metas con ella.

—Será mi futura esposa, por lo que lamento informarte que sí me meteré con ella; y en ella, claro está —dijo con sorna y sintió inmensas ganas de matarlo allí mismo.

—Un matrimonio con lady Answorth no hará que te sientas menos atraído por lady Anderson. —Sus palabras consiguieron afectarlo—. Ella va a odiarte y aunque llegues a tener su cuerpo, jamás tendrás su alma y eso te arruinará la vida, Blandes.

El nombrado se enderezó con un semblante distante y arreglando sus prendas con indiferencia hizo una venia burlona.

—Nos veremos esta noche, Sutherland. —Lo miró a los ojos—. Y no olviden hacerme llegar los pagarés mañana a primera hora; nunca quise llegar a esto, pero ahora tendrán que entender que por primera vez en años: ustedes no tienen el control de la situación.

¡Y una mierda!

Beaufort iba a volverse loco cuando se enterara que Blandes tenía un arma letal contra ellos.

Durante años, gracias al club, fueron ellos quienes se movieron de la misma manera que Blandes lo estaba haciendo ahora, por lo que Connor sintió un nudo en el estómago al darse cuenta que eso no era más que el estúpido karma riéndosele en la cara.

Llegó a la casa de Beaufort tomando por sorpresa a la pareja de recién casados que miraban como todo el salón estaba siendo decorado para la velada de esa noche. Lady Beaufort se quedó en el salón, dándoles el espacio necesario para que pudieran hablar, y una vez en el despacho de su amigo le contó todo lo que estaba ocurriendo.

—Sabe que tu esposa es Emmy Hale, amenazó con develar todo si no le entregas los pagarés.

—Eso es imposible. —Y por segunda vez en su vida, dado que la primera fue cuando él subastó a su esposa, Beaufort palideció—. Ella...

—Ambos sabemos que es muy posible, Liam, cometiste un error al hacerla caminar por el club disfrazada, para muchos no fue nada, pero para la gente que te conoce estaba claro que esa mujer tenía valía para ti. Blandes sólo ató los cabos sueltos, tú mejor que nadie sabes que ese hombre ama meterse en los asuntos de los demás.

—¿Qué le dijiste?

—El antiguo duque le dejó una libreta que al parecer posee muchos secretos de la nobleza; conoce secretos de mi familia y la de Ross, amenazó con utilizarlos en nuestra contra si no le entregábamos los pagarés o ayudábamos monetariamente a Norfolk.

—Esto no es bueno —espetó con frustración, dejándose caer en su sillón—. El día que esos pagarés lleguen a sus manos; ese día será el fin para la familia Anderson.

Lo cierto era que Connor, gracias a su último descubrimiento, aún tenía fe; es decir, si Blandes sentía algo por lady Aline, hacerle daño no sería tan sencillo ni que pudiera ser tomado a la ligera. No les quedaba más remedio que ceder los pagarés, Blandes los tenía en la palma de su mano, el secreto de su familia era algo que no podía salir a luz por nada en el mundo.

—Ambos sabemos que debemos entregar esos pagarés, es muy riesgoso desafiarlo ahora.

Beaufort asintió y con el pesar sobre sus hombros, sacó los pagarés de su caja fuerte y redactó dos cartas: una para Blandes, expresándole su desagrado hacia su proceder, y otro para el conde de Norfolk, informándole lo ocurrido.

—También me dijo que pediría la mano de lady Answorth —agregó cuando lo creyó oportuno y su amigo lo miró de soslayo.

—Eso es algo que yo no puedo controlar si mi cuñada lo quiere como esposo.

—¡A ella le gusto yo! —rugió y Beaufort lo miró sorprendido—. Ella me lo dijo, lo que sucedió ayer fue algo que se salió de mi control, pero no la forcé ni me aproveché de lady Ashley.

—No entiendo por qué me cuentas esto ahora. —Lo observó con curiosidad—. En el caso de que te gustase mi cuñada, con que dijeras algo el día de ayer habría bastado para hacerla tu esposa; pero callaste, te asustaste del compromiso y dejaste que ella te liberara de tus culpas.

—Yo...

—Seamos francos, Connor: tú no estás listo para casarte y yo no quiero que lo hagas con mi cuñada. Si ella sufre, mi mujer también lo hará, y lo último que quiero es que nuestra amistad se eche a perder por problemas de faldas.

Si tan sólo Beaufort supiera su verdad... él no era un hombre tan despreciable como se decía en los rumores, ¡eso era una fachada para esconder su verdadero trabajo! Era cierto que adoraba disfrutar de las mujeres, y que también le gustaba tener a dos al mismo tiempo, pero eso era algo que cualquier hombre haría.

—Sea lo que sea que le hiciste a mi cuñada, ella no quiere casarse contigo, así que olvida lo ocurrido y sigue con tu feliz vida de soltero.

¿Por qué sus palabras no lo aliviaban?, ¿por qué sentía locas ganas de gritarle a la cara que esa mujer era suya?

—Perfecto —farfulló y salió del despacho de su amigo sin decir más, sintiéndose nuevamente un cobarde al no ser capaz de tomar una decisión respecto a la única mujer que despertaba distintas emociones en su interior.

Lo único que Connor tenía claro en este momento era que debía apresurarse y tomar una decisión de una vez por todas, después de todo lo que le dijo a lady Ashley la noche anterior,

dudaba que ella tuviera intención alguna de esperarlo.

Fue un desgraciado, pero también fue sincero. Y él era así, nunca se iría por las ramas por más que sus palabras pudieran ser duras para los demás.

Capítulo 6

Compararse con alguien era algo de muy mal gusto, pero incluso así, Ashley no podía dejar de observar y estudiar a Aline, la mujer que tenía locamente enamorado al hombre que ella, hasta hace un día, quiso para ella. Y para empeorar su situación, era una de sus mejores amigas.

No debería seguir pensando en el marqués, menos después de la humillación que le hizo vivir la noche anterior, pero no podía controlarlo. Era como si una fuerza mayor le impidiera borrarlo de su mente y su corazón; recordar sus manos contra su piel, su boca sobre sus pechos... Todo era demasiado abrumador. Su cuerpo siempre lo tenía presente y eso la asustaba porque él no sentía absolutamente nada por ella.

—¿Sucede algo, cariño? —inquirió su madrastra, arreglándole la diadema que tenía puesta, y sonrió tímidamente. Lady Ivonne era muy buena y le gustaba que fuera su carabina, pero a veces le preocupaba lo fácil que era para ella leer su preocupación.

—Me siento un poco expuesta —musitó, reafirmando su antifaz blanco que portaba tres plumas del mismo tono al lateral derecho y regresó la vista hacia sus amigas.

Aline portaba un hermoso vestido blanco y lo único que anunciaba su disfraz eran sus lindas orejas de conejo y la pomposa cola que estaba prendida en su falda, todo en ella era elegante y recatado, su forma de expresarse, sonreír y recibir los halagos de los caballeros. En cambio ella... llevaba un descarado pedazo de tela blanco rodeando su figura y un cinturón de plata haciendo presión en su cintura. No le sorprendía que para Sutherland, Aline fuera la indicada, ni siquiera mostraba un exceso de piel como ella, que tenía los hombros al descubierto.

¿En qué estuvo pensando madame Gale al hacerle un disfraz tan impropio? Lo único que conseguiría así sería general un mal concepto de ella entre los invitados.

La envidia la carcomió por dentro al ver como Seraphina y ella reían con diversión y sujetó con fuerza el dije del collar que su madre le dejó como recuerdo antes de morir. Ellas serían una gran familia, dado que ambas tenían la dicha de ser importantes para el marqués de Sutherland.

—Pero si te ves preciosa. —Respingó en su lugar al ver a su tía, la marquesa de Winchester junto a ella, y sonrió abiertamente al ver a Ross con su atrevido disfraz de dios griego. Siempre sopesó que él poseía un cuerpo bien trabajado gracias al ejercicio físico que solía realizar.

Lo estudió con la mirada, viendo que su disfraz era una túnica larga y sólo un pedazo de tela cruzaba su pecho para apoyarse en su hombro.

—Atrévete a decir algo y eres carne muerta, Ashley —amenazó en un murmullo, sólo para que ella escuchara, y lanzó una sonora carcajada.

—Milord, pero si se ve maravilloso. —Alguien le robó sus palabras y sonrió con picardía cuando Seraphina rodeó a Ross con demasiada familiaridad. Él aceptó tranquilamente el descarado análisis de la rubia rolliza, al parecer estaba acostumbrado a ella—. Sin embargo, no puedo decir que sea el más creativo de la noche.

—Lady Seraphina. —Sonrió con diversión y su amiga abrió su colorido abanico y aleteó sus pestañas con descaro.

—¿Qué opina de mi disfraz?

—Que es el más interesante de la noche —acertó a decir y tanto ella como Aline asintieron.

Al haber optado por un disfraz de ángel y Aline de conejo, ambas estaban de puro blanco

mientras que Seraphina era una hermosa mariposa magenta. El tono era el adecuado para su color de piel y ahora que lo pensaba bien, su disfraz no era tan descarado junto al de su amiga, ese vestido no hacía más que explotar sus curvas y realzar sus generosos pechos que eran incluso más grandes que los suyos.

—¿Estás seguro de ello, Ross?

Esa voz, tan gruesa y profunda, sólo consiguió erizarle la piel y obligarla a sellar los labios y mantener la calma para no buscar inmediatamente con la mirada a Sutherland. Lentamente alzó la vista y el aire se atascó en sus pulmones al ver el escandaloso disfraz que llevaba puesto.

—Los Aldrich sí que saben cómo llamar la atención —decretó Ross con la comisura de sus labios curvados y Ashley tragó con fuerza cuando los ojos color esmeralda del Lucifer de la noche se posaron sobre ella.

Su traje era completamente rojo y llevaba un pañuelo negro a la altura del cuello. Su cabellera negra contrastaba de maravilla con la palidez de su rostro, por lo que Ashley no pudo encontrar defecto alguno en la selección de su disfraz, era perfecto para él.

—Miladies. —Prosiguió a saludar a las damas y Ashley evitó hacer contacto visual con el hombre durante los primeros minutos que ellos se sumaron a su conversación mientras Ivonne, lady Winchester y lady Norfolk conversaban tras de ellas.

Se concentró en la decoración y los enormes pedazos de tela que colgaban del techo para darle un aire misterioso al salón. La gente debía pasarlos como si se tratase de un laberinto y le daba un aire de privacidad a la pista de baile. La gran lámpara de araña era la única que estaba despejada para que debajo de ella los bailarines pudieran efectuar sus mejores pasos.

Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando su hermana y cuñado aparecieron en su campo de visión disfrazados de unos encantadores pastores, y con un abrazo emocionado recibió a su hermana, quien estaba tan feliz que le era difícil creer que hace menos de un mes ella no hacía más que llorar por culpa del duque.

—Me adoran —susurró sólo para que ella la escuchara y Ashley asintió, la aceptación para Rachel estaba siendo maravillosa.

—Y espera a mañana, las invitaciones te lloverán —aseguró y dejó que saludara a todos los presentes y conociera un poco más a Aline y Seraphina, quienes la recibieron con curiosidad y respeto.

Era una pena que Lisa no pudiera asistir, su prima no se encontraba en tan buen estado y el duque de Windsor prefería que su esposa reposara, no quería complicaciones dentro del embarazo.

Aprovechando que todos estaban ensimismados en sus conversaciones, Ashley se acercó a la mesa de bebidas que no estaba muy lejos de su grupo de amistades. El ambiente empezaba a concentrarse y es que no era para menos, el lugar estaba repleto y más por la presencia de su majestad en el salón, quien estaba inmiscuido entre la multitud con algún disfraz seguramente interesante.

Sujetó un vaso de limonada y disfrutó del sabor hasta que escuchó algo que no le hizo mucha gracia.

—Debemos admitir que lady Aldrich es simplemente ridícula. —No conocía esa voz, pero le gustaría conocer el rostro de su dueño para informarle a Sutherland lo que ese hombre decía de su adorada hermana—. Si yo tuviera... —hizo una pausa—, si fuera como ella; habría renunciado a mi temporada social desde hace mucho.

Por el rabillo del ojo vio la ancha espalda del pelinegro, ni siquiera estaba segura si llevaba

un disfraz, su atuendo era tan aburrido que estaba segura que a Seraphina no le afectaría sus comentarios.

—Portman, no es de buen gusto que un hombre critique a una mujer. —Abrió los ojos sorprendida, ese era Blandes, pero la espalda del vizconde de Portman le impedía ver su disfraz.

—De mal gusto es que ella se presente con esas ropas ante nosotros.

—Si tanto te disgusta no la veas. —Qué sabías palabras—. Además, ambos sabemos que ella tampoco suele tolerar tu presencia.

Así que Seraphina sí conocía al vizconde.

—Digo lo que digo porque me consta la pésima educación que tiene esa mujer, ade...

—Ahora que me lo dices, ella se ve muy bien en su disfraz —comentó Blandes, acallando al vizconde, y Ashley sonrió de lado al descubrir que al menos su futuro esposo era un hombre agradable.

Terminó su limonada y, guiada por el pequeño diablillo de su hombro derecho, se aventuró a caminar por el salón totalmente sola, explorando el lugar y admirando la maravillosa decoración.

Los bailes se estaban llevando a cabo en la pista de baile y ella se estaba perdiendo todos. Una dama normal se sentiría angustiada, pero Ashley estaba más que feliz de poder tener un poco más de libertad durante la velada. El que todos llevaran un disfraz la ayudaba a pasar inadvertida, algo maravilloso desde su perspectiva que por primera vez desde que llegó a Londres no tenía tantos ojos sobre ella.

Vagando por los pasillos oscuros que recreaban las cortinas, siguió sus instintos y marcó su camino, segura de que a algún lugar del salón llegaría una vez que los atravesara. Quizá era hora de dejarse ver con el duque de Blandes, lo adecuado sería que danzaran por lo menos un vals esta noche.

La presión de una mano rodeando su delgado brazo hizo que respingara y rápidamente giró el rostro, encontrándose con un brazo que no dudó ni un segundo en tirar de ella hacia atrás sacándola del oscuro pasillo. Abrió la boca para gritar, pero la mano libre del hombre recayó sobre su boca, acallándola.

El miedo la invadió y enseguida comprendió por qué las damas no podían alejarse de sus carabinas en los salones de baile. Empezó a forcejear, no dejaría que nadie se aprovechara de ella, todos le habían advertido sobre su situación: ¡debía cuidarse de los libertinos!

—¿Qué tal si te llevo al infierno, ángel? —musitó una voz muy conocida contra su piel y Ashley se petrificó, entrando prontamente en una terrible tensión que la hizo temblar como un pequeño corderito a punto de ser aniquilado.

¿Quién era ese hombre? El marqués nunca la habría asaltado de aquella manera ni mucho menos le estaría tocando el brazo con tanta familiaridad.

Sus labios fueron liberados y ahogó un jadeo cuando tiró de ella para adentrarla por un largo y oscuro pasillo. Selló sus labios para no hablar, cualquiera podría escucharlos y no quería ni imaginarse el escándalo que se armaría si era vista con Sutherland.

Él abrió la última puerta del pasillo y sin preguntarle si quería entrar o no, la obligó a ingresar y cerró tras de él.

Todo estaba oscuro, lo único que alumbraba el lugar era la suave llama del hogar de la biblioteca. Lo observó con fijeza, pensando en todas las razones por las que pudo llevarla hasta allí, y sólo se sintió más confundida.

—Tenemos una conversación pendiente —espetó Lucifer, pasándola de largo para sacar del aparador una botella de brandy, y Ashley vio cómo se servía una copa delante de ella y bebía del

contenido despreocupadamente.

—En realidad usted y yo no tenemos nada de qué hablar. —Enderezó la espalda, dispuesta a marcharse, pero él levantó una llave informándole sin necesidad de palabras que había cerrado la puerta con seguro.

—No huirás de mí.

Empuñó las manos a ambos lados de su cuerpo, mirándolo con rencor.

—Esto es incorrecto, milord, si alguien nos encontrase...

—Tendríamos que casarnos —agregó con indiferencia, jugueteando con la llave entre sus dedos—. Lo estuve pensando, no puede ser tan malo casarme con usted.

—Sería desastroso —recalcó con sequedad—. Ayer fuimos encontrados por Ross y Beaufort, tuve mucha suerte, por lo que le pido que me entregue esa llave ahora. —Se acercó a él y extendió la mano.

Sutherland no mostró expresión alguna en el rostro, pero se cruzó de brazos con suficiencia.

—Yo le gusto, ¿por qué me rechaza ahora?

No debió confesarle sus sentimientos.

—Pero descubrí que me gusta como amigo, no como mi futuro esposo.

Él carcajeó con brío.

—Entonces te gusto como amigo del placer, ¿no es así?

El calor se alojó en sus mejillas y recelosa dio un paso hacia atrás, viendo por donde podría salir de la estancia sin necesidad de quitarle la llave al marqués. No tenía caso hablar con el hombre, algo le decía que él cambiaría de parecer una vez que le hiciera unas cuantas perversidades a su cuerpo.

Sólo quería utilizarla, él iba a engañarla y humillarla otra vez.

—¿Me estás ignorando, ángel? —Su silencio fue la mejor respuesta y se acercó a la puerta para intentar forzarla—. Nunca le des la espalda al diablo —susurró en su oído y se volvió hacia él.

¿Cómo hizo para llegar a ella con tanta velocidad?

—Basta de juegos —ordenó con voz temblorosa y se encogió cuando se cernió sobre ella—. No me casare con usted.

—¿Por qué no? —Acarició su mejilla, robándole un suspiro lastimero.

—Porque quiero casarme por amor con alguien que me quiera de verdad.

—Usted no ama a Blandes. —Sus largos dedos rodearon la curvatura de su cuello y retiró la mirada con nerviosismo—. Y él no la ama a usted.

—Pero con el tiempo aprenderé a hacerlo y él me amará de igual manera.

Al menos Blandes no estaba enamorado; Sutherland quería a Aline, y ella no estaba dispuesta a ver como su marido suspiraba por otra mujer que era una de sus mejores amigas.

—Piensa lo que quieras, ángel. —Sujetó su mentón y la obligó a mirarlo, tenía una sonrisa maliciosa en el rostro—. Pero tú eres mía y serás mi esposa.

No debería sentirse tan alterada, emocionada o nerviosa por sus palabras, menos cuando ya conocía el lado oscuro y despreocupado del marqués; pero no sentirse así era imposible. En algún determinado momento, quizá ayer o desde que lo conoció, él consiguió entrar a su vida y corazón y para Ashley estaba resultando muy difícil echarlo de esos lugares.

Sutherland intentó besarla y recordando el movimiento que él hizo la noche anterior, lo imitó. No quería que la besara, no se rendiría sólo porque se lo ordenase, si ella seguía las órdenes del pelinegro su vida sería desdichada. Para su sorpresa Sutherland insistió y así iniciaron un forcejeo

dónde él perseguía sus labios y ella los retiraba antes de que pudiera atraparlos.

—No quiero. —Él sujetó fuertemente su rostro, inmovilizándola.

—Sólo es cuestión de un segundo para que cambies de parecer —decretó e inclinó el rostro, dispuesto a besarla. Sin tener otra alternativa, Ashley levantó su rodilla y la estrelló en las partes nobles del marqués.

Él se encogió mientras rugía de dolor y ahora comprendió las palabras de Thomas, uno de los protegidos de su padre, ese golpe era letal si se aplicaba en los hombres.

La llave apareció en su campo de visión y sin titubear la sujetó y abandonó la estancia con rapidez. Una traviesa idea se alojó en su cabeza y cerró con seguro. Iría a hablar con Blandes y no permitiría que Sutherland interfiriera, lo cierto era que el hombre que conoció la noche anterior no fue de su agrado y no quería imaginarse una vida junto a él.

Se alejó del lugar, escuchando los gritos de Sutherland, y antes de llegar al salón de baile paró en seco al ver a Blandes salir de uno de los salones. Su disfraz era el de un lobo, su saco afelpado y orejas así lo indicaban, era original pero seguramente tendría mucho calor.

Quiso hablarle, pero juntó los labios al verlo tan abatido. Blandes se alejó, sin percatarse de su presencia, y con las piernas temblorosas se acercó al salón del que él acababa de salir. Ingresó y paró en seco al ver a Aline dentro, lo mejor habría sido irse, pero al escucharla llorar, Ashley se acercó a ella.

—Aline, ¿qué pasó? —Al escuchar su nombre, Aline giró sobre su lugar, asustándola—. ¿Estás bien? —Tenía el rostro pálido y eso hacía que el rojizo de sus ojos llorosos y labios fuera muy notable.

—No —sollozó ahogadamente y la abrazó, perdiendo la compostura—. Mi papá será enviado a la cárcel de deudores mañana, Ashley, no tengo la menor idea de qué puedo hacer para ayudarlo.

—¿Qué?, pero... ¿cómo pasó algo así?

Le costó comprender, los condes de Norfolk estaban dentro de los mejores círculos, difícilmente alguien podría imaginarse que estuvieran en la quiebra.

—El duque de Blandes tiene unos pagarés muy importantes. —Retiró las lágrimas de su rostro con las manos temblorosas e implementó algo de distancia—. Él nos odia.

Había escuchado un poco de los rumores, pero nunca pensó que Blandes sería capaz de sentir algo así. Cuando estaba con ella, se mostraba como un hombre sereno y educado.

Tenía que hablar con él.

—No te preocupes, Aline, yo hablaré con él.

—¿Qué? No, claro que no —dijo horrorizada.

—Me casaré con él, va a escucharme, conmigo es muy bueno. —Sonrió con ternura y la tristeza que vio en los ojos de su amiga fue casi escalofriante.

—Las mujeres no tratábamos esos asuntos, Ashley, agradezco tu ayuda pero no es lo correcto.

Dio un paso hacia atrás.

—Tú sólo confía en mí, hablaré con Blandes.

Él no podía hacerle nada a su amiga, Aline no merecía que su padre terminara encerrado. Aún recordaba lo mucho que le asustaba ese tema cuando su padre estaba lleno de deudas, comprendía el pesar de su amiga y justamente por eso no podía quedarse de brazos cruzados.

Aceptaría su propuesta, se casaría con el duque de Blandes y una vez que fuera su duquesa, cuidaría a Aline desde su posición. Si era optimista, sólo era cuestión de informarle a Sutherland lo que estaba ocurriendo con la pelinegra para que ayudara a la mujer que quería, pronto ella también se casaría con el marqués.

—Ashley. —Alguien la sujetó del brazo justo cuando intentó abandonar el salón de baile y se volvió hacia Ross—. ¿Dónde vas?

—Debo ir a hablar con Blandes.

Le sonrió con fingida inocencia.

—Sabes que no te dejaré hacerlo.

—Ross, voy a casarme con él y debo hablar de un tema muy importante con el duque.

Su primo soltó su brazo con suavidad y se cruzó de brazos, dándole la oportunidad para explicarse.

—No quiero que le haga nada a la familia de Aline, sé lo que está ocurriendo y ella está muy mal, asegura que su padre irá a la cárcel de deudores mañana —susurró en tono confidencial y el conde asintió—. Debo ayudarla.

—¿Qué te hace pensar que tus palabras harán cambiar de parecer a Blandes?

—Quiero creer que es posible. —No podía ser tan pesimista desde ahora.

—¿Viste a Sutherland? —La miró con seriedad y el rubor trepó por sus mejillas—. Te conozco, dime dónde lo dejaste.

—Él fue quien me molestó primero. —Hizo un mohín como si fuera una niña pequeña.

—Te dejaré ir con Blandes con la condición de que vuelvas en diez minutos y no causes ningún escándalo. —Asintió con rapidez, no se metería en problemas—. Dime donde está Sutherland.

—Te lo diré con la condición de que vayas por él en diez minutos.

Una vez que hablara con Blandes, Sutherland no podría hacer nada.

—Estoy siendo muy tolerante contigo.

—Es para evitar un escándalo —aclaró con seguridad y Ross aceptó el trato—. Está en la biblioteca —Le entregó la llave con rapidez y su amigo rompió en una ronca carcajada.

—Tu tiempo empieza a correr.

Perfecto.

Salió del salón por la terraza y bajó la escalinata evitando matarse en el proceso. Lo más probable, después de haber visto su rostro abatido, era que él buscara un lugar fresco para pensar; y que mejor lugar que la fuente que estaba al final del jardín dentro de los altos rosales.

Con la respiración jadeante, llegó a su destino y suspiró con alivio al ver al duque allí, sentado en una de las bancas de piedra con los codos apoyados en las rodillas. Ya no llevaba el saco, por lo que las mangas blancas de su camisa y chaleco oscuro marcaban su torso.

Ashley se percató de lo mucho que estaba mordisqueando su labio inferior cuando sintió una punzada de dolor. Tocaría un tema delicado sin siquiera ser su esposa, pero su consciencia jamás la dejaría tranquila si no intentaba ayudar a su amiga ahora que podía hacerlo.

Se acercó con lentitud, las manos le sudaban dentro de sus guantes de encajen y sus mejillas le quemaban por dentro pese a la fría brisa de la noche. Eligió a Blandes, al final fue lo suficientemente madura para comprender que Sutherland no le convenía.

—Milady. —Blandes se percató de su presencia y con un semblante sorprendido se incorporó—. No esperaba encontrarme con usted aquí, no es adecuado que una dama vague sola por los jardines. —Sólo esperaba que él no se generara un mal concepto de su persona.

—Lo estaba buscando, su excelencia —susurró con voz rota y él extendió su mano y la invitó a sentarse junto a él.

Al menos no terminó echándola.

—¿Por qué está aquí? —inquirió con suavidad y el duque bajó la mirada, fijándola en sus

manos.

—Necesitaba pensar. Creo que estoy perdiendo el control de mi vida.

Vaya... nunca esperó que fuera a decirle algo así.

—¿Y cree que le será muy difícil retomarlo? —Ella no sabía nada de esas cosas, pero intentaría ser un apoyo para él.

—Es complicado. —Sonrió de lado—. Por años me he dedicado a alcanzar un objetivo, tuve que esperar mucho para conseguir una oportunidad; y ahora que la tengo, algo me impide seguir adelante con todo.

—Quizá no es lo correcto. —Analizó sus palabras y la miró con curiosidad—. Y ahora que su objetivo perdió solvencia, no está convencido si alcanzarlo le dará felicidad.

—Me daría paz.

—No lo creo. —Fue sincera y Blandes arrugó el entrecejo—. Estar en paz es lo mismo que estar feliz, uno no siente culpas por nada y por el cómo lo veo ahora mismo, siento que alcanzar su objetivo podría hacerlo muy desdichado.

No vino a hablar de eso, pero tampoco podía abordar el tema de Aline ahora que él no se sentía del todo bien.

—¿Qué me sugiere, milady? —Se inclinó hacia atrás, apoyando las palmas en el diván de piedra, y Ashley se dio unos toquecitos en el mentón.

—El olvido a veces es la mejor cura.

—¿Debería empezar de cero?

—A veces es lo mejor. —Sonrió con tristeza—. Si el pasado suele causarnos mucho daño, buscar un nuevo inicio es lo mejor.

—Creo que será una duquesa maravillosa, milady. —Ashley se sobresaltó cuando sujetó su mano.

—¿Por qué yo?

Él esbozó una sonrisa sincera.

—Creo que es la ideal.

—¿Y si no lo soy?, ¿y si la mujer ideal para usted está en el salón de baile?

¿Qué diantres estaba haciendo? El duque acababa de elegirla como su futura duquesa y Ashley prácticamente le estaba insinuando que debería pensárselo mejor.

—Si ella está allí, dudo que sea para mí. —Miró al cielo, dejando que su triste semblante se refugiara en la oscuridad.

—Siento que sufre mucho, milord —confesó con preocupación.

Todo el mundo lo consideraba un hombre con corazón de hielo, pero ahora mismo ella tenía a un hombre tan vulnerable frente a ella que la cautivaba.

—Lo hago. —La miró a los ojos—. Soy víctima de unos sentimientos que creí que jamás sería capaz de sentir.

—¿Ama a alguien más? —preguntó asombrada, deseando con todas sus fuerzas que su conclusión fuera errónea, pero Blandes asintió.

Se mordió el labio inferior fuertemente.

—No puedo casarme con usted, su excelencia. —Él volvió el rostro hacia ella—. Es un hombre maravilloso y también es muy apuesto. —Se sinceró y Blandes se rio entre dientes—. Pero no lo amo y ambos merecemos más. ¿Cómo podríamos ser felices cuando nuestros corazones pertenecen a otras personas? Si no somos sinceros ahora, en un futuro seremos nuestra propia destrucción.

—Lo sé —susurró, pensativo—. Usted también me agrada mucho, milady, y no me siento orgulloso por la razón que me llevó a acercarme a su persona. —Ese comentario la confundió—. Quizá en un futuro me lamente por no haber insistido con usted, pero ahora mismo le deseo la mayor felicidad y sé que no soy el indicado para brindársela.

Ashley esperaba que Sutherland no quisiera matarla, ni retirase su oferta por el cómo lo encerró en la biblioteca, puesto que en esa conversación en todo momento su rostro estuvo presente en su cabeza y ya no había marcha atrás, quería casarse con el marqués y luchar por su amor.

Al menos él estaba dispuesto a desposarla.

Recordó el por qué vino hacia Blandes, y jugueteó con sus manos nerviosamente.

—¿Sabe?; hace un momento lo vi salir de un salón y me encontré con lady Aline. —El duque se tensó irremediamente—. ¿Es verdad que enviará a su padre a la cárcel de deudores? ¿No hay nada que se pueda hacer para evitarlo?

Un largo e incómodo silencio se instaló entre los dos y sintió un poco de decepción, hasta que él habló.

—Siempre hay una solución para todo.

—¿De verdad? —jadeó emocionada y Blandes asintió, mirando a la nada.

—Pero no creo que el conde quiera pagar el precio.

—Yo creo que sí. —Si de dinero se trataba quizá podría conseguir un préstamo, todo el mundo adoraba a los condes—. Hable con él, estoy segura que llegarán a un acuerdo.

Una sonrisa ladina se dibujó en el rostro del duque.

—Espero que así sea.

—Muchas gracias por esto, su excelencia, ver llorar a Aline es mucho para mí, ella es tan buena y está asustada, no sabe qué hacer; sus padres lo son todo para ella.

Blandes se enderezó, un tanto incómodo por sus palabras, y se puso su saco con parsimonia dando por terminada la conversación. Ashley recordó que Ross sólo le dio diez minutos para hablar con el duque y entró pánico.

—Debo irme. —Se exaltó y Blandes se puso de pie para ayudarla a incorporarse y cuando lo hizo, se arrepintió—. ¡Aaaay! —El sonido de la tela rasgarse no le causó nada en comparación a la sensación de como algo se clavaba en su piel y le generaba una herida en la pantorrilla.

—Milady, ¿qué ocurrió? —Blandes se inclinó y Ashley juntó los párpados dolorida y escuchó como rasgaba la tela para liberarla de algo que la tenía atrapada—. Quédese quieta, dolerá un poco —susurró con nerviosismo y se odió a sí misma por tener tan mala suerte.

Cuando él se alejó de ella informándole que ya podía moverse con libertad, Blandes resbaló sobre sus pies y terminó cayendo hacia atrás, ahogando una maldición cuando su mano se prendió con otro de los fierros puntiagudos que estaban en la parte baja del asiento.

¡Rachel tenía que solucionar eso lo antes posible!

—¡Su excelencia!

Ahora ella quien tuvo que ayudarlo a él.

—¿Cómo que no está? —bramó furioso y Ross y Beaufort intercambiaron miradas inquisidoras. Esa maldita lo encerró en la biblioteca y si no hubiera estado en el tercer piso, habría escapado con mucha facilidad.

—Dijo que tenía que hablar con Blandes y lo siguió hacia el jardín —soltó Ross y Connor se enderezó, cuadrando los hombros.

¿De verdad pensaba desafiarlo?, ¿tan molesta estaba como para elegir a Blandes aun queriéndolo a él? Su ángel estaba muy equivocada si pensaba que la entregaría a otro, primero muerto. Ella sería su marquesa y más le valía por su propio bien, poner de su parte para no complicarle el cortejo.

—¿Hace cuánto?

Dejarlos a solas no era algo que le gustase mucho.

—Un poco más de diez minutos.

No se demoró ni un segundo más y a paso veloz los pasó de largo y se dirigió hacia la terraza que lo llevaría al jardín. No podía evitar sentirse molesto, furioso y celoso. Sí, maldito fuera ese sentimiento, pero estaba loco de los celos. Si Blandes le ponía un solo dedo encima a su ángel lo mataría, ella era demasiado apasionada para su propio bien y eso lo alarmaba. Rabioso al imaginarse a Blandes probando los labios de su ángel, aceleró su paso. Ella tenía todo el derecho para no querer besarlo, fue él quien el día de ayer la rechazó vilmente, pero ¡estaba arrepentido!

¿Es que no podía equivocarse una vez en la vida?

Presionó sus manos en dos puños. No le importaba tener que buscar hasta el último rincón del jardín, iba a encontrarla y de una vez por todas le dejaría claro que su boda era inamovible. Además... él se aprovechó de ella y si tenía que decirle al conde y a todo el mundo que estuvo a punto de tomarla con tal de forzar la unión, lo haría. Giró en la intersección de unos setos y no llegó a dar más de un paso antes de que su cuerpo impactara contra el de alguien, el golpe fue tan fuerte que ambos perdieron el equilibrio, pero fue el pequeño cuerpo el que terminó en el césped.

—Ay.

—Milady. —Rápidamente se puso de cuclillas para ayudarla, pero todo su cuerpo se petrificó ante la imagen que apareció frente a él: ojos llorosos, labios extremadamente rojos e hinchados; observó su peinado y pudo ver como los mechones dorados se escapaban del mismo. Su mirada bajó por el largo vestido y al ser blanco pudo ver los rastros de tierra y...

—¿Qué fue lo que hizo? —siseó sin quitarle el ojo de encima a la sangre que manchaba la parte interior de su vestido. Si ella no se hubiera caído, él jamás la habría visto.

Lady Ashley lo sujetó del brazo con desesperación y el desagrado que sintió hacia ella hizo que las tripas se le revolvieran.

—Blandes está...

Se zafó de su agarre con brusquedad, haciéndola respingar, y la confusión llenó sus hermosos rasgos, pero él se rehusó a sentir pena por ella.

—¿Qué fue lo que hizo? —repitió como un imbécil con ira contenida, sin comprender sus razones; él conocía la respuesta.

La dama negó con repentino temor e intentó retroceder sobre su lugar, pero Connor fue más rápido y aprisionó sus brazos con tal fuerza que la hizo jadear de dolor.

—No fue mi intención. Yo... no sabía lo que hacía —confesó con los ojos llorosos y para Connor todo se volvió rojo—. Yo...

—¿Qué demonios fue lo que hiciste?! —La zarandeó y en cuestión de segundos la tenía de pie frente a él mientras ella lloraba sin consuelo alguno.

¿Qué tan estúpida podía ser esa mujer? ¿Tanta era su desesperación por casarse con el duque que prefirió entregarse a él antes que verse atada a un matrimonio con su persona? ¿Cómo pudo hacerle algo así? Hace menos de veinte minutos le dijo que quería desposarla. Después de mucho pensarlo, Connor había decidido cambiar toda su vida por una mujer que no merecía la pena.

¡Era una imbécil!

Y en cuanto a Blandes... iba a matar a ese malnacido.

—Suélteme —susurró ella, consciente del peligro que corría junto a él, y lejos de obedecerla la pegó a su pecho y empezaron a forcejear—. ¡Le dije que me suelte! —Era incapaz de soltarla y guiado por la rabia de saber que esa mujer ya era de otro, la sujetó de la nuca con dureza y la obligó a mirarlo a los ojos. Estaba llorando, ¿por qué?, ¿por qué pensó que se libraría de él una vez que se entregara a Blandes?

Estaba muy equivocada.

La besó con dureza, penetrando en su boca de igual manera y ella empezó a golpearlo en los hombros para que la soltara pero no lo hizo. ¡No podía! Quería regresar en el tiempo, quería volver a la noche en el club y penetrarla, hacerla jadear de placer y luego presentarse en su casa a la mañana siguiente para pedir su mano.

Pero no... era tarde, ¡ella se entregó a otro!

—¡Ashley! —Se escuchó el estridente grito de la marquesa de Winchester, junto a varios jadeos femeninos, y Connor liberó sus labios, horrorizado, al caer en cuenta que estaban en el jardín de la casa de su amigo, donde todo el mundo podría encontrarlos.

Giró sobre sus talones para esconder el cuerpo de la rubia con el suyo y trató de analizar cómo demonios se metió en ese problema. No podía ser cierto, no podía ser verdad. Debía controlarse, no debió reaccionar así. Sus manos se percataron que el pequeño cuerpo empezaba a tiritar y apretó la mandíbula con rabia contenida.

Quería gritar de la impotencia, estaba envuelto en un escándalo con una mujer mancillada. Una tonta que se entregó al hombre que él detestaba con cada fibra de su ser. Y por culpa de lady Ashley, todos tendrían una razón de sobra para dar por sentado que era un libertino sin remedio, su estado era desastroso y todas las culpas caerían sobre él.

Iba... iba... eso no se iba a quedar así.

Capítulo 7

En este preciso momento, Connor luchaba consigo mismo para no gritar ni acabar con todo lo que estaba sobre el escritorio del estudio de Beaufort, donde le habían dado algo muy parecido a lo que sería una condena de muerte. Sus manos temblaban gracias al cosquilleo que emergía de la rabia y la desesperación y no existía fuerza alguna capaz de controlarlo.

Su ángel, la mujer que todo Londres creía pura e inocente, terminó entregándose a otro hombre sólo para no casarse con él, dejándolo tan humillado como herido por su manera de proceder. Comprendía que fue criada en el campo y no tuvo el apoyo de una madre, pero una mujer no podía tener tan poco criterio común para actuar.

¿En qué diantres estuvo pensando al hacer lo que hizo?!

Apretó la mandíbula y regresó la vista hacia la culpable de todas sus desgracias.

En menos de diez minutos sus padres tuvieron que lidiar con el escándalo, dejándolo a él como un hombre salvaje que terminó aprovechándose de la beldad de la temporada y todo para que la desgracia no cayera sobre esa libertina, sobre esa mujer que carecía de cerebro. Sobre una reverenda idiota.

Lo más sensato, para él, habría sido gritar a los cuatro vientos que no hizo nada; total, un duelo con el conde era mil veces mejor que una boda con una mujer mancillada, pero Connor sabía que nadie le creería, que su horrible reputación lo condenaría aun siendo inocente y esa declaración sólo empeoraría la situación de la dama. Y uno de los dos tenía que salir menos embarrado que el otro de esa situación si querían sobrevivir dentro de la sociedad inglesa.

Deseaba encontrar a Blandes y retarlo a duelo, pero el muy malnacido desapareció, no existía rastro alguno del muy cobarde, y hacer un escándalo de ese tipo justo ahora sólo levantaría sospechas. Connor tenía que aguardar, darse unas semanas para acudir a él y retarlo a duelo y matarlo —haciéndole un favor a la humanidad— de una vez por todas.

Esa humillación no se quedaría así, él iba a vengarse tanto de él como de lady Ashley.

Cuando fue encontrado por las seis matronas, no pudo pensar en nada, sólo dejó que su padre moviera a las masas y dictara las órdenes, pero ahora que por fin podía pensar con cabeza fría, estaba dispuesto a cobrar justicia con su propia mano.

Aprovechando que le cedieron unos minutos con la mujer que en unos días sería su esposa, la escudriñó de pies a cabeza despectivamente, su estado era desastroso y eso sólo le alteraba la circulación, quería arrancarle ese estúpido disfraz y ordenarle que se cambiara, que se pusiera otras prendas que no delataran su pecado, su traición.

Ella lloraba en su lugar, tiritando violentamente, y lo miraba como si fuera un asesino serial apunto de aniquilarla.

Ganas no le faltaban, quería desaparecerla de su vista.

La dama empezó a boquear, buscando emitir unas palabras, y él esperó que dijera algo.

—Milord...

—¡Cállese! —No podía, el sólo oírla hacia el pecho le doliera.

Odiaba a los traidores y ella resultó siendo la peor de todos los que pudo conocer a lo largo de su vida. Estaba desesperado y la estaba asustando, pero maldición, ¡necesitaba una solución! O al menos algo que lo ayudase a enfrentar todo eso.

La mujer que él había elegido se entregó a otro hombre, uno que desde su adolescencia adoraba robarle a sus mujeres. No podía existir nada más humillante que eso, se sentía un imbécil.

—Hablaré con mi padre, él debe saber la verdad. Fue un accidente.

El odio que sintió fue indescriptible. Incluso cuando Blandes la abandonó a su suerte, ¿ello lo seguía eligiendo a él?, ¿qué diantres hizo ese malnacido para hacerla cambiar tan rápido de parecer? ¿Estaba preocupado por el futuro de la dama y ella sólo quería correr a los brazos de Blandes!

Era despreciable, esa mujer era una paria e incluso así él no quería que se fuera con otro, la quería para él, deseaba retenerla a su lado para siempre así fuera por las malas.

—La verdad —masticó las palabras—. ¿Será capaz de decirla en voz alta? —Caminó peligrosamente hacia ella y la rubia retrocedió, tratando de implementar mayor distancia.

—No sabía lo que hacía —se excusó.

—Eso me queda claro —bramó en un murmullo, rabioso al no poder gritar porque sabía que mucha gente los esperaban en el pasillo, y la sujetó del brazo con fuerza.

—Perdóneme, milord —rogó—. No quise meterlo en problemas, mi intención nunca fue llegar a esto.

—Pero lo hizo —escupió con desprecio y golpeó la pared tapizada con una fina moqueta guinda para descargar su ira.

—Usted me retuvo, yo...

—¿Y cómo quería que reaccionara? Le dije que quería casarme con usted, accedí a cambiar mi vida por usted, y terminó... —No fue capaz de terminar la frase y sólo tembló en su lugar, furibundo.

¿Por qué le dolía tanto?

La situación lo estaba matando y dudaba que fuera un tema únicamente de orgullo, lady Ashley lo había dañado de una manera irremediable.

—Fue un accidente. —Ella se encogió cuando su agarre se hizo más fuerte—. No pude hacer mucho, empezamos a hablar y simplemente pasó. Yo también terminé afectada.

¿Sentía que casarse con él era algo malo?

Bueno... ahora él le daría una razón para pensar así.

—No haga que mi paciencia llegue a su límite —ordenó con el rostro rojo de la cólera—. Recuerde que dentro de poco será mi esposa y estará bajo mi poder, por su bien: no me colme. Créame cuando le digo que puedo hacer de su vida un infierno. —La soltó, haciéndola tambalear, y la rubia se cubrió la boca para acallar su sollozo.

Siempre fue tolerante y amable con lady Ashley, pero ella no supo apreciar su buen comportamiento y terminó sacando lo peor de él. Esa mujer no tenía ni la menor idea de lo que le esperaba a partir de ahora.

—Perdóneme, milord —repitió y se alejó de ella, dándole la espalda.

Lo que le hizo no tenía perdón.

—Evite esta boda, desaparezca de mi vista y la perdonaré. —Era algo imposible y lo sabía, pero al menos se daría el gusto de atormentarla un poco antes del día de su boda—. No quiero saber nada de usted; ni como esposa, ni como amiga. Mire hasta dónde llegó su falta de cordura, nunca será una marquesa adecuada, mi padre odiaría saber qué tipo de mujer es la futura duquesa de Kent.

—¿Qué es diferente ahora? Hace menos de una hora usted quería casarse conmigo.

Se volvió hacia ella.

—Usted. No es la mujer que creí que era.

Las lágrimas bajaron por las hermosas mejillas de la dama y él empuñó sus manos a ambos lados de su cuerpo para no sucumbir a la loca necesidad que tenía de abrazarla. Ya era hora de aceptar que esa mujer no merecía la pena.

—Yo me encargaré de todo —susurró con voz queda y no comprendió a que se refería.

Quiso pedir una explicación, pero la puerta del estudio de Beaufort se abrió, dejando ver al rey Guillermo IV frente a ellos. La dama limpió las lágrimas de su rostro con rapidez y ambos hicieron una venia para el hombre que ya no poseía un disfraz si no fina indumentaria.

—Su majestad.

El hombre hizo un asentimiento para que pudieran enderezarse y Connor se percató de como el rey miraba a la joven. No le gustó.

—Lady Answorth, su padre la espera en el pasillo.

Lo menos que necesitaba ahora era hablar con el rey, no quería pensar que lo enviaría a una misión en ese preciso momento. No se sentía con el humor ni la cabeza para hacerlo. Una vez que estuvo a solas con su majestad, el hombre se sentó en el fino sillón de Beaufort, mirándolo con curiosidad, analizándolo en cada segundo.

—Vaya escándalo, Sutherland.

—Fue un accidente, milord. —Bajó la mirada, apenado.

—Y cómo te conozco, sé que lo provocó la dama.

No quiso responderle, le parecía un acto cobarde echarle la culpa a una mujer.

—Les haré llegar la licencia especial mañana. —Lo miró sorprendido, ¿qué interés podría tener porque se case con la rubia?—. Espero sepas tratar a lady Answorth. —Le sonó a advertencia—. Tú me agradas para la dama, aunque no se note soy el más feliz por este compromiso. —Connor empezó a confundirse y no supo qué sentir al ver a Worcester irrumpiendo su reunión.

—Su majestad. —El conde se acercó al rey, ignorándolo completamente como si él fuera un pordiosero—. Dígame que existe una manera de revertir esto.

—¿Por qué lo haríamos, Worcester?

El rey miró al conde y él se sintió fuera de lugar, en su vida se imaginó que alguien podría mostrar tanta familiaridad con el rey.

—La dama pronto será acosada por los peores libertinos de Gran Bretaña y estoy seguro que Sutherland podrá ser un buen esposo para ella. Siempre quise que las cosas fueran así.

Eso era cierto, pero ¿qué demonios tenía que ver Guillermo IV con su ángel?, ¿por qué preocuparse por una desconocida?

—Con todo el respeto del mundo, su majestad —empezó a decir Worcester sin poder mantener la boca cerrada—. Sutherland es uno de esos peores libertinos —escupió con desprecio y el semblante del rey se endureció, dado que él sabía la verdad de su falsa reputación.

—Pero lady Ashley es mi hija y yo elegiré a su futuro esposo.

Si creyó que no podía pasarle algo peor el día de hoy, se equivocó. Nunca le gustó conocer los secretos de las personas y ahora el rey, como castigo para Worcester por llevarle la contraria, dejó que él descubriera que lady Ashley era su bastarda y no la hija de los condes como todo el mundo pensaba.

—Espero no te moleste conocer nuestro secreto, ella será tu esposa después de todo —comentó el rey con frialdad, mirándolo, y Connor tragó con fuerza—. No quiero que nadie se entere de esto.

—Claro que no, su majestad. Seré una tumba.

—Ahora que todo ha quedado claro; quiero hablar a solas con Sutherland, Worcester. No fuiste invitado a esta reunión.

Esas palabras fueron suficientes para que Connor se quedara a solas con su majestad otra vez. Guillermo IV lo miraba sin expresión alguna en el rostro, como si turbios recuerdos lo estuvieran invadiendo en ese preciso momento, y él sólo quería llegar a su casa y darle un fin a ese día.

—Es una larga historia.

No quería saberla. A decir verdad hubiera preferido desconocer el hecho de que lady Ashley era una bastarda del rey.

—Mi hermano se la entregó a Worcester la noche en la que nació, su madre no se encontraba bien, creíamos que no pasaría la noche.

Eso quería decir que la mujer estaba con vida. Era demasiado incómodo tener que escuchar aquella historia, nunca le gustó meterse en los probl...

—Te liberaré de tu puesto como espía de la corona si la encuentras. —Alzó la mirada sorprendido y los pulmones empezaron a fallarle. Su libertad... su tan preciada y anhelada libertad por fin se le sería otorgada—. Tendrás un mes para encontrarla y quiero que seas muy discreto con esta misión. Te daré los datos básicos que poseo y un par de rutas que podrás seguir para obtener información de ella y su familia. Su nombre es Grace Hill.

Grace Hill. La progenitora de su futura esposa era la mujer que se encargaría de ayudarlo a cumplir su máspreciado sueño: dejar de servir a la corona. Definitivamente daría con ella, no había forma que él no pudiera encontrarla; no por nada era el mejor espía de su majestad.

Esto era lo único bueno que podía sacar de este problemático compromiso, dado que lady Ashley era un total desastre y terminó decepcionándolo de sobremanera.

—Y ahora que lo sabes todo. —El rey exigió su atención—. Mucho cuidado con lo que hagas con mi hija de ahora en adelante —aseveró, incorporándose.

La garganta se le cerró al ver la advertencia en sus ojos.

—Si ella está con el conde y no trabajando en un burdel por ser una huérfana, es porque quizá es un poco especial para mí.

Asintió.

Quizá la mujer era una calamidad, pero la suerte estaba de su lado. Aunque, ni siquiera el rey sería capaz de quitarle la autoridad que tendría sobre ella una vez que fuera su esposa.

En su habitación del club, después de descubrir que la mujer que deseaba se entregó a otro y era la bastarda del rey, Connor brindó sólo por la oportunidad que se le abrió para dejar de servir a la corona.

Lo único bueno que le pasó esa noche, tan bueno que las tres botellas de brandy no le estaban haciendo justicia a su solitaria celebración.

Su pulso era poco preciso, por lo que parte del contenido de la botella iba al piso enmoquetado y otro a su copa. Eran las cuatro de la mañana y no se le apetecía dormir. Sólo podía pensar en ella, la mujer que estaba deshonrada y nunca sería únicamente suya.

Su ángel estaba mancillada.

Soltó una sonora carcajada y tiró la copa contra la pared. Su visión no era tan nítida como para saber dónde llegó con exactitud, pero el sonido anunció que se hizo trizas. Se rio sin humor alguno, con esa facilidad se rompió algo en él el día de hoy.

Esa mujer debió ser suya. Si tan sólo la hubiese aceptado desde un principio, todo sería diferente. Tambaleante caminó hacia el cordón de la campanilla de servicio y la agitó fuertemente.

El ayuda cámara que siempre estaba disponible para él y sus amigos hizo acto de presencia. Se veía nervioso, no era normal ver a ninguno de los dueños de Triunfo o derrota en tal estado. Ellos siempre permanecían immaculados y regios.

—Que me preparen el carruaje.

El individuo de más de cuarenta años se enderezó con preocupación. El marqués no estaba en un estado óptimo para dejar el lugar ahora, además era demasiado tarde.

—Milord, si me permite sugere...

—¡Que me preparen el carruaje! — bramó irritado, provocando que el criado siguiera su orden, y salió de su alcoba con pasos firmes y certeros. Como si no hubiera consumido una gran cantidad de alcohol en las últimas horas—. Iré a ver a mi prometida —musitó en un tono de voz casi inaudible y en menos de diez minutos su carruaje estuvo tambaleándose sobre el piso adoquinado mientras se dirigía a la casa de los condes de Worcester.

Capítulo 8

Ashley realmente quería dormir, pero por más que lo intentase, no podía hacerlo.

No sólo arruinó la fiesta de presentación de su hermana, sino que Sutherland terminó molesto con ella. No era para menos, lo estaban obligando a casarse con ella y todo porque en su desesperación de buscar ayuda para atender al duque de Blandes, fue a chocar contra el hombre equivocado.

Debería estar ideando un escape, huir de Londres para liberar al marqués del compromiso, pero ahora mismo tenía la pierna entumecida. Después de que el doctor le recetara unos ungüentos y su doncella se los aplicara, su pierna por fin dejó de palparle y dolerle y entró en una larga etapa de descanso.

¿Qué haría ahora?

Tenía miedo, en los ojos de su prometido vio tanto rencor que la idea de concederle todos los derechos sobre su persona le alarmaba. Según su padre: el rey los ayudaría a frenar el escándalo porque le tenía mucha estima, por lo que Ashley suponía que aunque le rogara a su padre por la anulación del compromiso, eso sería imposible.

—¿Sus culpas no la dejan dormir?

Escuchar la voz de Sutherland provocó que todos sus músculos entraran en tensión. Quiso saltar de la cama, huir hacia la puerta, pero al tener la pierna dormida sólo pudo apoyarse sobre sus manos y terminar sentada en el colchón.

¿Cómo demonios hizo para entrar a su alcoba? Ni siquiera lo sintió llegar.

—Llevó un par de minutos aquí —informó, como si le leyera los pensamientos y la garganta se le cerró.

La escasa luz de la chimenea le ayudaba a ver sus duras facciones y todo indicaba que seguía muy molesto. El olor a alcohol que desprendía la puso nerviosa. Se aferró a las sábanas, subiéndolas para cubrirse el torso, y él bufó con descaro.

—Ese gesto está de más para alguien como usted.

Retrocedió sobre el colchón tratando de implementar distancia y él miró hacia sus piernas que aún estaban bajo las sábanas.

—¿Adolorida, milady? —masticó las palabras, desesperándola, y sólo atinó a asentir.

¿Sabía que estaba herida?

—Ah —chilló, horrorizada, cuando él se montó sobre ella, aprisionándola con su cuerpo, y se encogió en su lugar terminando recostada otra vez—. Pare con esto, milord —suplicó con voz rota, retirando la mirada—. Me está asustando.

—Y eso que aún no le estoy haciendo nada de lo que pienso hacerle una vez que sea mi esposa —escupió en su oído y un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Sollozó ahogadamente y empezó a respirar con dificultad.

—Huiré, cumpliré su orden, pero deme unos d...

—¡¿Qué orden?! —Se sacudió, haciendo que el colchón se moviera, y tragó con fuerza.

—Usted dijo que desapareciera, que impidiera esta boda.

—No hay manera de hacerlo —respondió exasperado y la sujetó del mentón con dureza—. Tu destino es ser mi esposa.

—No quiero. —Rompió en llanto. No podía casarse con un hombre tan cruel, él no era el tipo de persona que se imaginó—. Yo no me casaré con usted, usted tampoco quiere esto.

—¿Importa? —Rio con cinismo—. Es la sociedad la que está sobre nosotros.

Las lágrimas vagaron por sus mejillas. No iba a unirse a ese hombre que parecía querer matarla con sus propias manos. Lo que sucedió en el baile fue un accidente, si él no hubiera reaccionado salvajemente ella habría seguido su camino para pedirle ayuda a Ross o a su cuñado.

—No puedo casarme con usted —susurró y Sutherland presionó su agarre contra su piel.

—Lo harás. Después de pensarlo mejor: me di cuenta que hay cosas que me podrían convenir de esta unión —farfulló con voz espesa, acariciando su mejilla y clavando su mirada verdosa en sus labios. Ashley se preocupó cuando reconoció esa mirada.

—Está bebido, milord —dijo con el alma en vilo, deseando que la dejara tranquila.

—Por supuesto, de ser diferente no la tocaría tan liberalmente. Sobrio sentiría asco.

Su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco y por unos segundos se dio el lujo de sentirse ofendida. Jamás comprendería que mal le hizo a ese hombre, pero... absolutamente no se casaría con el marqués.

—Suélteme —ordenó. No tenía por qué debía tolerar sus humillaciones.

—¿No le enseñaron que una dama no tiene voz ni voto frente a su esposo? —farfulló, acercándose a sus labios, y Ashley lo empujó por el pecho consiguiendo que se alejara.

—No es mi esposo.

Posó la mano en su cadera y de un tirón juntó sus pelvis, haciéndola gemir por lo bajo.

—Pero lo seré. —Se meció sobre ella, habían muchas capas de telas que los separaban pero incluso así se sentía bien. Juntó los párpados, dejándose llevar por el placer, y empezó a gemir roncamente sintiendo su erección contra su centro—. Atesora bien este momento, ángel —susurró en su oído, respirando con pesadez, y se alejó de ella, privándola de todo contacto—, porque te prometo que en tu vida volverás a sentir placer.

Confundida por sus palabras lo vio alejarse de la cama y ladeó la cabeza, débilmente.

—¿Qué fue lo que le hice? —deseó saber, se sentía tan impotente que sólo quería llorar, ella nunca quiso causarle ningún daño a Sutherland.

—Me traicionó, ¿le parece poco?

¿Estaba molesto porque lo encerró en la biblioteca de Beaufort?

—¿Y no hay nada que pueda hacer para que me perdone?

—Arruinó mi vida en muchos sentidos. Me condenaron, creen que me aproveché de usted y la lastimé físicamente; todo el mundo me detesta.

—Ayúdeme a escapar —suplicó—. Déjeme ir, usted ama su libertad y casarse conmigo sería condenarse. Si hablo con Blandes, él...

—¡No vuelva a mencionarlo! —Cerró los ojos al ver que nuevamente se lanzaba a la cama y esperó que hiciera algo, pero gracias a Dios él se quedó justo allí, observándola—. Olvide al duque, hágalo por su bien porque no seré misericordioso con nadie, ¿me entiende?

—Yo sólo quiero darle una oportunidad —confesó con voz quebrada, sentándose nuevamente—. No quiero que esta boda se lleve a cabo.

La rabia destelló en los ojos del marqués, advirtiéndole que debía alejarse de él, y Ashley ignoró si tenía la pierna dormida o no, se destapó con rapidez e intentó salir de la cama, pero él rodeó su cintura y con fuerza desmedida volvió a tenderla sobre el mullido colchón.

—¡No...! —Le cubrió la boca con la mano y las lágrimas bajaron violentamente por sus mejillas.

—¿Sabes por qué debemos casarnos? —farfulló con ira contenida, cegado por el enojo, y Ashley sollozó—. Porque el rey lo quiere así, porque él lo ordenó, porque tu maldito padre, el hombre que te regaló al conde de Worcester cuando naciste, me está condenando a una vida junto a una bastarda que jamás podrá darme un heredero porque lo último que pienso hacer es arruinar mi linaje familiar.

La sangre se le congeló y por varios segundos le costó respirar. Cuando recobró la compostura negó con la cabeza con rapidez. No... eso era mentira, ¡eso no podía ser verdad! Ella no podía ser una bastarda del rey, sus padres siempre la adoraron.

Dejó de razonar y lo único que pudo hacer fue agitarse como si estuviera poseída. ¡Quería que la soltara! El marqués se alejó y con la visión empañada pudo ver lo pálido que se encontraba, como si acabara de hacer algo muy malo, y eso sólo le rompió el corazón en mil pedazos porque todo era verdad, porque eso fue lo que él rey debió haber conversado con él la anterior noche; porque todas las veces que ella le preguntó a su padre en qué se parecía a su madre, él solía decirle que tenía un parecido de ambos para esconder la verdad, para evitar decirle que ellos no eran sus padres de sangre; porque todo el tiempo que se comparó con Rachel, tratando de encontrar similitudes, no valió la pena porque no tenían ningún parecido. Sólo la cabellera rubia y ojos azules que en Londres había por montón.

Todo era una mentira, su vida era una mentira.

—Yo...

—Váyase —suplicó con un hilo de voz, cubriéndose los oídos para no escucharlo, y cerró los ojos con fuerza deseando que todo fuera una pesadilla, que el día de mañana todo ese suplicio llegara a su fin.

Pero no... cuando la luz del sol iluminó su alcoba todo siguió igual; dado que cuando el conde de Worcester fue a verla, ella sólo repitió una y otra vez las palabras de Sutherland en su cabeza.

Ella era una bastarda.

¡La bastarda del rey!

Ese día no quiso salir de su alcoba, por lo que la modista tuvo que venir hasta su casa para hacerle los últimos arreglos a uno de los vestidos que le estaba confeccionando para la temporada. A estas alturas era imposible pensar que madame Gale podría diseñar un atuendo para el día de su boda, aunque no era que Ashley quisiera usar un hermoso vestido.

Eso sólo le daría la oportunidad al marqués de volver a insultarla, dado que no habría pieza ni prenda que ocultara su verdad. A través del espejo de cuerpo completo contempló el collar que su difunta madre le regaló —Rachel tenía uno igual—, su dije era un lindo diamante y no se sentía merecedora de la joya.

Emmy no era su madre, ni Worcester su padre.

—Creo que me gustaría más ceñido aquí —indicó su madrastra, lady Ivonne, y madame Gale pasó un alfiler por la tela marcando su cintura—. El escote, ábrelo un poco más. Que se haga lo mismo con los otros vestidos.

—Como usted ordene, milady.

No quería que le hicieran más vestidos, ellos no tenía por qué pagar sus cosas. ¡Ella no era hija de Worcester!

—Quiero que lleve una diadema, sin velo.

Ivonne se veía demasiado emocionada, ¿afectaría la relación que tenía con Worcester si se enteraba que era una bastarda?

Claro que lo haría.

La verdad que ahora conocía era un escándalo latente, algo que destruiría a todas las personas que estaban en su círculo. Ashley no podía ser tan egoísta y hacer de cuenta que todo estaba bien. Deseaba hablar con alguien sobre el tema, pero no sabía con quién. Decir en voz alta que era una bastarda era sinónimo de ganarse el desprecio de todas las personas que la querían.

Capítulo 9

—Suficiente. —Beaufort le arrebató la copa y Windsor se encargó de quitarle la botella de whisky—. Maldito seas, Sutherland, te casas mañana y dudo que doce horas sean suficientes para dejarte en un estado respetable. ¿En qué diantres estuviste pensando? ¡Esto no es un juego! ¡Todo el mundo está hablando de ti!

¿De él? ¿Por qué de él si la culpable de toda esa desgracia era esa mujer que se hacía denominar como “inocente”? Era ella la que debía estar en boca de todos, fue ella la que se entregó a otro como si se tratase de una... Tiró la cabeza hacia atrás, recordando como la dejó hecha un ovillo la última noche que habló con ella.

Por más enfadado que se sintiera hacia la dama, no debió haberle dicho que era una bastarda.

Después de aquella noche no volvió a saber nada más de ella, sólo que el desayuno de bodas sería en la casa del conde de Worcester y los asistentes serían únicamente familiares. El escándalo no les permitía realizar una celebración en grande.

—Necesito beber para olvidar que debo casarme con una arpía.

Al diablo la caballerosidad, a las cosas se las llamaba por su nombre.

—¿Qué? —Windsor frunció el ceño—. ¿Me perdí de algo o me equivoqué de novio? ¿Cómo te atreves a decirle algo así a lady Answorth?

Qué poco conocía su amigo a esa mujer.

—Lárguense, no los invité a esta reunión.

—Tus hermanos están preocupados por ti. —Beaufort se cruzó de brazos y Connor miró de reojo a Zachary, quien se mantenía apoyado en la puerta de su alcoba, mirándolo con enojo.

«Mocoso entrometido».

Como si le leyera el pensamiento, el rubio de ojos azules esbozó una pequeña sonrisa retorcida.

—Ordenaré que le preparen un baño. —Windsor tocó la campanilla de servicio sin su permiso y quiso sacarlos a todos de su alcoba, mas no fue capaz de hacerlo porque le gustaba saber que sus amigos, aún casados, se preocupaban por él.

Era una lástima que a diferencia suya: no hubiera encontrado una buena esposa.

Una vez que sus amigos se cercioraran de que él no tendría alcohol a su alcance, se despidieron y prometieron venir por él a la mañana siguiente. Por supuesto, lo dejaron bajo la supervisión de su pequeño hermano, quien sentado en el diván que estaba junto a la chimenea, no perdió la oportunidad para meter sus narices donde no debía.

—Podrás engañar a tus amigos, pero sé que algo te tiene demasiado molesto.

—No es nada.

—Connor... —lo llamó por su nombre de pila y lo miró con obviedad—. Nos conocemos muy bien como para pretender engañarnos, ¿no te parece?

—De verdad eres un mocoso entrometido.

—Tú también sueles ser muy entrometido.

Ese comentario, muy significativo para los dos, les robó una sonrisa ladina.

—¿Qué se sabe de Blandes? —Empuñó sus manos sobre sus sábanas, estaba sacando fuerzas de donde no las tenía para no ir a matar al malnacido.

—Desde la fiesta de disfraces nadie sabe nada de él, aunque Aberdeen comentó que está herido. Tuvo un accidente y tiene la mano derecha herida.

Era una lástima que ese accidente no lo hubiera matado.

—¿Y los Anderson?, ¿hizo algo con los pagarés?

—No —soltó vagamente, como si ese misterio lo tuviera un tanto desconcertado—. Pero lady Aline termino bajo la tutela de la marquesa de Winchester, quien se retiró a su casa de campo, y Ross se llevó a los condes de Norfolk, sabes que la pareja no suele separarse mucho —agregó con rapidez—, a Escocia para adentrar a Norfolk en unos negocios que le parecieron interesantes.

De acuerdo, al menos su amigo estaba ayudando al conde de alguna manera.

—Quiero que me hagas un favor. —Cerró los ojos dispuesto a dormir un poco dado que el día de mañana no sería un día sencillo.

—¿Cuál?

—¿Los baúles de lady Answorth llegaron?

—Efectivamente. No sé si lo escuchaste, pero las doncellas estuvieron acomodando todas sus pertenencias esta tarde en la habitación contigua. Seraphina se la pasó allí metida sólo para cerciorarse de que todo quedara perfecto para que su futura cuñada se sintiera cómoda en su nueva alcoba.

—Es una lástima —farfulló.

—¿Por qué? —No podía ver el rostro de su hermano, pero casi y podía imaginarse su ceño fruncido.

—Porque mi esposa no vivirá aquí, ordena que guarden todo y envíen sus baúles a Brighton.

—E de suponer que irás con ella, ¿verdad? —preguntó, su voz destilaba tensión.

—No.

—No puedes hacerlo, nuestro padre no permitirá que la historia se repita.

Pero ahora existía una gran diferencia, él no estaba abandonando en el campo a una dama inocente; sino a una que lo humilló vilmente entregándose a otro para no casarse con él. ¿De verdad podría despertar cada mañana y desayunar con esa mujer? No, al menos no en un principio y por ello lo mejor era enviarla al campo lejos de su mal temperamento y, por supuesto, de Blandes.

—Es mi esposa, yo decido que hacer con ella.

—Estarías haciendo lo mismo que él y siempre, desde que tengo uso de razón, dijiste que no querías ser como nuestro padre —insistió, tratando de hacerle entrar en razón, y él se rehusó a hacerlo.

Aún no podía consumir nada con lady Ashley, primero tenía que cerciorarse que ella no estuviera esperando el hijo de otro, y la única forma de mantener sus manos alejadas de ese cuerpo era alejándolo de él.

Cuando le dijo que no pensaba tener herederos con ella le mintió, dado que le importaba un comino si era la bastarda del rey o del comerciante de la esquina. En el mundo habitaban bastardos por montón y algunos tenían la suerte de estar mejor ocultos que otros, por lo que no pensaba condenarla por eso.

La dama no era la culpable de los errores de sus padres.

—¿Podrás ayudarme?

Zachary se puso de pie y Connor abrió un ojo para observarlo. Estaba muy molesto, pero estaba seguro que si conociera su versión, lo comprendería.

—No.

Y antes de que pudiera manipularlo, él abandonó su alcoba dejándolo sumido en el silencio. Su familia se pondría de lado de lady Ashley y si no se ponía firme, pasarían por encima de él, algo que no pensaba permitir por nada en el mundo.

Connor haría lo que se le viniera en gana con su mujer.

A la mañana siguiente, vistiéndose para la ocasión, decidió llevar un traje totalmente negro, puesto que sentía que debía brindarle tributo a su libertad y orgullo perdido. Su ayuda cámara le arregló el pañuelo y con un gesto de mano le pidió que se retirara, de ahora en adelante lo haría solo.

Revisó la hora de su reloj de bolsillo, aún era temprano. Se encaminó hacia la puerta que conectaba su alcoba con la de su futura esposa y se acercó al armario, toda su indumentaria estaba pulcramente ordenada. Con una sonrisa retorcida empezó a sacarla de su lugar y tirarla a la cama y divanes que estaban cerca, cuando todo hubo terminado fuera de su lugar, tocó la campanilla y a los minutos llegó una doncella, quien si se alarmó por ver el estado de la alcoba, no lo exteriorizó.

—Quiero que regresen cada una de sus prendas a sus baúles, mi esposa no vivirá en la ciudad.

—Cómo usted ordene, milord —susurró la mujer, temblorosa, y Connor se dirigió al primer piso, donde milagrosamente toda su familiar aguardaba por él a excepción de los gemelos, quienes claramente no irían a la reunión.

—¡Hermano! —exclamó Seraphina, entusiasmada. Ella y su madre eran un rebosar de alegría e ilusión a pesar del cómo se dieron las cosas—. No podemos llegar tarde a tu boda, tenemos que irnos ahora.

—Beaufort y Windsor vendrán.

—Les envié una nota a ambos para decirles que nos veríamos directamente en la casa de la novia. —Su padre debería dejar atrás esa horrible costumbre que tenía de meter las narices donde nadie lo llamaba.

—El carruaje nos espera —expresó Zachary, seguramente percatándose de la intención que tenía de enviar al demonio a Kent, y sin deseos de iniciar una pelea antes de la ceremonia, abandonó el recibidor seguido de sus familiares.

El conde de Worcester los recibió con recelo, exteriorizando lo mucho que le disgustaba la idea de un matrimonio tan escandaloso y apresurado como ese, y Connor decidió pasarlo por alto. Suficiente tenía con querer ahorcar a su prometida como para querer asesinar a su futuro suegro. La situación sería más sencilla para todos si comprenderían que debían conformarse con la injusta realidad.

La ceremonia fue rápida y pasaron a desayunar en la gran mesa del comedor principal, donde él se puso a pensar cómo lady Ashley era capaz de verse tan hermosa aun estando tan triste.

Triste porque se casaba con él y no con el duque de Blandes.

Su mano presionó el pequeño tenedor con ira desmedida y este tembló hasta que con un suave golpe en la pantorrilla, Beaufort lo obligó a recobrar la compostura. No comprendía, él nunca solía dejarse llevar por sus emociones, pero desde que empezó a involucrarse con su reciente esposa: perder el control se le estaba convirtiendo en todo un pasatiempo.

De pronto sintió la necesidad de una copa de whisky e intentó despejar su mente viendo a los presentes. Estaban los duques de Windsor, Beaufort, la de su esposa y los tres protegidos del conde que, por cierto, le caían muy mal; más porque parecían llevarse muy bien con su delicada esposa que forzaba una débil sonrisa para responderles.

Su vista descendió por su cuello, llegando al nacimiento de sus senos, y recordó el espléndido

vestido que llevaba puesto. El color lavanda le quedaba bien, aunque no estaba seguro si era el color el que tenía el efecto sobre su piel, pero se veía un poco pálida. Era una pieza que en la parte superior definía su pequeña cintura y voluminosos pechos, mientras que en la inferior la falda caía en varias capas de tela dejando ver un bordeado de flores silvestres en tonalidades blancas y amarillas. Su cabello tenía un peinado un tanto curioso, puesto que no existía presión en su cabeza y algunos bucles caían acariciando sus lindas mejillas.

El collar era el mismo que siempre llevaba puesto, uno de oro blanco con un pequeño diamante como dije. Ese collar también lo tenía la esposa de Beaufort, por lo que suponía que tenía un valor sentimental para ambas mujeres.

Sirvieron la tarta e inquisidor se percató que ella fingía disfrutar de los postres, pero en realidad no lo hacía. Lo único que ingería de verdad era su té y si sus cálculos no fallaban, sus manos no dejaban de temblarle.

Tenerla al otro extremo de la mesa no estaba siendo de mucha ayuda ni para su paz mental ni física. Por el rabillo del ojo vio a su hermano diciéndole algo en voz baja a su madre y endureció su semblante al percatarse de lo que estaba haciendo.

Hailee Aldrich se puso de pie, provocando que todos los hombres hicieran lo mismo, y con la visión empañada pidió permiso y se disculpó con los comensales para abandonar el salón con paso apresurado.

—Si me permiten —pidió su padre, tan pálido como una hoja, y salió tras de su esposa.

Todos regresaron a su lugar, confundidos, y con una venía Connor siguió a sus progenitores. Si no amara tanto a su hermano, no habría dudado en estamparle un puño en el rostro.

No se detuvo a mirar a su esposa, porque indirectamente sabía que era la única culpable de todo.

—¿Qué dices? —Escuchó la pregunta de su padre y Hailee sollozó con congoja.

—La enviará a Brighton, quiere abandonarla en el campo.

Un tenso silencio se instaló entre sus padres, a quienes ese tipo de palabras no podrían traerles jamás un buen recuerdo. Se acercó a ellos, ninguno se percató de su presencia en la pequeña sala.

—No lo haré, no lo permitiré —decretó Kent, rodeando con sus brazos a su madre, y él casi quiso aplaudirle por el noble gesto.

—Es mi esposa, sólo yo puedo decidir qué hacer con ella.

—Connor. —Su madre se olvidó de Kent y llegó a él, para sujetarlo de las manos—. Dime que es mentira, dime que no le harás algo así a lady Ashley. —La piel se le erizó al ver los ojos llorosos de su madre—. No puedes cometer un error de este tipo, hijo, te arrepentirás por años. Esa mujer es buena, debes darle una oportunidad —suplicó y por encima del hombro de Hailee vio a su padre, quien por supuesto no le diría nada al respecto porque él los abandonó en el campo por diez años.

—Madre...

—Prométeme que no la dejarás sola en el campo.

—Yo...

—Promételo, Connor —exigió y él suspiró con cansancio.

—Madre, iré con ella al campo pero debo dejarla por un tiempo.

—¿Por qué? —Quiso saber Kent y sin deseos de seguir escuchándolo, su madre salió corriendo del salón, decepcionada. Vio como la rubia lo dejaba junto a su progenitor y se sintió una basura al no poder prometerle que sería bueno con su esposa.

—El rey quiere que encuentre a Grace Hill.

—¿Grace Hill? —susurró, confundido—. ¿Por qué? ¿No estás mintiendo?

—No, no miento, padre —respondió con dureza y él lo miró con recelo—. Es una vieja amiga del rey y él quiere conocer su paradero ahora que ciertos sucesos hicieron que la recordara.

Su boda con su bastarda; por ejemplo.

—Sólo puedo aconsejarte que no cometas el mismo error que cometí co...

El sonido de un jarrón romperse provocó que ambos respingaran y velozmente se encaminaron hacia la puerta. Connor fue el primero en salir y sus ojos se abrieron con sorpresa al ver a su mujer de rodillas, sobre los trozos del objeto, a unos pasos de distancia.

—¡Milady! —Corrió hacia la rubia y se asustó al verla tiritar sin control alguno, una fina capa de sudor perlaba su rostro. Posó la mano en su frente—. Tiene fiebre. ¿Se hizo algo?

Ella negó débilmente y sus dientes empezaron a castañear.

Todos los comensales llegaron al pasillo gracias al escándalo y Connor tomó en brazos a su mujer.

—Es todo por hoy, nosotros nos retiramos —decretó y Worcester salió de entre la multitud.

—¿Qué sucedió? Lo mejor será llamar a un doctor.

—No será necesario. En su nuevo hogar será bien atendida. —Le dio la espalda y lanzando órdenes, pronto estuvo en su carruaje, con su mujer en brazos, percatándose de lo oportuno que llegó a ser aquel malestar para ella.

Lady Ashley se aferró a las solapas de su levita, regresándolo a la realidad, y presionó su agarre un tanto nervioso al verla tan pálida. ¿Qué diantres le había ocurrido? La última vez que la dejó su estado era bastante saludable.

—Grace... ¿quién es ella? —inquirió con un hilo de voz, confirmándole sus sospechas de que escuchó una conversación que no debía, y endureció su semblante.

—Tu madre.

No veía razón alguna para esconderle aquella verdad, ella ya sabía que era una bastarda y estar al tanto de que su madre estaba viva no generaría más conmoción que la anterior noticia. Sin embargo, Connor se equivocó porque su esposa abrió los ojos sorprendida y terminó desvaneciéndose en sus brazos por la conmoción.

Quizá era lo mejor, ya en su casa se encargaría de que la atendieran como era debido.

Capítulo 10

No conocía con exactitud la hora, pero algo le decía que era más de media noche. Ashley no tenía idea de cuánto tiempo llevaba durmiendo, pero la cabeza no dejaba de martillearle. Tenía la garganta seca, el estómago vacío y los ojos le ardían. Su madre estaba viva y ella no podía dejar de llorar gracias a esa verdad.

¿Cómo pudo el conde esconderle algo así?

Su esposo iría por ella, él se encontraría con Grace Hill y ella quería hacer lo mismo. ¿Por qué no llevarla?, ¿por qué no dejarla donde pertenecía y seguir con su vida de libertino, inventándose una repentina muerte para su marquesa?

Eso le arreglaría la vida, le concedería su libertad y lo liberaría de todo peso que ella pudiera representar. Sólo haciendo algo así, él podría tener a sus aclamados herederos.

Pero no... en lugar de hacer lo correcto, él la exiliaría en el campo. Por años Ashley quiso salir de Sussex y conocer la ciudad y ahora que estaba casada, tendría que volver a quedar encerrada en un lindo hogar campestre.

Tenía dos opciones: ser una buena esposa y acatar la orden de un marido que la detestaba o ser buena esposa y huir con su madre para que su marido pudiera ser feliz.

Las dos eran agradables para el marqués, pero en una ella sería desdichada y en la otra al menos tendría la posibilidad de empezar desde cero; y Ashley creía que el beneficio debía ser mutuo.

Con las piernas temblorosas bajó de la cama, tambaleándose por el fuerte mareo que atravesaron sus sienes, y colocándose su salto de dormir rodeó su cuerpo abrazándose a sí misma. Quiso salir de su alcoba, dispuesta a ir en busca de la cocina, pero una voz llegó a sus oídos y le envió un escalofrío a la espina dorsal haciendo que se enderezara aún en contra de su voluntad.

—¿A dónde cree que va? —Su cuerpo perdió estabilidad y se apoyó en el pilar de la cama para buscarlo con la mirada y no caer en el intento.

Él estaba en el sillón que estaba frente a la chimenea y llevaba una bata de dormir oscura, su cabellera color azabache estaba despeinada y en una mano tenía una copa que portaba un líquido amarillento.

Las manos empezaron a sudarle, ¿cuánto tiempo llevaba allí?

—Quería ir a la cocina.

—Tiene una campanilla para llamar al servicio, ¿cree que me creeré algo tan estúpido? —Su lenguaje tan inadecuado la tomó por sorpresa, pero no bajó la mirada—. Dígame a dónde iba.

—Tengo hambre —confesó con un hilo de voz y el marqués dejó su copa en la mesa que tenía junto a él y se puso de pie para acercarse a ella. Lo asoció con una pantera, esas que se movían lentamente mientras estudiaban a sus presas para saltarles en el momento adecuado.

—Yo también tengo mucha hambre —susurró con voz espesa, rodeando su nuca con una mano y su cintura con la otra—. Tanta, que me volveré loco. Tanta, que mi memoria está a un paso de olvidar. Tanta, que estoy seguro que tú, no eres un ángel, sino una bruja maligna que ha usado brujería para gobernarne.

Con cada palabra emitida, Ashley sentía como su esposo la juntaba aún más a su cuerpo, por lo que boqueando sólo pudo escucharlo y disfrutar de la caricia de su aliento mientras él se

debatía entre besarla o seguir hablando. No comprendía sus palabras, pero al menos él no la estaba mirando con desprecio como lo hizo esa mañana.

—Oh por Dios —susurró con nerviosismo, dejando que le quitara su salto de dormir, y las piernas le temblaron cuando su camisola se arremolinó a sus pies.

Juntó los párpados cuando el marqués se alejó de ella para poder admirar su desnudez y lo único que se le ocurrió hacer fue intentar cubrir su busto con un brazo y su intimidad con el otro.

—No... no me vea —imploró con nerviosismo, encogiéndose en su lugar, y el cálido tacto de la palma masculina sobre su mejilla la ayudó a mirarlo a los ojos.

—Eres preciosa. —El corazón empezó a bombearle con prisa e inhaló con pesadez cuando retiró sus manos con delicadeza, enviándolas hacia atrás—. No mirarte sería un pecado —susurró con esfuerzo y cometiendo un terrible error, dado que su madrastra le recomendó quedarse quieta en su noche de bodas, Ashley lo abrazó por el cuello.

—Haré lo que usted me pida —soltó con un hilo de voz, feliz de poder abrazarlo como tanto había soñado, y las lágrimas se asomaron a la comisura de sus ojos—. Me iré, le facilitaré todos sus cometidos, pero deje de odiarme; se lo suplico, milord.

Ella podía tolerar cualquiera cosa, menos que el marqués no tolerara su existencia. Si se marcharía, al menos quería llevarse un buen recuerdo del único hombre que llegó a gustarle de verdad.

Él se tensó en sus brazos y Ashley siguió hablando, no estaba segura si tendría la oportunidad de hacerlo después.

—Yo... sólo quiero que sea bueno conmigo.

Su madrastra le dijo que podría resultarle doloroso, y desde que él le dijo que en su vida volvería a experimentar el placer, intuía que Sutherland era capaz de controlar que tan tortuosa podría ser su primera vez. Lo correcto sería no consumir nada, más si ella pensaba dejarlo y empezar de cero, pero eso era algo que deseaba de verdad y prefería quedarse con el recuerdo.

Él respondió su abrazo y sonrió aliviada.

—¿Cree que seré malo?

No era como si su reciente comportamiento le hiciera creer que sería el hombre más amable del mundo.

—Quítame la bata —demandó con suavidad en su oído, haciéndola tiritar de placer, y con nerviosismo pasó la yema de los dedos por las solapas hasta llegar al cinturón, lo desató y buscó a Sutherland con la mirada para no ver más de lo que podía afrontar. Él le sonrió, aun abrazándola por la cintura, y bajó los brazos para que ella pudiera deslizar la prenda por sus hombros.

Ambos se unieron, Ashley explorando la piel de su torso y Sutherland acariciando sus glúteos. Le pareció un momento especial y no sintió la vergüenza que pensó que atravesaría en aquella situación, sino todo lo contrario. Un sentimiento de anhelo y seguridad envolvió su corazón y se puso de puntillas para unir sus labios.

Un beso suave y tierno, que a medida que cada segundo transcurría adoptaba un aire más salvaje y violento. Sus gemidos morían en la boca de su esposo y él sólo liberaba sus labios para dejarla respirar por segundos, mordisqueando su labio inferior en el proceso.

Gimió cuando la levantó en vilo y las suaves sábanas de lino blanco acogieron su espalda en el momento indicado para intentar mermar el dolor en su cabeza. Arqueó la espalda cuando beso sus pechos y abrumada por los mareos gimió desorientada, no se sentía del todo bien pero no quería detener el momento, no ahora que su esposo estaba actuando como el hombre del que ella se enamoró.

—Mírame. —Escuchó su demandante voz y parpadeó varias veces para poder verlo con claridad—, Mírame, quiero tus ojos en mí cuando te haga mía.

¿Suya?

¿Aun siendo una bastarda creía que tenían futuro? Quizás era la situación, pero Ashley estaba segura que el marqués no estaba siendo del todo racional. Quedarse con ella como su marquesa era igual que condenarse a la miseria, era un escándalo que podía explotar en el instante menos esperado; un peligro para la familia Aldrich y Answorth.

La besó, tomándola por sorpresa, y con sabios movimientos la llevó a emitir un gemido, logrando así poder penetrarla con su lengua. Su sabor la embriagó y lo abrazó por el cuello accediendo a separar las piernas para que él adoptara una mejor posición entre ellas. Le aliviaba que no hubiera visto la herida que se hizo el día de la fiesta de disfraces, le daba un poco de pena tener la piel marcada. Los besos empezaron a demandar velocidad y su esposo liberó sus labios, jadeante, regando un camino de besos por su cuello.

Rachel tenía razón, un beso era más que suficiente para saber que amaba al hombre que tenía junto a ella; y por amor, renunciaría a la posibilidad de quedarse junto a él toda una vida.

La energía empezó a abandonarla y sus párpados a pesarle, ya no podía ver con claridad.

—Ah —suspiró al sentir algo húmedo entre sus piernas y se aferró a las sábanas aún confundida. Quería ver que diantres estaba haciendo el marqués para marearla y provocarle aquellos gritos, pero su cabeza estaba pegada a la almohada.

—¿Te encuentras bien, ángel? —inquirió él y una sombra le anunció que tenía el rostro a la altura del suyo.

—Sí, no se detenga.

Si no le hacía el amor esa noche, ella sería enviada al campo sin ningún recuerdo y nunca más tendría la oportunidad de intimar con él. Una caricia en su mejilla la hizo sonreír y un casto beso en sus labios le encogió el corazón.

¿Por qué era tan bueno si el día de mañana todo volvería a la normalidad? No quería creer que algo cambiaría entre ellos, ella lo escuchó hablar con sus padres; su objetivo era exiliarla en el campo.

Los siguientes movimientos fueron rápidos y certeros, dejándola con la pierna flexionada sobre el hombro del marqués mientras él hacía algo con su mano entre sus cuerpos.

—Quiero olvidar —gimió roncamente, regresando a sus labios, y los lamió con parsimonia—. Y quiero hacerte olvidar. —No comprendió sus palabras—. Te haré el amor de tal manera que no recordarás nada de él. Eres mía y nadie más volverá a tocarte.

¿Qué?, ¿a qué se refería?, ¿de quién tenía que olvidarse? Ladeó la cabeza, deseando poder pedirle una explicación, pero todas sus dudas y pensamientos murieron al sentir un desgarrador dolor que la hizo regresar a la realidad, trayendo consigo un centenar de lágrimas.

La sensación era... simplemente horrible.

El peso de su esposo se hizo más notorio gracias a la tensión que emanó de él y se cubrió la boca con una mano para no gritar y no romper en un llanto desesperado. Sutherland alzó el rostro con los ojos abiertos de hito a hito y trató de decirle algo, pero su boca volvió a cerrarse al no ser capaz de emitir palabra alguna.

Lo empujó por el pecho, deseando con todas sus fuerzas que se retirara, y se arrepintió cuando lo hizo. Terminó haciéndose un ovillo de costado, intentando controlar el dolor que sentía en la ingle, pero le fue imposible.

Él no fue nada amable.

Debió sospecharlo.

—¿Pero qué...? —Su voz fue muriendo y asustada, se arrastró un poco sobre el colchón para alejarse de él. Lo buscó con la mirada y luego su vista cayó en aquello que él miraba con el rostro pálido y contraído.

Sangre.

Con el dolor a flor de piel luchó consigo misma para poder sentarse, mientras que sus manos intentaban cubrir su desnudez. Su cuerpo estaba derrotado, creyó que podría ser especial, pensó que él podría ser mejor; pero como siempre, terminó esperando de más. Vio un rastro de sangre en sus muslos internos y sollozó ahogadamente, provocando un brusco movimiento en el pelinegro.

—Le pedí que fuera bueno —le recriminó entre llanto y no se giró para mirarlo, se puso de pie, ignorando todo su malestar. Quería irse, ya no deseaba quedarse en Londres, no si él pensaba hacerle sufrir de esa manera cada vez que lo quisiera.

Sin saber exactamente lo que hacía, intentó dar un paso, pero se asustó al sentir como lord Sutherland la abrazó por detrás, inmovilizándola.

—Espera. —No supo identificar si era una súplica o una orden, pero no quiso obedecerlo—, no te vayas.

—Yo ya cumplí. —Rompió en llanto, temblando sin consuelo alguno.

¡No quería repetir ese infierno!

—Perdóname, yo no lo sabía, fui un imbécil. Perdóname, ángel, por favor.

Su voz se hizo lejana y gracias a los santos el dolor empezó a abandonar sus extremidades. Sin embargo, los gritos suplicantes que le pedían que reaccionara, que no cayera, que no lo dejara justo ahora, no la dejaron sentirse tranquila.

Capítulo 11

«Agotamiento»

Después de que el caos se desatara en la propiedad de los duques de Kent, el doctor revisó a la marquesa de Sutherland logrando definir, por el momento, que la dama estaba agotada y requería de unos días de descanso junto a una buena alimentación, sugiriendo que efectuaran un viaje al campo o a un lugar más tranquilo lejos de la ajetreada temporada y los fétidos olores de la ciudad.

Por supuesto, el doctor tuvo mucho tacto para no mencionar el escándalo que los perseguía y que lo mejor para lady Ashley era alejarse del mismo, más si lo que querían era que ella estuviera en un ambiente tranquilo.

Esa madrugada, porque era un poco más de las cinco de la mañana, ninguna doncella revoloteaba alrededor de la rubia, dado que Connor prohibió que alguien se acercara a su alcoba donde se encontraba encerrado con ella, cuidándola. Sólo las llamaría en caso de que requiriera sus servicios.

En el silencio de su habitación, donde el calor que emanaba la chimenea era su única compañía, Connor se desarmaba de dolor, impotencia y rabia consigo mismo. En un principio el costó comprender la situación, en ese momento sólo sabía que su esposa sí llegó pura a su lecho, luego ella se desmayó y él no pudo pensar con claridad hasta que el doctor le informó sobre la herida que tenía en la pantorrilla, una de la cual él no se había percatado y según el hombre se la hizo la noche en la que la duquesa de Beaufort fue presentada en sociedad.

Fue ahí cuando su mente ató todos los cabos sueltos, trabajando hábilmente como el espía que era, y sintió un gran pánico en su interior.

La sangre, su miedo y su desesperación por ir con Blandes o buscar ayuda...

Desde la fiesta de disfraces nadie sabe nada de él, aunque Aberdeen comentó que está herido. Tuvo un accidente y tiene la mano derecha herida.

Eso fue lo que ocurrió, un accidente que dejó a su ángel en un estado desastroso y cómo él nunca le levantó que se entregó a Blandes, ella nunca pudo contarle la verdad. Se pasó la mano por el pelo con frustración, lamentando haberse ahogado en alcohol todos los días que debió cortejarla. La bilis trepó por su garganta al recordar cómo le escupió en la cara que era la bastarda del rey como venganza.

Con todo lo que le hizo, dudaba que ella lo siguiera queriendo, pero... era su esposa, su mujer y eso aún le dejaba algo de esperanza, podría reconquistarla, tenía toda una vida para hacerlo. Nunca quiso ser violento en su primera vez, sólo deseó demostrarle que con él se sentiría mucho mejor que con Blandes, ¡su intención nunca fue penetrarla de aquella manera para generarle un gran dolor!

Se rio sin humor alguno, era un experto en dar placer y no pudo complacer a su propia esposa —la mujer que posiblemente tuvo la habilidad de enamorarlo— en su noche de boda. No tenía perdón, al menos no por ahora. La inocencia de su ángel jamás le fue arrebatada.

Él pensó mal, por no decir retorcidamente, y la condenó sin razón alguna, la maltrató sin que ella hubiera cometido un solo error y ahora por sus estupideces ella no se encontraba bien.

Me iré, le facilitaré todos sus cometidos, pero deje de odiarme; se lo suplico, milord.

¡No la odiaba! Adoraba a esa mujer y ahora su ángel quería dejarlo.

Escuchó que quería enviarla al campo, se enteró que era una bastarda —y agradecía que no quisiera dejarlo por eso, era un tema demasiado delicado y a muchas personas les costaba asimilarlo— y ahora también sabía que su madre estaba viva.

Si alguna vez pensó que jamás sería capaz de arruinarle la vida a alguien; se equivocó. Su ángel no superaría todo lo que le hizo con tanta facilidad —él mejor que nadie lo sabía— le tomaría mucho tiempo llegar a ella y lo peor de todo era que debía irse; encontrar a Grace Hill lo rescataría de muchos problemas venideros que su horrible reputación podría traerle con su esposa más adelante.

Acarició la mano femenina y dejó un casto beso sobre sus nudillos. Su temperatura estaba mejorando, pero por más que quisiera meterse en la cama con ella para brindarle su calor, no podía hacerlo. Ashley le tendría miedo, rechazaría su tacto con válida razón y él no podía imponerle ahora, su deber era ayudarla a olvidar y superar el tormentoso momento que le hizo pasar. Porque sí, fue algo tormentoso. Si él, quien no sufrió el daño que ella atravesó, continuaba temblando, no quería imaginarse cómo reaccionaría ella al despertar y verlo junto a ella.

Su padre lo mandó a llamar y como comprendía que si no iba por su cuenta, Kent terminaría ingresando a su alcoba, decidió reunirse con él en su estudio. Su mirada era fría y distante, y por alguna extraña razón, hizo que a su mente llegara el recuerdo de su primer encuentro.

—¿Qué diantres fue lo que ocurrió, Connor? —exigió saber, manteniéndose tras de su escritorio, y él retiró la mirada.

—Es algo muy privado.

—¿La forzaste? —farfulló, y si las miradas mataran, Connor ya habría enterrado a su progenitor—. Sé que consumaron todo, su doncella me lo informó.

—Las cosas se salieron de mi control.

Su padre se frotó el rostro con cansancio.

—¿Qué sucedió?, ¿por qué quieres enviarla a Brighton?

—El doctor me recomendó llevarla al campo.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Sólo... olvida todo lo que pasó.

Él intentaría hacer lo mismo.

—¿Por qué debes ir en busca de Grace Hill?

—Si la encuentro en menos de un mes seré destituido de mi puesto como espía.

La estancia quedó en un pulcro silencio y el duque asintió lentamente, sujetando una hoja para escribir algo en ella.

—Debes ir. —Su padre quería que se liberara de su trabajo, odiaba saber que siempre estaba rodeado de peligro—. Con todo lo ocurrido lo que tu esposa necesita es estar un tiempo lejos de ti, te despedirás de ella y partirás.

—Quiero llevarla al campo, tener un poco de tiempo con ella antes de partir.

—No. Hablaré con su padre y nosotros cuidaremos de ella y elegiremos su destino, dudo que la dama quiera llegar a una casa donde no conoce a nadie.

Tenía razón, en Brighton Ashley terminaría demasiado aislada y eso no podría sentarle fatal, a nadie le gustaba terminar así.

—Estaré de regreso lo antes posible.

Le daría su espacio, aunque odiara en el alma tener que alejarse de ella justo ahora.

—Lo sé. Y estoy seguro que la encontrarás.

A pesar de escuchar el orgullo en su voz, Connor sólo hizo un breve asentimiento y se retiró del estudio para volver con su esposa. Quizá su madre perdonó a su padre, tal vez ahora eran una feliz familia, pero si de algo estaba seguro: era que jamás perdonaría a su progenitor por su falta de cariño en los primeros diez años de su vida.

En el mundo existían cosas que simplemente no se podían perdonar.

El tiempo transcurrió con lentitud, poniéndolo cada vez más nervioso porque Ashley no despertaba, y agradeció que su padre no le hubiera informado nada a la familia de su esposa. El conde no dudaría en arribar su casa y entrar en una disputa con tal de llevarse a su hija.

Un suave gemido lo puso alerta y la vio remover suavemente las piernas por debajo de las sábanas. Rápidamente se encaminó a su puerta y la abrió, se dirigió a uno de los criados que estaba por allí.

—Qué le suban el desayuno a la marquesa. Ahora. —Cerró la puerta y se acercó a la cama.

Ella le comentó que tenía hambre, por lo que seguramente se sentiría muy débil ahora mismo. Le tomó un tiempo, pero poco a poco fue separando sus pesados párpados, levantando las largas cortinas castañas. En un principio no se movió, permaneció quieta en su lugar como si su mente estuviera ausente.

Connor no se atrevió a moverse, tenía el pulso acelerado y el miedo lo carcomía por dentro al ver su hermoso rostro sumido en depresión. Sin embargo, algo a sus pies tembló al ver como ella empuñaba su mano sobre su vientre bajo mientras una lágrima caía por su mejilla.

Fue un idiota, y no tenía palabras para pedirle perdón.

Su ángel miró por los alrededores y ni bien sus ojos se encontraron con los suyos, se sentó y retrocedió sobre su lugar para implementar una gran distancia entre ellos. Algo en su pecho ardió al verla llorar y temblar por su causa, fue él quien ocasionó ese miedo hacia su persona.

—Tranquila, ángel —musitó con suavidad, acercándose a la cama, y la rubia aferró las sábanas contra su pecho—. Lo de ayer fue un terrible error, yo... —No podía decirle que su mente fue lo suficientemente retorcida como para llegar a la conclusión de que se acostó con Blandes—, nunca quise causarte ese dolor; mi intención era una totalmente distinta. —Se sentó en la orilla del colchón bajo su atenta mirada y estiró su mano para retirar las lágrimas de su rostro—. Debes creerme cuando te digo que no quería que las cosas terminaran así, la primera noche no suele ser muy agradable.

«Pero tampoco tan horrible». Dijo una vocecilla en su cabeza y la calló.

Al ver que ella se mantenía en silencio, un tanto temerosa de lo que él podría hacerle, Connor se acercó un poco más, provocando un encogimiento en la rubia.

—No me temas, cariño —musitó con ternura y siguió avanzando—. Lamento todo lo que te hice y te pido; no, te exijo, que olvides todo lo que sucedió en los últimos días. No era yo, ese hombre que fue tan cruel contigo no era yo.

—Quiero estar sola.

—Ángel...

—¿A qué hora saldrá mi carruaje?

Intentar hablar con ella ahora sería imposible, su esposa necesitaba tiempo para superar la dura noche que tuvieron como esposos.

—Mi padre hablará con el tuyo, puedes elegir tu destino, de todas formas pronto estaré contigo, prometo que volveré lo antes posible y hablaremos sobre esto, ¿de acuerdo?

Asintió, cabizbaja.

Tres criadas llegaron con grandes charolas que contenían una variedad de alimentos, tal y

como él había exigido esa madrugada al decir que quería un desayuno surtido para su esposa, y se apartó de la cama para que ella pudiera comer tranquilamente.

Al menos no le comentó nada sobre su madre, era como si ella hubiera olvidado por completo el tema de su nacimiento; algo que lo aliviaba de sobremanera porque si había algo que quería borrar de su memoria, era precisamente eso. Sentía que podía lidiar con su noche de boda; pero no con la crueldad que cometió al decirle que era una bastarda del rey.

Como era de esperarse, su esposa no rechazó su desayuno y sin emitir palabra sujetó un pan y se metió un gran pedazo del mismo a la boca. La observó comer por largos minutos que le parecieron placenteros. Le gustaba el té y al parecer las frutas era algo que no podía faltar en su desayuno, aunque estas las comía con crema montada. Sus panes los untaba con mantequilla o mermelada, los jamones y quesos los degustaba de manera solitaria.

Se rio entre dientes; su esposa tenía un apetito voraz.

Cuando el color regresó a sus mejillas, ella pareció ser más consciente de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor y se llevó la taza de té a los labios.

—¿Dónde estoy? —Lo miró con timidez y la esperanza se alojó en su pecho.

—En mi alcoba.

—Oh —musitó, dándole una rápida mirada al lugar—. Me gustaría ir a la mía, mis cosas están allí.

¿Cómo decirle que sus cosas estaban en sus baúles porque él pensó echarla de la ciudad después de su boda? Ese tema sería mejor obviarlo.

—Pedí que prepararan todo para tu viaje, el doctor recomendó que nos quedemos una larga temporada en el campo.

Sus hombros se derrumbaron.

—¿Y a qué hora se irá usted? —Su pregunta le disgustó, porque claramente quería tenerlo lejos de ella, pero simuló serenidad con una pequeña curvatura en los labios. Ella no pensaría huir, ¿verdad?

No. Eso era impensable, su ángel aguardaría por él.

—Dentro de poco, quiero cerciorarme que estás bien y que me escucharás a mi regreso.

—Lo haré. —Dejó su taza sobre la charola, mirándolo con fijeza.

—Ángel, nunca quise hacerte daño —repitió, retirando las charolas de su regazo y la cama para sentarse junto a ella—. No tienes idea cuanto deseo que esto funcione, lamento mi salvajismo.

—Yo... lo escucharé a su regreso, actualmente no me siento lista, milord.

Besó sus manos con ternura y asintió con tristeza. Al menos estaba dispuesta a esperarlo y darle una segunda oportunidad.

—Ahora puedo irme tranquilo —mintió—. Volveré lo antes posible —susurró con pena y la rubia le regaló una sonrisa forzada.

—De acuerdo.

—Mí padre y Zachary estarán aquí para cuidarte y mi madre y Seraphina serán una buena compañía. Si quieres ir al campo con ellas, pídeselos.

Con el cuerpo tenso y una mueca en el rostro, ella asintió.

—Hoy iré a ver a mi padre, creo que iré a Grandy Park.

—Cuidate y olvida todo lo que pasó. —No quería que el tema de su nacimiento fuera algo que arruinase su relación. A él eso no le importaba—. Hablaremos a mi regreso. —Unió sus labios con suavidad, arriesgándose demasiado, y para su deleite ella no se retiró—. Debo irme.

Se alejó de la cama, antes de que su cuerpo le jugara una mala pasada, y odiando su trabajo con cada fibra de su ser, abandonó su alcoba dejando a su mujer totalmente aturdida y confundida en su cama, mirándolo con curiosidad.

Lo mejor era darse prisa, mientras más rápido encontrara a Grace Hill, más pronto podría volver con su mujer.

La primera parada era Hundson, el pueblo natal de la mujer y se encontraba a tres días de viaje. Tendría que hacer una parada en la posada que le tocara para poder descansar un poco.

Sería un viaje bastante largo.

Capítulo 12

Ashley no era una persona que supiera odiar. A decir verdad, odiaba sentir el más mínimo rencor hacia una persona o cosa. Ese sentimiento no era para ella, de nada le serviría pensar mucho en su esposo porque de todas formas tenía pensado irse y desaparecer de su vida.

Era lo mejor para los dos.

A su mente llegaron las imágenes de él, esa mañana, mirándola con un brillo especial en los ojos, y la piel se le erizó. Rápidamente negó con la cabeza, no era el momento de ablandar su corazón, por más que quisiera quedarse con Sutherland, debía ser realista.

¡Era una bastarda!

Jamás sería una esposa adecuada para un noble. Su deber era irse con su madre, seguir los pasos del marqués y encontrar el lugar donde pertenecía, dado que en la nobleza jamás se sentiría como en casa, al menos no ahora que conocía la verdad. Pero, había que ser realista: no conseguiría llegar muy lejos si iba sola, por lo que ahora mismo se encontraba en el estudio de su padre, esperando por él.

Lo más sensato habría sido esperarlo en otro lugar, hasta el día de ayer esa había sido su casa, pero la verdad era que se sentía ajena a todo lo que había allí. El primer día que descubrió que era una bastarda, no pudo mirar al conde a la cara, pero con el pasar de los días, su amor hacia él sólo incrementó al darse cuenta que él realmente, a pesar de todo, le profesaba un amor paterno genuino. Eso nunca fue una mentira y la aliviaba de sobremanera, aunque aún no la reconfortaba del todo.

Recordó la insistencia del duque de Kent de venir con ella para hablar con su padre y agradeció a los santos en silencio que al final su suegro hubiera cedido a dejarla visitar a su familia sola. Él sólo habría retrasado sus planes, lo menos que necesitaba era tener a alguien de la familia Aldrich como su carabina.

—Hija, ¿sucedió algo? —Respingó y se giró sobre su lugar, viendo como su padre ingresaba al lugar apresurado.

—No estoy segura. —Sonrió, risueña, buscando tranquilizarlo.

Un poco más aliviado, Worcester tomó asiento tras su escritorio.

—Lamento que las cosas hayan terminado así, tú mejor que nadie sabes que no me gusta el marqués para ti.

Worcester no estaba feliz con ninguno de los esposos de sus hijas.

—Quiero irme, padre. —Fue directa, pero en ningún momento sonó demandante.

—No comprendo. —Arrugó el entrecejo—. ¿A dónde dese...?

—El rey envió a mi esposo a buscar a mi madre y él partió esta mañana. Quiero seguir su rastro para encontrarla; sin embargo, en mis planes no está regresar a Londres, sino quedarme con Grace Hill.

El rostro de su padre perdió color, sus ojos se abrieron de hito a hito y se asustó al ver que ni siquiera era capaz de emitir palabra alguna. Su intención no era causarle tal conmoción, pero si no lo hacía así terminaría rompiendo en llanto antes de llegar a la mitad de la historia.

—Lo sé todo —susurró con tristeza y sujetó su mano por encima del escritorio—. No es un reclamo, ¿cómo podría reclamarte cuando hiciste tanto por mí? —La visión se le empañó y las

manos le temblaron con violencia—. Estoy muy agradecida por todo lo que tú y la condesa hicieron por mí. —Su voz se quebró y una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla.

¡Qué difícil era saber que el hombre que siempre la cuidó no era su padre biológico!

El conde rodeó el escritorio con rapidez y se hincó en un pie para sujetar sus manos con fuerza. Estaba tan asustado como ella, hablar con la verdad a veces solía ser más duro de lo imaginado.

—Tú siempre serás mi pequeña. —La envolvió en un abrazo, aferrándola contra él como si temiera perderla, y Ashley sollozó ahogadamente—. Nosotros te amamos desde el primer día y aún sin Emmy aquí, sigue siendo así. Nunca dudes de nuestro amor.

—No lo hago —Esbozó una sonrisa sincera

—¿Entonces por qué quieres irte? —preguntó desesperado—. Aquí lo tienes todo, tu hermana sufrirá mucho.

Rachel... ella jamás tomaría bien la noticia de su nacimiento, menos cuando su esposo era un respetado y aclamado duque.

—Soy un escándalo andante, padre, y estoy perjudicando a mi esposo. Él... merece una esposa con mejor alcurnia.

—Él te dijo algo, ¿verdad? —gruñó ofuscado, entrecerrando los ojos con rencor, y rápidamente negó con la cabeza—. No mientas, soy tu padre, te he criado por años y te conozco bien.

—Fue un accidente, la noticia simplemente me llegó.

Si su padre se dio cuenta de su mentira, no lo demostró.

—¿Cuándo te lo dijo?, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Eso no importa —le rogó con la mirada para que no continuara y su padre suspiró—. Para mí nada ha cambiado, mi amor hacia ustedes sigue siendo incondicional. —Se mostró aliviado—. Pero quiero irme, necesito conocer a mi madre y si no parto ahora, nunca podré alcanzar a mi esposo, papá.

—No es tan sencillo, Ashley —expresó, sentándose en el asiento que estaba junto al suyo—. Eres mi hija, no se tomará a la ligera la desaparición de la hija de un conde, y mucho menos si es una marquesa.

—Pueden inventar una muerte prematura; un accidente o enfermedad. Todos creerán la historia y mi esposo comprenderá mi punto cuando todo suceda.

Lo único que quería era darle la oportunidad de elegir a su esposa y alcanzar su propia felicidad. A ellos los sometieron a un matrimonio por el escándalo, por lo que ninguno fue participe a la hora de elegir a su compañero de vida.

—Sólo quiero evitar un escándalo. —Su voz se quebró y su padre la observó con tristeza, comprendiendo su situación.

—Lo amas, ¿verdad?

—Quiero que sea feliz. —Fue su respuesta, pero su padre asintió, comprendiendo su pesar.

—¿Y qué haré con él cuando regrese? No creo que se quede tan tranquilo, el mar...

—No dirá nada si le explicas mi situación, padre.

Ella no era la adecuada y no podía culparlo por pensar de aquella manera.

Su padre se pasó la mano por el rostro con frustración y se quedó ensimismado en sus pensamientos por un largo lapso. Luego tocó la campanilla de servicio. La ansiedad la carcomió por dentro, él no la miraba, su vista estaba fija en sus manos. El mayordomo llamó a la puerta e ingresó silenciosamente.

—¿En qué puedo ayudarlo, milord? —preguntó el hombre de avanzada edad y Ashley tragó con fuerza. Era la misma pregunta que ella se estaba formulando.

—Llama a mis muchachos, necesito hablar con ellos.

Sus muchachos eran Sheldon, Thomas y Maximiliano, sus protegidos. Ashley adoraba a esos hombres; desde pequeña, siempre fueron como sus hermanos mayores, aunque Thomas tenía tendencias a ser un poco infantil.

—Como usted ordene, milord.

Quedaron nuevamente solos en el estudio y miró a su padre con curiosidad, quien la miró con tanto cariño que sintió inmensas ganas de abrazarlo.

—Esto que haré por ti, es mi más grande muestra de amor, cariño —soltó con melancolía—. Pero no harás este viaje sola, te enviaré con Sheldon, Max y Thomas; tres hombres fuertes y capaces de protegerte y mantenerte a salvo. —¿Cómo no amar a su padre?—. Tengo una idea de las rutas que pudo haber tomado el marqués, no les tomará mucho tiempo alcanzarlo. Deben ir encubiertos para que él no se percate de su presencia.

—Gracias.

Lo abrazó por el cuello, sintiendo un cálido beso en su mejilla.

—No anunciaré nada por ahora, no hasta que me envíes una carta y me digas que todo está en orden y deseas quedarte con Grace. —No era como si pudiera volver cuando quisiera, eso sería arruinarle la vida al hombre de su vida.

—¿Crees que ella me acepte? —Rompió el abrazo, buscándolo ansiosamente con la mirada, y su padre le sonrió.

—Ella... cuando dio a luz terminó muy mal, el doctor no le daba mucha esperanza de vida. Pero al poco tiempo se recuperó y vino por ti, Ashley —confesó con voz queda, provocándole una terrible tensión en cada uno de sus músculos—. Pero yo le supliqué que te dejara conmigo. Para ese entonces nosotros ya te amábamos y te hacíamos nuestra pequeña. Con nosotros lo tenías todo; no podía enviarte con una mujer que tenía un futuro incierto y ella lo comprendió, decidió darte la oportunidad de tener una buena vida y tomó un rumbo totalmente opuesto al tuyo.

—Ella no me abandonó... —Su voz se quebró y su cuerpo empezó a temblar con violencia—. ¿Mi madre me amaba?

—¿Quién no te amaría, cariño?

«Mi esposo», respondió mentalmente, deprimida por su dura realidad.

Ladeó la cabeza rápidamente. No era un buen momento para sentirse deprimida, acababa de descubrir que su madre la amaba, que no la abandonó por falta de amor, sino porque las circunstancias no hicieron posible que Grace se quedara con ella.

—Quiero conocerla —confesó con entusiasmo y el conde le dio un apretón de manos.

—Pronto lo harás.

En ese momento alguien llamó a la puerta y fue su padre quien recibió a sus tres protegidos.

—¿Sucedió algo, Worcester? —inquirió Sheldon, el más maduro y adulto de todos, y Maximiliano la miró de reojo, como si sospechara que su visita generaría uno que otro percance.

La conocían muy bien.

—Harán un viaje con mi hija —espetó su padre, acercándose a un macizo mueble de madera, y sacó una llave del bolsillo de su levita para abrirlo.

—Y su esposo, he de suponer —agregó Thomas, titubeante, y Ashley se incorporó al ver todas las armas que su padre guardaba en el mueble.

—No precisamente. —Su padre les regaló una sonrisa escueta—. Lo seguirán, sin que él

descubra su identidad, y una vez que lleguen a su destino se quedarán en un lugar con mi hija hasta que ella lo vea conveniente.

Los tres hombres fruncieron el ceño.

—¿Cuánto tiempo? —Sheldon retiró de su sien el rizo rojizo que se escapó de su coleta.

—No interferirá en su viaje a América, dudo que les tome más de un mes.

—¿Quieres decir que debemos viajar con una marquesa, persiguiendo a su esposo sin que él sepa que tenemos a su mujer? —Max enarcó la ceja con descaro, riéndose entre dientes, y ella hizo una mueca, no se oía muy decente.

—Efectivamente.

—¿Y nos darás armas para impedir que él nos mate? —bromeó Thomas, el más alegre del grupo, y Worcester carcajeó por lo bajo.

¿Por qué Sutherland haría algo así? Él jamás recurriría a la violencia.

—No, irán preparados para su viaje. Todos —conectó sus miradas—, incluida tú, saben defenderse, nunca estará de más ir prevenidos. Puede que sea un viaje largo y con demasiadas paradas, no quiero que lleven escoltas porque eso llamaría la atención de Sutherland. Se irán disfrazados en un carruaje de alquiler.

Eso era mentira, lo único que su padre quería era evitar que más personas se enteraran lo que ella tenía pensado hacer.

—Comprendido. —Asintió Sheldon, quien jamás sería capaz de llevarle la contraria al conde de Worcester.

—Ahora.

—¡¿Qué?! —preguntaron sus amigos en unisión.

—Ni siquiera sé de qué me disfrazaré —refunfuñó Thomas y ella también miró a su padre en busca de una respuesta.

—Se llevarán vestidos de mi esposa, conseguiré un par de pelucas. Sheldon será el único que usará vestuario masculino, es demasiado alto para pasar como una dama sin llamar la atención y no sería bien visto que no estén escoltadas por un hombre.

Ashley se rio, haciendo que los dos hermanos que los irían de damas la fulminaran con la mirada, y alzó las manos en señal de paz.

—Irás de viuda, Ashley —soltó su padre, captando su atención—. Inventaremos una historia, dado que aún no puedes caminar bien por la herida en tu pierna, diremos que tu difunto esposo era un abusivo, eso nos ayudará a darle un significado a la máscara que llevarás puesta en público.

Le sorprendió la rapidez y habilidad con la que su padre empezó a armar todo un plan que, desde su punto de vista, era simplemente perfecto.

—Sheldon se hará pasar por tu hermano mayor, el cual fue por ti junto a sus amadas tías porque tu familia cree que lo mejor para ti es pasar un tiempo en el campo. ¿De acuerdo?

Asintió con rapidez, observando cómo ponía los maletines de las pistolas sobre su escritorio.

—¿Qué es lo que realmente estamos buscando? —inquirió Max, acercándose al conde, y el rubio lo miró con seriedad.

—Sin preguntas, muchachos, lo único que espero de ustedes es que cuiden a mi hija con su propia vida de ser necesario. Por favor.

El pecho se le estrujó al darse cuenta de lo difícil que estaba resultando todo esto para su padre. Sus amigos enderezaron la espalda con rapidez, haciéndola respingar, y dijeron:

—Así será, Worcester.

—Muy bien, no hay tiempo que perder. Ve con la condesa, Ashley, explícale un poco de la

situación y ella te brindará su apoyo.

Se acercó a él y le dejó un beso en la mejilla.

—Gracias, padre.

Nunca olvidaría todo lo que hizo por ella, jamás sería capaz de dejar de amar al hombre que le dio todo el amor incondicional del mejor padre del mundo.

—Te amo, cariño.

Lo sabía. Y estaba muy agradecida de que fuera así.

Capítulo 13

Con la vista fija en la máscara blanca que tenía en las manos, Ashley se preguntó si esto era lo que realmente deseaba hacer, puesto que a medida que el carruaje se alejaba de Londres, ella podía sentir como el aire abandonaba sus pulmones.

—Esto es una locura —gruñó Sheldon y lo miró con atención. Su amigo estaba pasando por un momento de histeria y si no fuera por la peluca empolvada que tenía en la cabeza, su cabello seguramente estaría hecho un desastre—. Será un escándalo, después de esto nunca más podrás regresar, Ashley.

—Es lo que quiero. —Suspiró con cansancio, frotándose las sienes, y deseó con todas sus fuerzas que sus amigos no hicieran muchas preguntas al respecto desde ahora. Se sentía agotada.

Según el cochero, la siguiente parada estaba a un poco más de media hora, por lo que esperaba el tiempo pasara con prisa, le urgía llegar a una posada y dormir por horas. Al no comentarle a su padre sobre el estado de su salud, quizás cometió un grave error porque supuestamente ella debería estar ahora mismo en reposo y no viajando tras de su esposo.

—Tu padre se volvió loco, ¿qué pasará cuando tus suegros denuncien tu desaparición? —agregó Max, ofuscado, otorgándole el disgusto de adoptar una nueva preocupación a todas las que ya tenía encima.

—Mi padre se encargará de todo.

—¿Por qué no quieren decirnos la verdad? —insistió Thomas, tomándola por sorpresa, y los tres pares de ojos se posaron en ella.

—Yo... preferiría no hablar de eso. —Bajó la mirada, apenada.

Los tres hombres intercambiaron una rápida mirada y desviaron el tema con astucia.

—¿No creen que me veo fuera de forma con este vestido? —inquirió Max, quejándose por las ajustadas prendas que amoldaban su tórax, y Ashley se mordió el labio inferior para no romper a carcajadas.

—Yo creo que lo estás —bromeó Thomas, molestando a su hermano, y Max lo fulminó con la mirada.

—Si yo estoy gordo, tú estás tan plano como una tabla —se defendió, provocando que tanto ella como Sheldon rompieran a carcajadas, mirando a los dos hombres que ahora eran dos castañas.

—Por favor, si en Londres me vieran, sería considerada una beldad —espetó Thomas con seguridad, inflando su pecho con altanería, y Ashley admitió que los echaría mucho de menos una vez que se fueran a América.

Encontrarse nuevamente con ellos sería complicado, más si pensaba dejar atrás su vida dentro de la nobleza inglesa y empezar a vivir como lo hacía su madre, quien seguramente no tendría todas las comodidades como las que su padre poseía.

El carruaje empezó a reducir su marcha y Sheldon le lanzó un codazo a Max para que guardara silencio. Todos se enderezaron y las dos castañas adoptaron el papel de matronas amargadas y solteronas para enfrentar a los oficiales de la posta. Se reacomodó su peluca color azabache y se puso su máscara con rapidez. Si fingiría ser alguien más durante ese viaje, debía adoptar el papel desde un principio.

El oficial los escudriñó con seriedad, analizando a cada una de las mujeres y a Sheldon, y sus ojos descansaron por más segundos de lo normal en la versión femenina de Thomas. Max contuvo una risotada cuando su hermano se removió inquieto y se abanicó con prisa fingiendo sentirse una dama azorada.

—Oh, oficial, ¿podríamos saber la razón por la que detienen nuestro carruaje? —preguntó Thomas tímidamente y el hombre enderezó la espalda sacando todo el pecho que tenía para verse gallardo.

—Lamento informarle que puede que la carretera esté siendo usada por delincuentes, mi señora. —Sujetó su mano y se la besó con galantería.

—¡No puede ser! —chilló exageradamente, retirando su mano, y Ashley no supo cómo lo hizo pero se tragó su carcajada al igual que sus otros dos amigos—. Qué preocupación...

—No se preocupe, mi señora, pronto llegarán a una posada segura y ahí podrán descansar.

El lugar donde Sutherland ya estaría descansando. Su padre les informó que él iría a Hundson, pero el pequeño pueblo estaba a tres días de la ciudad, así que tendrían unas cuantas paradas antes de llegar al primer destino.

—Me alivia tanto saberlo.

—Yo mismo los escoltaré con dos de mis hombres.

—¿Qué?! —chilló Thomas y todos abrieron los ojos de par en par ante la idea de ser escoltados por un hombre que en cualquier momento pudiera descubrirlos.

—No se diga más. Los escoltaremos hasta la posada. No me sentiría tranquilo de saber que tres hermosas damas viajan sin la protección adecuada a altas horas de la noche.

El oficial cerró la puerta —evitando mirar a Sheldon dado que estaba claro que tenían un hombre que podía defenderlas—, dejando el lugar enmudecido mientras mandaba órdenes en el exterior.

Max bufó por lo bajo, visiblemente irritado.

—Siempre nos traes problemas de faldas, Thomas —espetó con rudeza y el rubio endureció su semblante, claramente indignado. No era su culpa que el oficial hubiese puesto los ojos en él, a decir verdad, Thomas hubiera preferido que no fuera así.

—Para que te enteres: sólo son dos damas hermosas las que lo preocupan, él fue cortés contigo porque eres la más fea de aquí —repuso en un tono de voz gutural y pronto los hermanos estuvieron discutiendo, otra vez, mientras intentaban golpearse con sus abanicos.

—¿Todo en orden? —Se escuchó la pregunta del oficial desde el exterior del carruaje y sin retirar la mirada de la divertida pelea que estaba presenciando, respondió:

—Sí, sí —Su tono fue un tanto meloso y eso le robó una carcajada ahogada a Sheldon, quien mostrándose un tanto maduro ante los otros dos jóvenes, los observó con una petulante sonrisa—. No se preocupe, oficial.

Afortunadamente, durante lo que quedaba de viaje, no volvieron a saber nada más del oficial hasta que el carruaje se detuvo frente a la posada que ocuparían esa noche. Ashley no sólo se sentía nerviosa y ansiosa, sino que estaba agotada y hambrienta, a veces le parecía un tanto irracional como su estómago solía demandarle comida en el momento menos indicado. Aún no estaba segura si su esposo se encontraría en la posada, pero algo en su interior le decía a gritos que tendrían su primer encuentro con él allí y no estaba preparada para verlo a los ojos y fingir que no lo conocía.

—¿Qué pasará si el oficial quiere quedarse? —interrogó en un murmullo discreto.

—No lo hará, yo bajaré primero y me encargaré de escoltar a mis dos tías y hermana a la

posada. Puede que sea más joven que él, pero todo hombre con sentido de honor sabe que no puede tomarse ciertas licencias con una dama. —Sheldon posó su sombrero de copa alta sobre su peluca empolvada y con el bigote falso sobre los labios salió del carruaje y las ayudó a descender del mismo.

—Qué pesar, esto de ser hermosa es tan complicado —ironizó Thomas en un tono de voz meloso y acongojado y Sheldon retiró la mano provocando que perdiera la estabilidad y saliera del carruaje dando largos pasos para no irse de cara contra el piso.

—Lo siento, querida, tu belleza me cegó —farfulló el pelirrojo y Ashley le dio un codazo para que se comportara, no era el mejor momento para jugarse bromas pesadas.

¡El oficial venía hacia ellos!

Sheldon dio un paso al frente y el oficial pareció, por fin, caer en cuenta de que sí tenían un escolta masculino.

—Muchas gracias por su heroico acto, oficial. —Su amigo se mostró agradecido y el hombre asintió, dándole una rápida mirada a Thomas.

—Espero usted y las señoras...

—Somos la familia Derricks.

Los ojos del oficial brillaron con júbilo, era una lástima que Derricks fuera un apellido improvisado porque el hombre seguramente intentaría localizar a las señoras Derricks más adelante.

—Un honor poder servirles. —Hizo una venía y Sheldon le permitió acercarse a ellas para despedirse.

Al menos era un hombre honrado y les ayudó a llegar sin problema alguno a la posada, lo menos que Ashley hubiera querido es tener un interludio en una carretera donde unos cuantos ladrones rondaban. Su experiencia con el asalto de carruajes no era tan buena como para desear una nueva aventura por ahora.

—Mi trabajo aquí a concluido, espero tengan una maravillosa noche y mañana su viaje sea muy satisfactorio —expresó y gracias a los santos se marchó, dejándolos solos en la puerta de la posada.

Cuando el hombre desapareció de su campo de visión, el rugido indignado de Thomas la regresó a la realidad obligándole a girarse en su dirección. ¿Ahora qué diablos le sucedía? Definitivamente el disfraz no le estaba sentado bien a su amigo.

—Deberías retarlo a duelo, Sheldon, ¡mira lo que me entregó y ninguno se dio cuenta! —Mostró un pequeño papel doblado en cuatro y Ashley quiso tomarlo para leerlo, pero su amigo retiró su mano a tiempo para guardarlo en el bolsillo de su vestido.

«Quiero saber que dice». Pensó en silencio, haciendo un tierno mohín.

—Lo mejor es que no lo leas —dijo Max, dándole unas palmaditas en la coronilla, y refunfuñó como si fuese una niña pequeña mientras seguían a Sheldon, quien ya había dado por terminada la charla y ahora los quería dentro del lugar donde pasarían la noche.

En lo que su amigo conversaba con el posadero y su esposa, Ashley lamentó ver como Thomas lanzaba la carta de amor que el oficial le dejó en el fuego del hogar. Era injusto; ella, siendo una mujer, nunca recibió una carta de amor y su amigo ya había recibido una en menos de veinticuatro horas que llevaba fingiendo ser una dama.

No sentir envidia fue inevitable.

Ashley llevaba anhelando conocer el amor desde que era una niña y lo único que enamorarse le había traído hasta ahora era dolor y sufrimiento. Primero con Aberdeen y ahora con su propio

esposo. Estaba claro que había sobreestimado las cosas; casarse por amor era algo que dependía de suerte y ella no tuvo la suerte ni de Rachel ni de su padre.

Por el rabillo del ojo vio como sus amigos narraban toda una trágica historia para asegurar que su máscara no tenía nada de malo, y ladeando la cabeza caminó por el lugar, curioseando un poco sin acelerar mucho el paso dado que su pie aún seguía herido. No deseaba escuchar sobre su ficticio esposo —el señor Parker, según Sheldon—, excesivamente abusivo ni sobre las desgracias que tuvo que vivir mientras él estaba con vida. Por supuesto, había que agregar que sus amigos estaban sazonando mucho la historia y eso provocaba que Ashley se sintiera incómoda, puesto que tenía un esposo que estaba vivo y nunca llegó a maltratarla físicamente.

Un estrecho pasillo llamó su atención y frunció el ceño al ver que unas criadas salían por él desprovistas de charolas. A cada paso que daba sintió la necesidad de aferrar en la palma el dije del collar que su madre le dejó; no obstante, este estaba debajo del vestido de cuello alto y eso sería imposible.

Era la primera vez que dormiría en una posada, toda su vida se había criado en el campo y el último mes en Londres, por lo que era ajena al funcionamiento de esos lugares. Sólo entraría, le daría un vistazo, y luego regresaría con sus amigos.

—Yo no me adentraría en aquel pasillo si fuera usted —convino una voz que conocía muy bien y un estremecimiento hizo que la piel se le enchinara y los pies se le clavaran en el piso—. ¿No le dijeron que la curiosidad mató al gato?

Se estaba acercando, ¡su esposo se estaba acercando y ella no podía dejar de temblar!

Se volvió sobre su lugar para mirarlo a los ojos y agradeció que su disfraz hubiera sido efectivo, Sutherland no mostró sorpresa alguna al observarla, a excepción de que frunció ligeramente el ceño al ver la máscara que cubría casi la mitad de su rostro. Debía admitir que en aquel sector de la posada la luz era un tanto escasa y eso le ayudaba de sobremanera, el impacto de un primer encuentro no le estaba sentando del todo bien.

Estaba serio y parecía sentirse molesto con ella, ¿la habría reconocido? Imposible, si fuera así, Sutherland se lo habría levantado.

—No debería estar aquí —habló con dureza, mirando a sus alrededores, como si buscara a la carabina que debería estar con ella—. Mucho menos si se encuentra sola; es muy peligroso.

Su mandíbula se desencajó. ¿Cómo era posible que se sintiera en la protestad de darle órdenes a una completa desconocida?

Claramente su esposo adoraba llevar el control de la situación sea cual sea la circunstancia. Como si Sutherland le hubiera leído los pensamientos, prosiguió con tono despectivo:

—No suelo dejar a mujeres indefensas a la deriva y menos si estas tienen cierta inclinación y fascinación por el peligro.

Agradeciendo que conocía otras lenguas, Ashley se cruzó de brazos y gruñó en respuesta:

—Nadie le está pidiendo su ayuda. —Su francés era muy bueno, o al menos eso creía ella.

Él apretó la mandíbula, revelándole su irritación por su insolente comentario, y Ashley se encogió un poco al darse cuenta que quizás había sido un tanto grosera con el hombre.

—Soy un hombre samaritano que ofrece su ayuda cuando lo cree necesario —rechinó los dientes, acercándose a ella—. Y usted, querida, corre mucho peligro paseándose por una posada a horas inadecuadas y sin un acompañante.

Sin controlar sus propios gestos, Ashley bufó como si su comentario no tuviera valía alguna para ella. Quiso responderle, pero entonces hizo una mueca al reconocer que no debería estar hablando con su esposo, ¡era una estúpida!, si el plan inicial era mantenerse al margen del

marqués, lo mejor habría sido que él no se enterara de su existencia en esa posada.

—Estoy familiarizada con el peligro —susurró, adoptando un tono más amable y tembloroso—. Pero tiene razón, lo mejor será que regrese a mi alcoba antes de...

—Tarah. —Si no fuera porque conocía la voz autoritaria de Sheldon, ni siquiera se habría girado ante la mención de un nombre que al parecer era el suyo. Se tensó con brusquedad, sus amigos estaban muy molestos con ella y no era para menos, salió del lugar sin avisar y se puso a explorar provocando que se generara un encuentro no deseado con su esposo—. Te dije que te quedarás donde te dejé, ¡nos tenías muy preocupados! —farfulló, sujetándola del brazo, y jadeó cuando el pelirrojo tiró de ella y la envió hacia Max y Thomas, quienes la cubrieron con sus cuerpos.

—Creo que no es la manera correcta de tratar a una dama, señor —espetó Sutherland, sorprendiéndola.

¿Iba a defenderla?

—Le agradecería que no se metiera —respondió Sheldon, tajante—. Mi hermana debía quedarse donde le ordené que permaneciera.

De acuerdo, la paciencia de Sheldon había llegado a su límite y estaba muy malhumorado.

—¡Milord! —exclamó el posadero, claramente alarmado por el trato que Sheldon le estaba dando al marqués—. Lamento la molestia, la familia Derricks y la señora viuda de Parker acaban de llegar a la posada.

—¿Por qué lleva una máscara? —inquirió su esposo, mirándola de reojo.

—No debe alarmarse, según sus tías se trata de un acto violento donde su difunto esposo le dejó el rostro marcado. —Ashley supuso que el hombre quería mantener el favor de su esposo porque no tenía el mayor reparo en ventilar sus desgracias.

El marqués miró al hombre con incredulidad, como si quisiera decirle que guardara silencio, y el posadero pareció no percatarse de ello porque continuó:

—No habla con las personas, suele comunicarse con una libreta.

¿Qué?!

Abrió los ojos de hito a hito y abrió la boca para corregir eso antes de que la situación empeorara porque ya le había hablado a su esposo sin problema alguno, pero Max dio un paso hacia adelante.

—Nuestra pequeña sólo se comunica con nosotros y en privado —dijo, fingiendo su voz, y tragó con fuerza sintiendo como una gota de sudor bajaba por su nuca.

Los ojos color esmeralda se posaron en los suyos y bajó la vista, apenada.

Ahora él sabría que eran unos mentirosos.

—Su marido era un hombre tan violento que no sólo le marcó el rostro y provocó que no quisiera conversar con las personas. —El posadero se emocionó con sus palabras—. Sino que le dejó un daño irreversible en el pie y por ello ella no puede caminar correctamente, milord.

¡Ya era hora de parar!

Esto no era en lo absoluto bueno porque podía sentir la mirada de Sutherland sobre ella y eso la inquietaba. No necesitaba verlo a los ojos para saber que él no le creía nada al posadero, ella tampoco lo haría después de su encuentro.

—Creo que es suficiente por hoy. Mi hermana debe descansar esta noche —zanjó Sheldon y Ashley jugueteó nerviosamente con sus manos.

Cuando les contase lo ocurrido, ellos se enojarían mucho con ella. ¡Acababa de complicarlo todo!

—Ordenaré que suban su equipaje, sir Derricks.

Con un asentimiento Sheldon se volvió hacia ella y sujetándola del brazo la obligó a avanzar con rapidez, olvidándose por completo de que tenía la pierna herida. No podía culparlo por sentirse tan molesto, acababa de empeorar la situación con creces y ahora el marqués sabría que su historia era una farsa y posiblemente ellos también.

Miró hacia atrás y se estremeció con violencia al ver la penetrante mirada de su esposo sobre ella. Regresó la vista al frente, no debía alarmarse, no era como si Sutherland fuera a pensar mucho en unos completos desconocidos, él se olvidaría de todo el día de mañana y seguiría su camino sin problema alguno.

Llegaron a su habitación y aprovechando que no había nadie a los alrededores, ingresaron al lugar en grupo para poder conversar sobre los últimos sucesos que su imprudencia había generado.

—Esto no es un juego, Ashley —decretó Sheldon, malhumorado.

—Sólo... observaba, es la primera vez que entro a una posada, sentía un poco de curiosidad.

—Estamos aquí con una misión, no para hacer turismo —respondió en tono mordaz y fue Thomas quien decidió salir en su apoyo.

—Es suficiente, Sheldon, el marqués no la reconoció, de ser diferente la habría exigido en el momento.

—De ser así, todos estaríamos en serios problemas —corrigió Maximiliano, pensativo—. Recuerda que eres una viuda inofensiva, Ashley, tu pasado no ayuda a justificar una personalidad tan temeraria como para pretender explorar una posada a altas horas de la noche. Compórtate como tal, por favor.

—Lo siento. —Admitir que tuvo la culpa era lo correcto, siempre fue una persona curiosa y hoy debió pedirle a uno de sus amigos que la acompañara si tanto quería observar el lugar—. Debo confesarles algo —ganó una gran bocanada de aire para decir lo siguiente—: yo le respondí al marqués con un acento francés y fui grosera, en ese momento estaba molesta con él, por lo que no sé cómo repercutirá eso ahora que él escuchó al posadero.

Sheldon lanzó un rugido ahogado y Max y Thomas intercambiaron una rápida mirada.

—Creo que lo mejor para todos será que hablemos con la verdad —se apresuró a decir Max, mirándola con fijeza—. ¿Por qué seguimos a tu esposo?, ¿Por qué este mandato de tu padre de dejarte en un destino que hasta ahora desconocemos? Me parece de muy mal gusto que tú y tu padre nos escondan la verdad, quiero saber hacia dónde nos estamos dirigiendo y por qué.

—Pienso igual. —Sheldon se cruzó de brazos, esperando una respuesta.

En este caso, Thomas sólo aguardó en silencio, sin imponer su voluntad o punto de vista.

—Necesito encontrar a Grace Hill y Sutherland la está buscando; es el único que puede llevarme hacia ella.

—¿Grace Hill? —La voz de Max se estranguló por la sorpresa y todos clavaron la vista en él, quien de pronto estaba pálido y consternado.

—¿La conoces? —Sheldon avanzó hacia Max y la esperanza afloró en el pecho de Ashley.

¿Su amigo conocía a su madre o siquiera conocía cuál era su paradero?

—Es la madre de Eleonor. Si Ashley habla de la misma Grace Hill que Eleonor solía mencionar, puede que ella se encuentre en Essex.

Las palabras de Max le generaron un nudo en la garganta. Hasta ahora no se había puesto a pensar en la posibilidad de que su madre tuviera su propia familia y la noticia de que tenía una hermana era...un tanto inquietante, dado que para quedarse con su madre no sólo debía ser

aprobada por ella, sino por toda su familia que seguramente ni siquiera sabría de su existencia.

Un sentimiento de tristeza la invadió al recordar que Eleonor fue la querida de Max hasta hace unos meses; sin embargo, nunca llegó a verla ni a distancia porque la mujer fue echada de Sussex al ser considerada una prostituta demasiado escandalosa.

De pronto sintió algo malo —dado que no podía estar bien sentir vergüenza de su familia— y llegó a la conclusión de que no quería que Sutherland encontrase a su madre, menos si ella y su hermana vendían sus favores para poder vivir decentemente. Suficiente humillación había pasado su esposo con tener que casarse con una bastarda como tener que descubrir que la madre de la misma era una prostituta. Eso sólo incrementaría su desprecio hacia ella, algo que Ashley no deseaba que ocurriera porque en el fondo su despedida había quedado en términos agradables.

—Olvidemos a Sutherland —dijo apresuradamente, deseando con todas sus fuerzas que él jamás se enterara de que su madre se encontraba en Essex—. Essex está a cuatro días de Hundson, si la información de Max es cierta y estamos hablando de la misma mujer, en una semana estaremos con ella.

—Podríamos partir mañana a primera hora —sugirió Thomas y Sheldon asintió, pensativo.

—En el mundo existen muchos Hill, ¿y si nos equivocamos?, ¿cómo retomaremos los pasos del marqués?

—Debemos arriesgarnos —decretó con seguridad, algo en su interior le decían que estaban hablando de la misma mujer.

—Apoyo tu plan, querida. —Thomas se acercó a ella, metiendo la mano al bolsillo de su vestido—, pero dado que algo me tiene un poco preocupado, quiero entregarte esto. —Sacó un pequeño frasco que parecía perfume y se lo tendió—. Si algo llegase a ocurrir con Sutherland, encárgate de que beba unas cuantas gotas de esto.

—No envenenaré a mi esposo —exclamó indignada y molesta, ¿cómo se le ocurría hacerle algo así a su esposo?!

—¡No es...! —bramó furibundo, pero contuvo su propia ira e inhaló profundamente— veneno, maldita sea. Este brebaje... —Thomas pensó en cómo podría explicarle su función sin escandalizarla— mareará al marqués por unos minutos en los que él no sabrá que hacer y luego lo dejará inconsciente por varias horas. Pero no debes utilizarlo en exceso, sino podría dejarlo tumbado todo un día.

—¿Por qué tienes eso? —farfulló Max y Thomas se encogió de hombros.

—Me parece interesante.

—¿No le pasará nada malo? —preguntó con un hilo de voz, guardando el frasco en el bolsillo de su ridículo, y su amigo se rio con sorna.

—Siempre y cuando no encuentre a una depravada en su camino; no.

Cuando se hubo acordado como procederían el día de mañana, Ashley vio como sus amigos abandonaban la alcoba, no obstante, la sangre se le congeló al oír la voz de Sheldon.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

En su campo de visión apareció su esposo e hizo lo único que se le vino a la mente en aquel momento: le dio la espalda y bajó la mirada esperando que Sheldon se deshiciera de él. Podía sentir su penetrante mirada en su nuca e incluso cuando alguien cerró la puerta la piel se le erizó por la intensidad del momento.

¿Por qué tuvo que enamorarse del hombre equivocado?

Frustrada se quitó el vestido y dejó su ridículo en el diván que estaba frente al hogar. No se quitaría la peluca porque la doncella de su madrastra se había esmerado con creces para

ponérsela y sacársela sólo sería un problema porque el día de mañana no tendría a nadie que pudiera ponérsela otra vez.

Su cena llegó y silenciosamente disfrutó de la misma, tenía tanta hambre que no se molestó en quitarse su máscara, puesto que el temor de que alguien entrase y la tomase por sorpresa aún estaba latente.

Cuando hubo terminado se incorporó para poder deslizarse entre sus sábanas, pero una fuerte punzada en las sienes la llevó a aferrarse al poste del dosel de la cama para no caer contra el piso. Empezó a inhalar y exhalar con pesadez, sintiéndose agitada, y una capa de sudor perló su piel, asustándola.

¿Qué le sucedía?

Una presencia se alzó sobre ella y se estremeció al sentir un cálido aliento en su nuca.

—Me pregunto si ellos te echarán de menos, querida.

La conmoción que generó en ella oír la voz de su esposo sólo provocó que cayera en una profunda oscuridad y lo último que llegara a sentir fuera los fuertes brazos masculinos rodeando su cintura para amortiguar una dura caída.

Estaba en problemas.

Capítulo 14

Definitivamente Connor debía dejar de meterse donde no lo llamaban.

Sin embargo, le era imposible ignorar el hecho de que esa mujer estaba siendo secuestrada, abusada y extorsionada por tres hombres, puesto que las otras dos mujeres, que decían ser sus tías, eran tan feas que difícilmente él podría creerse el cuento de que eran unas solteras. Si había algo que él odiase con cada fibra de su ser, era que maltratasen a una mujer, y si sus cálculos no fallaban: la cicatriz en el rostro y el daño en la pierna se lo hicieron esos tres hombres.

Quizás no era lo correcto llevarse a la francesa con él —menos si terminó pagando una corona para poder dormirla y sacarla de la posada sin levantar sospechas—, pero tampoco era como si pudiera hacerse el de la vista gorda y dejarla con esos tres malhechores. En el peor de los casos, si no lograba encontrar un buen lugar donde dejarla durante el viaje, le cedería un trabajo en su club.

Mientras el carruaje seguía tambaleándose por el oscuro camino, Connor clavó la vista en la mujer que dormía en el asiento de enfrente, rodeada de los cómodos cojines. Aún con la máscara puesta, se podía apreciar una piel tersa y unos labios llenos y atractivos, también estaba su hermoso cuerpo, el cual seguramente fue el que la llevó a la perdición haciéndola caer en las manos de tres malnacidos.

Ahora mismo estaba cubierta con una manta y junto a él estaba su vestido y ridículo, a la hora de secuestrarla no le dio el tiempo necesario para vestirla, por lo que simplemente tomó sus cosas y optó porque ella misma lo hiciera cuando despertara. No era como si él fuera a hacerle algo malo.

La tentación de levantarle la máscara era inmensa, ella estaba lo suficiente dormida como para que él pudiera hacerlo, pero en el fondo comprendía que no era lo correcto y debía quedarse en su sitio esperando llegar a la próxima parada.

Juntó los párpados con cansancio, disfrutando del olor que la dama desprendía y le recordaba a su esposa, y lamentó no tener a Ashley con él en aquel momento. Una de las razones por las que decidió ayudar a la señora Parker —si es que ese era su nombre real— era poder sentirse mejor consigo mismo haciendo una buena acción al mismo tiempo que adquiriría una nueva distracción para no pensar tanto en su esposa; no obstante, desde el momento que la tuvo en sus brazos supo que lo segundo sería imposible. Primero, porque ella olía igual que su ángel y segundo, y admitía que no debió haberse fijado, tenía unos senos igual de encantadores.

No podía abandonar Hundson porque aún no hizo sus averiguaciones en el pueblo, pero sí que podía tocar una puerta pidiendo cobijo, alegando que no había espacio en la posada y su esposa no se sentía bien.

Por suerte su plan fue exitoso y unos ancianos les abrieron la puerta a su humilde hogar otorgándole una alcoba relativamente perfecta para dos personas. Despachó a sus lacayos ordenándoles que siguieran los pasos de los tres hombres en caso de que ellos decidieran buscarlo para obtener venganza por tener a su linda esclava y sus hombres regresaron a la posada, encubiertos.

Una vez en su alcoba sólo se quitó el pañuelo, la levita y el chaleco, desnudarse más podría alarmar a la francesa y lo menos que necesitaba era que ella despertara asustada y llamara la

atención de los dueños de la casa donde dormirían esa noche.

Se recostó junto a ella y por varios minutos disfrutó de su fragancia, recordando a su mujer. Se sentía un cobarde por haber huido al día siguiente de su noche de boda, pero algo le decía que quizás fue lo mejor que pudo haber hecho, Ashley apenas y podía mirarlo, ella necesitaba tiempo para recordar sus buenas cualidades y poder creer en sus palabras.

Lo que sucedió fue un accidente.

Con los párpados pesados y el cuerpo magullado, Ashley gimió suavemente ante la idea de tener que despertarse y continuar con un largo viaje y se acurrucó en su almohada como si eso fuera a darle otro día más para descansar.

Conforme el tiempo fue pasando se sintió mucho más capaz de enfrentar un nuevo día y abrió los ojos con lentitud, sintiéndose desorientada. No recordaba que su alcoba de la posada se viera así. Intentó frotarse los ojos como si fuera un gatito pequeño y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando el dorso de su mano acarició su máscara.

Recordó los últimos sucesos de la noche anterior y se sentó en la cama con rapidez, lanzando un quejido por la fuerte punzada que atravesó sus sienes.

—No debe preocuparse, señora Parker. —Esa voz consiguió lo contrario—. Sé que no procedí de la manera adecuada, pero fue lo único que se me ocurrió hacer para ayudarla.

—¿Dónde estoy? —preguntó en un perfecto francés, mirando la estancia. No comprendía nada. En el exterior ya era de día y sus amigos se volverían locos si no la encontraban en su alcoba.

—En la casa de una amable pareja que nos brindó cobijo la noche anterior. —Lo buscó con la mirada, estaba apoyado junto al marco de la ventana de la alcoba, observando hacia el exterior. La atención que le prestaba era nula, pero Ashley estaba segura que si se movía, él se daría cuenta al instante.

—¿Por qué me trajo aquí? Usted no tenía ningún derecho a sacarme de la posada. —Se aferró a las sábanas, entrando en un profundo pánico al saberse a solas con él. No quiso ni imaginarse lo que le haría si descubría su identidad, le parecía un milagro que no hubiera visto bajo su máscara.

—La salvé de los tres hombres que la tenían secuestrada.

«¿Qué?! Tiene que ser una broma». La mandíbula se le desencajó y lo miró con incredulidad, ¿de dónde diantres sacó esa conclusión?!

—Está equivocado. —Se puso rápidamente de pie, ignorando el dolor de su pie, y abrió los ojos de hito a hito al verse únicamente con su camisola—. ¡No me vea! —ordenó y tiró de las sábanas para cubrirse.

—Maldita sea. Guarde silencio —farfulló, avanzando hacia la puerta, y la miró con enojo—. Dije que era mi esposa y estaba delicada, compórtese.

¿Cómo podía pretender que se comportara cuando acababa de secuestrarla? ¡Era una locura!

—Quiero volver a la posada, mi hermano y mis tías...

—Todos son hombres —le cortó el monólogo, sorprendiéndola por tu tajante afirmación—. En el caso de que sus tías fueran de verdad mujeres, me vería obligado a decirle que son tan feas que tengo derecho a dudar sobre su género.

—Yo...

¿Cómo pudo percatarse de algo así? Los disfraces de Thomas y Max eran perfectos.

—Vi como la trataron, querida, sé que la están amenazando y puede contarme su historia si el problema es económico, con gusto la ayudaré.

—No tengo ningún problema —soltó con frustración, deseando poder huir hacia la posada.

—¿La están extorsionando? Si tienen algo suyo bajo su poder, con gusto lo recuperaré por usted. ¿Tiene algún problema familiar? Debe existir una manera de solucionarlo. No me presenté, pero soy Connor Aldrich, el marqués de Sutherland.

¡¿Por qué tenía que ser tan entrometido?! ¿Qué razón podría tener él para secuestrar a una extraña y ofrecerle su apoyo? ¡Era absurdo!

«Aunque un caballero lo haría». Dijo una vocecilla y ella apretó la mandíbula, enojada.

—Regréseme con mi hermano —exigió con un hilo de voz, cruzándose de brazos, recelosa, y él marqués ladeó la cabeza, mirándola con curiosidad.

—No lo haré. —Estiró el brazo hacia el pequeño biombo que estaba al otro extremo de la habitación—. Traje su vestido y su ridículo, le pediré encarecidamente que se arregle y especifique que su luto se debe a la muerte de un pariente lejano.

—¿Es que no me está escuchando? —se exasperó y su esposo endureció su semblante.

—La escucho muy bien y me apena saber que ha perdido la esperanza de obtener su libertad. Nunca he dejado a una mujer sola cuando corre peligro y usted no será la excepción por más que desee regresar con esos rufianes. Creo que está confundida y asustada, pero no debe preocuparse, yo la pondré a salvo y nunca más volverán a lastimarla.

—Ellos no me hicieron nada. —Pateó el piso desesperada, ¡no se iría con Sutherland!

Si eso ocurría, él la descubriría y ahí no habría fuerza divina capaz de rescatarla.

—Evidentemente el daño de su pie no se lo hizo sola y la cicatriz del rostro tampoco —convino en tono mordaz y Ashley contuvo el aliento—. Vístase, querida, porque si no es por las buenas, me la llevaré por las malas.

—Esto es un secuestro. —Señaló hacia el piso, claramente refiriéndose a la situación, y el marqués le sonrió con sorna.

—Uno que se está efectuando por su propio bien. —Abrió la puerta para brindarle su espacio—. No intente huir por la ventana, mis escoltas están rodeando la casa y llevan así horas. Ya hice todo lo que debía hacer aquí mientras usted dormía por lo que le pediré que se arregle pronto porque partiremos después del almuerzo.

No podía ser cierto... ¡sólo a ella se le ocurría dormir hasta medio día después de ser secuestrada por su esposo!

Sutherland abandonó la alcoba y se dejó caer sobre el colchón con nerviosismo. La idea de ser descubierta por su esposo simplemente la aterrorizaba, no esperaba una buena reacción por parte suya por lo que no tenía la menor idea de cómo proceder. Se sentía vulnerable, una cosa era toparse con él de vez en cuando pero otra muy distinta tener que hacer todo un viaje en su compañía a plena luz del día.

Lo único sabio y sensato que podía hacer por ahora era seguirlo y aceptar su ayuda diciéndole que estaba dirigiéndose a Essex y en el camino ver si existía la posibilidad de huir de él. A estas alturas sus amigos ya sabrían que el marqués la habría secuestrado y pensarían con la lógica más adecuada: ella tenía que hacer que el marqués la escolte hasta el final de su viaje o hasta donde ella pudiera reunirse con ellos.

Desafiarlo o llevarle la contraria no tendría sentido alguno, Sutherland no se veía muy predisposto a dejarla ir por más que ella se lo pidiese, por lo que lo mejor sería mostrarse sumisa y agradecida con él. Además, su plan iniciar era seguirlo, y todo indicaba que su destino era ser escoltada por él hasta su madre.

Hizo una mueca.

Hubiera preferido que él jamás encontrase a Grace, pero mientras no supiera que era a Ashley

a quien dejaba con la mujer, todo estaría en orden.

Se vistió con rapidez para luego reafirmar su peluca y lavarse el rostro y se preguntó con qué mentalidad estaría actuando el marqués respecto a ella. Dudaba que sus intenciones fueran malas o pensara en Tarah Parker —su nombre ficticio— como una aventura de un viaje, algo le decía que de ser ese el caso él habría sido menos... osco con su persona.

Una vez que estuvo lista sujetó su ridículo y abandonó la alcoba con paso tembloroso. La casa efectivamente era sencilla, pero incluso así los dueños del lugar se encargaron de que ella y su esposo tuvieran un buen plato de comida en la mesa. Por suerte ellos no dominaban en lo absoluto el francés y Ashley se sintió tranquila en la comodidad de su silencio mientras era Sutherland quien aclaraba sus dudas y respondía a una que otra de sus preguntas.

—¿Y hacia donde se dirigen, milord? —inquirió la esposa del anciano, curiosa.

—Debemos visitar dos pueblos: Essex y Yorkshire, nuestra primera parada será Essex.

La sorpresa la golpeó con fuerza al descubrir que él había obtenido el paradero de su madre en menos de media mañana, tal vez lo mejor para ella era que encontrase a Grace de una vez por todas para que él pudiera cerrar un ciclo en su vida y empezar de cero inventando la muerte prematura de su joven esposa.

Retrasar lo inevitable sólo empeoraría las cosas.

Cuando su esposo dijo que debía preparar los últimos detalles de su partida, Ashley escribió rápidamente una nota y se la cedió a la anciana, entregándole una corona —su padre le envió un poco de dinero para el viaje—, pidiéndole que hiciera llegar la misma a la posada donde sus amigos se hospedaban. Por supuesto, fingió un inglés muy mal pronunciado pero que aun así pudiera entenderse.

En ella les informaba que partiría a Essex con Sutherland y que cambiaran de disfraces. No quiso poner más detalles en caso de que la anciana decidiera fisgonear. Su marido regresó al comedor para informarle que ya podían marcharse.

Muy bien... mientras menos nerviosa se pusiera, menos razones tendría él para sentir curiosidad sobre su persona. Debía ser lo suficientemente lista como para que su esposo no sintiera el más mínimo interés sobre su persona, aunque... pronto se daría cuenta que eso sería imposible. Sutherland estaba empeñado en descubrir por qué diablos una dama como ella estaba viajando con tres hombres.

—Es la primera vez que una fémica se enoja conmigo por rescatarla —comentó vagamente, mirando por la ventanilla del carruaje, y Ashley detestó a su esposo por no ser capaz de efectuar un viaje en silencio—. Me gustaría ser su amigo, ¿sabe? No busco perjudicarla, sino todo lo contrario. Si no encuentro un lugar adecuado para usted, puedo ofrecerle un trabajo honrado en Londres.

—¡No! —exclamó horrorizada y él la miró, inquisidor—. Es usted muy amable, milord —dijo con rapidez, tratando de encontrar un poco de calma en su voz—, pero tengo conocidos en Essex, me quedaré allí.

—¿Y si sus secuestradores vuelven?

Evitó rodar los ojos, ¿qué parte de que no eran sus secuestradores le costaba comprender?!

—Dudo que eso suceda. —Forzó su sonrisa y, para su sorpresa, él hizo lo mismo.

—Soy un hombre que prefiere prevenir a lamentar y ahora usted es mi responsabilidad.

«¿Cuál es tu problema?». Pensó indignada, sin comprender por qué se metía en la vida de una completa desconocida. Él entrecerró los ojos, consternado.

—Mi problema es usted y su bienestar.

Maldición, lo dijo en voz alta.

—Puede que esté acostumbrada a viajar sola y la admiro por ello, señora Parker, pero corre mucho peligro haciéndolo y sólo quiero ayudarla a obtener una vida estable y honrada. Aunque no lo crea, siento cierta debilidad por el sexo débil y siempre suelo ayudarlas.

—¿Por qué? —quiso saber, ¿qué era lo que lo motivaba a actuar así?

Por un momento el semblante del pelinegro se volvió sombrío y sus ojos brillaron con melancolía.

—Porque mientras yo pueda: ninguna mujer que conozca pasará penas.

Bueno... sus palabras eran sinceras y por la profundidad de su voz no se creía capaz de hacerle observación alguna; él realmente deseaba ayudarla.

—Gracias —expresó con un tierno mohín en los labios y su esposo le regaló una sonrisa ladina, para luego apoyarse cómodamente en el asiento del carruaje mientras la miraba con curiosidad.

—¿De verdad tiene una cicatriz en el rostro? —inquirió cautamente, pero luego agregó—: No creo que sea viuda, he de admitir, pero supongo que esas dudas sólo usted me las podrá aclarar.

—La tengo —dijo sin titubear, puesto que de ser diferente él querría ver su rostro y eso sería muy, pero muy malo para ella—. Y sí, enviudé hace poco, pero la cicatriz en mi rostro me la hice al caer de mi caballo y ser arrastrada por el mismo.

No pensaba poner a su esposo ficticio como un salvaje justamente ante su esposo real.

—Ya veo... —Se acarició el mentón, pensativo—. Debió ser muy duro para usted, no crea que es por coquetear con usted pero parece una mujer preciosa.

Se removió con nerviosismo y las mejillas se le ruborizaron. Al menos él siempre pensó que era bonita y ese era un buen recuerdo que podría guardar de su primer amor.

—Gracias por su observación. —Fue su única respuesta.

—¿Y cuándo tiempo lleva así?

—Un año.

—¿Tiene hijos?

Ladeó la cabeza con tristeza. Esa pregunta sólo le recordó que nunca podría ser la madre de sus hijos.

—¿Qué me dice de esos hombres?, ¿dónde los conoció?

Lo mejor, muy a su pesar, sería darle la razón a su lógica para que él dejase ese tema en el olvido.

—Son primos de mi difunto esposo.

—Lo sabía —escupió con desprecio—. Debí haberlos matado cuando pude. ¿Y su familia no acudió a usted después de la muerte de su esposo?

—Soy huérfana.

—Dijo que tenía gente en Essex esperando por usted. —Enarcó su oscura ceja con descaro, como si pronto sintiera que existía una falla en su historia, y tragó con fuerza.

—Amigos.

—Eso explica por qué ellos terminaron aprovechándose de usted.

No lo podía creer, en su vida había emitido tantas mentiras juntas y ahora por mero instinto de supervivencia estaba engañando a su propio esposo. Esto sí era algo alarmante, no era que quisiera ser pesimista, pero sentía que el seguir con esa farsa era sinónimo de cavar su propia tumba. Sutherland era un hombre orgulloso y no estaba segura hasta qué punto le dañaría el ego el

saber que su esposa huyó de él; aunque fuera por su propio bien y el del linaje familiar de la familia Aldrich, los hombres no toleraban tales faltas y él... no parecía ser muy tolerante después de todo.

Al menos no con ella.

Capítulo 15

Llevaba viajando con la señora Parker un poco más de un día y mientras más la observaba, más familiar se le hacía. No quería parecer un hombre libidinoso por quedándosele mirando por varios minutos, pero en lo que la cena se efectuaba, usaba una que otra oportunidad para mirar sus labios.

¿Dónde los había visto con anterioridad?

Su profesión como espía le impedía relajarse en su totalidad junto a esa mujer, era una completa desconocida y no era que Connor pensara que fuera una mala persona, pero claramente le había dicho unas cuantas mentiras el día de ayer.

O al menos eso le pareció a él; la señora Parker no era una excelente mentirosa a pesar de que uno, sólo mirándola, podría creer que era toda una seductora. Nada más lejos de la realidad.

Se percató del temblor en sus manos y dejó de mirarla. ¿Por qué se ponía tan nerviosa junto a él? No era como si fuera a asaltarla, a estas alturas ella ya debería dar por sentado que él no era un peligro para ella y sólo quería ayudarla.

—Mis hombres fueron a buscarle un poco de ropa, haré que la esposa del posadero se la suba a su alcoba cuando lleguen. —Inició la conversación y la pelinegra alzó el rostro, sorprendida.

—No debe preocuparse, milord, yo...

—Necesita ropa, cometí un error al no tomar su baúl y me haré cargo de todo lo que perdió en él. Además, el clima está frío y no tiene ni un chal ni un abrigo. Así no soportará el viaje, querida.

Bebió de su zumo y se preguntó si Tarah Parker hablaba inglés, por más que su habla fuera perfecta, ella no tenía un acento francés ni un nombre de la misma procedencia. Todo en ella lo hacía dudar, era como... si estuviera rodeada de muchas mentiras.

Además, ella le entendía a la perfección y a pesar de que Connor conocía la lengua, no hacía el ademán ni esfuerzo de comunicarse con ella en francés. Por supuesto, también se percató de que ella de vez en cuando alteraba su voz, ya sea haciéndola más aguda o grave.

¿Qué le escondía?

—Si me lo dice así no tengo más remedio que agradecer su gesto.

Y era demasiado elegante para que él creyera que se crio en un orfanato, por no mencionar que su vestido si bien era de una temporada pasada, a su tiempo debió haber sido muy costoso.

«¿Quién eres, Tarah Parker?». Se preguntó silenciosamente, empezando a considerar este misterio como un nuevo reto personal.

Encontrar a Grace Hill le estaba resultando una tarea sencilla —algo extraño porque estaba seguro que la gente de su majestad podría haberlo hecho de igual manera— así que su entretenimiento tendría que concentrarse en la misteriosa mujer que decidió rescatar hace dos días, puesto que si no lo hacía así entraría en desesperación por no poder tener a su mujer junto a él.

Extrañaba demasiado a su ángel, tanto que empezaba a temer sentirse de igual manera que Beaufort o Windsor: quienes en su momento habían entrado en desesperación al no poder tener a sus mujeres junto a ellos. Sabía que sentía algo fuerte por su esposa, de eso no le quedaba la menor duda, pero aún no podía dar por sentado que la amaba.

Lo más probable era que sus dudas se dispararan cuando llegara con ella a Sussex, donde

estaba seguro que su ángel se encontraba aguardando por él.

Su vista se clavó nuevamente en los labios de la señora Parker y decidió dejar de mirarlos antes de llegar a la conclusión de que le gustaban. Lo menos que necesitaba era sentir que estaba traicionando a su mujer.

La escoltó hasta su alcoba, pidiéndole que no bajara ni saliera de la misma puesto que igual estaría escoltada por sus hombres, y se retiró a su aposento, recordando nuevamente a su ángel y todo lo diferente que habría sido todo si él le hubiera hecho el amor en el club, cuando ella se mostró muy dispuesta a entregarse a él, confesándole sus sentimientos.

«Sentimientos que rechazaste, imbécil». Se recriminó y molesto empezó a desvestirse.

¿En qué diablos estuvo pensando al rechazarla?

Lo más sensato habría sido reclamarla en ese preciso momento para evitar que sus enfermizos celos lo llevaran a desvirgarla tan salvajemente, pensando que ella ya no era pura.

Ladeó la cabeza con resignación.

Lo hecho estaba hecho y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo. Calculaba que en una semana y media estaría con el rey si Grace Hill se encontraba en Essex, y una vez que le diera el paradero de la mujer a su majestad, él saldría en busca de su esposa para poner un punto final a los malentendidos y explicarle lo importante que era ella para él.

Porque lo era, esa mujer se le había colado hasta los huesos.

Al día siguiente, Connor no supo qué lo irritó más, si ver que en el exterior una suave llovizna caía, sugiriéndole que no era un buen día para viajar, o percatarse de que la señora Parker estaba un poco más pálida de lo normal.

La pelinegra ya tenía ropa adecuada para el viaje y un abrigo que la protegería del frío, por lo que no retuvo sus planes y ordenó que preparasen el carruaje.

«Ella soportaría el trayecto».

—Iremos a una marcha tranquila —le informó—. No puedo retrasar este viaje, necesito completarlo lo antes posible.

—No se preocupe, milord. —Su sonrisa lo dejó extrañamente cautivado y guiado por una fuerza mayor la abrazó por los hombros y la acompañó hacia el carruaje.

La culpabilidad de someterla a un viaje con su malestar no lo dejó del todo tranquilo las primeras horas, puesto que la señora Parker luchaba consigo misma para no rendirse frente a él. Trataba de mostrarse serena, pero los párpados le pesaban y de vez en cuando ladeaba la cabeza, exigiéndose concentración para no caer dormida. Era verdad que podía dejarla en cualquier posada, pero no pensaba hacerlo hasta cerciorarse de que estuviera en un lugar seguro.

Existía algo en ella que le impedía abandonarla.

—¿Qué piensa hacer una vez que se encuentre en Essex? —inquirió, buscando una manera de ayudarla a no desvanecerse, y la dama alzó el rostro en su dirección.

—Buscar un trabajo.

No quiso preguntar qué tipo de trabajo esperaba conseguir, dado que era fácil deducir que posiblemente buscaría un protector.

—Si no encuentra uno me encantaría ofrecerle uno en mi club.

No estaba seguro si le sería fácil conseguir uno con aquella máscara y el malestar de su pie, era verdad que en determinados momentos ella caminaba bien, pero en otros solía perder la estabilidad.

¿Cuál era la necedad que tenía de llevársela con él?!

Por alguna extraña razón, ese pensamiento lo estaba inquietando.

—Muchas gracias por la oferta, pero no. —Se estremeció, abrazándose a sí misma, y Connor cambió de lugar para sentarse junto a ella y cubrirla con la manta que hasta ahora él estuvo usando.

—Acérquese, hace frío. —La abrazó por los hombros y a pesar de su resistencia, tiró del cuerpo femenino y lo apoyó en su pecho para que pudiera aprovechar del calor que desprendía.

—¿Cuál es su urgencia de regresar a Londres?

«Mi esposa».

—Hay una mujer que es muy importante para mí y este viaje hizo que tuviera que alejarme de ella.

El silencio los visitó por escasos segundos.

—Espero pueda reunirse con ella pronto.

—Yo también lo espero. —Se sinceró—. Nuestra relación ha sido complicada, a veces pienso que es el mismo destino quien no quiere verme junto a ella.

—Quizá y el destino se apiade de usted y a su regreso todo resulta más sencillo con la mujer que ama —susurró con debilidad, presionando sus manos sobre su levita de lana, y sonrió distraídamente.

Eso esperaba, en el fondo tenía la fe de que el amable corazón de su ángel pudiera perdonarlo.

Una tenue sonrisa se dibujó en su rostro al percatarse de que la francesa terminó en un sueño profundo y miró por la ventanilla del carruaje. No podía negar que estaba cometiendo una imprudencia al viajar con ese clima, el camino no era estable y el cochero debía estar haciendo muchas maniobras junto a los caballos para superar el barro y los baches del mismo. Al trote que iban, en tres horas estarían en la siguiente posada, y al parecer ahí suspendería el viaje por el día de hoy.

La llovizna no estaba disminuyendo, sino todo lo contrario, se estaba intensificando.

El chasquido de las gotas de agua contra el techo del carruaje que claramente no estaba en movimiento hizo que Ashley renunciara a la comodidad de un sueño profundo y caliente. No se sentía bien, comprendía que debía estar en reposo, pero incluso así no podía darse por vencida justo ahora, sólo era cuestión de días para llegar donde su madre.

Unas voces en el exterior del carruaje captaron su atención y se percató que pronto el día caería para darle paso a la oscuridad de la noche. A juzgar por el sonido, podría jugar que afuera había todo un diluvio.

Se aferró a la manta y abrió la puerta del carruaje, estremeciéndose por la fría brisa que golpeó sus extremidades.

¿Dónde estaba su esposo?

—Señora Parker. —Volvió el rostro y abrió los ojos de par en par al ver a Sutherland completamente empapado—. Hemos perdido una rueda del carruaje, lamento mucho este contratiempo, no debí haber insistido en viajar con este clima.

No podía culparlo de nada, él quería llegar con Aline y la única forma de hacerlo era encontrando a su madre.

—Yo también quise seguir con el viaje, no sea tan duro con usted mismo, milord.

Ahora más que nunca quería llegar con su madre, sólo si se quedaba con ella él podría volver y casarse con Aline. No negaría que le rompía el corazón saber que su partida sería la razón de su felicidad, pero en el fondo también le aliviaba, nunca podría haber vivido tranquila sabiendo que era la razón de la infelicidad del hombre que amaba.

—Milord, estamos a un kilómetro de siguiente posada —anunció uno de sus lacayos y Ashley se giró sobre sus talones para sujetar su ridículo y las mantas.

—Debemos ir —decretó, sorprendiendo al pelinegro.

—Esto podría empeorar su salud, no crea que no me di cuenta de su malestar. —Se interpuso en su camino, impidiéndole bajar del vehículo, y Ashley alzó el mentón con suficiencia.

—Estoy perfectamente bien —mintió—. Quedarnos aquí no nos dará ningún beneficio y sólo perjudicaremos el trabajo de sus hombres, la ayuda ya está en camino pero ¿se puso a pensar en lo mucho que demoraremos quedándonos aquí, esperando que arreglen su carruaje?

Su esposo la miró fijamente, como si estuviera analizando sus palabras, y Ashley le sonrió.

—Sólo serán unos minutos; no soy tan frágil como usted cree.

Gracias a los santos él pareció entrar en razón porque le tendió la mano. La aceptó y un escalofrío recorrió su espina dorsal al bajar del vehículo y sentir las frías gotas de la tormenta sobre su cuerpo.

—Pienso compensarla —dijo jadeante, tirando de ella para correr hacia el semental que usarían, y la sonrisa de Ashley creció.

—Podría salirle muy caro —bromeó y él la miró de reojo, para después dibujar una hermosa sonrisa en su rostro que sólo consiguió que el corazón le diera un vuelco y sus piernas le temblaran.

—Pagaré el precio.

Llegaron hacia el semental que su esposo usaría y sujetándola por la cintura, la elevó para sentarla a la montura y se montó tras de ella, dominando al animal que se movió con inquietud.

—¿Puedo confiar en sus habilidades como jinete? —preguntó con nerviosismo y Sutherland espoleó al animal.

—Claro que puede, querida —susurró tras de su oído y Ashley tragó con fuerza, deseando pedirle un beso como recompensa por hacerle pasar por aquel momento que lejos de incomodarla, sólo la estaba cautivando, algo muy malo si en sus planes estaba dejarlo en los siguientes dos días.

Se aferró a su pecho y lamentó no ser ella la mujer que lo tenía tan desesperado por volver a Londres, puesto que si analizaba la situación: él ni siquiera le mencionó que tenía una esposa que, supuestamente, debía estar en el campo aguardando por él.

Llegaron a la posada a los diez minutos y agradeció que esta vez la alzara en vilo para llevarla hacia el interior mientras los dos lacayos que los acompañaron se encargaban del semental.

—Sólo contamos con una habitación matrimonial, milord —expresó el posadero, angustiado por no poder hacer mucho por el noble, y Ashley asintió para que la aceptara.

—La tomaré, preparen el fuego y mantas y consíganme dos cambios de ropa, nuestras cosas están en el carruaje y este no llegará hasta dentro de unas horas —ordenó y ella se mantuvo aferrada a él, aprovechando que no le afectara su peso.

Como la tenía en brazos, Ashley miró sobre el hombro del pelinegro y a poco estuvo de desmayarse allí mismo al ver a Thomas al final de las escaleras en el piso superior, disfrazado de sacerdote. Sus miradas se encontraron y su amigo asintió, haciéndole una seña hacia su muñeca y luego dibujando una pequeña bolsa en el aire.

¿Su ridículo?

Recordó el envase que le entregó la anterior noche y los ojos se le abrieron de par en par al darse cuenta de lo que él le estaba pidiendo: quería que despistara con eso al marqués para que ella pudiera regresar con ellos.

Le aliviaba de sobremanera que hubieran seguido su rastro, pero no le gustaba la idea de alejarse de su esposo esa noche que podría dormir junto a él.

Thomas desapareció de su campo de visión y la posadera los guio a la que sería su alcoba. Una vez en el lugar ella agradeció que la chimenea estuviera prendida.

—Lo mejor será que se quite esas prendas, querida —espetó el marqués, poniéndola en el piso, y la piel se le erizó al darse cuenta que tendría que desvestirse.

Por suerte sus botones estaban en la parte delantera del vestido y pudo abrirlos sin problema alguno; no obstante, no la ayudó escuchar como él también se despojaba de su ropa tras de ella. Antes de proseguir con el corsé, se abrazó el vientre con nerviosismo y se mordió el labio inferior, disconforme.

—La cubriré —por el rabillo del ojo se percató de como extendía una manta tras de ella para no mirarla y resignada se quitó hasta la última prenda empapada, abrazándose los pechos por los erguidos que estaban sus pezones a causa del frío.

Él le cubrió el cuerpo con la manta y Ashley sacó rápidamente el pequeño frasco de su ridículo para después dejar caer el accesorio en el piso. No podía traicionar a sus amigos, su deber era reunirse con ellos lo antes posible.

—Acérquese al fuego —musitó su esposo, abrazándola por los hombros, y la sentó en el diván que estaba frente al hogar de la alcoba. Las mejillas se le encendieron al ver que él tenía una manta alrededor de su cintura—. Solo espero que esta tormenta finalice esta noche —comentó fugazmente, acercándose a un pequeño aparador que estaba al otro extremo de la alcoba—. ¿Bebe, querida? —inquirió y la garganta se le cerró.

—Sí. —Nunca lo había hecho, pero dadas las circunstancias lo mejor sería poner cómodo a su acompañante.

—Qué bueno, esto la ayudará a entrar en calor. —Se acercó con dos copas en mano y antes de que ella pudiera tomar la suya, alguien llamó a la puerta—. Deben ser nuestras toallas y ropas. —Dejó las copas en la pequeña mesita que estaba junto al diván y desapareció de su campo de visión.

Era el momento.

Sin recordar que sólo debía aplicar unas gotas del brebaje en el vaso, Ashley vació el pequeño frasco en la copa que sería del pelinegro y sujetó la suya antes de lanzar el frasco hacia el fuego de la chimenea.

Eso estaba mal, se estaba aprovechando de la amabilidad de su esposo. Jamás podría olvidar que terminó drogándolo para huir de él.

—No son las mejores prendas, pero le aseguro que le serán de ayuda. —Respingó al oír su voz tras de ella y se volvió en su dirección—. Si gusta puede vestirse ahora, yo...

—Me gustaría disfrutar un poco más del fuego —susurró con un hilo de voz, deslizándose del diván para sentarse en el piso, y gracias a los santos él no puso objeción alguna. Sino más bien, para su sorpresa, sujetó su copa y se sentó junto a ella.

—Fue muy valiente de su parte aceptar llegar a la posada en caballo, creo que he lidiado mucho con damiselas nobles en apuros porque estoy seguro que cualquiera de ellas habría preferido esperar antes de mojarse con la tormenta.

Carcajeó roncamente y le dio un sorbo al brandy que le sirvió. Él hizo lo mismo.

—Usted también lo es, secuestró a una mujer que estaba siendo escoltada por tres hombres; es todo un acto heroico.

—Debo confesar que me sentí en extremo aliviado cuando me confirmó que esas mujeres eran

hombres disfrazados, de lo contrario habría sentido pena por ellas.

Ambos rompieron en una suave risotada.

—Hicieron su mejor esfuerzo.

—¿Aún no me dirá por qué viajaba con ellos? —inquirió y el cuerpo se le estremeció de la cabeza a los pies, generando un nuevo malentendido.

—¿Tiene frío?

Ladeó la cabeza hacia él, apoyando la mejilla en sus rodillas. Su esposo era simplemente hermoso y verlo a la luz del fuego, consumiendo pasivamente su brandy, sólo le generaba un hormigueo en el vientre bajo e inmensas ganas de besarlo. Era la última vez que se vería con él, por lo que no tenía nada de malo que quisiera mirarlo todo el tiempo que pudiese.

—Si se secara el cabello creo que sentiría menos frío —sugirió, mirándola de reojo, y un deje divertido cruzó por sus hermosos ojos al darse cuenta de cómo lo estaba mirando—. ¿Sucede algo?

Ashley elevó la comisura de sus labios, risueña.

—Usted es muy hermoso, milord —confesó sin vergüenza alguna, queriendo ser sincera en su último encuentro.

Una risilla brotó de la garganta de su esposo y de un solo trago se terminó el contenido de su copa. No le respondió y fue por la botella, regresó a su lugar y se llenó la copa nuevamente.

—Me siento halagado, querida —dijo con sencillez y, aventurándose a algo que era incorrecto e indecente, Ashley se acercó a él, juntando sus caderas. Si a él le molestó su proceder, no se lo hizo saber.

—¿Cómo es la mujer que ama? —deseó saber y su esposo se puso rígido, y por el silencio que se instaló en el lugar, supuso que vaciló en cuanto a su siguiente respuesta.

—No la amo.

¿No amaba a Aline?

—¿Entonces qué siente por ella? —curioseó.

—Me gusta, ella es simplemente maravillosa, y a veces siento una loca necesidad de tenerla a mi lado. Odio saberla tan lejos; sin embargo, no puedo decir que eso sea amor.

¿Eso no era amor?, ¿entonces qué sentía ella por el marqués?

—¿Qué nombre le pondría?

—Afecto —respondió sin titubear.

Arrugó entrecejo, estaba segura que lo que sentía no se limitaba únicamente a un simple afecto. Tal vez Sutherland aún no era capaz de ponerle un nombre a sus sentimientos, para muchos era complicado aceptar cuando caían en las garras del amor.

—Si me permite corregirle —musitó con un hilo de voz, sintiendo un nudo en la garganta—: creo que usted ama a esa mujer.

—¿Por qué lo dice? —Arrastró sus palabras y Ashley dedujo que se debía al brebaje que le aplicó a su bebida.

—Porque nadie extraña ni siente la necesidad de estar con alguien por simple afecto. —Le dolía saber que sus consejos estaban destinados a ayudarlo con otra mujer, pero su objetivo era que él alcanzara la felicidad—. Lo que usted siente es más que eso, o sino no querría verla todo el tiempo o la extrañaría la mayor parte del día. Esa mujer es valiosa para usted, no me sorprendería que quisiera protegerla y ser la razón de su felicidad; cuando una persona ama tiende a dar mucho por amor.

—¿Ama a alguien? —Se volvió hacia él y hábilmente se arrodilló para quedar a la altura de

su rostro. Se veía aturdido y cansado, el brebaje estaba haciendo efecto.

—Sí.

«Te amo a ti». Añadió silenciosamente y acunó sus mejillas con suavidad, inclinó el rostro con toda intención de besarlo, pero la sangre se le congeló cuando Sutherland retiró el rostro, implementando una nueva distancia entre ellos.

—No puedo hacerlo.

—¿Es mi máscara lo que le incómoda? —insistió, quería que él la besara como lo hizo esa noche en el club, quería llevarse consigo un último recuerdo de su marido.

—No —respondió tajante, apartando sus manos—. Como usted lo dijo: amo a otra mujer.

Sin importarle las repercusiones que podría traer el encuentro, Ashley se subió a horcajadas sobre él y lo sujetó del rostro otra vez, haciendo que sus miradas se conectaran. Era la última vez que lo vería, que tendría un momento íntimo con él, y no pensaba quedarse de brazos cruzados viéndolo caer gracias al brebaje que Thomas le otorgó.

—Dijo que me debía un favor.

—Nunca dije que me acostaría con usted —susurró y Ashley ignoró la larga caricia que el manto le dejó en el hombro al deslizarse por su cuerpo para arremolinarse a la altura de su cadera, dejándola totalmente expuesta en la parte superior del cuerpo ante el marqués.

Él la escudriñó con la mirada y Ashley jadeó al sentir como su cuerpo se tensaba y su miembro adoptaba una mayor rigidez contra su pelvis. Lo abrazó por el cuello, aferrándose a su cercanía, y el cuerpo le tiritó al sentir como él intentaba alejarla sin éxito alguno.

—¿Qué le puso a mi bebida? —exigió saber y a pesar de que debería haberse asustado, su cuerpo se estremeció gracias a su aterciopelado tono que le acarició la piel del cuello.

Empezó un suave vaivén, tratando de calmar la desesperación que se alojaba en su ingle, y lo vio apoyar la espalda en el asiento del sofá y tirar el rostro hacia atrás, abatido. Una capa de sudor perlaba su piel y aunque él no quisiera aceptarlo, su cuerpo lo estaba traicionando.

—Deténgase, no puedo hacerlo... —pidió, apretando la mandíbula, y se inclinó sobre él, besando la frágil piel de su cuello. Sutherland se estremeció y Ashley gimió con regocijo cuando clavó sus manos en su cadera, presionándola contra su miembro viril que aún estaba bajo las mantas—. Huele a vainilla —musitó y lanzó un grillo cuando le mordió la frágil piel de su hombro. Se sonrojó violentamente al percatarse de los estragos que unas simples palabras provocaban en su interior.

La máscara era demasiado incómoda para ella, por lo que al percatarse que él no podría levantarse, ella así lo hizo y prosiguió a apagar todas las velas de la alcoba, dejando que lo único que los iluminara fuera el fuego de la chimenea.

Regresó a su lugar, completamente desnuda, y se paró frente a él viendo la confusión en su rostro.

—¿Por qué apagaste todo? —Para su sorpresa, él posó la mano en su cadera y en una suave caricia la dirigió hacia sus muslos interiores. Un gemido brotó de su garganta y se apoyó en los hombros de su esposo al sentir como soplaba en aquel punto tan frágil de su centro palpitante.

No lo dejó proseguir y se sentó a horcajadas sobre él, dándole la espalda al fuego de la chimenea para dificultándole la visión. Se quitó la máscara y deseó hacer lo mismo con la peluca, pero dado que ese sería un gran trabajo para ella prefirió quedarse como estaba.

Lo sujetó nuevamente por el rostro y esta vez sí lo besó con delicadeza, disfrutando con creces de la suavidad de sus labios. En un principio él no participó, pero cuando tímidamente impulsó su lengua para separarle los labios, una fuerza mayor lo llevó a asaltar su boca como si deseara

reclamarle todo un tesoro.

Jadeó sorprendida, pero no se dejó invadir por el miedo, sino que atenazó sus manos en su nuca y siguió su ritmo con movimientos torpes e inexpertos. La piel se le erizó al sentir como sus brazos rodeaban su cintura y gimió sobre sus labios al percatarse como su amplia mano acunaba su pecho y lo apretaba con malicia.

—Ah —suspiró contra sus labios, ganando una gran bocanada de aire—. Hazme el amor — imploró con voz rota, incapaz de distinguir si lo dijo en francés o en inglés, pero él la levantó con suavidad y con movimientos torpes se bajó la manta que lo cubría, dejando que su miembro obtuviera su preciada libertad.

Su cuerpo tiritó con violencia al sentir como él acariciaba su tierna piel con su miembro y jadeante buscó ponerle un fin a esa vil tortura; no obstante, él la tenía tan bien sujeta de la cintura que para Ashley fue imposible dejarse caer sobre él.

—¡Ah! —chilló cuando con un ágil movimiento la tumbó sobre el piso alfombrado, apoderándose de todo el control de la situación, y separó las piernas para que Sutherland pudiera adoptar una mejor posición.

Sin embargo, Sutherland no asaltó sus labios como ella había previsto, sino que fue a por sus pechos, robándole gritos llenos de placer y regocijo. Sus dientes acariciaban, mordisqueaban y tiraban de su piel como si fuera un caramelo; y cuando Ashley sentía que ya no podía más, él se iba al otro pezón empezando a torturar el anterior con los dedos.

No comprendía cuál era la función del brebaje, pero definitivamente le gustaba como ponía a su marido. Sus besos empezaron a descender sobre su vientre e instintivamente intentó cerrar las piernas al percatarse lo que tenía pensando hacer; no obstante, con un rugido él la obligó a mantenerlas abiertas y antes de que pudiera objetar, ya se encontraba besándola allí abajo como si no existiera un mañana.

Se cubrió la boca para no gritar y arqueó la espalda de tal manera que por un momento pensó que su columna vertebral se haría añicos. Sutherland atenazó sus muslos con precisión, como si sopesara que ella podría huir, y con la mano libre Ashley empuñó su cabellera y lo presionó contra ella, invitándolo a seguir como hasta ahora.

Le encantaba... Ese hombre siempre sería su perdición.

Tan ensimismada en su placer se encontraba, que no pudo comprender las palabras que él le decía entre jadeos. No creía que fuera el momento más adecuado para hablar, por lo que prefirió pasarlas por alto.

Se mordió el labio inferior con fuerza al sentir que algo grande se acumulaba en su vientre bajo y arqueó la espalda lista para liberarlo; no obstante, la frustración la invadió cuando él se retiró. Intentó reclamarle su proceder, pero sus labios fueron vilmente atrapados por los suyos. Respondió con pasión y sólo se percató de lo que tenía pensado hacer cuando posó el glande en su entrada, deslizándose con suavidad en su cavidad.

Por reflejo atenazó las piernas en su cadera, implorando que esta vez todo fuera más tolerante para ella, y el placer que sintió al sentir como su marido la llenaba por dentro fue inmenso.

No tenía un punto de comparación con su primera vez.

—Ah... —jadeó en un suspiro, apretando la mandíbula por la incomodidad, y clavó las uñas en sus hombros al saberlo totalmente dentro de ella—. Gracias... —musitó, acariciando los fuertes músculos de su espalda, y él volvió a unir sus labios.

Su delicadeza la confundió y cautivó, por lo que gustosa le respondió sin prejuicios.

Él se retiró con lentitud, robándole un quejido lastimero, y volvió a embestir, llevándola a

arquear la espalda, extasiada. ¡Era maravilloso! Todo lo que sentía era una contradicción; dolor, placer, ganas de llorar... Su esposo empezó a repetir la operación una y otra vez, adoptando fuerza y velocidad, dejando de lado la delicadeza y ternura, cosa que en el fondo ella se lo agradeció porque le gustaba sentirlo tan fuerte y seguro junto a ella.

Jadeantes y sudorosos gracias al calor de sus cuerpos, ambos se entrelazaron con pasión y locura, besándose con vehemencia. Ashley sintió como su cuerpo se tensaba y tiritaba por algo que crecía en su interior y pronto lanzó un grito cargado de placer al tiempo que algo en su interior explotaba en mil fragmentos, acogiendo al miembro de su esposo que aún se movía en su interior.

Él gruñó, embistiendo una última vez, y una sonrisa se dibujó en sus labios al sentir como una extraña calidez la llenaba por dentro. Acunó sus mejillas y lo besó con ternura.

—Te amo —confesó con un hilo de voz, feliz por haber conseguido una maravillosa noche junto a su esposo.

Él volvió a besarla.

—Lo sé, ángel, lo sé.

Su cuerpo entero entró en una terrible tensión y antes de poder emitir palabra o empujarlo por el pecho, Sutherland asaltó sus labios, le alzó la pierna, y volvió a mecerse sobre ella como si necesitara mucho más para calmar su apetito sexual.

Él... ¿sabía que era ella?

¡Eso no podía ser verdad! ¡Era imposible!

Sin saber con claridad cuántas veces su esposo le hizo el amor, Ashley retiró suavemente la mano masculina que le envolvía la cintura y se incorporó lanzando un quejido dolorido. No negaría que se sintió muy bien estando entre sus brazos, claramente todo el placer que recibió justificaba la incomodidad que sentía entre las piernas.

Lo cubrió con las mantas y acarició su mejilla donde la barba incipiente podía percibirse. A veces se preguntaba qué tan malo podría ser quedarse a su lado, pero cuando se respondía a sí misma sólo estaba más segura que debía salir de su vida lo antes posible.

Se vistió con las prendas que la criada de la posada le trajo la noche anterior y no se quedó a observarlo por última vez, en esos precisos momentos lo único que necesitaba era huir de él y todo lo que le hizo sentir en las últimas horas.

Era un poco más de las cinco, tendría que preguntar a una criada si conocía la alcoba de los sacerdotes que estaban en la posada. Confiaba en que Sutherland no se despertaría hasta dentro de muchas horas, pero incluso así no quería perder más tiempo.

Salió de la alcoba sin emitir ruido alguno y lanzó un gritillo cuando al volverse sobre su lugar impactó contra el cuerpo de alguien. Rápidamente se giró hacia la persona que había golpeado y sintió un gran alivio al ver que se trataba de Thomas, quien no llevaba su ridículo disfraz y tenía un aspecto desaliñado.

—¿Qué crees que haces esperándome en la puerta de la habitación de mi esposo? —farfulló, furibunda, y el rubio levantó el mentón con altanería.

—No te esperaba, estaba pasando por aquí cuando tú saliste y me golpeaste.

A juzgar por su aspecto, no le sorprendería que el listillo se hubiera encontrado a una criada dispuesta a satisfacerlo.

—Debemos huir —soltó con desesperación, recordando su problema, y Thomas la miró con curiosidad—. Usé el brebaje, él está...

—¿Hace cuánto lo usaste?

—Unas cuantas horas.

Thomas la sujetó del brazo y ambos se encaminaron hacia la alcoba en la que seguro estarían durmiendo Sheldon y Maximiliano. Sólo esperaba que el pelirrojo no quisiera reprenderla por meterse en tantos problemas al tener que viajar por casi dos días a solas con Sutherland, fue él quien la secuestró, por primera vez en años no fue ella quien se metió a la boca del lobo.

Thomas abrió violentamente una puerta, provocando que sus dos amigos brincaran de sus camas y se pusieran alertas; no obstante, cuando ellos la vieron allí junto al rubio, se enderezaron sorprendidos e intercambiaron miradas llenas de preocupación.

—¿Qué hicieron ahora? —exigió saber Max y Thomas cerró la puerta.

—Alístense, debemos irnos. —Dio brinquetes en su lugar, desesperada, dado que los escoltas de Sutherland sí que notarían la ausencia del marqués en unas horas.

—¿Qué ocurrió, Ashley? —Sheldon avanzó peligrosamente hacia ella.

—Yo...

—Usó el brebaje hace *muuuchas* horas —respondió Thomas con retintín, mirándola con malicia, y el rostro de Max se desfiguró por la incredulidad.

—¿Violaste al marqués?

—¡No!

O tal vez sí lo hizo, después de todo él estuvo drogado mientras le hacía el amor como si realmente fuera su amada en vez de su esposa.

—Teóricamente... —dijo Thomas en tono conciliador, avanzando hacia su baúl— no lo violó, es su esposa, tiene sus derechos —acotó, vistiéndose con rapidez junto a Sheldon que farfullaba por lo bajo algo así como: «sólo a mí se me ocurre dejar que ella se lleve el brebaje. Están locas, las hijas de Worcester están locas. Aquí las únicas víctimas son Beaufort y Sutherland».

—Ahora que recuperamos a Ashley, ¿cuál es el plan? —inquirió Max y ella les dio la espalda para que pudieran cambiarse con rapidez, no era como si pudiera quedarse en los pasillos de la posada así como así.

Decidió quitarse su peluca para usar una de las que Thomas y Max estuvieron usando al inicio del viaje. Ella también debía buscar un nuevo disfraz si no quería el marqués la encontrase y estrangulara por abusar de su confianza.

—Debemos ir a Essex, él...

—No podemos —dijo con rapidez, tirando la peluca al piso—. Él también irá, debemos esperar que él se reúna con Grace y recién llegar a ella.

—¿Le dijiste que estaba en Essex? —No podía verlo, pero podría jurar que su amigo quería apretar su hermoso cuello.

—No, consiguió la información por sí solo.

—Aún no puedo creer que te secuestrara, ese hombre está demente.

—Pensó que me tenían secuestrada y abusaban de mí, al parecer no puede dejar a una mujer sola y en aprietos.

—Te disfrazarás de hombre. —Abrió los ojos sorprendida—. Ya puedes girarte. —Se volvió hacia Sheldon, viendo como sacaba unas ropas varoniles del baúl—. Las compramos ayer, es lo mejor por ahora, si alguien le dice que vio a una mujer con tres hombres seguirá nuestro rastro.

Tenía mucha lógica.

—¿Te reconoció? —Max la miró con curiosidad y rápidamente negó con la cabeza, aunque en el fondo no estaba segura de nada. Sheldon, como de costumbre, pareció leerle los pensamientos.

—Cámbiate, iré a hablar con el posadero para que preparen nuestro carruaje. Max y Thomas escoltarán la alcoba, sé rápida; no hay tiempo que perder.

¡Eso ya lo sabía!

Capítulo 16

Desde hace mucho tiempo, quizá años, Connor no había tenido un sueño tan placentero como el de aquel día; no obstante, no podía decir que fuera perfecto dado que físicamente se sentía fatal. Su cuerpo estaba entumecido, las sienes le martilleaban sin contemplación alguna y tenía la garganta seca y adolorida.

Si no hubiera sido por el gran chorro de agua fría que aterrizó contra su cuerpo, él habría seguido en el piso lamentando su precaria condición. De un salto se puso de pie, regresando a la realidad y temblando con violencia por el impacto que el agua fría le provocó a sus sentidos, y buscó con la mirada al culpable de su violento despertar.

La castaña ceja de su hermano se enarcó con desdén y Zachary tiró el cuenco vacío al piso del dormitorio con indignación.

—No llevas casado ni una semana y ya engañaste a tu mujer —le acusó, indignado, y Connor sintió como la garganta se le cerraba.

—No. —Ladeó la cabeza con rapidez y por el rabillo del ojo vislumbró la ropa de la señora Parker—. No la engañé, eso es...

—Estás desnudo, Sutherland, no quieras encubrir tu crimen cuando tienes las manos llenas de sangre.

Abatido se pasó la mano por el pelo con frustración, tratando de encontrar una respuesta a lo ocurrido. El recuerdo de la señora Parker y él hablando frente a la chimenea llegó a él, al mismo tiempo que imágenes borrosas de como ella se subía a horcajadas en su regazo e intentaba besarlo.

La comprensión lo golpeó con fuerza y empuñó las manos con indignación y profunda furia, sintiendo la necesidad de romper todo lo que estaba en su camino.

¡La señora Parker lo había drogado y...!

La vergüenza lo carcomió por dentro y el rubor trepó por sus mejillas al saberse un hombre violado. Apretó la mandíbula odiando la situación en la que se encontraba. Qué irónico le resultaba todo; él intentó rescatar a la mujer para impedir que siguiera siendo abusada por tres hombres y ella terminaba abusando de él.

Un nuevo temor surgió en su pecho al darse cuenta que él no había tenido el control completo de sus facultades y por ende... podría haber terminado en la mujer, embarazándola. La sola idea de haberla embarazado le generó una gran incertidumbre.

Él sería incapaz de dejar un hijo suyo sin su protección y justamente por eso, desde que empezó a tener una vida sexual más activa, procuró ser muy cuidadoso al respecto.

Esto no podía contar como un engaño, dado que el engañado y ultrajado fue él. No obstante, necesitaba encontrar a la señora Parker y saber qué ocurrió entre ellos y si no cometió el terrible error de embarazarla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con enojo y empezó a vestirse en la presencia de su hermano. No tenía tiempo que perder—. ¿Qué hora es?

—Más de medio día.

Gruñó con enojo y apresuró sus movimientos.

—Engañaste a tu mujer —repitió en tono reprobatorio, evaluando la alcoba con un gesto

petulante y torciendo los labios con desagrado al final de su peritaje.

—No la engañé —aseguró con enojo, cerrando sus pantalones.

¡No era un engaño! ¡Apenas y recordaba su sombra cernida sobre él!

Esto no se quedaría así. Esa mujer conocería las consecuencias que traía consigo el burlarse del marqués de Sutherland.

—¿A no? —inquirió Zachary con los ojos entrecerrados y él se mostró derrotado.

—Me drogaron —confesó aunque eso significase ser el hazmerreír de su hermano menor por, posiblemente, la eternidad—. Conocí a una mujer que estaba siendo abusada por tres hombres y la secuestré con el fin de ayudarla, pero... al final ella fue más lista y terminó abusando de mi confianza.

La risotada de Zachary no ayudó a que su vergüenza mitigara, sino todo lo contrario. No obstante, no podía culparlo por reírsele en la cara, Dios santo, ¿quién demonios era violado por una mujer?!

Esperaba que sus amigos nunca llegasen a enterarse de nada.

Después de varios segundos en los que Zachary disfrutó con creces de su estado de desconcierto. Él recuperó la compostura, redimiendo el semblante frío y distante con el que había llegado.

—No se lo puedes decir a mi mujer —ordenó, tajante, y sus ojos identificaron la incertidumbre en los del rubio—. ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

Estaba seguro que no le dijo a nadie hacia a donde partiría.

—Connor... debes volver a Londres.

—¿Por qué? —Lo miró con recelo, preparándose para recibir una mala noticia.

Conocía a su familia y el rostro de Zachary le informaba que pronto recibiría un...

—Tu mujer desapareció. —La sangre se le congeló—. Creemos que huyó. El día que te fuiste ella visitó a su padre y nunca regresó. Según Worcester ella le informó que se iría a Sussex esa tarde, pero Malcolm cree que él tiene algo que ver con su desaparición.

—¿Por qué nuestro padre cree eso? —Procuró no perder el control, no era el momento más adecuado para exaltarse.

—Si bien Worcester está ayudando con la búsqueda de su hija, él sugirió que no se diera parte a las autoridades. Y bueno... papá asegura que él no es el tipo de padre que se quedaría tan tranquilo.

No, no lo era, por lo que lo único que Connor podía pensar era que Ashley le había comentado sobre lo ocurrido en su noche de boda y por eso decidió ayudarla a huir, algo muy erróneo de su parte porque ahora mismo no sólo se encontraba preocupado, sino demasiado encolerizado como para sentir algo de pena por su esposa.

¿Cómo se atrevía a escapar?

No le iría nada bien cuando la encontrase; puesto que pensaba hacerlo y llevarla a rastras a su casa de campo.

De él nadie se escapaba.

Inhaló con pesadez, armando un nuevo plan en su cabeza. Grace Hill estaba en Essex y él le enviaría una carta al rey para informárselo; su prioridad por ahora era encontrar a su mujer y hacerle comprender que su deber era obedecerlo.

—¿Cómo me encontraste?

—Cuando armamos un mapa para empezar la búsqueda, Worcester sugirió que uno debía partir a Hundson porque alguien le informó que vio tu carruaje partir en esta dirección. Allí

pregunté por el acaudalado marqués de Sutherland y llegué aquí.

Una sonrisa retorcida se dibujó en su rostro.

—No usé uno de mis carruajes.

Nunca lo hacía, no si se trataba de una misión importante.

—¿De verdad? —Frunció el ceño, confundido—. Entonces tuve suerte porque te encontré.

—La suerte no existe, Zachary. —Se acercó a él, pensativo—. Claramente él se encargó de ayudar a su hija a huir, pero no comprendo por qué te enviaría en mi dirección.

—¿No querrá despistarnos?

—No. —Ladeó la cabeza; consternado—. A él le conviene que no sepa que mi mujer está perdida, pero al parecer en esta ocasión quería que me enterara.

No le gustaba sacar conclusiones tan precipitadamente, pero con el viaje a Essex había perdido tiempo valioso y no podía seguir dándose ese lujo.

—¿Por qué querría él algo así?

Era una buena pregunta.

—Volveré a Londres. —Dio por terminada la conversación.

La señora Parker, Grace Hill y el rey tendría que esperar que él encontrase a su mujer primero. Por más que adorara a su ángel, lo que acababa de hacer era algo que no se lo perdonaría con tanta facilidad. No sólo se sentía alterado, sino humillado y rechazado. Él le pidió que aguardara por él, le dio una orden y ella se burló de él y su padre al no obedecerlo y escapar cuando estaba bajo su cuidado.

—Supuse que sería así, les dije a tus hombres que prepararan todo.

Asintió y le dio una última mirada a la alcoba donde cometió el error de acostarse con una completa desconocida.

—Lo mejor será salir de aquí —farfulló con culpabilidad, abandonando la alcoba e ignorando a su hermano que prefirió quedarse unos cuantos segundos más que él en el lugar.

Pagó la cuenta y no se molestó en preguntar si su acompañante salió a primera hora esa mañana. Estaba seguro que fue así, pero al menos él sabía que la señora Parker se dirigía a Essex, por lo que reencontrarse con ella sería pan comido. Ella no era su mayor problema por ahora, de todas formas necesitaba tiempo para saber si cometió el error de embarazarla.

Después de viajar por horas y llegar a la posada que les correspondería usar esa noche, Connor se planteó los posibles destinos que pudo haber seleccionado su esposa. Dudaba que hubiera salido del país, esa venganza tan retorcida sólo podía ser ideada por Ross, por lo que seguro Worcester mantuvo a su hija en Londres.

Por su bien esperaba que así lo fuera, dado que él no pensaba demorar tres años en encontrar a Ashley como lo hizo Windsor con su mujer, ella estaría de regreso en su lecho en menos de dos semanas y aprendería una dura lección de obediencia.

—¿En qué piensas? —inquirió su hermano, adentrándose en su alcoba.

—En lo molesto que me siento con ella.

—Supongo que no quería ser tu esposa y por eso actuó como lo hizo.

Endureció su semblante y lo miró con enojo.

—Pero ahora es mi mujer, y no puede hacer lo que hizo.

—No seas duro con ella, estaba asustada.

—Yo veré lo que haré con mi esposa. —Por ahora sólo esperaba que nada malo le ocurriera a Ashley, no comprendía como Worcester se atrevió a dejarla sola y a la deriva.

—El otro día vi a los protegidos del conde de Worcester en esta posada —comentó su

hermano, distraído—. Estaban discutiendo, ellos no se percataron de mi presencia pero el tema de discusión era que el diluvio no podía retrasarlos.

Frunció el ceño, ¿por qué los protegidos del conde estarían por esos lares?

—Seguro los envió Worcester.

—Ellos no estuvieron en nuestras reuniones.

—¿Cómo? —Lo miró con rapidez.

—Que no estuvieron en nuestras reuniones —repitió irritado, dado que odiaba hacerlo, y se cruzó de brazos—. Hablaron de estropear la rueda de un carruaje y sacar ventaja.

—La rueda de mi carruaje tuvo un inconveniente el día de ayer en la noche. —Se enderezó, abriendo los ojos sorprendido.

Zachary lo miró.

—¿Podría ser que tu esposa esté con ellos?

Iba a matarla, una cosa era imaginarla viajando sola o con una carabina, pero con tres hombres... Eso sí que no lo toleraría.

—¿Sabes hacia dónde fueron?, ¿la viste con ellos?

—No, era un poco temprano.

Él no se hospedó en esta posada, por lo que fue por eso que no se encontró con su hermano desde un principio.

—¿Crees que deberíamos regresar? —inquirió Zachary y Connor se quedó pensativo.

—No. —Algo le decía que podría ser una trampa de Worcester, quien sólo mandó a sus protegidos para distraerlo—. Lo mejor es volver a Londres. Mi prioridad es encontrar a mi esposa.

Su hermano, no muy seguro por la decisión tomada, asintió.

Cuando llegaron a Londres, grande fue su frustración al descubrir que su suegro no estaba en la ciudad porque estaba buscando a Ashley por Sussex y Surrey con su esposa. Por supuesto, él no se creyó ese cuento pero tampoco quiso seguir esa pista, dado que Worcester jamás sería tan obvio como para llevarlo hacia la hija que estaba escondiendo.

Todo indicaba que nadie conocía sobre la huida de su esposa, algo bueno porque no toleraría un escándalo de ese calibre; sin embargo, le sorprendía e inquietaba que Beaufort no estuviera al tanto de lo ocurrido, comprendía que no se le informó nada por el estado de su esposa, quien no tomaría en lo absoluto bien la noticia, pero él... se enfadaría de sobremanera cuando descubriera ese pequeño secreto.

Indicó los puntos clave que su gente debería recorrer para obtener información útil sobre su esposa y luego se dirigió al palacio de su majestad para informarle lo ocurrido sobre Grace Hill. Conocía su paradero; sí. Él nunca le ordenó que se presentara frente a ella.

—Debo admitir que me sorprende tu habilidad, Sutherland —comentó Guillermo IV con voz indiferente, observando sus dedos con un gesto inexpresable en el rostro—. Tal vez debí darte menos información sobre Grace. Esperaba que la búsqueda te tomara más de tiempo.

La consternación lo asaltó de improvisto, pero como de costumbre evitó exteriorizar sus emociones. El rey no parecía estar satisfecho con su trabajo. Connor había deducido que él estaría conforme al enterarse sobre el paradero de Grace Hill, pero todo indicaba que aquel dato no tenía mucha relevancia para él.

—Era muy conocida por los lares, su majestad.

—Lo sé —expresó con sencillez, mirándolo con curiosidad—. ¿Y hablaste con ella?

—No.

Él mostró su disconformidad y se enderezó aún más.

—Lo que yo quería era que Grace se enterara que su hija ahora es la marquesa de Sutherland —espetó con brusquedad, usando un tono autoritario, y Connor no pudo ocultar su confusión, por lo que agradeció que su majestad tuviera la voluntad de explicarle lo que estaba ocurriendo—. Soy el rey de Inglaterra, Grace jamás podrá ocultarse de mí —soltó con desdén, dejándole claro que él siempre supo dónde estaba la mujer, y Connor quiso preguntarle si de casualidad sabía dónde estaba su mujer—. Hace un tiempo, la hija de Grace estuvo muy cerca de Ashley. En un principio pensé que pretendía contarle la verdad de su nacimiento, pero luego descubrí que se hizo la amante de uno de los protegidos de Worcester y Grace se encontraba buscando desesperadamente a su hija.

No entendía cuál era el afán de contarle toda esa historia, pero guardó silencio.

—Cuando Grace se enteró del paradero de Eleonor, quiso ver a Ashley, cosa que por supuesto no le permití hacer. Lady Ashley tiene la vida perfecta y siempre quise que fuera así al igual que Grace, pero a veces ella tiende a desvariar un poco y desea ver a su primera hija.

¿Y eso qué tenía que ver con que él se viera cara a cara con ella?

—Por ende, si ella descubre que su hija es una distinguida marquesa, entrará en razón y renunciará definitivamente a ella, dejándola seguir con su vida.

El plan del rey era malévolo, pero a la vez tenía mucha lógica; por más que Grace Hill adorara a Ashley, acercarse a ella sería arruinarle la vida por completo. Lo mejor para ella era olvidar a su primera hija y enfocarse en la familia que sí tenía junto a ella.

—Si me permite preguntar, su majestad —se aventuró, cauteloso, y el rey le hizo un gesto con la mano para que continuara—. Si conocía el paradero de Grace Hill, ¿por qué me ofreció mi destitución a cambio de una información con la cual usted ya contaba?

—Porque no quiero que mi hija esté expuesta al peligro —decretó sin pena alguna, levantando el mentón—. Cuando se la entregué a Worcester, la recompensa fue la misma; él fue destituido de su puesto como espía. —Abrió los ojos, sorprendido. Su suegro también estuvo en su situación tiempo atrás y Ashley le otorgó la libertad—. Ambos sabemos que tu trabajo es uno que a veces te genera más enemigos de los deseados. En tu caso, también te brinda una mala reputación, algo que no quiero para ella.

Al parecer al rey sí le importaba la felicidad de su hija.

—Considéralo mi regalo de bodas.

—Muchas gracias, su majestad.

—Pero primero debes ir nuevamente con Grace y presentarte ante ella como el esposo de Ashley. Ella sabrá por qué te mandé y se limitará a guardar silencio y escucharte. A veces es necesario recibir un duro golpe para regresar a la realidad; ella jamás será parte de la vida de tu esposa.

—Partiré en dos semanas —informó vacilante, esperando que no le hiciera ninguna observación.

—No te demores demasiado.

El aire regresó a sus pulmones, todo indicaba que tendría que acelerar la búsqueda de su esposa dado que otro viaje hacia Essex sólo le haría perder tiempo valioso.

La siguiente semana sólo se encargó de alterarle los sentidos y generarle una sensación de pánico, desasosiego e indignación. ¡Ashley no estaba por ninguna parte! No quería pensar que su suegro la sacó del país, dado que si debía llevarlo a un duelo para que le dijera la verdad no dudaría en hacerlo.

Se pasó la mano por el pelo con desesperación, sintiéndose un inútil por primera vez en su vida, y Zachary entró a su alcoba sin pedir permiso. Su hermano lo estaba ayudando con creces, pero a veces existían lapsos donde realmente quería estar solo.

—¿Qué haré con esto? —Dejó una máscara que le trajo un turbio recuerdo sobre la mesa donde revisaba los puntos que seleccionó para la búsqueda y endureció su semblante.

—Tíralo o quémalo, no pien...—Recordó que la señora Parker usaba dicha máscara para cubrir su cicatriz y frunció el ceño, confundido.

¿Por qué se la quitaría? O peor aún, ¿cómo podía olvidar uno de sus accesorios más importantes después de una noche de pasión?

Era verdad que la buscaría cuando fuera a hablar con Grace Hill, pero no era que esa mujer significase mucho para él; en su momento le pareció agradable y hasta interesante, pero la desfachatez que le hizo no tenía perdón, ¡abusó de su confianza!

—Encontré esto prendido en el lazo. —Observó el pequeño dije de diamante que dejó en la mesa y lo sujetó con curiosidad.

¿Dónde lo había visto con anterioridad?

Un largo y denso silencio se instaló en su alcoba y observó a Zachary al percatarse que lo miraba expectante, como si esperara que dijera algo al respecto. Con mayor ahínco estudió la pieza, tratando de descifrar qué era lo que Zachary veía en ella, y un sinfín de imágenes pasaron por su cabeza, recordando el pequeño diamante sobre la tersa y blanca piel de su mujer.

Lo empuñó en su mano, armando rápidamente todos los cabos sueltos, y Zachary se cruzó de brazos, pensativo.

—Ella te siguió, ¿no es así? Ese collar lo tiene su hermana, ambas suelen usarlo todo el tiempo.

No sólo lo había seguido, ¡esa maldita se había burlado de él por días!

—Estaba pensando, ¿podría ser que ella estuviera con los protegidos del conde?

Y en ese momento, Connor recordó a los tres hombres que estuvieron con ella la primera vez que se encontraron. La rabia que sintió no se comparó en lo absoluto con la que adquirió cuando pensó que eran tres violadores, ni cuando descubrió que su propia esposa lo había drogado para acostarse con él; nada, podría haberlo molestado tanto como saber que su mujer llevaba casi dos semanas viajando con tres atractivos hombres.

—Voy a matarla.

Esto no se quedaría así, ¡Ashley Aldrich descubriría que de él nadie se burlaba!

—Tranquilízate, no sabemos dón...

—Está en Essex.

Ella sabía que él iría por su madre, por lo que decidió seguirlo para huir de él y quedarse con Grace Hill. Era una lástima que Connor no tuviera pensado dejar a su esposa en ningún otro lugar que no fuera su lecho.

Capítulo 17

En todos los años que estuvo sirviendo a la corona como espía, nunca había sentido tanta ansiedad de cumplir una misión, en este caso: recuperar a su esposa. No obstante, la ansiedad y el destino le estaban jugando una mala pasada dado que el diluvio no lo estaba dejando avanzar al paso que él pretendía y eso le ponía los nervios de punta.

Aún no tenía decidido qué haría con su mujer cuando la encontrase, pero comprendía que por más que quisiera, no podría zarandearla ni regañarla por sus acciones, lo menos que necesitaba era seguir asustándola. En el fondo, Connor intuía que parte de la culpa era suya por haberle dicho que era una bastarda y haber sido un salvaje en su primera noche.

Sin embargo, eso no justificaba su insolencia.

—Debemos quedarnos, Connor, con este clima no llegaremos muy lejos y pronto anochecerá —espetó su hermano, avanzando hacia él con sus botas llenas de barro, y siguió observando como el diluvio empapaba todo lo que estaba en su campo de visión.

—Al paso que vamos llegaremos en cuatro días —convino con enojo, quitándose el sombrero de copa.

—Seamos optimistas y esperemos que para mañana el clima esté mejor.

No lo estaría. Al darse cuenta de que no pretendía decir más, su hermano la dio una suave palmada en el hombro, reconfortándolo.

—Ella está en Essex y no se moverá de allí, debes relajarte.

—Cuando tengas una esposa rebelde, que se encuentra viajando con tres hombres atractivos, estarás capacitado para aconsejarme. Por ahora te sugiero que no digas nada que pueda alterarme.

Su hermano alzó las manos en señal de rendición y mirándolo de soslayo, Connor giró sobre sus talones y se adentró en la posada para reservar sus habitaciones. Estaba siendo un poco grosero con su hermano, más tomando en cuenta que él dejó todos sus asuntos en Londres para acompañarlo —porque nunca sería capaz de dejarlo solo en una situación como esa—, pero Zachary debía comprender que se sentía abrumado.

Ashley prácticamente puso su mundo de cabeza y ahora él no tenía la menor idea de cómo regresarlo a su lugar. Sentía cosas inexplicables y era incapaz de ponerles nombres, se sentía abrumado y confundido. Una vez que la tuviera nuevamente bajo su poder y pudiera pensar con claridad, se tomaría un tiempo para analizar con detenimiento qué era lo que realmente esperaba de su mujer.

Los siguientes dos días sólo sirvieron para empeorar su humor. El clima no sólo seguía igual de malo, sino que su carruaje, oportunamente, había decidido estropearse en los últimos dos viajes retrasándolo por un par de horas.

¿Es que acaso su destino era no llegar a donde su esposa se encontraba?

Cuando llegaron a la posada más cercana, Connor ordenó que nadie lo molestara y se encerró en su habitación lanzando juramentos en voz baja. Caminaba de un lugar a otro pareciéndose a un león enjaulado, y así se sentía, porque por más que quisiera, no podía correr a toda velocidad para cazar a su presa.

Esos percances más el insistente optimismo de su hermano, sólo provocaban que su humor empeorara y quisiera encontrar a su mujer para culparle por todos los malos ratos que tuvo que

pasar para llegar a donde ella se encontraba.

Después de la cena, se vio obligado a recibir a su hermano y con una mueca de disgusto le dijo que prosiguiera a decirle lo que sea que quisiera informarle.

—Un grupo de vándalos llevan siguiéndonos desde hace unas horas, presiento que pretenderán asaltar el carruaje el día de mañana. ¿Cómo debería proseguir?

—¿Cuántos son? —Endureció su semblante. No era que le preocupara la emboscada, tenía a toda una tropa de lacayos escoltándolos y él mismo era suficiente para acabar con diez, pero su mayor problema radicaba en el tiempo que eso podría hacerle perder.

—Vi a cinco y en la cena pregunté por ellos, porque extrañamente decidieron comer en la posada, y me dijeron que son unos esbirros muy reconocidos por aquí.

¿Esbirros?

—¿Crees que alguien pudo contratarlos? —Se frotó el mentón, pensativo, sería algún enemigo suyo.

—No, creo que el blasonado del carruaje llamó su atención y quieren comprobar con sus propios ojos que no llevamos nada de valor.

Asintió, quizá esa noche podría distraerse un poco después de todo.

—¿Dónde se encuentran?

—En el burdel, dos de nuestros hombres los están siguiendo.

—De acuerdo. —Se acercó a su baúl y sacó dos pistolas. No era que pretendiera matar a los hombres, con darles una paliza le era suficiente, pero como no sabía si ellos estaban armados, prefería prevenir—. Al toro por los cuernos —susurró para sí mismo, pero su hermano torció los labios en una sonrisa maliciosa.

—Lo sospechaba.

—¿Irás o te quedarás?

—¿Por quién me tomas? Vine a preguntarte si me acompañarías —agregó con retintín y por primera vez en días, Connor sonrió de verdad.

Una buena aventura siempre podía sentarle bien en un momento como ese, donde se sentía un desconocido consigo mismo al no ser capaz de comprender sus propios sentimientos. Recordar los viejos tiempos siempre sería gratificante, más si su pequeño y favorito hermano estaba junto a él.

Ashley no estaba segura de cómo proceder de ahora en adelante, llevaba más de una semana en Essex y presentía que había cometido un terrible error al presentarse ante Grace Hill como James Parker, dado que ahora no tenía la menor idea de cómo decirle a su propia madre que era una mujer.

Grace era... encantadora.

Definitivamente cometió un terrible error al imaginarse a otro tipo de mujer como su madre, dado que la pelirroja de orígenes irlandeses e ingleses era honrada y amable con todas las personas que estaban a su servicio en su posada. Por lo que ella les contó, su madre era irlandesa y su padre inglés, de ahí el apellido que solía llevar en su soltería, puesto que ahora estaba casada con Evan McLeod, un escoses bastante interesante desde la perspectiva de Ashley. A pesar de su aspecto fiero, él era capaz de dar su vida por su esposa y sus dos hijos: Eleonor y el pequeño Bruce de apenas un año.

Era un poco incómodo saber que su madre tenía toda una vida hecha, se sentía una intrusa pretendiendo quedarse con ella, por lo que no estaba segura qué hacer a partir de ahora. Eleonor

era dos años menor que ella, e incluso creyéndola un hombre, ella rechazaba su compañía porque no toleraba la presencia de Max, su hermano y Sheldon en la posada. Al parecer los cuatro se conocían muy bien.

Dentro de poco tendría que trabajar, la noche pronto caería y el área de entretenimiento era un sector que funcionaba todas las noches en la posada el Cisne negro. Cuando llegaron a Essex y descubrieron que su madre tenía una posada, Sheldon tuvo la maravillosa idea de pedir trabajo en la misma y Grace, comprendiendo que ellos *no tenían* a donde ir, decidió darles una mano con un sueldo bastante modesto, alojamiento y comida.

Eso le calentó el corazón, su madre era una mujer muy generosa y querida en el pueblo. Tenían cierto parecido físico, aunque presentía que quizás en su juventud eso habría sido más notorio.

—¿En qué piensas? —Por el rabillo del ojo vio como Sheldon se ponía junto a ella.

—No sé cómo hablar con ella.

—Dado que no comprendo la situación ni sé de qué tema debes hablar con ella, sólo puedo decirte que te sentirás más tranquila el día que lo hagas.

«¿Y si me rechaza?» Quiso preguntar, pero no tenía caso. Su amigo no sabía que Grace era su madre.

—Y, también recordarte, que Max quiere salir de aquí lo antes posible —comentó con un deje burlón y Ashley se tensó. Comprendía que ninguno de sus amigos sabía que Eleonor era una señorita de familia cuando ella estuvo en Sussex, pero incluso así Max debería hablar con Evan y responsabilizarse de sus actos.

—Hablaré con ella esta noche.

No tenía caso seguir retrasando lo inevitable. Esa conversación era decisiva para saber si se quedaría con su madre o regresaría a Londres para encontrar otra salida de escape. Podía irse con sus amigos siempre y cuando usara las palabras adecuadas para convencer a su padre.

—Pídele un tiempo y llévala a la puerta trasera que conduce a las caballerizas, ahí no estará atestado de personas y tendrán mayor privacidad. Coméntale lo que sea que debas hablar con Grace. Ella es una mujer muy amable, estoy seguro que te escuchará.

—Gracias por apoyarme en esto, sé que he sido un dolor de cabeza —soltó con frustración, haciendo un tierno mohín para su amigo, y respingó cuando Sheldon acunó sus mejillas y la miró con ternura.

—Algo muy propio de ti y tu hermana, ¿no crees? —Le sonrió y Ashley le devolvió el gesto, abrazándolo por la cintura.

—No es por nada, Ashley, pero no quisiera que alguien me viera abrazado de un hombre —soltó su amigo, empujándola con suavidad de los hombros, y rodando los ojos se alejó de él.

—Es mi forma de agradecerte.

—Lo sé, cuando traigas un lindo vestido la aceptaré con gusto —bromeó y ambos rieron por lo bajo—. Debemos prepararnos, hoy Evan quiere que nos encarguemos de la seguridad del club y vigilemos a Eleonor como de costumbre.

Otro tema que le causaba demasiada curiosidad, aunque no era muy difícil llegar a la deducción de que Eleonor llegó a Sussex hace unos meses porque huyó de casa; razón por la que Max quería salir huyendo de la casa de los McLeod antes de que la rubia dijera que él fue el hombre que robó su preciada pureza.

Cuando llegó la hora de atender a toda la gente del club en el área de entretenimiento, Ashley permaneció tras el bar encargándose de servir los tragos mientras veía de soslayo a su madre y a Eleonor atendiendo las mesas junto a más muchachas. No quería sentir envidia, pero el vínculo

que existía entre madre e hija era asombroso, era como si para Grace sólo existiera Eleonor, aunque la rubia se mostraba un poco reacia a sus muestras de afecto.

¿Por qué?; No lo sabía.

Pero toda esa escena le recordaba a su madre, Emmy. Ella también solía mirarle con esos ojos llenos de amor y el sólo recordarla hizo que los ojos le ardieran porque había perdido el único recuerdo físico que tenía de ella.

¿Cómo pudo derramar el dije de su collar?!

¿Fue una estúpida!

Las horas trascurrieron, informándole que era una cobarde, y ni siquiera la mirada alentadora de Sheldon la ayudó a dar el paso más importante para hablar con su madre. No obstante, cuando Eleonor se le acercó, la miró de tal manera que la piel se le erizó, adormeciéndole los sentidos.

—Mi madre quiere hablar contigo, está en los establos —dijo con desprecio, mirándola despectivamente, y Ashley agradeció haberse hecho pasar por hombre, dado que como mujer Eleonor habría sido más dura con ella.

Un poco confundida por la repentina noticia de Eleonor, dejó su puesto bajo la autorización de Evan y se dirigió hacia donde Grace aguardaba por ella —en ese caso, por él—. La vio a unos pasos de la puerta trasera, pensativa. Acariciaba su mentón, manteniéndose ensimismada en sus pensamientos. No se veía molesta, pero tampoco feliz ni relajada; ella estaba tensa y la preocupación, aun en la oscuridad de la noche, destellaba de sus lindos ojos color cielo.

—¿Me mandó a llamar, señora McLeod? —fingió su tono de voz, haciéndolo más ronco, y la pelirroja respingó en su lugar y la miró con fijeza.

—Efectivamente, James. —Se enderezó aún más, como si eso fuera posible, y avanzó en su dirección—. Hoy te vi con Sheldon y quiero que sepas que lo que están haciendo es considerado un delito.

La miró consternada.

—No la comprendo. —Fue sincera y su madre entrecerró los ojos, recelosa.

—Desde que te vi noté algo raro en ti, James —comentó vanamente, dándose unos toquitos en el mentón—. De ahí que no te pusiera en la alcoba de tus amigos. —Tragó con fuerza—. Así que te pediré que seas sincero conmigo. —Ashley asintió—. O tú y Sheldon tienen un romance o...

—¿Qué?! —chilló horrorizada. Se suponía que era un hombre, ¿tener un romance con Sheldon era imposible!

¿Cómo diantres sacó una conclusión de aquel calibre? Era una locura, ni siquiera estaba segura si eso era posible.

Su madre abrió los ojos sorprendida y tomándola por sorpresa tiró de su peluca castaña, dejando que unos cuantos mechones rubios se deslizaran por sus mejillas.

—O tú eres una mujer —espetó con sequedad, mirándola con enojo, y tiró la peluca hacia un lado—. ¿Por qué me mentiste? —exigió saber, indignada, y el miedo que sintió provocó que su cuerpo se sacudiera.

—Yo...

—Habla o te demandaré, ¿quieres algo de mi familia?

Bajó la mirada, apenada, y se quitó la redecilla que mantenía su cabello sujeto, dejando que sus cabellos rubios quedaran en libertad. Cuando volvió a mirar a su madre, ella seguía manteniendo una pose defensiva, como si temiera que ella fuera a hacerle algo a ella o a su familia.

—Mi nombres es Ashley Answorth —soltó con un hilo de voz, sintiéndose fatal al ver la conmoción en el rostro de su madre, y ganando una gran bocanada de aire decidió continuar—. Soy tu hija. Hace poco me enteré que no soy hija de los condes de Worcester, mi reciente esposo me lo dijo con el fin de informarme que nunca sería la madre de sus hijos.

Eleonor se cubrió la boca para amortiguar un sonoro jadeo y dio un paso hacia atrás al descubrir que la hija que su madre siempre lloró y anheló estaba cruzando esa puerta. Por culpa de Ashley Answorth ella se encontraba en la situación en la que estaba, por culpa de esa mujer ella huyó de su casa —dado que su madre nunca le prestaba la debida atención— y cometió el error de entregarse a Max y enamorarse de él.

Ella era la causante de su desgracia y con su regreso esta sólo incrementaría, puesto que su madre jamás la rechazaría, para ella Ashley siempre sería su número uno.

Mientras sus pensamientos trabajaban a mil por hora, Eleonor no se percató de las lágrimas que mojaban sus mejillas ni el profundo odio que estaba sintiendo por su hermanastra. Se giró sobre sus talones, dispuesta a salir huyendo antes de que su madre la volviera a excluir otra vez. No entendía por qué Ashley regresó, ella tenía la vida de ensueño, y ahora estaba casada y no le sorprendería que fuera con un noble, dado que para todos ella era una lady acaudalada.

Regresó al club y aprovechando la distracción de su padre, abandonó el lugar y sacó las monedas que tenía en el bolsillo. Con eso podría alquilar un coche, pero debía ir a su alcoba y sacar sus ahorros si quería adquirir un pasaje para huir del país. Como vivían en la misma posada, fue fácil hacerlo. Cuando la niñera de su hermano le preguntó por qué estaba en la alcoba, ella se limitó a decirle que su padre le mandó a buscar algo, no necesitaba que nadie sospechara lo que tenía pensado hacer.

Ella no conviviría con Ashley, no permitiría que le arrebatara nuevamente el amor de su madre en su propia cara y casa. Apenas llevaba siendo el centro de atención de Grace dos meses y ahora ella venía a estropearlo todo.

¡Era tan injusto!

Salió de su alcoba y enjugó sus ojos, decidida a no llorar más.

Las manos empezaron a sudarle al comprender lo que su mente y cuerpo pretendían hacer. A decir verdad era una locura creer que podría comprar un boleto para irse a esa hora de la noche, pero no perdería nada intentándolo, o al menos refugiándose en otro lugar hasta el amanecer.

Cuando la fría brisa de la noche acarició sus hombros, un extraño sentimiento de libertad rodeó sus extremidades. Amaba a sus padres, pero desde que llegó de Sussex, para ella nada volvió a ser lo mismo, su pensamiento ya no era el de una señorita respetable, maldición, accedió a ser la querida de Max para sobrevivir de la pobreza, sus padres no podían seguir creyendo que su mentalidad era la de una niña cuando conocían la verdad —por supuesto, no tenían idea de que fue Maximiliano el hombre que la deshonoró, y tampoco pensaba decírselos porque él le dejó claro desde el primer día que llegó a Essex que no estaba allí por ella—. Eleonor deseaba más y también lo necesitaba con urgencia.

Corrió calle abajo, dirigiéndose a la posta que estaba a unas calles, pero al doblar en la esquina chocó contra el pecho de alguien, sintiendo un terrible temor ante la idea de que pudieran hacerle algo, y cuando alzó la mirada se encontró con el hombre, posiblemente, más hermoso en la faz de la tierra.

Era rubio, con rasgos muy femeninos y delicados, y le sonreía con calidez. Eleonor quiso tener un poco más de luz para recordar ese rostro.

—Te vi saliendo de la posada de los McLeod —comentó con suavidad y Eleonor se tensó al ver como otro hombre emergía de la oscuridad. Este tenía un aura más oscura y la miraba con seriedad. Por alguna extraña razón, el pelinegro la hacía sentirse insegura y en peligro—. ¿Es posible que conozcas a Ashley Aldrich?

Aldrich seguramente sería el apellido de casada de su hermanastra. Un sentimiento de enojo se apoderó de ella y lo empujó por el pecho, recelosa.

—Muy bien, lo comprendo —dijo el hombre con paciencia y sacó un saco de monedas que hizo que la garganta se le cerrara—. ¿Sabes dónde está?

—Se hace llamar James Parker, está disfrazado de hombre y ahora mismo la encontrará en las caballerizas de la posada.

Ella necesitaba ese dinero para salir adelante y Ashley ya le había arruinado la vida en varias ocasiones por lo que no tenía por qué serle fiel. A ella le daba igual lo que le ocurriera a la bastarda de su madre. Antes de que pudiera terminar de hablar, el hombre de cabellera oscura la pasó de largo y el rubio le entregó el saco saliendo tras de él con una mirada llena de preocupación.

Eleonor no quiso ni pensar en lo que se avecinaría en la posada de su padre, así que simplemente hizo lo único que se le ocurrió; correr, salir huyendo del lugar en el que no quería quedarse ni un segundo más. Apresuró su marcha con la intención de girar en la siguiente esquina, pero la fuerte presión de un brazo alrededor de su cintura hizo que su pulso se disparara y sin poder evitarlo fue levantada a volandas del piso, temiendo lo peor.

Su padre iba a mata...

—¿Dónde diablos crees que vas, Ele? —La voz ronca, familiar y potente, hizo que su cuerpo se estremeciera y pataleara sin dudarlo dado que él cubrió su boca en el instante para evitar que gritase—. ¿Crees que permitiré que vuelvas a huir para buscarte nuevos amantes? —gruñó Max, presionando su agarre de manera posesiva, y angustiada y con el corazón en la boca vio cómo se movía en dirección a la posada—. ¿Cómo pudiste traicionar a Ashley? —farfulló con ira contenida, indicándole que esa era la razón de su enojo, y la preocupación la invadió al ver que Thomas estaba junto a su hermano y la miraba con rencor—. Esto no se quedará así. Siempre te lo dije: las hijas del conde son sagradas.

Ella nunca supo que el conde de Worcester era el hombre que adoptó a Ashley, por lo que fácilmente entró en pánico al darse cuenta del peligro que corría. ¿Dónde estaba Sheldon?

Él era el único que le haría sentar cabeza a Max, ¡él no podía hacerle nada!

Ingresaron a la posada y como era de esperarse nadie se percató de que los hermanos la subieron a las alcobas del segundo piso, seguro muchos estarían al pendiente de la llegada del esposo de su hermanastra.

Ingresaron a una de las alcobas que estaba desocupada y la piel se le erizó cuando él la tiró a la cama.

—Max, olvida esto, debemos ir con Ashley —sugirió Thomas, un tanto incómodo por la situación, y Eleonor se incorporó para quedar al otro lado de la cama.

—Mi padre te matará. —Su voz tembló más de lo que hubiera querido y una sonrisa retorcida se dibujó en el rostro del hombre que tanto amaba.

—Sal de aquí, Thomas —ordenó Max, encendiendo sus alarmas, y Eleonor rodeó la cama y corrió hacia la puerta. No llegó muy lejos, Max rodeó su cintura y la levantó en vilo—. ¡Sal de aquí! —exigió y se estremeció al oír como la puerta de la alcoba se cerraba.

—¡Déj...! ¡Ah! —chilló cuando la lanzó a la cama y antes de que pudiera incorporarse, Max

se tendió sobre ella y sin darle chance a quejarse unió sus labios con dureza, derritiéndole los sentidos y, al parecer, el cerebro.

Dado que desde ese momento dejó que él, como de costumbre, hiciera con su cuerpo lo que le viniera en gana.

Al ver que su madre no le decía nada, Ashley trató de sonreír y acercarse a ella; no obstante, la sangre se le congeló cuando Grace se apartó con brusquedad.

Sorprendida por el reciente cambio de actitud, se cohibió y empezó a jugar con sus manos, confundida. ¿Qué debía hacer ahora? Según su padre ella la amaba, por lo que no estaba preparada para un posible rechazo de su parte.

Suficiente tenía con que el hombre de su vida no la quisiera como para tener que lidiar con la falta de amor de su madre.

—Madre...

—Yo no soy tu madre —le cortó, tajante, congelándole las venas—. No sé qué diantres la trajo aquí, milady, pero me veo en la obligación de ordenarle a usted y a sus amigos que se larguen de mi posada.

Petrificada por sus duras palabras, Ashley sintió como la garganta se le cerraba al confirmar el mayor de sus temores: su madre no la quería. ¿Cómo pudo creer que sería diferente? Ella ni siquiera la conocía.

—No me digas eso, por favor... —suplicó con un hilo de voz, desesperada—. Llevo días esperando este momento y...

—Y nada. —Las tripas se le revolvieron—. Tú y yo no somos nada, olvídate de todo esto, toma tus cosas y sal de mi posada —dijo contundentemente y Ashley sintió como una lágrima bajaba por su mejilla.

—¿De verdad no te intereso?

—Ni en lo más mínimo —espetó con desprecio, rompiéndole el corazón—. ¿Se da cuenta de la amenaza que representa para mi familia? Su esposo puede condenarnos si se ente...

—Si lo que te preocupa es mi esposo no debe ser así —soltó con rapidez, retirando las lágrimas de su rostro—. El me desprecia por ser una bastarda del rey.

—Regrese a su hogar —decretó con frialdad.

—Pero...

—Sus razones no me interesan en lo absoluto. Lárguese antes de que le pida a mi gente que los echen a los cuatro de mi posada por las malas.

Sollozó ahogadamente, reprochándose por haber sido un tanto idealista con el encuentro con su madre, y se mordió el labio inferior con impotencia. Durante años había sido amada por un sinnúmero de personas y ahora, que ella amaba a dos personas, ninguna era capaz de corresponder sus sentimientos.

—No debí haber venido. —Trató de sonreír, pero terminó haciendo una mueca.

—Ciertamente.

La miró por última vez, deseando abrazarla antes de darle la espalda y salir corriendo, pero al darse cuenta que Grace estaba manteniendo la distancia y la miraba con desprecio, sólo pudo asentir y encaminarse hacia la entrada principal de la posada para buscar a sus amigos.

Al doblar en el lateral del establecimiento, su cuerpo impactó con el fornido pecho de su amigo y la angustia invadió su semblante al darse cuenta que él había escuchado todo y ahora conocía el secreto de su nacimiento. Las lágrimas bajaron involuntariamente por sus mejillas y

Sheldon no le hizo pregunta alguna, simplemente se limitó a rodearla con sus fuertes brazos para estrujarla contra su pecho y brindarle su apoyo.

Rompió en llanto, abrazándolo con fuerza, y sin ser capaz de decir palabra alguna lloró por lo que le pareció una eternidad.

—Ella no me quiere —soltó con voz rota y él presionó su agarre, consolándola.

—Pero yo sí te quiero.

—Es un secreto —dijo amargamente, apoyando la mejilla en su torso, y Sheldon acarició su nuca.

—Nadie lo sabrá, Ash.

—Pues yo sí que lo sabré —dijo una nueva voz, tensándole cada una de sus extremidades, y antes de que Ashley pudiera reaccionar para alejarse de su amigo, este fue llevado hacia atrás y sólo vio cómo Sutherland lo giraba sobre su lugar y le estrellaba un fuerte puñetazo en la mejilla enviándolo directamente contra el piso.

Capítulo 18

Caminando de un lugar a otro, Thomas se acercó a las escaleras para ver si alguien se asomaba, por suerte se mantuvieron desiertas y sólo él fue oyente de los gritos que la rubia estaba profiriendo en la habitación. Era una locura, sólo al imbécil de su hermano se le podía ocurrir follarse a la hija de Evan en su propia posada mientras todos se encontraban en el piso inferior.

Dios, se suponía que él superaría a Eleonor, pero sólo necesitó tenerla una vez entre sus brazos para arrastrarla hasta una alcoba, tumbarla en la cama y hacerla suya como si la mujer fuera de su pertenencia.

Aunque... si Evan lo descubría, posiblemente lo sería.

Esa mujer no era una simple cortesana y tanto su hermano como ellos sabían que lo correcto sería que Max se casara con ella; no obstante, su hermano, un hombre de veintitrés años, no estaba pensando con el cerebro, sino con su ego masculino que fue herido en Sussex cuando la joven lo engañó con otro.

Maldición.

Al paso que Max iba tendría que llevársela a América.

Se tapó los oídos, odiando tener que escuchar algo que no debía, y después de unos minutos agradeció ver a su hermano salir de la habitación con todo su aspecto desaliñado y, por supuesto, el arrepentimiento en sus ojos.

—Estás loco, Max —farfulló con furia—. Evan dijo que la cuidáramos, no que te la follaras.

—Ella le dijo a Sutherland sobre el paradero de Ashley sin dudarlo por unas cuantas monedas.

Algo que en su momento le había molestado, y mucho, pero incluso así... Ella no merecía lo que él le hizo, generar ilusiones en un corazón roto era algo desagradable.

—¿Te casarás con ella? —preguntó en un susurro que sólo él llegó a escuchar y Max bajó la mirada—. Podemos llevarla a América con nosotros, ella siempre soñó con dejar Londres. —O al menos eso les dijo cuando eran amigos.

—Será una molestia.

Eso no era bueno, ni siquiera Thomas que era todo un mujeriego sería capaz de dejar a una mujer en una situación como esa. ¡La arruinó para los otros hombres!

—Vamos con Ashley, seguramente Sheldon la tendrá difícil con Sutherland. —Lo pasó de largo para dirigirse al piso inferior.

Tenía que ser una broma.

Esto no era algo que pudiera tomarse a la ligera, Max amaba a Eleonor e irse a América sería alejarse de ella para siempre. Quizás nunca volverían a verse, o lo harían de vez en cuando, pero eso no les garantizaba que ella esperaría a Max toda una vida.

Cada músculo de su cuerpo entró en tensión al ver a la rubia salir de la habitación con la cabeza gacha y sus manos se empuñaron a cada lado de su cuerpo, sintiéndose repentinamente furioso.

—Todo habría sido diferente si me hubieras elegido.

Tenía que decirlo, para él el día que peleó con su hermano por Eleonor aún seguía latente, como si hubiera sido ayer. Al final, cuando se dio cuenta que no era correspondido, sólo se hizo a un lado y dejó que ellos fueran una feliz pareja.

¿Para qué?

Para que su hermano no fuera lo suficientemente valiente como para aceptar el amor que sentía por Eleonor.

—Pero no lo hice. —Sus miradas se encontraron y sintió pena por la muchacha—. Y no hay nada que se pueda hacer al respecto.

En efecto, ya no se podía hacer nada porque jamás tocaría a la mujer de su hermano.

—En el corazón no se manda, Thomas —musitó antes de dejarlo parado en medio del pasillo, haciéndole sentir un estúpido por preocuparse por una mujer que jamás podría ser para él.

Ashley no tuvo tiempo de impresionarse o entrar en pánico, su esposo estaba fuera de sí.

—¡No! —chilló alarmada e intentó arrodillarse junto a Sheldon, pero la fuerte mano de su marido rodeó su brazo y de un tirón la envió hacia atrás para que alguien la sujetara y la mantuviera al margen de todo. Sutherland se abalanzó contra Sheldon y ella gritó horrorizada—. ¡No lo hagas! ¡No hizo nada malo! —Sollozó desesperada y miró a la persona que la tenía en cautiverio. Era su cuñado—. Él no hizo nada, fui yo quien lo abrazó —dijo con rapidez, esperando que él hiciera entrar en razón a su hermano, pero lord Zachary la miró con dureza.

—Yo que usted me mantengo callada, milady, agradezca que Sutherland fue por él y no por usted.

Ladeó la cabeza desesperada y regresó la vista hacia los dos hombres que peleaban en el piso, alarmándose al ver que Sheldon también se estaba defendiendo. Zapateó desesperada, sacudiéndose en los brazos de su cuñado, y con lágrimas en los ojos les pidió que se detuvieran, pero al parecer ninguno estaba en la labor de obedecerla.

—¿Qué diablos sucede aquí?! —Apreció el gran escoses, seguido de tres grandes criados, y Ashley le pidió a gritos que los detuviera.

—¡Suéltela! —ordenó su madre, acercándose a Zachary, y su cuñado miró a la mujer con recelo.

—Dado que no estoy ejerciendo fuerza bruta contra mi cuñada, la respuesta será un «no».

Ashley quiso decirle que no se preocupara, pero su vista se clavó en los dos hombres que eran separados por los lacayos de Evan. Ambos tenían los rostros magullados y la sangre brotaba ya sea por sus labios o narices.

Otro hombre se acercó a ella para liberarla del agarre de Zachary, pero el rugido de su esposo le envió un escalofrío a su espina dorsal y pronto él se liberó del hombre que lo tenía en cautiverio, empujó al que pensaba ayudarla y la apresó con su fuerte mano del brazo, acercándola a él.

—¡Nadie la toca! —bramó fuera de sí, dirigiéndose a todos los hombres que estaban reunidos, y Ashley sollozó y bajó la mirada, apenada.

—No lastime a la mujer —pidió Evan, tratando de tranquilizar a Sutherland, y Ashley negó con rapidez.

—Yo haré lo que me venga en gana con mi mujer —escupió con desprecio y clavó la vista en ella, enseñándole lo enojado que se sentía por su huida. Ashley se encogió, pero no intentó alejarse de él, no tenía caso, eso sólo empeoraría el humor de su marido.

—¿Usted es su esposo? —inquirió Grace con un hilo de voz y Sutherland reparó en ella.

—¿Quién es usted?

—Es ella —dijo con rapidez, confirmándole las sospechas a su esposo sin necesidad de que su madre hablase.

—Soy Connor Aldrich, marqués de Sutherland. —Todos los presentes que hasta ese momento no tenían la menor idea de que se enfrentaban a un marqués, entraron en tensión—. Y esta mujer. —Tiró de ella para que diera la cara—. Es mi esposa, y por su bien espero que ningún rumor se origine aquí.

—No será así, milord —farfulló Evan, precavido.

Ashley miró a Sheldon, quien se veía un tanto tenso por el cómo se había tornado la situación, y le pidió perdón con la mirada. Nunca quiso que las cosas terminaran así, a decir verdad había creído que el marqués disfrutaría de su partida, no que la buscaría y en el peor de los casos la encontraría.

Un jadeo adolorido brotó de su garganta y regresó la vista hacia su esposo, quien la miraba con rabia contenida y le advertía que se alejara de Sheldon por el bien de ambos.

—Tú te vienes con nosotros. —Tiró de ella, obligándola a avanzar, y el pelinegro paró en seco al ver a sus otros dos amigos llegando al lugar—. Si no los mato a los tres, es porque no pienso mancharme mis manos con ustedes —espetó con rudeza, dejando claro que los detestaba, y siguió avanzando para sacarla de la posada.

—¡Espere! —Sorprendida, se giró hacia su madre y vio como corría en su dirección.

¿Era su impresión o estaba un poco pálida?

Su esposo y cuñado miraron a la pelirroja que se interpuso en su camino y detuvieron su marcha para escucharla.

—Es tarde, no encontrarán una posada cerca, por esta noche quédense aquí. —Su voz tembló y a ella le pareció extraña su actitud, dado que hace unos minutos le ordenó que dejase su preciada posada.

—Tiene razón —musitó lord Zachary y Connor rodeó su cintura de manera posesiva, robándole un jadeo.

—Quiero una alcoba para ambos y no los quiero a los tres cerca —decretó, refiriéndose a los protegidos de su padre, y Ashley tiritó al darse cuenta que nada bueno podría sucederle si la metían a una alcoba con él.

Si sus cálculos no fallaban, él creía que lo engañó con Sheldon.

Su madre titubeó, observando como la sujetaba, y asintió.

—Y también tendré una audiencia con usted, señora McLeod.

Él ya sabía que era una mujer casada.

—Como usted desee, milord —dijo con suavidad y le pidió que la acompañaran.

Ashley intentó mirar hacia atrás para ver a sus amigos pero Sutherland tiró de ella y la sujetó del mentón con rudeza.

—Míralos, y morirán en mis manos —amenazó con tosquedad, enviándole un escalofrío a la espalda, y retiró el rostro sintiéndose profundamente dolida por su actitud.

Ella ya le había confesado lo que sentía por él e incluso así se atrevía a dudar de su amor. ¿Por qué tuvo que enamorarse de un hombre tan desconfiado como el marqués?

Llegaron a la alcoba que tendrían que compartir esa noche y Sutherland la instó a entrar primero para después cerrar la puerta tras de él. Por varios segundos, el silencio fue agobiante y su cuerpo sólo se dedicó a temblar mientras él estudiaba su indumentaria; estaba vestida de hombre y Ashley supuso que sus ojos se oscurecieron por el enojo, dado que después de un breve lapso él empuñó las manos y la miró con rencor, reprochándole por estar con esas ropas.

—Debió ser muy divertido burlarse de mí, ¿no es así, milady? —farfulló con poca paciencia, avanzando hacia ella.

Tragó con fuerza.

—No me bur...

—¡Sé que era la señora Parker! —explotó, haciéndola respingar, y buscó algo en su bolsillo. El corazón le dio un vuelvo al ver el dije que su madre le obsequió en su infancia en la palma de su mano—. Dejé esto en la alcoba en la que me drogó y se... —Contuvo el aliento, y cerró la mano cuando ella intentó sujetar su dije.

—Es mío —susurró angustiada, olvidándose por completo de su situación. ¡Quería su dije!

—Se equivoca; usted lo perdió —escupió con rencor y lo guardó en su levita—. Esto me pertenece.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y sin pensar coherentemente en sus próximas acciones, se lanzó hacia él para recuperar su dije; no obstante, el tamaño y la fuerza del marqués por supuesto la superaron y la lanzó a la cama como si se tratase de una pluma.

—No colme mi paciencia, estoy siendo muy tolerante con usted.

—Devuélvame mi dije —imploró con voz rota, deseando que ese horrible día se acabara, y él la miró con petulancia, torciendo los labios con malicia.

—Provóqueme y yo mismo me desharé de él.

Sollozó ahogadamente y bajó la mirada, consciente de que él podría ser muy capaz de cumplir su amenaza si se lo proponía. Su esposo la odiaba y verla sufrir sería algo gratificante para él.

—Yo sólo quería que usted recuperara su libertad —confesó angustiada, temerosa de que él pudiera causarle algún daño físico—. Soy una bastarda, no puedo ser la madre de sus hijos...

—Tiene toda la razón, milady —respondió en tono mordaz y Ashley levantó la mirada, sorprendida—. Usted es la persona más desagradable que tuve la desdicha de conocer. No sólo carece de linaje, sino que su educación es deplorable y sus principios de igual manera. Le di un orden, le dije que me esperara al igual que me disculpé con usted por lo ocurrido; pero para usted fue más sencillo verme la cara de imbécil y desafiar mis órdenes para humillarme nuevamente en sociedad.

—Esa no fue mi intención —soltó desesperada, pero su frío comportamiento le aseguró que él no le creía.

—En Londres soy una paria social porque me aproveché de la beldad de la temporada, cuando ambos sabemos que fue usted la culpable de que nos hallaran en una situación comprometedor. Si hubiera sido una dama respetable y sensata, nunca me habría encerrado en la biblioteca; pero no, su carente sentido común la impulsó a comportarse como una chiquilla sin cerebro.

No estaba segura de qué fue, pero algo en su interior se rompió en mil pedazos. ¿Tan insignificante la creía? Todo indicaba que para su esposo era una mujer sin cerebro. Ella actuó como lo hizo porque quería un matrimonio a base de amor y porque él deseaba a otra mujer, ¿cómo podía atarse de por vida al hombre que amaba y jamás podría corresponderle? Eso sería hacerse un gran daño a sí misma.

—¿Qué hará conmigo ahora? —preguntó con un hilo de voz, reteniendo las lágrimas que tanto amenazaban con salir—. Mi madre no me quiere, me pidió que me marcha...

—Es una lástima que yo no pueda hacer lo mismo.

Una lágrima rebelde bajó por su mejilla y se rehusó a mirarlo a la cara.

—Pero es mi esposa y no toleraré ni una falta más. La llevaré al campo y ahí se quedará hasta que siente cabeza y comprenda lo terrible que fueron sus actos.

Ashley no odiaba el campo, pero lamentaba la idea de volver a estar encerrada allí; siempre había soñado con viajar y conocer el mundo como Francis lo hizo en su momento, por lo que la

pena que sintió en aquel momento fue incomparable.

Lanzó un jadeo cuando su esposo la sujetó del mentón y la obligó a levantar la mirada.

—¿Bass y tú son amantes?

No supo que le causó más conmoción, si su dura expresión o la tonta acusación.

—¡Por supuesto que no! —Intentó retirar el rostro pero la fuerza que él ejerció sobre su mentón se lo impidió.

La sangre se le congeló cuando él se inclinó sobre su cuerpo y se encogió en su lugar intentando alejarse de su peligrosa cercanía. Sus codos quedaron apoyados sobre el colchón y ahogó un gemido cuando él posó la rodilla entre sus piernas, presionando la unión de sus muslos.

—Puedo tolerar tu huida hasta cierto punto, ángel —dijo y a pesar del apelativo, Ashley sintió la amenaza en su tono de voz—, pero una traición es algo que me convertiría en el esposo menos deseado de Gran Bretaña, como en el más peligroso.

—No pasó nada, él sólo me estaba consolando —soltó con impotencia, mirándolo a los ojos—. Sheldon es como mi hermano.

—Te sugiero que no lo llames por su nombre nunca más —aseveró, presionando su rodilla contra su ingle, y juntó los párpados al sentir como su vientre bajo se le contraía. Por alguna extraña razón, él inició movimientos circulares contra la tela que cubría la piel frágil y se arqueó sin poder controlar las sensaciones que aquel roce le estaba generando.

—Para —imploró, apoyando sus manos en su pecho, y sus ojos brillaron con enojo.

—Aprovecha esto, ángel, porque será la última vez que tu cuerpo sentirá el más mínimo placer —escupió, tensándole cada una de sus extremidades, y como si nada hubiera pasado, él se incorporó de la cama y la observó con desprecio—. Ni se te ocurra abandonar esta alcoba, está escoltada tanto en el pasillo como en el exterior. Iré a hablar con Grace Hill.

Ashley se sentó, sintiéndose repentinamente desprotegida, y asintió cabizbaja para después escuchar como la puerta se cerraba, informándole que estaba totalmente sola en aquel lugar.

Tal vez su exilio en el campo era lo mejor para todos.

Quedarse en Brighton la alejaría de él y las humillaciones que seguramente tendría para ella, además le ayudaría a olvidar el amor que sentía hacia un hombre que no le correspondía. El tiempo curaría sus heridas y presentía que necesitaba toda una eternidad para curar las que su madre y esposo acababan de dejar en ella.

Las sienes volvieron a palparle e ignorando el rugido de su estómago que demandaba por un poco de comida, se quitó las botas y deshizo la cama. Prefería quedarse dormida antes que volver a enfrentar al poderoso marqués de Sutherland.

Connor miró con recelo al esposo de Grace, dado que no pensaba tener un público mientras conversaba con ella, pero todo indicaba que su violenta actitud de hace unos minutos impedía que el hombre dejara sola a su mujer junto a él.

No podía culparla.

Aún no se había visto a un espejo, pero podría jurar que su rostro estaba magullado y quizás manchado de sangre. Sus mismos nudillos estaban heridos, le pareció un poco extraño que el pelirrojo supiera luchar tan bien, claramente esos golpes eran resultados de duros entrenamientos. Recordó que su suegro era un antiguo espía y le llegó la respuesta: supo entrenar a sus protegidos muy bien.

—Mi esposo está al tanto de todo, así que puede proseguir con lo que quiere decirme, milord —pidió la pelirroja y él la estudió con ojo crítico. Había esperado encontrarse con una aclamada

cortesana, no con una esposa responsable que manejaba una posada junto a su familia.

—Sabe porque estoy aquí, ¿no es así?

La mujer hizo una mueca, pero terminó asintiendo.

—He de suponer que su majestad me envía un ultimátum. Quiere que sepa que mi hija ahora es una marquesa acaudalada y por ende debo mantener una gran distancia de ella para no arruinarle la grandiosa vida que tiene.

Lamentaba tener que ser portador de tan triste noticia, pero asintió.

Debían ser sinceros, Ashley no podía tratar con su madre, eso sólo la hundiría en el escándalo porque cualquiera que conociera que Grace fue la amante del rey podría sacar la conclusión de que su esposa era su hija, dado que existía un parecido entre ambas mujeres.

—En efecto.

Para su sorpresa, ella le sonrió con tristeza.

—Debo confesar que antes de su llegada yo ya la había rechazado, milord.

—Algo así me comentó mi esposa.

—Pero ahora no estoy segura si quiero que se la lleve —soltó con un hilo de voz, tratando de mirarlo con dureza—. Ella dijo que usted la rechaza por ser hija ilegítima, puedo comprenderlo a la perfección, es un potente escándalo a punto de explotar, pero nunca me dijo que era... —Se quedó sin voz, tensándolo, y fue McLeod quien continuó por su mujer.

—Violento.

¿Por qué siempre la gente se generaba conceptos erróneos sobre su persona?

«Porque tú les das razones de sobra». Le dijo una vocecilla y pronto cayó en cuenta que la única persona que nunca lo juzgó, fue su esposa.

—¿Cómo reaccionaría usted si encuentra a su esposa, que huyó con tres hombres y desapareció por más de dos semanas, abrazada a uno de ellos?

Los señores McLeod intercambiaron miradas y no se atrevieron a brindarle una respuesta.

—¿Puedo confiar en que no le hará nada malo a mi hija? —inquirió temerosa, demostrándole que a pesar de todo ella adoraba a Ashley, y asintió.

—En lo absoluto.

Nunca le haría un daño físico a su mujer, eso iba en contra de sus principios, pero tampoco podía decir que se sintiera con la capacidad de olvidar y perdonarle a su ángel lo ocurrido. Lo mejor era darse un tiempo y pensar las cosas con claridad, su matrimonio estaba resultando ser un profundo dolor de cabeza y por más que ahora quisiera anularlo, eso era imposible.

En el fondo sabía que ella no lo engañó con Sheldon, no volvería a cometer el mismo error dos veces, pero aún odiaba la imagen de ellos abrazados tan íntimamente. Connor estuvo desesperado por encontrarla por días y ella no se detuvo a pensar en lo mucho que a él le afectaría su repentina desaparición. Su esposa era la persona más egoísta de la faz de la tierra y, al parecer, ella no era consciente de ello.

—Haré que lleven sus baúles a su alcoba —espetó McLeod, dispuesto a dar por terminada la conversación, y Connor asintió.

—Partiremos mañana a primera hora.

—Es lo mejor —susurró Grace, dispuesta a ignorar por completo la existencia de su primera hija.

Ese pensamiento, hizo que él recordara el otro tema que quería tratar con ella.

—Quiero que sepa que cuenta con mi apoyo financiero para lo que necesite. Sé que tiene una hija que pronto cumplirá la mayoría de edad, puedo mover a mi gente para que sea presentada en

soc...

—No hace falta, milord —le cortó con calidez—. Agradezco que quiera ayudarnos, pero nosotros nos encontramos muy bien. Si mi hija debe casarse, será con alguien de su posición. No invadiré el espacio de Ashley, quiero que ella nos olvide, no dejé a mi hija hace diecinueve años en Sussex para interponerme ahora en su felicidad.

—Es usted una excelente madre, señora McLeod —reconoció con satisfacción, aunque le hubiera gustado ayudarles económicamente.

—En realidad soy la peor. —Frunció el ceño—. Descuidé mucho a Eleonor por pensar en Ashley cuando ella tenía toda una vida resuelta, fui injusta con mi hija, nunca le presté la debida atención.

Repentinamente sintió empatía por la dama en cuestión, él sabía lo horrible que podía sentirse ser ignorado por uno de tus progenitores.

—Sólo quiero que sepa que si alguna vez necesitan mi ayuda, pueden acudir a mí. Le aseguro que Ashley nunca sabrá que mantenemos contacto.

—Estoy segura que eso no será necesario.

—Creo que después de todo podemos confiar en que será bueno con su esposa, milord —espetó McLeod, un tanto preocupado por la hija de su esposa, y él le dio su palabra de que jamás le levantaría una mano a su mujer.

Después de acordar todo y recibir la noticia de que le enviarían sus baúles y agua caliente junto a ungüentos para que pudiera curarse las heridas, Connor se dirigió a su alcoba donde se encontró con su esposa plácidamente dormida en la cama.

Su próxima parada sería Brighton, la dejaría allí y él regresaría a Londres. No la abandonaría, la visitaría los fines de semana para no tener el mismo problema que tuvieron sus padres. Lo cierto era que lo que ahora menos quería era intimar con esa mujer que le nublaban los sentidos, necesitaba recuperar su anterior vida y mermar el deseo incontrolable que sentía hacia ella.

Definitivamente él no se entregaría plenamente al matrimonio; dado que le estaba resultando muy tormentoso.

Observó el dije que ella se había mostrado muy decidida a recuperar y lo empuñó en su mano. No se lo devolvería, ese sería su peor castigo por pretender dejarlo y humillarlo vilmente ante todo el mundo.

Si había algo que nadie podía negar, era que el marqués de Sutherland era un hombre demasiado orgulloso para su propio bien. De ahí el hecho que le doliera tanto que ella no lo hubiera esperado como se lo pidió antes de partir en busca de Grace McLeod.

Un suave toque captó su atención y abrió la puerta sin titubear, encontrándose con la mujer a la que su hermano le había pagado para que le brindase el paradero de su mujer. Achicó los ojos y la rubia lo observó con fijeza.

—Mi nombre es Eleonor McLeod.

La hermanastra de su ángel.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita McLeod? —Ella odiaba a su esposa, no había que ser un genio para saberlo, pero ese descubrimiento hacia que la sangre le hirviera.

—Quiero hacer un trato con usted, milord.

—¿Qué tipo de trato?

Ella titubeó, pero luego se envalentonó.

—Si no quiere que todo el mundo se entere que su esposa es una bastarda debe ayudarme a llegar a América a un lugar seguro y respetable y prosperar entre ellos.

Se cruzó de brazos, emitiendo una risilla divertida, y la mujer lo miró cohibida.

—Ese no es un trato, señorita McLeod; yo le llamo extorsión.

—Por favor... —suplicó con la visión empañada y los músculos se le tensaron. Las mujeres siempre serían un punto débil para él—. Mi madre no aceptó su ayuda, pero yo la necesito.

—¿Por qué?

Meditó su respuesta y bajó la mirada con tristeza.

—Aquí no soy nadie, milord, y sólo es cuestión de tiempo para que caiga en desgracia. Siempre soñé con irme y ahora la idea de abandonar Londres es más una salvación que un sueño por cumplir.

Hizo un gesto con la mano para que prosiguiera y ella se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—Estoy embarazada.

La garganta se le cerró y por encima del hombro observó a su esposa, quien estaba profundamente dormida.

—¿Y el padre?

—No lo quiere y mi madre quiere que lo tenga, ¿sabe lo que eso representará para mí? —Una lágrima se deslizó por la mejilla femenina y él asintió, analizando rápidamente la situación.

—Hablaré con su madre mañana a primera hora. Creo que Boston será un buen destino para usted, tengo una conocida que necesita una dama de compañía. Es una mujer de negocios y si le explica sus deseos de progresar, ella será su mentora.

Los ojos de la mujer brillaron con esperanza y con un suave asentimiento se retiró.

No le sorprendió que no hubiera emoción en sus ojos, el paso que daría sería uno muy difícil y pronto se enfrentaría a una vida llena de obstáculos. Sin embargo, él ayudaría a Eleonor McLeod por una simple razón: y era que cuando era un niño, le hubiera encantado que su madre y él recibieran ese tipo de ayuda para huir de la tiranía del duque de Kent.

Capítulo 19

Tres semanas sin tener noticias de su marido era la prueba necesaria para saber que jamás sería parte fundamental de su vida, y cinco semanas el tiempo suficiente para comprender que su retraso no era algo que pudiera tomarse a la ligera.

Sin embargo, Ashley no quería que nadie se enterara de su posible embarazo, según su esposo ella tuvo una aventura con Sheldon y no quería ni imaginarse lo terrible que podría ser si llegaba a creer que era un bastardo. Él le había dejado claro que no tendrían hijos y su imprudente acción de drogarlo y acostarse con él le trajo un terrible problema.

Recostada en un manto al aire libre y con las manos en el vientre, Ashley dibujó una tenue sonrisa en el rostro al darse cuenta que al menos no estaba sola. Sí tenía miedo de todo lo que eso podría acontecer en su vida, pero el consuelo de tener a alguien con ella durante ese horrible periodo lleno de soledad y monotonía era gratificante.

—¿En qué piensas?

Abrió los ojos sorprendida, agradeciendo que el sol no fuera tan intenso como para cegarla, y rápidamente se sentó para percatarse de que no era un sueño y su hermana realmente estaba frente a ella.

Sonrió con verdadera alegría al ver a Rachel frente a ella y se puso de pie para abrazarla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con emoción contenida, sujetándola de las manos.

—Desde el día de tu boda que no sé nada de ti, eso me estaba desesperando —soltó con tranquilidad, acariciando su mejilla—. Liam me dijo que el doctor le dijo a tu esposo que debías permanecer en el campo así que vine a hacerte compañía.

Enarcó una ceja, divertida.

—¿Y tu esposo te lo permitió?

Rachel sonrió con picardía.

—Supongo que leerá mi nota en la noche cuando llegue del club.

Carcajeó roncamente, ya quisiera ella tener esa relación con su esposo, quien seguramente estaría disfrutando de sus amantes en Londres.

—Él va a odiarme.

—En realidad me hicieron la misma recomendación que a ti, pero no quería perjudicar a Liam con el club así que me pareció prudente retirarme contigo. Papá está feliz, él me envió con sus escoltas.

Era gratificante seguir con su vida como de costumbre, lo mejor que pudo hacer fue olvidarse de Grace Hill y todo lo referente a su nacimiento.

El embarazo de su hermana era un poco diferente al suyo, puesto que Ashley recordaba que Rachel no solía sentirse muy bien la mayor parte del tiempo; en cambio ella, tenía mucha energía para salir a caminar, tomar el sol y quedarse fuera de su aburrida casa llena de criados la mayor parte del día.

Su padre la había visitado hace unos días y ella prefirió decirle que todo estaba en orden en vez de explicarle que posiblemente estaba embarazada.

—Me da mucho gusto que estés aquí. —Se sinceró, sintiendo como los ojos se le llenaban de lágrimas, y Rachel la abrazó.

—Lamento que tu esposo sea él —soltó de pronto, tensándole cada una de sus extremidades, y la observó con tristeza—. Liam dice que es incorregible, cree que tu estadía en el campo es lo mejor para ti.

Una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla y se esforzó por sonreír y hacer de cuenta que todo estaba bien. No tenía caso llorar por Sutherland, ella debía olvidarlo y dejar que él hiciera su vida en Londres, puesto que cada uno de sus presentimientos y noticias que recibía de él la ayudaban a saber que él no era el hombre del que ella se había enamorado.

Se encargó que prepararan una alcoba para su hermana y pidió que los postres de aquel día fueran especiales, ellas siempre solían disfrutar mucho de ellos, así que no estaría de más recordar los viejos tiempos.

Usaron el resto de la tarde para hablar y lamentó que su presentación se hubiera visto un poco afectada por el escándalo que ocasionó en su fiesta de disfraces; no obstante, todo indicaba que Beaufort supo manejar la situación con exactitud y su hermana seguía siendo muy demandada en los salones de baile.

Le parecía curioso cómo le brillaban los ojos cada vez que mencionaba a su marido, a ella su matrimonio le había llegado a parecer tormentoso, pero para su hermana era simplemente maravilloso.

—¿Y cómo te sientes con tu embarazo?

—Estas últimas semanas fueron buenas —admitió, acariciando su vientre plano—, aunque Liam no deja de sobreprotegerme, teme por mi salud y la del bebé.

Se preguntó si Sutherland sentiría algo parecido por ella y su hijo.

Posiblemente no.

—Ashley... —susurró de pronto, captando su atención—. Espero no te moleste, pero invité a alguien a quedarse aquí por unos días.

Parpadeó varias veces, confundida, y ladeó la cabeza, consternada.

—¿A quién?

—A Francis.

El silencio se instaló en la salita verde y Rachel continuó:

—Con la partida de Sheldon, Thomas y Max volví a verlo y me preguntó por ti, le expliqué que estabas en el campo y se sintió algo preocupado porque tu esposo está radicando en la ciudad.

—La mención de sus amigos y lo triste que fue no poder despedirse de ellos le rompió el corazón. Ashley tuvo que conformarse con enviarles una carta y recibir una respuesta para decirles adiós, algo que la hizo llorar por días.

Ese pensamiento hizo que recordara el resentimiento que guardaba hacia su esposo, algo muy poco común en ella.

—No le informé nada al respecto a lord Sutherland —comentó un tanto agobiada, en esas tres semanas le había enviado casi cinco cartas y lo más probable era que él no las hubiera leído, puesto que no le respondió ninguna.

Un suave toque en la puerta captó la atención de ambas rubias y Rachel a poco estuvo de escupir su té al ver al mayordomo con un hurón en brazos. Ashley se puso de pie y se acercó hacia Freddy, sonriente.

—Acaba de ser bañado y alimentado, milady.

—Muchas gracias. —Sonrió y por más que quiso no pudo sujetar a su hurón—. Él es Landcito, Rachel, lo encontré la primera semana que llegué aquí y tenía la patita herida. Ahora se encuentra en perfecto estado, era sólo un bebé cuando lo hallé cerca de un muelle. —Su hermana la miró con

incredulidad.

—Sabes que soy alérgica a esas cosas.

—Huronos —le corrigió sonriente, por eso no tomaba en brazos a Landcito.

Rachel carraspeó y manteniéndose en su lugar miró al animal, alarmada.

—¿Tú esposo sabe que tienes a ese hurón en su casa?

Hizo una mueca.

La razón por la que empezó a escribirle era justamente Landcito.

—Sí.

No era un secreto, que él no hubiera leído sus cartas era algo que estaba fuera de su control.

—¿Y qué su nombre es ridículamente Landcito, un diminutivo de su título?

—Sí.

También se lo comentó en las cartas, y es que en ese momento ella lo estaba extrañando mucho y el nombre simplemente surgió y a su hurón le gustó mucho.

—Porque siento que tu «sí» es un poco incierto, casi muy parecido a un rotundo «no».

Se rascó la nuca, alarmada.

—En realidad no estoy segura, le envié las cartas hace unas semanas pero no recibí respuesta.

—Londres está a unas cinco horas de aquí, ¿no puedes ir a hablarlo con él en persona?

No.

Te quedarás aquí y serás vigilada por mi gente. Te queda prohibido abandonar Brighton y sólo Freddy aprobará las cartas que enviarás a la ciudad, ¿queda claro?

—No lo creo tan necesario. —Mintió—. Que lo saquen a pasear, Freddy, la duquesa no puede estar cerca de Landcito por ahora.

—Como usted ordene, milady —dijo el mayordomo, quien también se encariñó con su patrona y el animal aun que evitara exteriorizarlo mucho, y abandonó la salita.

—¿Cuándo crees que llegue Francis? —inquirió, pensando en escribirle una nueva carta a Sutherland.

—En dos días, supongo. Dijo que tenía un asunto que resolver pero que le encantaría verte otra vez. —La intensa mirada de su hermana no la ayudó a sentirse tranquila, algo tramaba y eso era un poco inquietante para ella, quien se había propuesto tener una vida tranquila para no volver a alterar el mal humor de su marido.

—Acompáñame al estudio, le escribiré a Sutherland.

—De acuerdo.

En el camino le sugirió que volviera a mencionar a Landcito en su carta; no obstante, ella no quiso hacerlo. Ya se había encariñado mucho con el hurón como para permitir que él se lo quitase, además, si sus sospechas eran ciertas, su marido no se enteraría sobre la existencia del animal en meses.

Al menos no hasta que Freddy le informara sobre los cambios en su cuerpo que delataban su embarazo.

Tal como lo había esperado y previsto, su cuñado llegó al día siguiente a medio día y sólo le faltó echar humo por la boca para dejar claro que estaba furioso con su mujer; no obstante, Ashley observó curiosa como ella manipuló al pelinegro y lo tuvo comiendo de su mano a los minutos.

Sintió una agujijoneada de envidia al ver que su hermana sí pudo enamorar a su esposo.

Beaufort aceptó que su esposa se quedara con ella, pero a los dos días le disgustó llegar y encontrarse con Francis en casa. Sin embargo, una breve conversación de caballeros lo dejó más

tranquilo y siguió permitiendo la estada de su mujer en Brighton, quedándose él dos días y yéndose otros dos para poder tratar los asuntos del club.

Tener a Rachel y Francis con ella hizo que se olvidara completamente de su esposo. Ahora no sólo estaba acompañada en cada salida diaria que solía hacer para huir de su casa, sino que en las noches podía jugar a las cartas y reír abiertamente junto a sus amigos como solía hacerlo en su infancia.

Francis se fue a las dos semanas, pero para su sorpresa regresó al mes y medio.

Su situación seguía siendo la misma y agradecía a los santos que su marido no leyera sus cartas, puesto que para liberarse de culpas, ella le había escrito hace un mes que estaba embarazada —obviamente con el fin de enterrar esa carta, envió otras con información insignificante—, como era de esperarse, no recibió ninguna respuesta ni noticia de él. Ahora que tenía un poco más de, suponía ella, dos meses, le parecía un poco alarmante como su vientre había crecido levemente, dado que su hermana teniendo más de cuatro meses de embarazo lo tenía de un tamaño menor al suyo.

Rachel aún no conocía su estado y ella no se lo quería decir, era una suerte que sus vestidos siguieran siendo de dama virginal porque no eran tan ajustados a su cuerpo y le permitían esconder su volumen. Se sentía un poco culpable por esconderle algo así, pero si Rachel se lo decía a su esposo, Beaufort se lo informaría a Sutherland sin dudarlo.

—Estaba pensando que deberíamos ir a Londres el día de mañana —comentó su hermana, llevándose un pedazo de cordero a la boca, y Ashley la miró con recelo.

—Estoy bien aquí.

—Necesito encargar nuevos vestidos, estos empiezan a apretarme.

—Oh... ya veo. Tu esposo vendrá en dos días, ¿por qué no regresas con él? —sugirió.

—Porque tú también necesitas un nuevo guardarropa —soltó sin pena alguna, enviándole un escalofrío a la espina dorsal—. Tus vestidos no corresponden a los de una dama casada.

—Son nuevos, Rachel, me los entregaron poco antes de mi boda.

Y no mentía, fue un regalo de su madrastra antes de caer en el escándalo.

—Igual no justifica que los sigas usando. Quiero que vengas conmigo, supongo que no habrá problema que le llegue la factura de tus gastos a Sutherland, es tan rico como Liam.

Oh sí... claro que habría un terrible problema si, primero, salía de Brighton y luego empezaba a despilfarrar un dinero que por supuesto no era suyo. Además no quería que Madame Gale se percatara del volumen de su vientre.

Sus ojos se encontraron con la mirada inquisidora de Francis y los nerviosismos la traicionaron. No quería ser pesimista, pero últimamente su amigo parecía estar estudiándola más de lo normal.

—Estoy bien así. —Clavó la vista en su plato.

Rachel no insistió más y cuando fueron a tomar el té, fue la primera en retirarse dejándola a solas con Francis.

Su amigo, sentado cómodamente en el sillón junto a la chimenea, cruzó las piernas con parsimonia y la miró con curiosidad.

—¿Podría ser, querida, que tu marido no te esté dando tu asignación mensual?

—En efecto.

No tenía caso mentirle, Francis la conocía bien y no abordaría un tema sin estar seguro de su teoría.

—¿Por qué?

—Es un tema del cuál no pienso hablar.

—¿Cómo adquieres tus utensilios?

—Freddy compra todo lo que cree necesario para mí, es él quien recibe el dinero.

—¿Y tus antojos?

Abrió los ojos sorprendida, ahora que lo pensaba, hace mucho que no se compraba unos chocolates o los dulces que tanto solían gustarle. Antes su padre se los costeaba, pero ahora ella no tenía dinero. Lo que se llevó a Essex con ella se acabó hace mucho.

—Freddy me los compra.

—Mientes.

Lo miró con enojo.

—No quiero que te metas en esto, Francis.

—Me preocupo por ti.

—Pero estoy bien.

—No lo estarás cuando Rachel deba regresar con su marido. Además, la ausencia de tu esposo sólo te generará problemas sociales y lo sabes.

—No me interesa.

Su amigo enarcó su ceja, burlón, y ella suspiró con cansancio.

—Él nunca me prometió nada, Francis, y según los empleados de esta casa, a los cuales los escuché cuchichear, está haciendo lo mismo que hizo su padre.

—¿De verdad? —inquirió con dureza—. ¿Y por qué no haces lo mismo que hizo su madre?

Frunció el ceño, confundida, y entonces la curiosidad despertó en ella.

—¿Qué? —Estiró el cuello para escucharlo y Francis se inclinó hacia adelante.

—Descúbrela por ti misma —musitó con voz aterciopelada, acariciando su mejilla, y se puso de pie—. Debo irme mañana a primera hora, volveré cuando Rachel esté en casa.

Ella también se incorporó y asintió.

—De acuerdo.

—Dejaré esto para ti. —Sujetó su mano y dejó un saco lleno de monedas en la misma.

—No, no puedo...

—Descansa, querida. —Dejó un casto beso en su frente y abrumada lo vio partir, aferrando sus manos al saco de monedas.

No debería aceptarlo, pero él ya no lo querría de regreso y si se ponía a pensar, ella también necesitaba un poco de dinero.

¿Y por qué no haces lo mismo que hizo su madre?

No pudo evitar sentir curiosidad, ¿qué fue lo que hicieron los padres de su esposo?

A los dos días, cuando quedó nuevamente sola en su casa de campo, Ashley pidió que le prepararan el carruaje y se fue al pueblo para comprarse unas cuantas golosinas. Hace mucho que no comía unas; sin embargo, cuando llegó a su casa con sus compras se sintió un tanto incómoda por la inquisidora mirada del mayordomo.

No dio explicación alguna y se dirigió a su alcoba, donde para no ganarse problemas redactó una carta contándole a su esposo que el vizconde de Aberdeen le había regalado unas cuantas libras para sus gastos.

Sabía que era algo peligroso enviar esa carta, pero también comprendía que más peligroso sería esconderle la verdad a su esposo. Si bien Connor no la leería, al menos en ella estaba los datos de lo que en verdad estaba ocurriendo.

A los cinco días Rachel estuvo de regreso y Ashley se sintió en extremo apenada al ver que se

tomó la molestia de encargarse tres vestidos para ella; todos eran para el día y le gustaban mucho, su hermana pensó muy bien el hecho de que ella no acudía a eventos sociales y no tenía caso mandar a hacer un vestido de noche.

—No debiste molestarte —comentó, algo emocionada por las lindas prendas, y Rachel se dio unos toquitos en el mentón, escudriñándola con curiosidad.

—Sabes que tu esposo tiene una amante, ¿verdad? —soltó de sopetón y ella asintió.

—Lo sospecho.

—¿Por qué no buscas uno para ti?

La miró horrorizada, como si acabara de decir algo de muy mal gusto.

—En mis votos prometí fidelidad, Rachel, no puedo...

—Muchas mujeres que no encuentran el amor con su marido lo buscan en sus amantes. Por supuesto, tendrás que ser discreta.

—No quiero un amante —dijo ceñuda.

—Un amante te compraría todo lo que tu esposo no te da.

La piel se le erizó y recordó el dinero que Francis le obsequió hace casi una semana.

—No necesito nada.

—Todos necesitamos amor.

—¿Me sugieres tener un amante para vengarme de mi esposo por su abandono?

Su hermana era una mujer vengativa cuando se lo proponía, por lo que se limitó a asentir.

—Voy a pensarlo.

Sin embargo, Ashley no tenía pensado considerar su oferta. Si bien le dolía en el alma saber que su esposo la engañaba con otra mujer, eso no quería decir que ella sería igual que él sólo por venganza.

Capítulo 20

Connor debió haber supuesto que jamás se liberaría completamente de su trabajo como espía, puesto que ni bien llegó a Londres después de dejar a su esposa en Brighton, el rey le pidió que acudiera a una misión porque él era el único capacitado para recuperar unos cuadros que estaban valorados en sumas millonarias y estaban bajo el poder de unos franceses.

Al final fue su padre quien se encargó de despachar a Eleonor McLeod, quien sería la dama de compañía de una prima de su madre en Boston.

Pronto pisaría tierra inglesa y no quería ni imaginarse lo que se estaría diciendo de él y su mujer, lo más probable era que todos dedujeran que se fue de juerga con sus amantes a Francia con el fin de tener mayor libertad y no tener que lidiar con su esposa.

Llegó a Kent House y como era de esperarse, la mirada reprobatoria de Hailee no le ayudó a sentirse mejor, ni tampoco la de sus hermanos; hasta los gemelos estaban enojados con él, algo muy poco común en ellos. El único que comprendía su situación era su padre, quien con un movimiento de cabeza le pidió que lo acompañara a su despacho.

—En dos días la marquesa de Winchester celebrará una fiesta de campo en Hampshire y hemos decidido asistir. Su hija menor será presentada en sociedad el próximo año y quiere que la noticia empiece a sonar. —Se sentó tras su elegante escritorio y Connor se preguntó si lo mejor sería irse a Brighton o meditar sobre lo que le diría a su mujer después de tantos meses de abandono—. Irás con tu mujer.

Asintió.

Lo mejor sería ir a recogerla para ese acontecimiento, presentarse antes sólo le traería problemas. Alejarse de Ashley no había sido sencillo, menos cuando la mayor parte del tiempo invadía sus pensamientos, pero en el fondo era lo correcto, de verdad no deseaba involucrarse sentimentalmente con su esposa.

—Tienes toda esta correspondencia por parte de tu marquesa. —Abrió los ojos sorprendido al ver todas las cartas que su ángel le hubo mandado en todos esos meses—. Ella no sabe que estuviste de viaje, así que espero que sepas como dirigirte a ella en tu próximo encuentro.

—Puede pensar lo que desee —espetó con indiferencia, decidiendo que no leería sus cartas. Después de todo, ellos se verían pronto.

—La duquesa de Beaufort estuvo quedándose con ella todo este tiempo. —Al menos no estuvo sola—. Y el vizconde de Aberdeen suele visitarlas cada dos semanas y quedarse con ellas por unos días.

Sus manos se empuñaron sobre su regazo y contuvo el aliento. No pensaba perder los estribos a causa de los celos, el primer paso para ignorar lo que sea que sintiese por su mujer era la indiferencia.

—¿Ella dejó Brighton?

—No, Freddy siempre la tiene vigilada y ella siguió tu orden.

Al menos no se atrevió a desafiarlo esta vez.

—¿Eso es todo? —Miró a su padre y sujetó las cartas para ponerse de pie.

—¿Las leerás?

—En realidad pensaba tirarlas al fuego de la chimenea de mi alcoba. —Mintió, pero no le

gustaba que su padre se metiera en sus asuntos conyugales—. Cualquier cosa que ella deba decirme me la dirá en persona.

—Hay otra cosa que quiero mencionarte —espetó con enojo y evitando blanquear los ojos, regresó a su lugar—. Lucien Pierce, el vizconde de Portman —la sola mención de ese malnacido lo puso alerta— pidió la mano de tu hermana.

—He de suponer que lo rechazaste, ¿verdad? —Achicó los ojos, mirando a su padre con recelo, y el duque asintió no muy seguro—. ¿Qué más sucede? —Exigió saber.

—No comprendo su repentino interés. Tú mejor que nadie sabe que ese hombre tiene razones de sobra para odiar a Seraphina, y por lo que averigüé no tiene problemas económicos como para perseguir su dote.

—¿Ella lo sabe?

—Ni se lo imagina, pero el rechazo hacia el vizconde sigue siendo el mismo.

—¿Zachary lo sabe? —preguntó cautamente y su padre ladeó la cabeza con lentitud.

—No lo tomaría bien.

Por supuesto que no lo tomaría bien, dado que su pequeño hermano cometió el terrible error de enamorarse de Seraphina después de enterarse de que ninguno de los dos eran hermanos de sangre.

Él nunca se los dijo, pero su padre y él eran demasiado observadores como para percatarse de la situación. La rubia no tenía la menor idea de que era hija ilegítima y nadie de la familia quería que lo supiera; no obstante, la familia del vizconde de Portman sí que lo sabía, puesto que ella era prima del hombre que pretendía hacerla su esposa.

Sus padres no tuvieron un buen matrimonio en un principio, de ahí el abandono de su padre y el que diez años después hubiera regresado con un hijo ilegítimo, en este caso: Zachary. Sin embargo, lo que Malcolm nunca esperó fue llegar y descubrir que su esposa estaba enamorada y embarazada de un hombre que había muerto en un accidente a caballo poco antes de su regreso, el acaudalado vizconde de Portman. Después de su muerte fue el padre del actual noble quien heredó el título.

Cuando su padre pretendió regalar a Seraphina, la familia Pierce había estado dispuesta a aceptarla dentro de la familia, pero al final el duque recapacitó y se dio cuenta que si entregaba a la niña jamás sería merecedor del amor de Hailee, por lo que la reconoció como suya y la crio como tal aceptando sus culpas.

Cuando Zachary cumplió diez años, su padre decidió hablarle con la verdad pero el impacto de la noticia había sido tan grave que Connor tuvo que salir en su búsqueda en tres ocasiones para traerlo de regreso a casa.

De ahí que decidieran no decirle nada a Seraphina.

Él adoraba a sus hermanos y nunca los culpó por los errores de su padre —porque él era el único culpable de todo—. Por eso nunca le importó que su ángel fuera bastarda. Ese era el secreto que ahora Blandes conocía y esperaba supiera guardarlo muy bien.

—¿Hace cuánto te pidió su mano? —Deseó saber.

—Una semana.

—Muy bien, mañana me iré a Brighton y la llevaré conmigo. No quiero quitarle el ojo de encima.

No confiaba en el repentino interés de Portman en su hermana, menos cuando él fue el autor de todas las burlas que ella recibió en los primeros años de su presentación. Además, Portman era uno de los solteros más atractivos de la temporada y su hermana estaba demasiado lejos de ser

una beldad y muy cerca de ser una solterona sin remedio.

—Estoy de acuerdo, ¿supongo que te encargarás de llevarlas a la fiesta campestre de la marquesa de Winchester?

—Efectivamente.

Su padre se mostró satisfecho por sus últimas decisiones y lo despachó sin objeción alguna. Una vez en su alcoba Connor dejó las cartas dentro del baúl que se llevaría a su viaje y se cambió de ropa para ir al club, necesitaba una buena pelea cuanto antes y quizás alguien en el ring estaría dispuesto a dársela.

Grande fue su sorpresa cuando se enteró que Ross y Windsor ya estaban en Hampshire y Beaufort se encontraba en su casa de campo en Brighton, sopesaba que ahora mismo sus amigos lo detestaban, por lo que aún más frustrado se encargó de dar unas cuantas palizas esa noche, desahogando toda su frustración.

Tomó un placentero baño en su alcoba y luego salió a observar la sala de juegos, donde vio a Portman muy entretenido retozando con una de las cortesanas en su mesa de juego. Para su no sorpresa, estaba tan borracho que dudaba que el día de mañana recordara su faena.

Ese hombre jamás sería el esposo de Seraphina, él no lo permitiría.

—Nunca hice nada en contra de los Norfolk, así que ayúdame a entrar a la fiesta de la marquesa de Winchester. —Aquella voz que tanto detestaba provocó que torciera los labios con disgusto.

Si había alguien a quien no quería ver, ese era Blandes.

—¿No te invitaron? —inquirió con tono burlón, sentándose en una de las mesas vacías, y Blandes hizo lo mismo.

Se veía... ansioso.

—No, y sólo tú puedes ayudarme a asistir. Escríbele mañana a primera hora y dile que asistiré contigo.

Quiso enviarlo al demonio, pero lo siguiente que él dijo lo paralizó.

—Por favor.

Enarcó la ceja con sorpresa y entrecerró los ojos, dubitativo.

—¿A qué se debe tu repentino interés?

—Ella tiene a Aline.

Con todo lo ocurrido, se había olvidado por completo que Aline estaba bajo el cobijo de la marquesa mientras los condes radicaban en Escocia por un tema de negocios.

—No me dirás que quieres perturbar a la dama, ¿verdad?

—Sutherland, mis intenciones son buenas.

Tamborileó los dedos sobre la mesa y ladeó la cabeza; consternado.

—¿Qué tan buenas?

—Demasiado. Tan buenas que te sorprenderían.

Miró de reojo a Portman y una grandiosa idea llegó a su cabeza.

—¿Por qué el repentino interés de tu amiguito de casarse con mi hermana?

Blandes meditó su respuesta y consciente de que era la única manera de conseguir su ayuda, respondió.

—Tiene algo que ver con su abuela.

—Te llevaré a Hampshire bajo la condición de que me ayudes a averiguar que se trae entre manos.

—De acuerdo.

¿Quién lo diría? Él haciendo negocios honrados con Blandes. En el fondo sabía que si él quería podía amenazarlo con la verdad sobre el nacimiento de sus hermanos, pero al parecer él no tenía intención alguna de perjudicarlo en ese sentido. Sólo quería llegar a Aline.

Su desesperación era un vivo reflejo de cómo se sentía él por dentro ante la idea de volver a ver a su esposa, pero él era mejor enmascarando sus emociones.

—Mañana le escribiré a la marquesa para informarle que asistirás con nosotros, partiré de Brighton en dos días.

—Estaré en tu casa mañana al anochecer.

—Serás bien recibido —dijo con frialdad y se retiró del club, desesperado porque fuera mañana.

Todo indicaba que no podría esperar dos días para ver a su mujer, necesitaba encontrarse con ella lo antes posible. Sin embargo, había un asunto que él debía solucionar y no le importaba que la hora y el momento fueran poco adecuados, se dirigió al palacio de su majestad para tener una clara conversación con él de una vez por todas.

Por suerte el rey accedió a recibirlo y lo felicitó por su trabajo con los cuadros; no obstante, Connor no se sintió ni satisfecho ni tranquilo con la situación.

—Con todo el respeto que merece, su majestad —empezó a decir y el rey lo miró con fijeza—. Usted dijo que mi última misión sería encontrar a Grace Hill y ya lo hice, me parece un poco inadecuado que siga requiriendo mis servicios.

Guillermo IV asintió, pero no dijo nada al respecto.

—Este viaje me ha generado rumores inconcebibles sobre mi matrimonio, dejé a mi mujer por casi tres meses en el campo; mi familia, mis amigos y mi esposa difícilmente creerán que quiero ser un esposo ejemplar si sigo con esto y justamente eso es lo que usted y yo queremos evitar: arruinar la reputación de lady Sutherland.

Sabía que estaba arriesgando mucho al decirle todo eso a su majestad, que él era libre de tomar la decisión que se le antojase, pero lo justo era que le presentase su punto de vista antes de que las cosas se salieran de control y él se viera en una situación un tanto incómoda con el rey por su falta de palabra.

—Admito que tiene razón —soltó el rey con seriedad, sorprendiéndolo—. Supongo que no supero el hecho de perder a uno de mis mejores hombres.

—Estoy seguro que tiene a muchos bajo su mandato —acotó con una ligera sonrisa en el rostro y el rubio asintió—. Eso es todo lo que tengo para decirle, su majestad, espero que de ahora en adelante mi vida pueda seguir su rumbo sin tener que acudir a nuevas misiones; por todo los escándalos que se desataron, un heredero podría ser algo bueno dentro de esta tempestad y quiero estar con mi familia en esos momentos.

—Comprendo, Sutherland.

Cuadró los hombros para decir lo siguiente.

—Y le pediré, encarecidamente, que no se acerque a mi esposa; ella conoce la verdad.

El rey abrió los ojos sorprendido, pero no dijo nada mientras él se retiraba y meditaba lo mucho que esto representaba para su futuro: estaba cerrando un ciclo muy importante de su vida y todo por su ángel, puesto que si otro hubiera sido el caso, él habría seguido acudiendo al rey porque era su deber; no obstante, ahora que tenía a su esposa y la posibilidad de formar una familia, algo que en su interior le decía a gritos que su único deber de ahora en adelante era acudir a ella y permanecer a su lado.

No le gustaba... Sentirse tan atado a ella lo asustaba de sobremanera.

Su llegada a Brighton fue algo inesperado, por lo que Freddy le informó que su esposa no estaba en casa, algo que no le gustó en lo absoluto. Como esa mañana habían salido a primera hora, Seraphina prefirió descansar un poco mientras que Connor decidía salir en busca de su mujer por su tierra. Sin embargo, algo hizo que parara en seco y se preguntara qué diablos era.

Definitivamente esa no era la bienvenida que esperaba recibir el día de hoy.

Por suerte, Freddy pudo aclararle sus dudas.

—Llegó hace unos minutos, es para la marquesa de Sutherland, milord.

Sujetó la caja que al parecer era un regalo para su mujer y la inspeccionó. Encontró la tarjeta que traía consigo y sin reparos decidió leerla.

“Disfrútalos, querida. Son tan dulces como tu sonrisa.

F.”

Regresó la tarjeta a su lugar y miró a Freddy en busca de una explicación, el hombre de avanzada edad cuadró los hombros dispuesto a dársela.

—Lord Aberdeen suele enviarle chocolates a la marquesa con demasiada frecuencia, milord.

—Si ella los desea ¿por qué no se los compra usted, Freddy? El dinero que recibe es más que suficiente

El hombre se mostró arrepentido.

—Lamento mi error. Ella no suele pedirme nada, milord.

¿Entonces se los pedía a Aberdeen?

Repentinamente prefirió no salir en su búsqueda; no en un momento en el que se sintiera un poco alterado por el regalo que ella había recibido.

—Estaré en mi alcoba, cuando mi esposa llegue envíala allí.

—Como usted ordene, lord Sutherland.

Connor cambió de dirección para dirigirse a su alcoba, pero todos sus músculos entraron en tensión al ver a una horrible bola de pelos bajando las escaleras de su casa como si fuera la suya.

—¿Qué significa esto? —demandó una explicación, viendo como el hurón se frotaba contra su pantorrilla, y su mayordomo lo miró confundido.

—Es el hurón de la marquesa, milord, ella se lo notificó a través de una de sus cartas. Lo encontró la primera semana que llegó a Brighton, estaba herido y...

—No me interesa. —Alzó la mano para que guardara silencio—. Sácalo de mi casa, yo no autoricé nada.

Su criado palideció.

—Pero...

—¿Alguna objeción? —Endureció su semblante y su mayordomo se removió inquieto.

—La marquesa adora a Landcito, si no lo encuentra a su regreso...

—Ya di mi orden.

Él odiaba a los animales y no pensaba tolerar que su esposa metiera a uno a su casa, menos con un nombre tan ridículo como ese. Lo pasó de largo, empujando suavemente a la bola de pelos con el pie, y subió las escaleras para dirigirse a su alcoba. Tal vez debería dormir un poco, el viaje se le hizo un poco pesado y el clima no estuvo tan agradable después de todo.

Ashley se acarició las sienes, sintiéndose levemente mareada. Había estado fuera de su casa casi todo el día gracias a que su cuñado decidió llevarlas de paseo. En su momento se había sentido muy feliz, pero se sentía tan cansada que lamentaba haber aceptado la invitación de Beaufort.

El carruaje se detuvo frente a las escalinatas de su propiedad y aceptó la ayuda de su cuñado para descender. Pronto anochecería y la suave llovizna ponía en tela de juicio si su hermana y cuñado deberían viajar el día de mañana.

Beaufort le había pedido que fuera con ellos a la fiesta de la marquesa de Winchester, la tía de Ashley, pero eso era algo impensable porque ella no podía dejar Brighton y no contaba con las ropas adecuadas para asistir a una fiesta campestre. Aunque, por supuesto, Rachel se había ofrecido a ayudarla con ese pequeño percance. No obstante, prefería portarse bien y seguir las órdenes de su esposo, pronto su vientre sería imposible de esconder y el retorno de su marido sería una gran dificultad para ella, puesto que él ni siquiera sabía de Landcito.

Ingresaron al recibidor y paró en seco al ver a Freddy al pie de las escaleras, conversando con una doncella que se veía un tanto ajetreada. Buscó por el lugar y frunció el ceño al no ver a su hurón por el lugar, él siempre solía esperar al pie de las escaleras, era su lugar favorito.

—¿Dónde está Landcito? —inquirió, provocando que los criados callaran abruptamente, y la preocupación se expandió por su cuerpo al ver el rostro lleno de culpabilidad del mayordomo.

—Milady, me temo que lord Sutherland llegó a medio día y pidió que echara al hurón de...

—¿Qué? Pero ¿por qué? —Los ojos se le cristalizaron y temió lo peor—. Pero no lo hizo, ¿verdad? —Se acercó a él y el hombre adulto la miró con tristeza. Él no pondría en peligro su trabajo, nadie lo haría por un simple hurón.

Subió las escaleras con rapidez, ignorando el llamado de su hermana, y sin molestarse en tocar o pensar si estaba bien o mal, Ashley entró a la alcoba de su esposo. Lo vio en su cama, estaba dormido.

—¡Milord! —Llegó a él y le agitó el brazo, angustiada—. Despierte.

Gracias a los santos Sutherland no demoró en despertar, pero lastimosamente lo hizo exaltado, por lo que rápidamente se incorporó, como si esperara que alguien lo atacara.

—¿Por qué hizo que botaran a Landcito? —exigió saber, luchando contra sus lágrimas rebeldes, y él la miró con incredulidad, como si le pareciera una estupidez que lo hubiera despertado para hablarle de eso—. Él es mío. —La voz se le quebró y el cuerpo le tembló de impotencia, ¿cómo pudo echarlo sin siquiera esperarla?

—Nunca acepté su presencia —respondió con frialdad y enderezó la espalda, observándola con fijeza.

—Pero le escribí en varias ocasiones, le dije que se quedaría conmigo.

—Esta es mi casa, yo decido quién vive en ella.

Las lágrimas vagaron por sus mejillas.

—¿Por qué me hace esto? —Deseó saber, ahora más calmada, y bajó los hombros vencida—. Primero me quitó el único recuerdo que tenía de mi madre y ahora echó a mi mascota.

—El dije lo perdiste tú y el animal nunca fue bienvenido en mi casa —recalcó las últimas dos palabras y Ashley retiró las lágrimas de su rostro, decidida a enfrentarlo.

—No debió haber vuelto —soltó con suavidad, odiando su presencia.

No se quejó cuando atenazó su brazo con dureza.

—¿Cómo dijiste? —Se acercó a ella y no le gustó la forma en la que se tensó con su cercanía.

—¡Que no debió haber vuelto! —Forcejeó para que la soltara. Jamás le perdonaría si le pasaba algo a su hurón—. Era que se quede en Londres con sus amantes, aquí nadie lo necesita. —Se asustó cuando su mano libre apresó su nuca y luchó contra él y la fuerza de su cuerpo para evitar que la besara; no obstante, él consiguió su cometido.

No supo cómo lo hizo, pero encontró la fuerza necesaria para empujarlo por el pecho. Guiada

por la rabia y la profunda decepción que él generó en ella, Ashley estrelló su mano contra su mejilla, demostrándole su inconformidad.

—¡No vuelva a tocarme! —advirtió fuera de sí y él acarició su mejilla, mirándola con enojo.

—Eres mi mujer, tu deber...

—No tiene idea de cuanto lo odio —escupió, importándole muy poco la conmoción en su rostro, y sujetando la falda de su vestido avanzó hacia la puerta.

—¡¿A dónde crees que vas?! —Por más que la piel se le erizó por su duro tono, ella siguió su camino.

—Iré por mi hurón. —Abrió la puerta, pero antes de salir, él le lanzó una última advertencia.

—Si lo encuentras, no pienses en regresar. Él no es bienvenido en mi casa.

Cerró la puerta tras de ella, dejando que las lágrimas bajaran por sus mejillas, y regresó a planta baja para encontrarse con su hermana y su cuñado discutiendo en el primer piso.

—Ashley, ¿qué ocurrió? —Rachel se acercó a ella, dejando a su esposo con la palabra en la boca, y ella enjugó sus lágrimas tratando de sonreírle.

—Nada grave. —Mintió—. Ahora regreso, iré por Landcito.

—¡¿Qué?! —chilló despavorida—. No puedes salir, está lloviendo, vas a congelarte.

Y su hurón también lo haría si no lo encontraba pronto.

—Milady, tal vez podríamos buscarlo mañana —acotó Beaufort pero ella ladeó la cabeza.

—Él debe estar cerca, cuando sale a pasear nunca se aleja.

—¡La tierra es inmensa! —Rachel no parecía muy dispuesta a dejarla ir, pero Ashley no se detuvo a conversar con ella, simplemente abandonó el vestíbulo y salió por la puerta de servicio.

No le prestó atención al diluvio ni mucho menos a la fría brisa que caló sus huesos, corrió hacia la gran arboleada a la que Landcito solía acudir cada vez que ella le permitía ir a jugar en las tardes. No estuvo segura cuanto tiempo le tomó, pero después de una larga búsqueda al fin dio con él gracias a su suave llanto. Algo bueno porque ya era de noche.

—¡Landcito! —exclamó emocionada y se arrodilló junto a él, tomándolo en brazos. Era algo estúpido meterlo bajo su capa empapada, pero al menos así lo protegería de la lluvia. Al igual que ella, el animal se sacudía con violencia.

Con los dientes castañeándole, Ashley siguió el camino que la conduciría hacia la carretera y se dirigió al pueblo. No podía volver a su casa y tampoco quería hacerlo, ella había hecho todo lo que su esposo le dijo para tratar de agraderle y conseguir su perdón, pero lastimosamente ya se había dado cuenta que eso era algo imposible, así que se limitaría a seguir sus instintos.

Llegó a la posada del pueblo y contando el dinero que tenía, le ofreció un poco al posadero por un poco de ropa seca y una toalla. Al conocerla, el hombre no dudó en ayudarla. Una vez que estuvo cambiada y abrigada, redactó una carta para su hermana informándole que encontró a su hurón y le tomaría un día hallarle un hogar, que no se preocuparan por ella y fueran a la fiesta campestre de la marquesa.

Compró un pasaje para dirigirse a la casa de Francis, no estaba muy lejos de Brighton, tenía una propiedad a cuarenta minutos de allí y estaba segura que él recibiría al animal con cariño.

Se subió a su diligencia y acariciando el lomo de su mascota, apoyó la frente en la ventanilla.

Por un momento pensó que volver a ver a su esposo la llenaría de dicha y felicidad, pero todo indicaba que el amor que alguna vez sintió por él ya no existía; él se encargó de matarlo y enterrarlo en un lugar muy profundo de su corazón.

¿Cuándo? Ya no estaba segura. No después de todo lo que le hizo.

Instintivamente llevó una mano a su vientre y se preguntó qué tan difícil sería proteger a su

bebé del marqués. No quería fallar como lo hizo con Landcito, por lo que tendría que pensar muy bien lo que quería para su futuro.

Capítulo 21

Con la respiración agitada y el corazón en la boca, Connor espoleó a su semental y nuevamente miró por los oscuros alrededores, sintiéndose al borde de la locura.

—¡Ashley!

¿Qué diablos fue lo que hizo?

No podía creer que ella se atreviera a salir de su casa para buscar a un simple animal. Sin embargo, eso no era lo peor de todo, sino que ella realmente no volvería si no ponía al hurón en un lugar seguro, cosa que podría generarle una terrible pulmonía porque la noche no sólo era fría, sino helada.

No tiene idea de cuanto lo odio

Recordó sus palabras y el pánico lo invadió.

Ella realmente lo detestaba, sus ojos así se lo dijeron y aunque le doliera admitirlo: eso le destrozaba el alma. Su intención nunca fue generarle ese tipo de emoción, su pura y amable esposa desarrolló oscuros sentimientos por su causa. Debió haber escuchado a Freddy, él se lo dijo, ¡su esposa adoraba al animal!; pero no, su orgullo y ganas de demostrarle quien tenía la última palabra lo impulsaron a ser una basura con ella.

—¡Sutherland! —Tiró de las riendas de su caballo y Beaufort se puso a la par, ambos estaban empapados, llevaban más de media hora buscando a su esposa—. No hay señal de ella, uno de los criados cree que se fue al pueblo o regresó a tu casa.

—Iré al pueblo, pueden regresar.

Como era de esperarse, su amigo lo siguió y tal y como lo había predicho el lacayo, su esposa sí había pasado por allí, pero había redactado una carta para la duquesa de Beaufort. El posadero no pudo darle más información sobre su esposa así que regresó a su casa con la intención de saber cuál era el contenido de la carta.

Según el hombre, ella había llegado empapada y con un hurón en brazos, y le había pagado — cosa que lo confundió porque él no dejaba que el dinero llegase a sus manos— por prendas secas.

Saber que encontró al animal le generaba un poco de tranquilidad, ella jamás le habría perdonado si algo llegaba a ocurrirle a la bola de pelos. Desesperado por obtener las noticias de su esposa, saltó de su animal y se adentró a su casa importándole muy poco si estaba empapado o no.

Se encontró con Blandes allí, conversando con su hermana y lady Beaufort, y recordó que el día de mañana era la fiesta de la marquesa de Winchester.

Su mirada se posó en la duquesa y no le sorprendió que lo mirase con rencor, en ese momento él sentía exactamente lo mismo hacia su persona, pero a diferencia de todos, Connor sabía cuándo podía dejarse llevar por sus sentimientos y este no era el lugar ni el momento adecuado para derrumbarse. Avanzó en su dirección y le pidió la carta que su esposa le envió.

—Ella encontró a Landcito —soltó con suavidad, pero eso ya lo sabía—. Dijo que demorará un día en encontrarle un hogar, que no nos preocupáramos y fuéramos a la fiesta de la marquesa.

Beaufort abrazó a su mujer, que al finalizar su monólogo rompió en llanto, y Connor sintió algo extraño en el pecho.

Él había provocado todo eso, su egoísmo había impulsado a su esposa a aventurarse bajo un

diluvio en un terreno que pudo haber sido peligroso y ahora no tenía la menor idea de donde estaba porque no sabía nada de ella, ni de cómo se movía en Brighton.

Tragó con fuerza, pasándose la mano por el pelo con frustración.

Freddy se encargó de enseñarle su alcoba a Blandes y atenderlo como correspondía, y Sutherland subió a su alcoba para escarbar en su baúl y sujetar todo el fajo de cartas que su esposa le estuvo enviando en los últimos tres meses.

Seguramente allí encontraría algo.

No estaba en la predisposición de permitir que abandonara a su adorado hurón en cualquier casa ni mucho menos que ella pasara la noche fuera de la suya. Iba a encontrarla a como dé lugar y le permitiría conservar al animal.

También le pediría perdón por todo el daño que le estuvo causando en los últimos meses.

Tal y como Freddy y ella se lo dijeron, en la primera carta Ashley le contaba que había encontrado a un hurón bebé herido. En la siguiente le decía que estaba recuperándose y ya no se sentía tan preocupada. La tercera, hablaba del terrible error que había cometido al nombrarlo y ahora no quería dejarlo ir ni buscarle una familia, por lo que le suplicaba que le permitiera quedárselo.

La inocencia de sus letras le generó un mal sabor en la boca. Lo que hizo fue algo demasiado inhumano.

En las siguientes cartas le hablaba del animal y cómo se había ganado el corazón de Freddy. En una le comentaba sobre la llegada de su hermana y lo feliz que se sentía por ya no estar sola en Brighton.

La carta que más lo llenó de culpabilidad fue aquella en la cual le preguntaba si estaba teniendo una aventura en Londres, donde le decía que si era así, por favor fuera discreto.

En una le pedía permiso para ir a Londres con su hermana, pero como él no le dio una respuesta se quedó en Brighton. Eso decía en la siguiente.

También hablaba del vizconde de Aberdeen y sus continuas visitas.

Llegó a una que le sorprendió porque tenía un texto más largo que las anteriores. La leyó sin prisa, percatándose que la letra variaba de un momento a otro, seguro por el nerviosismo, y lo siguiente que leyó lo dejó pasmado.

“Estoy embarazada”.

Se fijó hace cuanto fue escrita.

Casi un mes.

En la carta le decía que era su hijo, que no se atreviera a pensar que era de otro. ¿De dónde sacaba que él llegaría a una conclusión tan errónea? Claro que era suyo, dado que había dado por sentado que el día que se acostó con ella, drogado, terminó quien sabe cuántas veces en su esposa. Y el jarabe que le dio seguro era uno que lo estimuló de sobremanera para permitirle tal hazaña.

La idea de que su esposa embarazada estuviera pasando frío lo atormentó aún más y siguió leyendo las siguientes cartas, las cuales claramente fueron de relleno para cubrir la que estaba destinada a informarle sobre su embarazo.

Llegó a la última y la abrió con rapidez, quedando furibundo por el contenido de la misma.

No quiso pensar mal de Aberdeen, pero el hecho de que le hubiera entregado dinero a su mujer sólo significaba una cosa: el muy malnacido se estaba aprovechando de su ausencia y quería hacerla su amante.

Su ángel por supuesto no era capaz de enterarse de algo así, por lo que sólo le decía que decidió aceptarlo porque lo necesitaba. Claro... cómo él la privó de su asignación mensual seguro

ella empezó a comprarse muchas cosas gracias a la *generosidad* del vizconde.

Recordó que en una carta le decía que Aberdeen adoraba a Landcito y de un brinco se puso de pie y salió de su alcoba.

Llegó al comedor, donde Beaufort intentaba convencer a su mujer de que comiera, y se acercó a la rubia.

—¿Dónde está radicando Aberdeen actualmente?

Por el brillo que destelló en los ojos de su cuñada, supo que ella sospechaba donde se encontraba su ángel.

—No lo sé.

Era una bruja, pero no podía culparla por odiarlo.

—Tiene una casa de campo a cuarenta minutos de aquí —comentó Blandes, muy dispuesto a ayudarlo dado que era un buen amigo de Aberdeen.

—Gracias —musitó y rápidamente ordenó que preparasen un carruaje y lo cargasen de mantas y una muda de ropa para él y su esposa. Su viaje lo haría en caballo para llegar mucho más rápido.

Aberdeen estaba muy equivocado si pensaba que a él no le interesaba su mujer y le permitiría llegar muy lejos con su estúpido cortejo. No cometería el mismo error que su padre cometió hace muchos años, Connor no estaba dispuesto a permitir que otro hombre le arrebatase a su mujer.

Maldición.

La amaba y ya estaba cansado de resistirse a su ángel. ¿A quién quería engañar? No había segundo que no la tuviera presente en sus pensamientos y cuando la volvió a ver, sintió un instinto primitivo y solamente deseó poseerla, sin darse cuenta de su dolor e indignación por haber alborotado su monótona vida, una que él le había obligado a vivir.

Hizo mal, estaba muy consciente de ello, pero pensaba recuperarla así le costase toda una vida.

Ashley rodeó a Landcito con una de las mantas que Francis le tendió y sin dudarle se sentó en el piso alfombrado, acercándose al fuego de la chimenea para que ambos pudieran ganar calor. Al paso que iba, tanto Landcito, su bebé y ella terminarían congelándose.

—Bebe un poco. —Alzó el rostro, curvando los labios en una cansada sonrisa viendo como Francis se sentaba junto a ella para cubrirla con otro manto por los hombros y entregarle una taza de leche caliente—. Cuéntame lo que ocurrió, cariño —pidió con ternura, buscando relajarla, y sus ojos se cristalizaron.

—Sutherland regresó. —Su voz murió y bebió un poco del líquido ardiente, para tranquilizar su angustia—. Me odia, hizo que echaran a Landcito y me dijo que no podía regresar a casa con él, así que una vez que lo encontré decidí acudir a ti. —Sin ser consciente de sus actos, Ashley se vio aferrando al animal contra su pecho.

La rabia que vio en los ojos azules del pelinegro la hicieron tiritar levemente, pero cuando él la rodeó con sus brazos se sintió aliviada; por un momento creyó que no aceptaría a su hurón.

—Fue muy peligroso; primero salir a buscar a Landcito y luego viajar tú sola hasta aquí. Si tu marido lo descubre, me retará a duelo y tendré que matarlo. —No le gustó su grotesco comentario, pero ladeó la cabeza para despreocuparlo.

—No le importo, nuestro matrimonio no fue porque estuviéramos enamorados. Al menos él no lo está de mí —confesó el hecho de que no fue correspondida y el silencio los rodeó por unos segundos hasta que Francis sujetó su mentón, obligándola a alzar la mirada.

—¿Consumaron la unión? —Le pareció ver un deje de esperanza en sus ojos.

—Lo hicimos. —Se mordió el labio inferior con nerviosismo—. Y estoy esperando un hijo suyo.

Su amigo entró en tensión, pero incluso así no la soltó. Necesitaba contárselo a alguien, más ahora que se sentía tan asustada por la posible reacción de su esposo, tenía miedo y estaba segura que ese sentimiento estaba muy bien fundamentado gracias al horrible comportamiento de Sutherland.

—Él no lo sabe, a decir verdad me dijo que no quería tener hijos conmigo. —No pensaba decirle que se debía al hecho de que era una bastarda—. Tengo miedo, no sé cómo tomará la noticia.

—No estoy seguro que Sutherland reciba la noticia de manera tan negativa —soltó de pronto, tratando de ser optimista—. Él ama a su familia, sus hermanos son su adoración, un hijo sería algo sagrado para él.

El problema de Ashley radicaba en que ella era una bastarda y un hijo sería una humillación para él y supreciado linaje familiar. A decir verdad, desde que dio por sentado su embarazo, no había día que no pidiera que su bebé fuera una niña.

Eso le ahorraría muchos problemas con el marqués.

—No lo sé —susurró temerosa, dándole otro sorbo a su leche—. Le arruiné la vida, por eso me encerró en Brighton, soy un estorbo para él y su libertinaje.

—Puedes huir; no lo necesitas —musitó su amigo, acariciando su mejilla, y Ashley suspiró.

—Es mi esposo, tiene todas las de ganar en caso de que quiera revelarme. Además... no sé cómo lo hace, pero para él es muy sencillo encontrarme.

—Si él no te quiere, debes saber que yo sí lo hago.

Cada músculo de su cuerpo entró en tensión y volvió el rostro hacia su amigo.

—Francis... —Lo miró con pena y acarició su mejilla, sintiendo un gran pesar por no poder corresponder sus sentimientos. Todo habría sido más sencillo si su corazón se acelerara por su presencia y no por la de lord Sutherland—. Eres como un hermano para mí, igual que Sheldon, Thomas y Max; no me pongas en una situación difícil, por favor.

—Pero tus sentimientos pueden cambiar —vaciló, pero sujetó su mano y tiró de ella hacia él, haciéndola jadear por la sorpresa—. Dame esta noche, Ashley, otórgame la oportunidad de demostrarte lo mucho que te amo. Los llevaré lejos de Sutherland, cuento con el dinero para hacerlo, nunca más volverás a saber nada de él y serás libre; yo jamás te encerraría en una casa de campo lejos de tus seres queridos. Me quedaría contigo siempre, haciéndote el amor cada noche de mi vida.

La confesión de Francis la dejó tan abrumada, que perdió la noción del tiempo y sólo Dios le envió la capacidad de reaccionar y retirar el rostro cuando él intentó besarla.

—No quiero —susurró con voz rota, empujándolo por el pecho—. No quiero irme a ningún lugar —confesó con impotencia, odiando sus siguientes palabras—. Amo a mi esposo, aunque él no me quiera y me deteste por ser quien soy; yo lo amo y jamás sería capaz de engañarlo ni engañarme a mí misma buscando consuelo en los brazos de otro. Gracias por quererme, de verdad. —Acunó sus manos con suavidad—. Pero no puedo causarte más daño del que ya te estoy causando al rechazarte.

—Puedo darte todo lo que quieras, Ashley; joyas, dinero y vestidos. Todo de lo que él te privatizó. Sólo pídemelo y lo tendrás, olvida a tu esposo, él te es infiel —recalcó la última palabra y una lágrima rebelde bajó por su mejilla. No obstante, parpadeó varias veces para

vencer las ganas que sentía de llorar.

—Nunca me interesó nada de lo que me ofreces y lo sabes.

—Sabes que te amo.

¡Él no la amaba! Eso era imposible, ni siquiera compartieron un beso para decir que sentía algo especial por ella. Francis sólo profesaba una atracción física hacia su persona.

—Tú no le debes fidelidad —Se acercó a su rostro, ignorando por completo el cómo ella se encogía, y Ashley posó la mano en su pecho para enviarlo hacia atrás.

Gracias a los santos funcionó.

—¡Me estás humillando! —chilló con enojo, incorporándose, y Francis hizo lo mismo al percatarse de su terrible error—. Yo no seré tu amante porque amo a mi esposo. No importa que tengas todo un mundo para ofrecerme, lo que siento por ti no es amor —espetó con impotencia y su amigo bajó la mirada, apenado—. Cometí un error al venir aquí —susurró con tristeza—, lo mejor será que vuelva a la posada de Brighton, mañana iré a Londres para hablar con mi padre.

—Puedes dejarlo. —Lo pasó de largo, dirigiéndose hacia la puerta del salón, y prefirió no hacerlo. Lo mejor para ella, por ahora, era alejarse de Francis—. Ashley, no puedes irte así. Es demasiado tarde. —Escuchó sus pasos tras de ella—. Quédate esta noche, le escribiré una carta a tu hermana, la noche es fría y no te sentará bien hacer un viaje tan largo.

La garganta se le cerró al reconocer que le habría encantado escuchar aquellas palabras de su marido. Estiró la mano para sujetar el pomo de la puerta, pero dio un brinco cuando esta se abrió y en su campo de visión apareció la imponente figura de su esposo, totalmente empapado.

Su primer reflejo fue retroceder y el segundo aferrar a Landcito contra su pecho.

Lo sabía, jamás podría huir de Sutherland, él siempre la encontraría.

La intensidad con la que sus ojos le recorrieron el cuerpo no consiguió tranquilizarla, sino todo lo contrario. Se removió inquieta y como si él supiera que era el momento de dejar de observarla, clavó los ojos en Francis.

—He de suponer, Aberdeen, que esta noche podrás brindarnos cobijo a mi esposa y a mí. Tal como lo dijiste: el clima no es muy favorable para iniciar un viaje.

Abrió los ojos de hito a hito y tembló violentamente en su lugar, preguntándose qué tanto habría llegado a escuchar de su conversación.

—Por supuesto —respondió su amigo en tono mordaz y Ashley se giró hacia él para implorarlo con la mirada que se comportara.

—Pediré que preparen dos alcobas.

—Con una será suficiente.

Se volvió hacia su esposo, aterrada. Aún recordaba que había cometido el error de golpearlo hace unas cuantas horas.

—Pediré a mi mayordomo que se encargue de todo y te cederé ropas secas —agregó con disgusto—. Por ahora puedes secarte con estas toallas. —Les señaló las que estaban en el sillón.

—Te estaré eternamente agradecido, mi carruaje demorará en llegar.

Ashley inhaló rígidamente y convino que él no había escuchado nada relevante. Sutherland no confiaba en ella y oír una propuesta como la de Francis lo habría llevado a acabar a los puños como ocurrió con Sheldon hace tres meses en Essex; además, habría sido brusco con ella y le habría ordenado abandonar la casa si ese fuera el caso.

Debía permanecer tranquila y aprovechar de su, extraño y poco común, buen humor.

Capítulo 22

Él no lo sabe, a decir verdad me dijo que no quería tener hijos conmigo. Tengo miedo, no sé cómo tomará la noticia.

Connor comprendía que debía actuar con precaución, estaba pisando terreno muy peligroso ahora que caía en cuenta de que su esposa le tenía pavor. No le sorprendía que fuera así; a decir verdad, se sentía un imbécil por no haber analizado con más trasfondo la situación.

En Essex había perdido el control y después de dejarla en Brighton no se molestó en aclarar las cosas con ella, por lo que se quedó con un concepto erróneo de lo que sucedería en su matrimonio en un futuro.

Sin embargo...

Yo no seré tu amante porque amo a mi esposa.

Ella lo amaba, ¡benditos los santos que le permitían tener esa oportunidad con su esposa!

Cuando le dijo que lo odiaba, Connor se había sentido tan miserable que le costó mucho asimilar que aquellas palabras hubieran surgido de una persona tan pura e inocente. Todo indicaba que fue la rabia del momento la que la llevó a decirle algo así, y quizás ahora mismo seguiría molesta con él a pesar de haberle dicho a Aberdeen que lo amaba.

Por un momento pensó en interrumpir la conversación, pero cuando Aberdeen dijo algo que estremeció cada una de sus extremidades, decidió escucharlos con atención.

Puedo darte todo lo que quieras, Ashley; joyas, dinero y vestidos. Todo de lo que él te privatizó. Sólo pídemelo y lo tendrás, olvida a tu esposo, él te es infiel.

Ella no se mostró arisca o dolida ante el comentario sobre su infidelidad, y si recordaba su reencuentro, le pidió que regresara a Londres con su amante. Así que todo indicaba que estaba dispuesta a vivir en la desdicha con tal de complacerlo porque según ella le había arruinado la vida.

Qué irónico le parecía todo; fue él quien llevaba lastimándola desde el día de su boda y su ángel incluso así se atrevía a culparse a sí misma por el terrible camino que había tomado su matrimonio.

La criada le informó que el baño que pidió una vez estando a solas con su mujer estaba listo y se retiró sin decir más, brindándole mayor privacidad con su esposa, quien sujetaba al hurón como si de eso dependiera su vida.

—No te pediré que lo echés.

—No iba a hacerlo de todas formas —respondió con sequedad, dejándole claro que no dejaría a su mascota.

—Puedes quedarte con él. —Empezó a desvestirse y ella no mostró ningún signo de felicidad o alegría.

—¿Llegó a escuchar algo de la conversación que tuve con lord Aberdeen?

Era lista, estaba siendo precavida al no llamar al vizconde por su nombre. No era que a Connor le afectase, menos después de escuchar como lo rechazaba y decía que era a él a quien amaba de verdad.

—Sólo como intentaba retenerte para que no viajes sola.

Lo mejor sería mentirle, él quería que fuera ella misma quien le dijera sobre su embarazo y

eso sólo lo conseguiría ganándose de nuevo su afecto. La miró de reojo, observando como acariciaba la cabeza de la bola de pelos, y de pronto sintió envidia del animal. Es decir, se estaba desnudando frente a ella para saber si aún causaba algún efecto sobre su cuerpo pero ella sólo tenía ojos para el hurón.

—Quiero que te desvistas —soltó de pronto, consiguiendo por fin su atención, y el miedo destelló de sus hermosos ojos.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz, llevando inconscientemente su mano hacia su vientre.

Era imposible pensar que se le notaba algo de su embarazo. Ni siquiera lady Beaufort parecía una mujer embarazada y tenía un tiempo de gestación más avanzado que el de su esposa.

—Estás llena de barro, quiero que tomes un baño conmigo.

Ella contuvo el aliento, preparando una excusa para rechazarlo y Connor le dio la espalda, dando el tema por terminado.

—No te demores, no quiero que el agua se enfríe.

«Y quiero abrazarte cuanto antes». Agregó silenciosamente y se adentró al cuarto de baño.

Sumergirse en el agua le ayudó a relajar los tensos músculos. La noche realmente era fría y no pensaba exponer a su mujer embarazada a otro viaje con ese clima. Ahora comprendía la necesidad de Beaufort y Windsor de proteger a sus esposas encinta, era casi angustiante imaginarse que algo malo pudiera ocurrirles.

A los pocos minutos ella apareció en su campo de visión, usando su horrible camisola, e intentó meterse con ella al agua. No se lo permitió.

—Quítate todo.

Con las manos temblorosas ella lo obedeció y todo su cuerpo se puso rígido al ver su hermoso cuerpo desnudo. Si lo pensaba con claridad, era la primera vez que admiraba a su esposa de aquella manera. Era preciosa, no se sentía sorprendido de que fuera tan hermosa, pero lo que realmente lo cautivó fue ver el pequeño vientre donde crecía su primogénito.

Decidido a no mirar mucho aquel punto la buscó con la mirada. Maldición, estaba al borde del llanto y no quiso ni pensar en las posibles razones de los temblores de su cuerpo.

Aprovechando el gran espacio de la bañera, separó las piernas y le pidió que se sentara entre ellas de espalda a él. Lo obedeció con prisa, deseosa de esconder su cuerpo, y Connor cerró los ojos afectado al saberla tan próxima a su cuerpo y tan distante a la vez.

No podía seducirla ahora, no cuando ella creía que durante esos meses estuvo teniendo una aventura en Londres, eso sólo la humillaría, por lo que se limitaría a ayudarla con su baño. Sujetó una pasta de jabón, lamentando que no fuera el que ella solía usar, y con suavidad empezó a lavarle la espalda, percatándose de su tensión.

—No te haré nada, ángel —musitó con ternura, pero ella siguió igual. Al percatarse que no tenía en mente responderle, inició un tema de conversación—. Mañana debemos ir a la fiesta de lady Winchester.

—No quiero hacerlo.

No era una pregunta, pero no podía lanzarle un comentario tan mordaz por más que esa fuera su naturaleza.

—Ya confirmé nuestra asistencia y mi familia esperará por nosotros en Hampshire, mi deber es llevarte a ti y a Seraphina. Quizá no te diste cuenta, pero ella llegó conmigo a Brighton.

—Oh —musitó con suavidad y respingó cuando él pasó la pasta del jabón por sus pechos, acariciándolos con suavidad en cada oportunidad que se le presentó.

La necesitaba y esas inocentes caricias no matarían a nadie.

—¿Luego se irá a Londres?

—No. —No pensaba dejarla sola nunca más.

La idea de que su ángel hubiera podido seguir los pasos de su madre lo aterraba. Si no fuera porque ella lo amaba, quizá habría aceptado la oferta de Aberdeen, puesto que...

—Cuando todo termine, iremos con madame Gale para cambiar tu guardarropa. También necesitarás joyas, escafpines y otros complementos que tú sabrás elegir sabiamente.

—No quiero nada, gracias por su amabilidad, milord.

—De verdad lo siento, ángel, nunca quise ser tan grosero contigo. Simplemente me tomó por sorpresa ver al hurón, no me gustan los animales y...

—Si hubiera leído mis cartas nada de esto habría ocurrido.

¿Cómo decirle que sus cartas cayeron bajo su poder el día de ayer en la noche?

—Perdóname. —Fue lo único que pudo decir y al no obtener respuesta, llevó sus manos a su vientre y lo jabonó con suavidad, percatándose de como Ashley se aferraba a los bordes de la bañera—. No te haré nada, estás muy nerviosa.

—Es la primera vez que compartimos un momento tan íntimo.

—Juraría que el día que me drogaste pasaron cosas mucho más íntimas.

—Pero usted no se acuerda —siseó, mirándolo con enojo, y se sintió aliviado al ver que al menos había dejado de lado su cohibida actitud.

—Una lástima, ¿no crees? —Se aventuró a preguntar, sonriendo con picardía, y ella regresó la vista al frente, ignorando su intento de seducción—. Separa las piernas, ángel —susurró en su oído, abriéndole los muslos, y con mucha suavidad limpió su intimidad y lo acarició cuando lo creyó conveniente, haciéndola respirar con dificultad—. No creo que sea conveniente lavar tu cabello ahora, no secará con prontitud. —Ella asintió y Connor hizo a un lado la pasta de jabón para que sea parte de su mano la que acariciara sus labios externos.

—Ah... —gimió ahogadamente, enviándole una punzada de dolor a su ingle, y retiró su mano con rapidez, antes de cometer una locura.

—Estás lista —Apoyó la frente en su nuca, respirando con dificultad, y su ángel tardó varios segundos en incorporarse, salir de la bañera, cubrirse el cuerpo y huir de él.

Era lo mejor... un minuto más y no dudaría en montarla sobre su miembro y poseerla fieramente.

Ella se lo debía, pero no era como si se lo pudiera cobrar justo ahora.

Esa noche el hurón durmió a sus pies y él abrazó a su mujer, aferrándola contra su pecho, para brindarle su calor. En un principio su ángel no pudo conciliar el sueño, pero luego se dejó llevar por los brazos de Morfeo y él aprovechó ese tiempo para acariciar su vientre. Como le gustaría decirle que la amaba y amaba a su hijo. Si no fuera un hombre precavido, tal vez se lo diría justo ahora, pero dado que Connor comprendía que su situación no era tan buena como para decirle aquello, prefería esperar y demostrarle con hechos lo que sentía por ella.

Ashley podría creer que lo hacía por el bebé y no porque lo sintiera de verdad.

En el desayuno, Aberdeen aprovechó la ocasión para conversar con su esposa, importándole muy poco su presencia.

—He de suponer que Landcito se quedará conmigo, ¿no es así? —Clavó la vista en su esposa, sin tomarlo en cuenta.

—No, se irá con nosotros —respondió Connor, enfrentándolo con la mirada, y el vizconde enarcó una ceja con petulancia.

—Tengo entendido que el día de ayer...

—Fue un error y ya lo hablé con mi mujer, Aberdeen —elevó un poco la voz, enfatizando en algunas palabras clave, pero luego sonrió amistosamente—, pero gracias por preocuparte.

El vizconde no se esforzó en esconder su frustración. Todo indicaba que tenía la fe de que su matrimonio fuera un fracaso. Era joven, con sus veintitrés años jamás comprendería lo que ellos habían pasado, por lo que no pretendía pelearse con él cuando su ángel ya le dejó claro que jamás podría corresponderle.

El desayuno concluyó y sin dudar se retiró de la propiedad de Aberdeen, fascinado con la noticia de que él no asistiría a la fiesta campestre de la marquesa. No era que el noble lo preocupase, sin embargo, no quería que nada ni nadie distrajera a su ángel mientras él la cortejaba como correspondía.

Durante los siguientes cuarenta minutos tuvo que explicarle a su esposa las razones por las cuales no podrían llevar a Landcito —seguía odiando el nombre de su mascota— con ellos a la fiesta campestre; y no muy conforme con la idea aceptó dejarlo bajo el cuidado de Freddy hasta su regreso.

Los recibieron listos para partir, dado que Seraphina y lady Beaufort se encargaron de ordenar que preparasen los baúles de su esposa y eso los ayudó a ahorrarse mucho tiempo. En el trayecto a Hampshire, Seraphina no dejó de hablar con Ashley ni por un segundo, recordándole lo parlanchina que podía llegar a ser cuando se lo proponía. Si no hubiera sido por la hermosa sonrisa de su esposa y el rubor de sus mejillas que la visitaba con cada nuevo tema que tocaban en su conversación, Connor habría enviado a su hermana con los duques de Beaufort desde hace mucho.

Ahora que lo recordaba, no tuvo tiempo de hablar con Blandes sobre las intenciones de Portman hacia su hermana. Ya en Hampshire tendría que reunirse con él unos minutos, nada de ese repentino interés le generaba buena espina. Sólo esperaba que no fuera un invitado de la marquesa, no se sentía con la capacidad de cuidar a su hermana justo ahora que tenía a su mujer junto a él.

Y su hermana... lastimosamente no era del tipo de mujer que pudiera cuidarse sola, menos si el resultado podría ser algo muy escandaloso.

La fiesta campestre dudaría dos semanas, así que encomendaría a su hermana a los santos y le diría a su padre que estuviera atento, puesto que Zachary era un tanto peligroso para la rubia y Connor debía solucionar sus propios problemas.

No le gustaba recordar lo ocurrido en Essex, pero le aliviaba saber que su esposa había olvidado esa etapa de su vida con tanta rapidez, por un momento pensó que el rechazo de Grace le afectaría por meses. Si era optimista, ellas apenas y se conocían, por lo que su ángel no tenía un vínculo tan fuerte con la esposa del escocés, sino más bien con...

Recordó el dije que siempre traía consigo, le cual era muy valioso para ella, y tragó con fuerza al darse cuenta que se lo había quitado para darle un escarmiento, lastimándola incluso más que su verdadera madre al obligarla a renunciar a él.

Tenía que devolvérselo, pero no quería hacerlo tan repentinamente y sin razón aparente. Lo haría en el primer baile de la fiesta, un momento adecuado para bailar su primer vals con su esposa y entregarle el preciado recuerdo de su difunta madre.

Cuando llegaron a la casa de la marquesa de Winchester, agradeció que la concurrencia de los carruajes fuera mínima. Esa era una de las ventajas que las personas puntuales solían tener, puesto que dado que la anfitriona no era precisamente una dama que escatimara gastos a la hora de hacer

una fiesta campestre, seguramente su hogar estaría rebotando de personas durante las siguientes dos semanas.

Ingresaron al vestíbulo y pronto recordó que tendría que lidiar con la ira de Ross y Windsor por haberse ido tres meses, supuestamente, de juerga con su amante.

Otro tema que debía hablarlo con su mujer.

Blandes entró en tensión y siguió la dirección de su mirada, curioso.

Allí, frente a ellos, estaba Aline Anderson junto a Noelle Stanton, marquesa de Winchester, recibiendo a los invitados. La dama se veía relativamente bien, aunque el brillo en sus ojos estaba ausente. Miró de reojo a Blandes, quien estaba algo ansioso, y no pudo culparlo por su falta de profesionalismo a la hora de ocultar sus emociones. Él se sintió exactamente igual cuando vio a su mujer después de tanto tiempo, aunque las circunstancias no le permitieron actuar correctamente.

La sensación de sentirse observado hizo que mirara hacia su izquierda y confundido arrugó levemente el ceño cuando su esposa retiró la mirada con rapidez, enfocándola en cualquier otra cosa que no fuera él.

—¡Qué gusto tenerlos aquí! —La marquesa se regocijó, acercándose a ellos, y Connor decidió enfocarse en su esposa, quien repentinamente se veía muy tensa y preocupada—. Los lacayos pronto subirán sus baúles a sus alcobas, el personal de la casa los guiarán a las mismas.

Conversaron por breves minutos con las damas y se sorprendió al saber que mucha gente ya estaba en la residencia, descansando. No obstante, le llamó la atención la descarada sugerencia de la marquesa de Winchester de pedirle a Aline que guiara al duque de Blandes a su alcoba porque las otras doncellas se encargarían de ellos.

No quiso estropearle la oportunidad a Blandes de conversar con la pelinegra, por lo que sin objetar se retiró junto a su esposa y hermana. Primero dejaron a Seraphina en la alcoba que estaba junto a la suya y luego entraron a la suya; compartirían lecho y eso le parecía algo maravilloso.

—¿Por qué no descansas, ángel? —sugirió, rodeándola por la cintura, y ella respingó.

—¿Y usted qué hará? —preguntó con recelo, seguro reacia a dormir con él, y Connor meditó su siguiente respuesta.

—Saldré a encontrarme con Ross y Windsor.

No quería incomodarla, pero por alguna extraña razón, el agobiado semblante de su esposa le dijo que cometió un terrible error al decidir abandonar la alcoba en un momento como ese. No muy seguro se retiró, brindándole un poco de privacidad, y ladeando la cabeza se dirigió hacia dónde seguramente estarían su amigos.

La sala de juegos.

Ingresó sin tocar y vio a Ross inclinado sobre la mesa de billar, conversando con Beaufort y Windsor. Al parecer su mejor amigo esta vez no parecía estar muy dispuesto a apoyarlo.

—¿Qué? ¿No te gustaron tus tres meses de juerga y decidiste volver? —inquirió Ross en tono mordaz, golpeando la bola blanca y consiguiendo meter dos bolas en los huecos puestos estratégicamente con facilidad.

—No me fui con ninguna amante —farfulló, deseando que por primera vez en años sus amigos le creyeran, y los tres lo miraron con recelo—. Tenía un asunto que atender y me tomó más tiempo de lo previsto. No romperé mis votos matrimoniales, le he sido fiel a mi mujer desde el primer día que nos casamos.

Ross bufó y Windsor lo escudriñó con pericia, al tiempo que Beaufort lo miraba a los ojos en busca de la verdad. Él fue el primero en percatarse que decía la verdad y le lanzó un taco para que se uniera al juego.

—No tengo la menor idea de cómo solucionarás la reputación de mi prima, pero por tu bien hazlo pronto.

Su heredero sería la mejor manera de solucionar todos sus problemas, socialmente hablando. No negaría que deseaba que unos cuantos escándalos surgieran en la fiesta de la marquesa para que el suyo quedara en el olvido.

—Quiero cortejarla como corresponde —Se sinceró y sus amigos lo miraron con curiosidad—. Pero no sé por dónde empezar; he sido un pésimo esposo.

—Quedarte con ella habría sido un buen comienzo —contestó Ross, dejando su taco de lado—. Caballeros, debo retirarme por unos minutos.

—¿A dónde vas? —inquirió Windsor—. Estás actuando extraño, tú nunca te quedas tanto tiempo en el campo por voluntad propia y desde mi llegada desapareces todo el tiempo.

¿Ros, quedándose con su madre por voluntad propia?

—¿Cuánto tiempo llevas en Hampshire?

—Más de mes y medio —respondió Windsor por su amigo y el castaño de mirada ambarina se encogió de hombros.

—Muy pronto se enterarán de todo.

—¿De qué? —Beaufort se puso junto a él, pero Ross les sonrió con sorna y los dejó con la curiosidad carcomiéndoles por dentro.

Decidido a no meterse en la vida de los demás, Connor prefirió concentrarse en el juego, despejando su mente de su adorable esposa que seguramente estaría durmiendo plácidamente en el lecho que compartirían durante dos semanas, el tiempo que tenía para reconquistarla.

Capítulo 23

Ashley se había sentido en extremo feliz cuando se enteró de que podría asistir a la fiesta campestre de su tía; no obstante, todo atisbo de alegría se derrumbó al ver a Aline allí y a su esposo mirándola como si fuera la única mujer en la faz de la tierra.

¿Cómo pudo olvidarse de la mujer que su esposo amaba?

No negaría que el hecho de que Sutherland no hubiera renegado en contra de Aberdeen la aliviaba, pero también le encendía todas sus alarmas. ¿Podría ser que ya no le interesara en lo más mínimo? ¿Qué él realmente pretendiera que cada uno viviera su matrimonio por su lado? Hace un tiempo llegó a la conclusión que la reacción de su esposo hacia Sheldon se debió a sus celos, pero todo indicaba que simplemente fue el ego de un marido herido al creer que su esposa le fue infiel.

Sin embargo... La manera en la que la trató ayer y esta mañana la tenía terriblemente confundida. No quería generarse falsas ilusiones, menos cuando dedujo que lo mejor era olvidarse del absurdo amor que sentía hacia Sutherland, pero cómo lo olvidaría si él no la ayudaba a hacerlo.

La puerta del dormitorio se abrió y por reflejo cerró los ojos fingiendo estar dormida. Le había tomado más de media hora regresar, ¿habría ido a ver a Aline?, ¿podría ser que aprovecharía esa fiesta campestre para estar junto a ella?

El suave tacto de la palma de su mano enguantada le envió una oleada de calor a cada una de sus extremidades y evitó alarmarse al sentir que el colchón se hundía. Por el sonido de las prendas, imaginó que se descalzó y recostó junto a ella.

Lo más lógico sería anunciarle que estaba despierta, pero la delicadeza con la que acariciaba su rostro la desconcertaba, más ahora que se había quitado los guantes. Comprendía que el día de ayer sintió pena por ella, dado que fue él el culpable de todo lo que ocurrido, pero qué razón podría tener ahora para ser tan bueno con ella.

La divagación de sus pensamientos llegó a su fin cuando por sorpresa los labios de su esposo empezaron a rozar su mejilla. Cada músculo de su cuerpo se petrificó y permaneció inmóvil, esperando, tratando de comprender qué estaba ocurriendo. El miedo de que esa persona no fuera su esposo la invadió y, gracias a los santos, él despejó sus dudas.

—¿Qué haré contigo, ángel?

No supo si preocuparse o alegrarse por su repentina preocupación hacia ella.

Sus labios apresaron los suyos y la conmoción que sintió la obligó a abrir los ojos de par en par y tensarse de tal manera que Sutherland alzó el rostro para mirarla. Él se preocupó al verla despierta e intentó alejarse; no obstante, Ashley se rehusó a ser nuevamente abandonada y lo sujetó de la muñeca, provocando que él dejara de moverse y la mirara con sorpresa.

—Ángel... no qui...

—Bésame, milord. —Se arrojó contra el cuerpo masculino, posando las manos en sus hombros, y tragó con fuerza. Desde el día de su boda, nunca pudieron tener un momento íntimo de verdad y Ashley anhelaba un momento así, no le importaba no ser amada, en este preciso momento sólo quería luchar para retener a su marido a su lado.

Estaban condenados a ser marido y mujer de por vida y ahora que tendrían un hijo, quizás ella podría intentar llegar a su corazón.

—Se lo suplico —soltó con un hilo de voz, pegando la frente en el pecho masculino.

El mayor de sus temores se estaba haciendo realidad, él iba a rechazarla, el marqués no quería... Su cuerpo se estremeció cuando la mano masculina acarició su cadera y jadeó abrumada al sentir como tiraba con suavidad de su falda hacia arriba. Sutherland paró en seco, vacilando si debía o no continuar, y antes de que intentara romper el contacto, Ashley se armó de valor y tomó impulso para tomar sus labios con avidez, tentándolo a abrir la boca para poder explorar su cavidad.

Él gruñó contra sus labios, posando la mano en su nuca para impedir que rompiera el grandioso momento que estaban teniendo, y subiendo un peldaño empezó a desabotonarle hábilmente el vestido. Lo abrazó por el cuello, jadeando por la fuerza de sus besos, y rompió el contacto al sentir como sus pechos se liberaban de la terrible presión de su corsé.

Con la respiración agitada lo buscó con la mirada y su centro palpitó al ver sus pupilas dilatadas. La deseaba, y eso la tranquilizaba de sobremanera. Dejó que la desvistiera sin atreverse a rechistar, no sería la primera vez que la vería desnuda y el día de ayer ni siquiera se había percatado de su aumento de peso por el embarazo, así que no había nada que temer.

—Eres preciosa —musitó con voz aterciopelada, moldeando sus curvas con sus grandes manos, y Ashley se sentó para quitarle el pañuelo y proseguir con el chaleco.

Para su deleite él la ayudó con la camisa y se incorporó de la cama para quitarse el pantalón y las medias. El calor trepó por sus mejillas al verlo totalmente desnudo y a medida que él se cernió nuevamente sobre ella, Ashley se fue recostando nuevamente en el colchón.

—Sólo pedí un beso —dijo con voz suave, acariciando su mejilla, y él le sonrió con picardía.

—Y a eso le llamo jugar con fuego.

—¿Por qué? —Arrugó el entrecejo, confundida, y tiró la cabeza hacia atrás cuando empezó a regar un camino de besos por su cuello.

—Porque jamás me bastaría un beso, ángel.

—Milord... —jadeó, dejando que le separara las piernas con la rodilla, y él mordisqueó su clavícula.

—Creo que es hora de dejar las formalidades —susurró, soplando la frágil piel de su pezón izquierdo, y Ashley se mordió el labio inferior, sintiendo un aplastante placer. Alzó la cadera, rozando su ingle con la dureza masculina, y lanzó un grito cuando su esposo la castigó apresando su pezón en su ardiente boca.

Jadeó con ansiedad, enterrando las manos en la cabellera color azabache, y arqueó la espalda para brindarle mayores facilidades. Esto era lo que quería, llevaba meses anhelando hacer el amor con su esposo y ahora él estaba muy dispuesto a satisfacerla. Como si él supiera que estaba al borde de la locura, se dirigió al otro pecho y siguió torturándola, llevándola a la mismísima gloria.

—Ah... sí... —Empezó a mecerse, deseando tenerle en su interior, y Sutherland bajó el rostro, dejándole besos en el vientre en su camino.

—No recuerdo la última vez que estuve contigo. —Su confesión encendió sus sentidos y dejó que le levantara la pierna para posarla sobre su hombro—. ¿Te lastimé?

—No —susurró jadeante—. Puedes hacerlo, me siento lista —dijo con ansiedad y su risilla maliciosa hizo que lo buscara con la mirada.

—Me debes esa noche, ángel —musitó, estirando la mano y albergando con ella su pecho. Empezó a masajearlo con fuerza, obligándola a retorcerse de placer—. Eres muy sensitiva; me encanta.

—Por favor, mil... ¡Ah! —Se arqueó, disfrutando del dolor que le estaba haciendo sentir en el pecho.

—Mi nombre, ángel, dime Connor. Porque te juro que por cada vez que me llames de otra manera, te castigaré.

A decir verdad, si ese era el castigo, no le molestaba en lo absoluto llamarlo por su título.

—Connor..., acaba con esto, por favor —suplicó, posando su mano sobre la suya para apretarla aún más.

—Eres perversa, ángel —susurró con voz ronca, retirando la mano—. Tócate, quiero verte.

Al diablo todo lo demás. Apresó sus pechos con ambas manos y empezó a amasarlos como realmente quería, con fuerza y rapidez, gimiendo sin pudor alguno. Sin embargo, su cuerpo entró en tensión al sentir como sus dedos acariciaban sus labios internos, separándolos.

—Oh por Dios. —Aferró una mano a la almohada, arqueando la espalda por la presión que el pulgar ejerció sobre su duro botón, y empezó a respirar con dificultad.

—Tan mojada... —musitó su esposo, explorando con parsimonia.

—¿Qué haces?

—Te enseño lo que es el placer.

—¡Ah! —Tiró la cabeza hacia atrás, separando la espalda del colchón ante la invasión de dos dedos, y jadeante buscó cerrar las piernas. Él no se lo permitió—. Connor... por favor —suplicó con la visión empañada.

—He de tomarlo como una invitación —comentó con galantería y con su perfecta dentadura apresó la cúspide rosada, para luego absorber sobre la piel, guiándola a temblar como una hoja perdida en una ráfaga de calor y algo más.

—¡Ah! ¡Connor! ¡Sí! —Aferró su cabellera, alzando la cadera, desesperada. Su lengua le hizo el amor, al igual que sus hábiles dedos que se movieron con astucia. Su cuerpo convulsionaba por la necesidad y pedía a gritos una liberación. Presionó sus pechos, desatando toda la tensión que su cuerpo mantenía.

—¿Te gusta? —inquirió su esposo, lamiendo sus labios internos sin pudor alguno. La capa de sudor ya estaba tendida en sus pieles como prueba del disfrute.

—Sí... —suspiró— Me encanta... —Otro dedo entró en ella y los tres empezaron a moverse en forma circular, entrando y saliendo a un ritmo devastador.

Las lágrimas de placer amenazaron con brotar, jamás se imaginó tal situación. Era... tan perfecto. No se comparaba en nada a su último encuentro.

Se encontraba tan abrumada, que no fue consciente que sus besos cesaron y ahora él la miraba.

—Mírame —ordenó y así lo hizo, siendo asaltada por los labios del hombre que le estaba perturbando la existencia.

Ashley ya no supo que penetración la enloquecía más; si la de su lengua o la de sus astutos dedos, los cuales empezaron a ir más rápido sugiriéndole mover las caderas para ayudarlos a alcanzar su objetivo.

El tan glorioso climax se formó en su interior y su cuerpo empezó a convulsionar sin control alguno, lanzó un grito ahogado, rompiendo el beso, y percatándose de aquello que se deslizaba por sus muslos, empezó a respirar con dificultad y con el pulso disparado trató de entrar en razón. Dios, eso fue tan... maravilloso.

Abrió los ojos para poder observar a Connor y otro espasmo se generó en ella al verlo llevar aquellos dedos, que hace unos momentos la tocaban con descaro y le hicieron sentir única y especial, a la boca. La garganta se le secó cuando su lengua, sensualmente, probó el sabor de su

placer. La vergüenza la asaltó, pero pasó saliva perdida en su mirada lasciva.

—Deliciosa, mejor que la primera vez. —Se arrodilló entre sus piernas, inclinándose sobre ella—. Pruébalo —ordenó y no titubeó a la hora de chupar sus dedos, quería hacerlo.

Él retiró su mano y tomándola por sorpresa se aferró a su cadera con ambas manos y la impulsó con destreza hacia arriba, haciéndola gemir por el choque de sus intimidades. Connor enterró dos almohadas bajo su espalda para mantenerla a aquella altura y Ashley separó aún más las piernas, esperando el glorioso momento de la penetración.

—¿Te gusta? —susurró con voz aterciopelada, pasando el glande sobre sus labios internos, y Ashley asintió con rapidez, incapaz de emitir palabra alguna—. ¿Debería... parar? —preguntó con esfuerzo.

—No, continua, te lo suplico.

Él la miró con intensidad y Ashley supo el momento exacto cuando tomó la decisión y se deslizó en su interior sin dudar.

—¡Ah! —Gimieron los dos, juntando los párpados con fuerza, y no se quejó por la presión que sus dedos ejercieron en sus nalgas, sino que envolvió su cadera con sus piernas y lo instó a continuar.

Connor no necesitó pensarlo ni un segundo más y empezó a bombear en su interior como si de eso dependiera su vida, haciéndola gritar de placer. No había necesidad de ir con lentitud, sus cuerpos se conocían muy bien y sabían lo que ellos querían.

—Me encantas —gruñó él, embistiendo con certeza, y Ashley se arqueó, alzando aún más la cadera—. No podré aguantar mucho, ángel, córrete para mí.

Se incorporó todo lo que pudo para abrazarlo por el cuello y lanzó un grito ahogado cuando él la levantó y la sentó a horcajadas sobre él, entrando aún más en ella.

—Sí... —gimió extasiada, meciéndose con rapidez sobre él, simulando estar en su semental. Sus labios se encontraron con los de su esposo, quien no dudó en robarle un beso voraz y devorarle la boca con hambre desmedida.

—Salta, ángel —demandó entre beso, rodeando su cintura para ayudarla, y siguiendo su orden la intensidad del momento se intensificó a niveles extremos, provocando que ambos temblaran y acabaran al mismo tiempo, mezclando sus esencias—. Un poco más, muévete un poco más —exigió él, al sentir que su cuerpo empezaba a menguar, y ella continuó con su ayuda, sintiendo como la llenaba por dentro con su simiente.

—Ah... —suspiró agotada, apoyando la frente en su hombro, y él la abrazó con fuerza para tumbarla suavemente en la cama y salir de ella.

Ambos se dieron unos minutos para regularizar sus respiraciones y Ashley tiritó cuando Connor le cubrió el cuerpo desnudo con el ropaje de la cama para después acurrucarla contra su pecho.

—Gracias, ángel —Se relajó, él estaba de buen humor—. No tienes idea de cuánto soñé con algo así. Es la primera vez que te hago el amor como corresponde. —Su primera vez era algo que ninguno quería recordar, y su segunda vez era algo que él no podía recordar; por lo que él tenía razón, era la primera vez que hacían el amor de verdad.

No quiso decirle nada, era un momento tan mágico que no deseaba que la magia llegase a su final.

—Descansa, mi vida.

Lo último que llegó a sentir fue un casto beso en la frente y con la piel aun perlada, Ashley cayó en un sueño profundo, deseando con todas sus fuerzas que al despertar, él siguiera a su lado.

Capítulo 24

Era la primera cena que se efectuaba y aunque ella quisiera, comprendía que no podían saltársela por respeto a la marquesa de Winchester; además, si era sincera, tendría que saltarse todas las comidas de los siguientes días para poder sentirse tranquila ante la idea de que su esposo no frecuentase con Aline.

Adoraba a su amiga, pero la quería lejos de su marido.

La manera en la que Connor le hizo el amor hace unas horas le daba un gran nivel de esperanza. Nada estaba perdido, o al menos eso quería creer Ashley, que aún sentía las piernas temblorosas por el glorioso momento que compartió con su esposo.

Durante la cena se comportó adecuadamente, los últimos tres meses estuvo reforzando sus modales con el fin de poder enorgullecer a Connor en un reencuentro; y al parecer hizo bien porque qué mejor que la fiesta campestre de su tía para hacerlo.

Al no tener a alguien conocido cerca —porque la asignación de lugares se basaba en los títulos que uno poseía— Ashley se dedicó a iniciar conversaciones banales agradeciendo que nadie la mirara mal o hiciera comentarios despectivos por el muy reciente abandono de su esposo.

Eso la deprimió un poco. Era normal que los hombres tuvieran sus aventuras fuera del matrimonio, pero como Ashley no estaba rodeada de gente que se comportara de aquella manera, eso la lastimaba en exceso. En el fondo había esperado más de Connor.

Cuando las damas se reunieron en el salón de té y los caballeros se fueron al salón donde podrían beber y fumar un puro antes de reunirse con ellas, Ashley aprovechó la ocasión para reunirse con sus amigas.

—No tienes idea de lo horrible que fue estar sentada junto a ella —susurró Seraphina, abanicándose con rapidez, y Aline enarcó una ceja, divertida.

—Estuve junto a ustedes y no fue tan malo, creo que estás exagerando un poco.

—¿A qué se refieren? —Frunció el ceño, repentinamente muy curiosa por su tema de conversación.

—La vizcondesa viuda de Portman estuvo junto a Seraphina y como de costumbre intentó conversar con ella.

Miró de reojo a la anciana que se encontraba en un diván junto al hogar, pensativa. Nunca le pareció una mujer arrogante ni egoísta, a decir verdad era su nieto el prepotente e insoportable. Recordó como juzgó a su cuñada por su disfraz en la presentación de su hermana y se dio unos toquecitos en el mentón, reflexiva.

—¿Le agradas? —Quiso saber y la rubia cerró el abanico con suficiencia.

—Yo le agrado a todo el mundo, querida —se jactó, retirando sus mechones rubios de sus hombros, y tanto Aline como ella rodaron los ojos—. Es imposible no amarme.

—Su nieto te odia —le corrigió Aline y Seraphina hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Cómo si eso fuera relevante. Las personas como Portman no merecen estar ni en mis pensamientos. Y a decir verdad, no estoy segura qué quiere su abuela, pero a diferencia de su nieto suele tratarme muy bien. —Hizo una mueca, mirando a la anciana con recelo.

—¿Cuéntame cómo va todo con tu esposo, Ashley? —Aline determinó que no tenía caso seguir

hablando de la viuda y le dirigió toda su atención—. Desde que dejé Londres antes de tu boda no he vuelto a saber nada de nadie; lo únicos que solía frecuentar hasta hace poco eran lady Noelle y el conde de Ross, a quien se le dio por pasar un tiempo en su casa campestre.

—Estuve en Brighton. —Sonrió más tranquila. Ella no se vio con su esposo una vez que él la dejó abandonada en su casa de campo—. Al igual que tú no tuve mucho tiempo para ponerme al día sobre lo que ocurría en Londres.

—Ya veo... Ross comentó algo sobre un viaje de lord Sutherland, debió haber sido duro no saber de él durante tanto tiempo.

—¿Viaje? —susurró sorprendida y su cuñada se unió a la conversación, dejando de mirar a la anciana.

—¿No lo sabías? Él estuvo en París todo este tiempo. El día que te dejó en Brighton recibió una carta de su majestad y a su regreso nos informó su partida.

Por alguna extraña razón, la mención del rey hizo que pensara lo mejor. ¿Y si no tuvo una aventura?, ¿y si como pasó con su madre él fue enviado a buscar a alguien?

Pero... ¿Por qué? ¿Qué razón tenía el rey para acudir a su esposo? Él tenía un sinnúmero de criados y todo un equipo de espionaje a quienes enviar a ese tipo de misiones.

Le agradó en exceso no sentirse deprimida al recordar a Grace Hill y a Guillermo IV, sus progenitores, dado que el tiempo le había ayudado a sanar su herida y a comprender que sus únicos padres eran los condes de Worcester.

—¿Quién recibía las cartas que le enviaba a tu hermano? —recordó de pronto, entrando en pánico.

—Seguramente mi padre —respondió con sencillez y en ese preciso instante los caballeros se unieron a ellas para compartir un agradable momento.

Miró a su suegro, preguntándose si sabría sobre su embarazo, y tragó con fuerza al verlo conversar con su esposo. Tenía que hablarle a Connor sobre su situación pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo y de cómo tomaría la noticia, apenas estaban empezando a llevarse bien y tenía que eso sólo empeorara las cosas.

Vio a Ross acercarse hacia ellas y se preguntó si él podría brindarle algún consejo.

—Iré a tocar el piano —musitó Aline, alejándose velozmente de ellas, y Seraphina usó su abanico para acariciar su mentón.

—Algo esconde —decretó.

—¿Me concedería esta pieza, milady? —La nueva voz provocó que ambas giraran el rostro y se encontraran con el vizconde de Portman, su cabellera oscura y sus ojos grises le daban un aire maligno. Y ni que hablar de su ancha y fornida espalda que delataba sus horas de entrenamiento.

—Claro que a mi cuñada le encantaría bailar con usted, milord —respondió Seraphina con fingida amabilidad y Ashley contuvo su carcajada al ver como el vizconde apretaba la mandíbula, sintiéndose humillado por su rechazo.

Decidida a ayudar a su cuñada, posó su mano sobre la del apuesto hombre y dejó que la guiara hacia el pequeño espacio donde las parejas se movían con libertad para interpretar una contradanza.

Como el noble no tenía el más mínimo interés en iniciar una conversación con ella, Ashley usó ese tiempo para meditar cuál debería ser su proceder. Un hijo no podía ser algo tan malo para un hombre que necesitaba un heredero. Si era optimista, Connor la trató mal cuando decidió dejarlo e irse con su madre, ¿qué hombre no estaría fuera de sus cabales por su proceder?

Aquel pensamiento le envió un escalofrío en la espina dorsal y trastabilló como error,

ganándose una mirada fulminante por parte del vizconde. ¡Ese hombre era un energúmeno!

—Lo siento.

—No se preocupe, milady —farfulló.

Ashley decidió ignorarlo y volvió a ensimismarse en sus pensamientos, ¿podría ser que ella le importase a su esposo?

La probabilidad era mucha, por algo la buscó y encontró en Essex y se peleó con Sheldon por ella. Si bien antes pensó que se trataba de su orgullo masculino, ahora que él le hizo el amor aquella tarde todo se le hacía muy incierto, más cuando estaba dudando sobre su posible infidelidad.

No podía decir que lo conociera muy bien, pero si de algo estaba segura, era que no era el libertino que todos pensaban; de ser así, él la habría tomado la primera vez que entró a su alcoba y no habría intentado evadir sus besos cuando pensaba que era la señora Parker.

No obstante... cabía la posibilidad que la hubiera rechazado por Aline. No, de ser así no habría accedido a hacerle el amor esa noche.

El baile llegó a su fin y sin poder mantenerse un segundo más de pie, se acercó al sofá que estaba a un lateral del salón y se sentó en él, frotándose las sienes con cansancio.

—¿Te encuentras bien, ángel? —Alzó el rostro, sonriendo involuntariamente al ver a su esposo frente a ella, y el corazón se le encogió de emoción al detectar que realmente estaba preocupado por ella.

—No. —Fue sincera y se incorporó con suavidad—. Me retiraré a nuestra alcoba —musitó débilmente y él la abrazó por la cintura para servirle de apoyo.

—Iré contigo.

—No hace falta, puedes quedarte.

—¿Qué caso tendría quedarme aquí si tú no estás a mi lado? —La miró con intensidad, haciéndola temblar de los pies a la cabeza.

Se despidieron de los presentes y bajo la atenta mirada de la mayoría de los invitados se retiraron a sus aposentos. Grande fue su sorpresa cuando fue su esposo quien la ayudó a desvestirse y la recostó en la cama con suavidad, como si se tratase de una reliquia familiar.

—¿Debería llamar al doctor?

—No, estoy bien.

Sólo se sintió levemente mareada, no había por qué alarmarse.

—Connor... —lo llamó por su nombre de pila y él le sonrió con galantería.

—¿Sí?

—¿Por qué fuiste a Essex por mí? Ambos sabemos que soy una bastarda, pudiste haberte librado de nuestro enlace y encontrar una dama adecuada para ti, ¿qué te impulsó a ir por mí?

—Tú —respondió sin dudar y se cernió sobre ella para besar sus labios con ternura—. Simplemente no concibo una vida sin ti, ángel; eres mía y quiero que te quedes conmigo hasta el último día de mi vida.

—¿Por qué? —Los ojos se le cristalizaron y él se rio en su cara.

—Haces preguntas extrañas.

Se puso de pie, alejándose de la cama para poder desvestirse, y la frustración la visitó sin remedio alguno al darse cuenta que había evadido su pregunta. Quizás... aún no era el momento de preguntarle si sentía algo especial por ella, se daría unos días más para intentar conquistarlo.

Era lo mejor para ambos.

Los siguientes siete días estuvieron llenos de actividades: días de caza, paseos por el mirador

y reuniones de té; y de todas, menos de los días de caza, claro está, pudo sacar provecho con su esposo. Esa noche tendrían el primer baile de la fiesta que se habría efectuado hace dos noches de no haber sido por el accidente que Aline sufrió en su caballo, donde de no ser por lord Blandes, ella no habría salido ilesa del mismo.

Se observó en el espejo de cuerpo completo con ojo crítico. El vestido que su hermana le cedió para esa noche era simplemente hermoso, de un tono magenta y con bordeados de hilo de oro en el corsé y el escote. La falda era de un color peculiar porque cuando giraba a la luz de las velas el tono se oscurecía o aclaraba con el movimiento. Tenía el cabello recogido en un moño suelto que le permitía dejar unos cuantos bucles en libertad. Le gustaba su aspecto, pero... llevó la mano a su cuello y abrió el único joyero que tenía.

Sacó el collar sin dije que mantenía y suspiró con tristeza.

Al final Connor nunca le devolvió el único recuerdo que poseía de su madre. Regresó la pieza a su lugar, no podía lamentarse por lo que ya no era suyo. Se puso de pie dispuesta a ir en busca de Rachel para que le prestase unas joyas, pero paró en seco al ver que su esposo ingresaba a la alcoba

—Los invita... —No terminó su oración, dado que ni bien se giró en su dirección se quedó sin habla. Se removió inquieta al verlo tragar con fuerza—. Te ves maravillosa, ángel —susurró y avanzó cautamente hacia ella, mirándola con fijeza, como si no quisiera perderse ningún detalle de su aspecto.

—Gracias. —Sonrió un tanto más tranquila, sintiéndose satisfecha por su reacción.

Él sujetó sus manos y besó sus dedos con deleite.

—Lamento que esa prenda sea prestada, una vez que estemos en Londres corregiré mi error.

Se ruborizó, no había día que él no le dijera lo arrepentido que estaba por no haberle permitido cambiar su guardarropa a su tiempo, puesto que todos los trajes especiales que usaba cuando la ocasión lo ameritaba eran de Lisa o de Rachel.

—Ahora me dirigía a la alcoba de mi hermana, pronto podré unirme a la fiesta —desvió el tema y se ganó una mirada curiosa por parte de su esposo.

—¿Para qué irás a ver a la duquesa?

Se acarició el cuello, incómoda.

—El vestido es hermoso y necesito un collar, dejé mis joyas en Brighton.

Tampoco era que tuviera muchas o alguna que le hiciera justicia al vestido que llevaba puesto.

Connor asintió, pensativo.

—¿Recuerdas que hace unos días fui a Londres?

Asintió y lo vio acercarse al ropero de la habitación.

—Iba a dártelo hoy pero no encontré el momento adecuado para hacerlo. —Fruunció el ceño y las manos le temblaron al ver que sacaba una caja de terciopelo azul de entre las ropas—. Son para ti, ángel. —Se la entregó y con una sonrisa nerviosa la sujetó—. Es mi regalo de bodas.

—Gra-acias.

Abrió la caja, quedando embelesada con el hermoso collar de diamantes que apareció en su campo de visión junto a sus aros y brazaletes. La cerró alarmada y se la entregó a su esposo, sintiéndose repentinamente espantada.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué? —preguntó ceñudo.

—Debe valer una fortuna, no debis...

—Creo que olvidaste un detalle, ángel: soy rico, no debes preocuparte por eso —comentó

burlón, colocando la caja en la cómoda para abrirla y extraer el collar—. Este es sólo un pequeño regalo que quise hacerte.

—¿Pequeño? —Su voz murió y la piel se le erizó cuando la fina joya acarició la piel de su cuello. La fragancia de su esposo la hizo temblar de placer y recordó la noche anterior, cómo él le hizo el amor con ternura—. No tengo palabras para agradecerte por esto, ni siquiera sé cómo puedo compensarte por tan lindo gesto —confesó, tratando de recuperar la compostura, y él terminó de ponerle la joya y le sonrió con picardía.

—Estoy seguro que esta noche encontrarás la manera. —Su tono prometedor hizo que las piernas le menguaran y el calor se alojara en su vientre bajo, llenándola de expectación.

Connor le puso los aros y el brazalete, apreciando el conjunto con satisfacción.

—Es perfecto para ti. —La mano masculina afianzó su hombro y con suavidad la posicionó frente al espejo.

—Es hermoso —admitió emocionada y guiada por la felicidad lo abrazó por la cintura—. Gracias, de verdad me encanta.

—¿Qué tan importante es para ti el collar de tu madre? —Su pregunta la tomó por sorpresa, pero no guardó silencio.

—Muy importante, el dije que posees es lo único que tengo de ella.

—¿Sólo el dije? —inquirió con cautela, mirándola con preocupación.

—Sí.

—¿La cadena no tiene valor sentimental?

Se quedó pensativa.

—No que yo sepa, recuerdo que mi madre nos entregó los dijes y mi padre consiguió la cadena.

Curiosa vio como metía la mano en el bolsillo de su levita.

—Cierra los ojos —pidió antes de sacar aquello que al parecer ya tenía en mano y así lo hizo.

Aguardó por varios instantes y respingó al sentir como deslizaba un anillo en su dedo anular. Sujetó su mano, llevándosela a los labios, y Ashley abrió los ojos viendo como besaba sus nudillos.

—Nunca pude darte un anillo de bodas.

Abrió los ojos sorprendida y cuando Connor liberó su mano, dejó a la vista un hermoso anillo que portaba un diamante como solitario. Una lágrima rebelde bajó por su mejilla al percatarse que era la piedra que usó por años como dije de su collar.

—Si no te gusta, pero pedir que la regresen a su estado original, ángel —dijo su esposo con rapidez—. No sé en qué estuve pensando al pedir que lo convirtieran en un anillo, creo que fue egoísta de mi parte, es sólo que al ser algo especial quise agregarle un nuevo valor. Yo...

—Me encanta —susurró con un hilo de voz, juntando las manos a la altura del pecho.

—¿De verdad? —La alegría que vio en sus ojos le robó una ronca carcajada y asintió con rapidez.

—Sí. —Lo abrazó del cuello, poniéndose de puntillas para besarlo.

—Me alegra saberlo, mi amor.

Aquel apelativo la desconcertó, pero decidió no prestarle atención. El momento era demasiado hermoso como para que ella sacara conclusiones erróneas y decidiera incomodarlo con preguntas fuera de lugar.

Bajaron al salón donde se efectuaría la velada y por primera vez desde el día que se conocieron, danzaron un vals.

El comportamiento de su esposo había ayudado a que los rumores del mal estado de su matrimonio mermaran; algo agradable porque ya no eran el centro de atención cuando ingresaban a una estancia.

—Hay algo que no te dije —musitó Connor, aferrándola a sus brazos.

—¿Qué?

—No te engañé, ángel. —Lo miró sorprendida y él se mostró apenado y arrepentido—. Si te dejé por tres meses fue porque tuve que salir de viaje, no porque tuviera una aventura. Puede que no me creas, pero te soy y seré fiel hasta el último día de mi vida.

—¿De verdad? —preguntó con voz rota y él asintió—. ¿Aunque ames a otra mujer? —Se aventuró a cuestionar y su esposo se mostró desconcertado.

El vals llegó a su fin y él no le dio tiempo a pensar qué camino tomar para salir de la pista, porque la sacó del salón de baile por el balcón para tener mayor privacidad.

—¿A qué te refieres cuando dices que amo a otra mujer? —inquirió ofuscado, evitando mostrarse alarmado.

—No te culpo, Connor. —Intentó acariciar su mejilla, pero él sujetó su muñeca.

—Responde, ángel —ordenó con dureza y abrumada por su demandante tono bajó la mano y la mirada.

—Sé que amas a Aline; lo sé desde el día que peleaste por ella con Blandes en Triunfo o derrota.

Un largo e incómodo silencio se instaló entre ellos y lo miró de reojo, encontrándolo muy ensimismado en sus pensamientos.

—Por eso decidí dejarte, pensé que si desaparecería de tu vida podrías casarte con ella.

Él no le dijo nada, por lo que decidió continuar.

—Desde que llegamos he luchado por cortejarte y conseguir tu amor. No estoy segura, pero creo haber obtenido buenos resultados.

No le dijo.

—O tal vez no —susurró con tristeza, sintiendo un nudo en la garganta—. No debí haberte dicho nada, ¿verdad?

Silencio.

—Yo... sólo quiero que sepas que estoy embarazada y comprendo tus sentimientos, por lo que no te obligaré a quedarte con nosotros. No se me olvida quien soy y de dónde vengo, ni mucho menos que me dijiste que no querías tener hijos conmigo. —Ya no podía seguir luchando por algo que no tenía futuro—. Pero pasó, Connor, no pude controlarlo y me enteré a las pocas semanas de tu partida. Te lo dije en una carta pero tú...

—Basta —pidió con voz queda, elevando la voz para que guardara silencio, y Ashley lo observó con congoja, esperando su duro rechazo.

Quizá y el destino se apiade de usted y a su regreso todo resulta más sencillo con la mujer que ama.

Era un imbécil, definitivamente era un cabeza hueca por creer que su ángel lo rechazaba por su abandono cuando lo cierto era que cada vez que Aline estaba cerca, ella entraba en tensión y quería alejarse del grupo de personas con el que se encontraban.

Estaba celosa... su ángel estaba celosa y creía que él preferiría a otra mujer antes que a ella y a su hijo.

Sonrió con amargura y se pasó la mano por el pelo con frustración.

—Olvida lo que te dije. —Respingó al oír la desesperación en su voz y se odió a sí mismo por ser el causante de sus lágrimas.

—No amo a Aline —soltó de sopetón, acunando sus mejillas con ternura—. Sólo la protegía de Blandes, ella es como una hermana para mí, ángel, mi relación con ella es como la tuya con Ross; nunca la vería como mujer.

—Pero... tú me dijiste que amabas a alguien cuando creías que era la señora Parker. Tienes a alguien especial en tu vida.

—Y está frente a mí —confesó con una tenue sonrisa y retiró las lágrimas que bajaron por su mejilla.

—¿Por qué?, ¿por qué me amarías? Soy una deshonra, yo...

—Shhh... —Posó su dedo índice sobre sus labios y negó con la cabeza—. A mí jamás me importó eso y creo que es momento de que lo olvides. —No dejaría que nadie más se enterara del secreto de su esposa, él la protegería del escándalo—. Desde que te vi haz sido sólo tú, ángel. Y sí, no te equivocas, esto que siento por ti nació desde el día que te desmayaste en mis brazos cuando tu hermana se hacía pasar por Emmy Hale ante Beaufort.

—Pero no me conocías...

—¿Por qué crees que me quedé contigo? —Curvó sus labios y sujetó su mentón con suavidad.

—¿Entonces por qué me rechazaste?

—Porque soy un idiota e intenté ser un libertino, ese que todo el mundo cree que soy, cuando en el fondo sólo era un libertino enamorado.

—¿No te molesta que esté embarazada?

—¿Bromeas? Desde que me enteré soy el hombre más feliz del mundo, llevo días esperando oírlo de tu boca.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó con inquietud.

—Leí tus cartas.

Ashley sujetó sus manos, aferrándose a ellas como si de eso dependiera su vida, y lo miró a los ojos con fijeza.

—¿Quieres decir que nuestro matrimonio es a base de amor?

Unió sus labios con avidez, robándole la respiración.

—Amor, pasión, placer... Todo eso y más, mi amor. —La rodeó en sus brazos, besando su coronilla, mucho más aliviado ahora que por fin todo había quedado aclarado entre ellos.

Por un momento pensó que tendría que contarle que fue un espía de la corona y que sus hermanos al igual que ella eran hijos ilegítimos, pero se sentía aliviado al saber que esos secretos se quedarían tal y como eran, puesto que en la vida existían cosas que no debían contarse jamás.

—¿Nunca más volverás a dejarme?

—En mi vida —prometió y ella alzó la mirada, sonriente.

—Creí que tendría que conformarme con tu amistad.

—La única forma en la que yo podría aceptar tu amistad es siendo tu amigo del placer, porque de ser lo contrario lucharía cada día de mi vida para conquistarte.

—Mmm... —Se dio unos toquécitos en el mentón, pensativa—. No suena mal.

Ambos carcajearon por lo bajo.

—Pruébame. —La desafió y los ojos de su mujer brillaron en emoción contenida.

—De acuerdo, milord —dijo con retintín, desafiándolo con la mirada—. Por ahora sólo quiero ser su amiga.

Enarcó una ceja inquisidor y jugueteó y la abrazó por la cintura.

—Supongo que tendré que idear el castigo y el plan perfecto para conquistarte, ángel — susurró con voz aterciopelada, imaginándose en su cama, atada de manos y muy abierta para él.

Ella se estremeció, consciente de que tendría una larga noche en su lecho, y cuando ambos se impulsaron para besarse, un grito en el interior hizo que se tensaran y se giraran hacia la puerta del balcón.

—Vamos. —Connor entrelazó sus manos y tiró de ella para meterla al salón de baile y Ashley jadeó al ver a la marquesa de Winchester junto a la mesa de bebidas, tan pálida como una hoja.

La respetable vizcondesa viuda de Portman sujetó la nota que ella tenía en la mano y silenciosamente la leyó. Después bajó la mano y miró a la multitud, que esperaba una respuesta.

—Lord Blandes y lady Anderson huyeron a Escocia.

¡¿Qué?!

La exclamación fue colectiva y Connor se frotó el puente de la nariz con cansancio. Cuando deseó un escándalo mayor para cubrir el suyo, no esperó que su invitado fuera el protagonista ni mucho menos que se robara a la hija de su enemigo para hacerla su duquesa.

¡Eso era muy malo!

—¿Quieres ir tras ellos? —La pregunta lo tomó por sorpresa y rápidamente miró a su mujer, quien se veía angustiada—. Esto será un escándalo y...

—Y no es asunto nuestro —completó con voz suave y entrelazó sus manos—. Si ellos se aman no podemos meternos; además, yo tengo una esposa que atender. —Le guiñó el ojo con picardía, robándole un sonrojo, y con suavidad la instó a abandonar el salón de baile para que pudieran dirigirse a su alcoba.

Donde por fin podría amarla por horas, sin camuflar sus sentimientos.

FIN

Epílogo

Pronto la oscuridad de la noche se iría para dar espacio al hermoso amanecer y Connor no era capaz de cerrar los ojos. Con una mano sobre el vientre de su mujer y con la otra acariciando su delgado brazo, muchos pensamientos llegaron a él.

Durante años se había jurado ser un buen marido para su esposa y padre para sus hijos, y ahora por fin entraría en prueba para ver si era un hombre de palabra, dado que sospechaba que tenía todo un camino que recorrer junto a la mujer que sería la madre de todos los hijos que pensaba tener.

Sonrió con ternura, preguntándose si sus dudas en cuanto a su hijo eran ciertas. Su cuñada, la duquesa de Beaufort, tenía mucho más tiempo de gestación que su ángel, pero incluso así, el vientre de su esposa era mucho más notorio. Eso le recordaba al gran vientre de su madre cuando esperaba a los gemelos.

Su ángel se removió con suavidad, ronroneando como un lindo gatito, y suavemente levantó el rostro para mirarlo.

—¿Por qué no duermes?

—Porque me gusta ser consciente cuando duermes en mis brazos confiando plenamente en mí.

Ella carcajeó.

—No sabía que fueras tan romántico.

Era un secreto que sólo ella y su madre conocían.

—Con el tiempo aprenderemos más del otro.

—Me parece —susurró, recostando nuevamente la mejilla en su pecho—. Dormiré un poco más.

—Por mí no te detengas. —Acarició su nuca, dispuesto a relajarla, pero los jadeos femeninos provenientes de la alcoba colindante hicieron que ambos se sentaran de sopetón y se miraran alarmados.

—Seraphina —susurraron en unísono y salieron de la cama de un salto, poniéndose sus batas de dormir con rapidez.

Connor no usó la puerta principal para llegar a la alcoba de su hermana, sino la que conectaba a una cómoda sala de té y luego a la alcoba que ella estaba ocupando.

—¿Qué pasó? —preguntó alarmado, parando en seco al ver a tres mujeres en sus batas de dormir cubriéndole el campo de visión.

Su madre fue la primera en girarse y la alarma que vio en su rostro lo preocupó de sobremanera. La marquesa de Winchester se dejó caer en el diván, devastada por todos los problemas que estaban surgiendo en su fiesta campestre y la vizcondesa viuda se giró hacia él.

—Ellos deben casarse, es la única forma de evitar el escándalo.

Ante aquella declaración, Connor temió lo peor y la anciana se hizo a un lado, dejando a la vista a su hermana, totalmente confundida y con lágrimas en los ojos, negando con rapidez mientras cubría su desnudez con las sábanas de la cama y al vizconde de Portman, desnudo junto a ella, mirándola con fijeza, como si no existiera nadie más en la alcoba.

El jadeo de Ashley lo regresó a la realidad y tragó con fuerza, consciente de que no había nada que hacer.

Seraphina tendría que casarse con su propio primo.

Nota de autora.

Gracias por leer la historia de Ashley y Connor. En esta ocasión quise mostrar un poco más sobre el lado oscuro de la sociedad. Espero me acompañen en la historia de Seraphina que será el libro 3.5 de la serie.

No olviden que hasta ahora la serie tiene 4 libros:

1. Aliados del amor.
 - 1.5 Los secretos del conde.
2. Enemigos de la pasión.
3. Amigos del placer.

Para obtener mayor información de mis historias, te invito a seguirme en mis redes, donde podrás encontrarme como:



Vanny Ferrufino.